



HERMANA CARIDAD

rezca lástima, es la muerte de un gran sabio, pues allí viene á ponerse debajo de la tierra una cabeza llena de tantos secretos y maravillas » (1).

¿Pero qué lastima será cuando se entierren cabeza y corazón, manantiales de luz y suavidad? (2).

(1) Granada: *De la oración y consideración*, cap. IV.

(2) Corazón de María atestigua que murió en olor de santidad la malograda hermana: las religiosas antiguas, prendadas de la bondad de su alma, ofrecen idéntico testimonio. Persona de alto criterio y veracidad fidelísima, nos asegura que, al tratarse del proceso de beatificaciones, entendía D.^a Bernarda Rodríguez se había de comenzar por la primera santa: la hermosa de alma y cuerpo, dulcísima hermana Caridad.



1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900





CAPÍTULO XXIII

BORRASCA DE CALUMNIAS.—SIMPLEZAS DEL FUNDADOR DE VALENCIA.—
RECUERDO DE SUECA.—EXCURSIÓN POR CESTONA, BURGOS, SANTAN-
DER, PALENCIA, VALLADOLID, ÁVILA Y MADRID.—ATENCIÓNES PA-
LACIEGAS Y FATIGOSAS DOLENCIAS.—ENFERMEDAD DE LA INFANTA
DOÑA PAZ.—EJERCICIOS ESPIRITUALES.

(1863)



CUMÚLANSE en ocasiones los males, que pa-
recen arrollarlo todo como encrespadas
olas del mar; mas conserva el freno de su
impetuosidad la Providencia, y, no sin elevada mira, los
deja descargar sobre la cabeza de sus siervos. Así se
templa el acero, y en el fuego se acrisola el oro, nos re-
cuerda el Príncipe de los Apóstoles.

Nosotros apuntábamos arriba la tempestad de calum-
nias que se agitaba en derredor de la fundadora de las
Adoratrices, y es hora de apresurarnos á trascribir sus
palabras, para que vengamos en conocimiento del cú-
mulo de daños suscitados por el infierno contra ella, y
la entereza de su sereno corazón, y el ánimo insupe-
rable, desafiador de más recias luchas.

«Dar cuenta de mi vida y mis penas, sería bien difícil, pues son muchas, grandes y variadas á lo infinito. Mis enemigos escriben manifiestos infames contra mí; el de las flores está encarnizado, ¡porque ya no está! y no deja conocido y desconocido sin sus siete pliegos de historia, donde sale su crucifijo de ustedes y le hacen testigo de una falsa historia; pero yo en él confío, que es buen testigo y defensor que será. ¡Tengo á Caridad muriéndose!... y yo aquí: tengo una maestra novicia muy grave, á la muerte: tengo un asunto torcido y otro desagradable en mal estado: tengo amigos que me tratan duramente y dan pena; creen cosas que no tienen camino: ando tan escasa para mis viajes, que vivo de limosnas: no tengo domicilio fijo; el 18 en Tolosa, el 19 en San Sebastián, el 20 en Burgos: tengo jaquecas, y son fuertes; y, y, y... mucho que pensar, que discutir para acertar... pero soy feliz. Mis enemigos me atacan sin razón, ni verdad; y mi conciencia me tranquiliza, y Dios sabe que á más de injustos y falsos, son ingratos. Los males los envía Dios, que es mi Padre, y me dará y da fuerzas, y premia las penas, que él permite que tenga; y en fin, amigo mío, yo le amo tanto, que quiero y protesto y declaro, que quiero sufrir por amor suyo más aún, si cree que puedo con más!...» (1).

Ha omitido aquí la Madre que andaba además delicada, que ella se comparaba á la flor de la maravilla, un día mustia, otro lozana. Y era espina más aguda el saber que este amigo indudable, á quien se dirige, y encabeza la carta, titulándole: *Mi querido hermano y buen amigo*, se dejaba arrastrar, y daba crédito á los infames libelos. Más tarde caería la venda, y se le abrirían los ojos del asombro.

(1) Á don Enrique Ojero; Burgos, á 23 de Junio de 1863.

Pues además de esta borrasca de improprios, había que escuchar y soportar indiscretas ocurrencias de otro amigo y bienhechor, D. Juan Montañés, que tenía abraçada y sin salud, con sus mortificaciones al por menór, á la Superiora de Valencia, y no dejaba de herir, con cartas de poco agudo ingenio, á la ajetreada fundadora.

Pretendía ahora establecer escuelas de párvulos y abrir tiendas en los bajos de la casa y administrarlo él; con lo cual advertía la Madre que resultarían dos dependencias en el Colegio: la del fundador, y la de los vecinos. La inventiva tomaba todo el carácter de especulación. ¡Donoso modo de hacer bien! «Me duele la cabeza con esto» (1).

Aun sintiendo disgustarle, y que lo tomara á desconfianza, hubo de manifestarle la Madre su opinión franca y opuesta: «otra cosa fuera, le dice, escuela de niñas pobres y sin dependencia de nadie».

Es hora de recordar los sacrificios que se imponía la Superiora general por la vida y florecimiento de esta casa. Dejamos insinuado que, con este motivo, fué en persona á pedir limosna á Sueca, y la sonada correría léese descrita en cartas al Cardenal de Burgos y Obispo de Ávila.

(1) Burgos, 28 de Julio de 1863, á Corazón de María.

A la misma había antes encargado: «Me manda V. la copia de la renuncia del título, y pone: Enero 9. No comprendo esto; yo quería una copia en limpio, sin fecha, para que se ponga al darla, y no vaya de letra de D. Laureano, como está en esa. Á la verdad que ya no me apura más que lo que ofende á Dios» (29 de Junio).

En los apuntes de los ejercicios de este año de 1863, hállase la siguiente nota: «en 4 de Noviembre de 1862 hice un memorial á la Reina, pidiéndole que en vez de título de Vizcondesa de Jorbalán, me permitiera firmarme y me reconocieran por *Sacramento, Esclava del Santísimo y de la Caridad*, como me llamo en la comunidad.»

Decía al primero :

« Valencia, 28 de Octubre (1862).—Me fuí á Sueca, que recibí una carta del Alcalde, decía fuésemos á pedir limosna, que el pueblo se inclinaba á darla para esta casa, en agradecimiento de las chicas que hemos salvado en esta casa, y van bien á edificar al pueblo con su mudanza. Me fuí á pedir yo misma, casa por casa; y en dos días recogí dos mil reales, judías, calabazas, melones y en arroz bastante: todos daban, y los pobres dos cuartos; poco que mucho todos nos daban, y ofrecían más para el año que viene. Iba el pregón tocando la trompeta, los dos alcaldes, los síndicos, dos alguaciles con machos y serones para echar lo que daban, el cura, el teniente cura y el capellán de unas señoras que dan aquí la limosna, una hermana y yo, y dos mujeres que ayu laban á llevar al serón lo que daban.

Se hubiera V. reído de la comitiva; yo lloraba de ver lo que es Dios para el que le quiere servir. La gente con gran silencio y respeto. Si al descuido pasábamos una casa, salía la mujer y me rogaba entrar, que me daría; y las que no estaban en casa, mandaron la limosna á la casa que yo vivía, que se disputaron, y todos los ricos del pueblo querían ser los preferidos, y el señor Alcalde tenía dispuesto que fuese á casa del arquitecto del pueblo, que es de los exaltados, y allí son moderados, y por ver si de paso... no se perdió tiempo ».

Desde Avila, donde reposaba del duro golpe del tránsito de la llorada Caridad, pasó la Madre á Cestona en el mismo mes de Agosto, bien necesitada de ayudarse de las aguas medicinales. Recuerdos á centenares le asaltaban allí, del año anterior; y en el presente hacían vida muy solitaria, relacionadas solamente con un par de familias. La fuente del consuelo ya la conocían: era el sagrario de la humilde parroquia.

Ibase cumpliendo el anuncio de la Madre, de «que no pasaría ya mucho tiempo en ninguna parte».

Vuelta á Burgos, aquí se dió comienzo, puede decirse á la fundación de Santander, contestando á la invitación del Rmo. Prelado. Y allá se fué tras la carta: y la recibieron regiamente, y se informó de todas las circunstancias, como diremos en el capítulo de esa fatigosa y meritoria fundación.

Á los cinco días pasó á Palencia, llevándosela el Prelado don Jerónimo Fernández Andrés á su palacio por obediencia, y la hizo detener dos días, que le fueron provechosos, pues halló cinco ó seis pretendientes que, como en Santander, se le ofrecían á seguir sus huellas.

La concedió además reposar uno de ellos en el convento de las Carmelitas. Venía molestadísima de hinchazón de piernas, y miraba casi imposible llegar á casa sin que se le abrieran, en particular la izquierda, que hacía un mes la tenía monstruosa. En la oración suplicó al Señor el alivio del mal, si convenía á los planes de la visita y su divina gloria. Acabada la oración, se levantó como si nada la fatigara; y al salir del convento y dar largo paseo por la ronda, ella precedía á cuantos la acompañaban, á buen paso, pasmando á todos su resistencia para tal excursión. Todavía llegó á Ávila con la pierna izquierda medio inflamada; pero amaneció al día siguiente natural, sin volverse á reproducir la molestia.

En Valladolid, donde moraba á mediados de Septiembre, la detuvieron otro par de días á fin de proporcionarle casa, pues deseaban ardientemente la fundación. Mirábanla con suma estima y respeto, y cuando lo aplazaba ella hasta abundar en número de superiores bien formadas, le contestaban confiados que Dios sabe sacar de las piedras hijos de Abraham.

Luego se encaminó á Ávila, para los tres días pactados en parlamento con el Sr. Obispo, siempre que se cruzara por la ciudad teresiana.

Saliéronle al encuentro Corazón de María, y otras hermanas, y llegaron á Madrid para el 25 de Septiembre. «Sin tiempo para nada, vivo» fué su primera frase, al llegar.

Podría armarse de paciencia, porque le aguardaba el despacho de las casas de Levante, el entender en todo el desarrollo de la de Madrid, y sobre todo el asistir al Palacio Real para complacer á la bondadosa Soberana.

¡Ah! ya lo escribía ella por aquella sazón, que todo eran tareas al oficio de mártir que profesaba. Y lo mismo era la más delicada y honrosa ocupación, como la humilde y abyecta del mundo. «Estoy de cocinera hace tres días, enseñando legas, y comen de gusto».

Pero todos sus desvelos le parecían livianísimos, al contemplar el fruto recogido en aquella casa de reforma de costumbres. ¡Oh qué trasportes de júbilo! ¡Oh qué hacimientos de gracias á Dios!...

Está el P. Medrano encantado (chocho) de la observancia y de los adelantos del colegio, experimentados bien de cerca en los ejercicios espirituales, decía á la Madre Rosario. Ni una recreación ha sido precisa en ellos, ni ha resonado una palabra. «¡Aturde este santo recogimiento!» (1).

Por este tiempo se habían hecho las primeras rogativas para el feliz alumbramiento de la Reina, y mientras no acaeciera el fausto suceso, y saliera á misa de purificación como de costumbre, no quería desasirse de su amiga y leal servidora Micaela. El sacrificio de la resignada adoratriz es conocido; sus entretenimientos fruc-

(1) Madrid, 17 de Octubre de 1863.

tuosos en Palacio igualmente, y las murmuraciones de los desocupados por supuestas y presentidas.

Mas el 22 de Noviembre recibía carta urgente de la Reina, donde le avisaba, diciendo:

«Querida Micaela: Por Dios y por la Virgen, pide para que nuestra hija Paz, que está mala, se ponga buena, y Dios nos la conserve con nosotros...»

La sierva de Dios contestó á tan amable solicitud, enviando para la enferma una estampa, y ofreciendo sus constantes oraciones. Y el 23, y 24, y 25, y 26, escribía de nuevo la augusta Señora, dándole cuenta del curso de la enfermedad, y suplicando ardientes plegarias hasta verla fuera de peligro, y pedir ya por una franca convalecencia.

«¡Qué sustos he pasado!—le decía el 24;—pero hoy, gracias á tantas oraciones, estoy contenta: ¡cuán bueno es Dios, y cuán buena eres tú!»

Y el 25: «Muchas ganas tengo que llegue el viernes para hablar contigo».

El 26: «Quiero darte las gracias con todo mi corazón por lo que has pedido por la salud de nuestra hija Paz... Puedes suponerte cómo estaré yo de contenta. Dale á Dios las gracias en nuestro nombre, y sigue pidiendo para que se acabe de restablecer y para que todos sigamos buenos. Recibe mil besos de todos nuestros hijos, los afectos del Rey, y de mí un abrazo muy apretado, que con el alma te envía—*Isabel*».

Doña Paz se salvó de aquel riesgo felizmente, y, andando el tiempo, casó con su primo D. Luis Fernando de Baviera (1).

(1) Honrado yo con la asistencia á la mesa de estos señores Príncipes de Baviera, D. Luis Fernando y su esposa D.^a María de la Paz, Infanta de España, de quien arriba se dice, en Nymphembourg, con

De los ejercicios espirituales de este año que hemos citado arriba, nos ha legado preciosos apuntamientos; y esperamos á dar con rastro por donde barruntar cuándo y en donde los practicó (1).

Paremos mientes en sus pensamientos culminantes.

«Ejercicios de 1863. ¡Señor, enséñame á hacer tu voluntad! Corregiré mi orgullo; mas yo creo confundir la humildad con el sufrimiento ó mortificación.

Necesito los ejercicios. Á ellos debo lo poco que he adelantado; pero los temo, los tengo miedo, y sola en ellos me perdería. A la Virgen de los Desamparados tengo elegida por mi protectora. Mi Padre San Ignacio y Santa Teresa, que me ayuden en las fundaciones.

No le mueven las meditaciones de la primera semana ó sea las de vía purgativa.

Escribe textualmente:

«El infierno. Las penas que he leído; ¡qué horror! no, no me mueven. No verás á tu Dios: alma mía, ésta sí que es pena, muy grande para mi corazón... Pero si

ocasión del Congreso científico de Católicos de Munich (24 de Septiembre de 1900), se hizo mención, durante aquélla, de la Madre Sacramento, por D. M. Tenorio de Castilla.

¡Qué gracias á Dios podemos dar de que nos conservara aquel ángel de paz, hoy madre cristianísima de familia, luz y espejo de princesas, alma de Dios, ornamento y escudo de la religión católica! ¡Cuánto se complacerá la augusta madre, en la vida fructuosa y ejemplar, de tan buena hija!

(1) Por este tiempo de comienzos del invierno sospecho que fuera, y por medio acaso de una silenciosa ó autorizada escapatoria. El 17 de Octubre manifiesta á la hermana Rosario el propósito de hacerlos. El 6 de Noviembre se la indica no abandone á la corte; y el 7 de Enero insinúa haberlos practicado. El interregno mayor en su epistolario se clarea desde el 19 de Noviembre al de 10 de Diciembre, cuando llevaba tres días en cama, y es probable le aprovechara para sus ocho días de retiro en Valencia.

yo tengo una esperanza que contrasta fuertemente—las llagas donde yo me meto cada día—mi Jesús Sacramentado, que es mi único consuelo...

La tercera del infierno. No te temo, que Jesús es todo mío y yo toda suya. ¡María de los Dolores, que yo te hice sufrir! ¿No es verdad que yo no temo al infierno, porque te tengo á tí por mi madre y mi abogada? Déjame, Señor, que escuchada contigo, le grite que *no le temo*. ¡*Soy de Dios y serviré á mi Dios, como Él quiere que le sirva!*

Tercer día.—Sobre la muerte. ¡Qué consuelo siente mi alma al pensar en la muerte! por gusto la medito y me mueve con frecuencia. En el pueblo de Sueca, en el camarín de la Virgen, hace cuatro días la medité una hora con el placer que hoy siento. ¡Veré á mi Dios si me muero! y me consuelo con morir...

La humildad. Este es un punto para mí tan necesario, que me tiene siempre inquieta. ¡Qué difícil lo hallo yo! ¡Conozco su necesidad, su utilidad; la deseo, pero ignoro esta virtud! Sí, la pongo en práctica tan pronto como se presenta la ocasión, pero la desconozco casi siempre; la recojo, si caigo en cuenta, y voy más allá para repararla, si llego á tiempo; pero es que para mí son humillaciones, lo que para almas virtuosas son insignificancias de que no se aperceben.....

Hay en mí un compuesto original: si son pecados, todos los tengo; si son virtudes, todas me faltan; si temores, también los tengo; si son deseos, mil; si son lágrimas, ni faltan ni sobran; avisos, todos me sirven; consejos, todos me cuadran; si son favores, no me faltan; luego, ¿qué me falta? *Amar á Dios con hechos.*

Quinto día.—La huída á Egipto. Á la obediencia no siento, en general, repugnancia, antes bien, siento cierto deseo de obedecer, y como creo que la humildad se opone á mi natural, por el contrario, la obediencia va á mi

carácter, y es tanto, que mejor hago una cosa contraria á mi deseo por obediencia, que una agradable por mi gusto. La obediencia me es natural. Jamás desobedecí á mi madre, ni á mi cuñada, ni al P. Carasa que la reemplazó, y aún hoy obedezco lo que recuerdo desaprobado. El ser Superiora es á mi juicio la mayor prueba de obediencia; y me cuesta tanto, que creo es el mayor sacrificio á la obediencia, el único...

Nadie ocupa mi corazón; ni Comunidad, ni colegio, nada amo fuera de Dios, por Dios y para Dios. La comunión, la oración y un delirio por Jesús sacramentado, la Virgen, los ángeles y santos de mi devoción, único que amo y siento apego. Esto es, que yo conozca; si no lo conozco, Dios no me pedirá cuenta ni el enemigo tampoco.

Sexto día.—Las dos banderas... ¿Quieres más de mí? pídemelo. Que yo entienda lo que quieres, verás si te lo doy. ¡Haz la prueba, Jesús de mi alma! que yo te ame, no quiero más. Soy de Dios, dije el año pasado, y lo he cumplido. ¡Dios quiere que le sirva como Él quiere ser servido!...

Yo creo, Madre mía, que como el mundo busca para ser creído un testigo, puedo yo ponerte por testigo de que tú me guardas, desde que te escogí por mi Madre, y que has puesto en mi corazón tal horror al pecado, que hay veces que creo de veras que si cometiera á sabiendas un pecado mortal, me moriría de pena. ¡Sí, Jesús de mi vida, creo decir la verdad; pero guárdame, María de los Dolores, Madre mía; no te fíes de mí, que yo no me fío de mí misma; pues falto en tantas ocasiones, que no quisiera faltar; y que no me conozco, no!...

Octavo día.—De la Resurrección del Señor. Gracias á Dios que mi corazón respira con anchura; parece que es el cuerpo el que ha estado sujeto en prensa: ¡el alma

mía es la que ha sufrido!... teniéndola atada á los puntos y materias: aunque en las visitas al Santísimo algo se escapaba al sagrario, era corto el tiempo; había que hacer un esfuerzo para que saliera... ¡Ya cuesta, ya!... Pero hoy todo amor de Jesús; este es mi elemento, es mi centro; por el amor de Jesús todo lo haré yo desde hoy. ¡Soy de Dios!»

Salida del santo retiro, como presumo, hubo de hacer oblación penosa la sierva de Dios á la Reina de los Ángeles, en el tiempo de su Concepción Purísima. Diez años habían transcurrido sin guardar cama; pero ahora sucumbió á la fatiga y las pesadumbres. Y algo mejorada y repuesta, de nuevo cayó padeciendo de anginas; pero el Señor le devolvió la salud acostumbrada para celebrar la Pascua.

Este reposo obligado servirá sólo de paréntesis para el afecto de D.^a Isabel II.

Al principiar el año nuevo, escribía la Madre á su benemérito amigo Dronda:

«Habiendo trabajado mucho con el calor de Andalucía en Burgos, me puse mala, y no estoy aún bien; pero mejoraré, Dios mediante, que mi salud y vida corre de su cuenta, y lo prueba el mandarme los médicos ir á un país templado como Murcia ó Andalucía, porque les da cuidado el mal de laringe, algo más bajo de la garganta (á mí ya no me da cuidado, esto para el día del chocolate), pues sigo mi cuento, que tal parece mi carta, y decidida á irme á Murcia, donde tengo asunto pendiente y urgente. Me dice la Reina redondamente y de Real orden, que no me mueva de Madrid hasta pasados los cuarenta días de su convalecencia; y que ella desea mi vida como la suya, y que no me moriré, que ella me cuidará ínterin yo la acompañe. Vea V., amigo, por qué

caminos tan torcidos marca el Señor lo que quiere que yo haga» (1).

Había espacio para todo, pues dió la Reina á luz felizmente el 12 de Febrero de 1864, naciendo la Infanta doña Eulalia.

Á María del Espíritu Santo le repetía después en más rápida pincelada:

«Muy ocupada estoy, mucho, *no vivo*: en Palacio á comer de cinco á diez y once de la noche!... los cuarenta días; de modo, que vivo medio día en casa. Tenemos máquinas de coser que nos regala la Reina; seis máquinas» (2). Obsequios también llegados de Roma, como un grabado de la Virgen, y el retrato del Papa Pío IX, los había dedicado la augusta Señora á su incomparable Vizcondesa.

(1) Madrid, 9 de Enero de 1864. Le decía, además antes, que había salido bien de sus pleitos catalanes, y que era materia esa para una jícara de chocolate en familia, en el mirador, más que para cartas, «y me comprometo ir un día á tomarlo, pero no sé cuándo».

Ciertamente, porque dos días antes escribía á la Superiora de Burgos, diciendo: «llevo una vida rara, siempre empujada por los negocios urgentes del día, y como siempre los hay nuevos, yo misma no sé lo que hago, pues no me dejan ni escribir una carta con concierto».

(2) Madrid, 26 Febrero de 1864.





CAPÍTULO XXIV

SEGUNDA EXPEDICIÓN Á MURCIA.—CARTA Á LA INFANTA DOÑA ISABEL
Y LA RESPUESTA DE SU ALTEZA.—EPIDEMIA EN LA CASA DE MADRID.—
COLEGIALAS APESTADAS Á GUADALAJARA.—FALLECIMIENTO DE LA
HERMANA ROSA, DE LOS BARONES DE LA BLEDA.—ÁVILA, ZAMORA,
SANTANDER.—LA CASA DE PINTO.

(1864)



OR fin pudo desembarazarse la Madre, de las doradas cadenas que la tenían aprisionada en Madrid á primeros de año, y salir para Murcia, como le instaban y ella había pensado hacía no corto tiempo.

La Semana Santa le cumplió pasar en aquel palacio episcopal, que era sabroso puerto para su alma: al lado del discreto y devotísimo amigo, predestinado para que le examinara y corrigiera el reglamento de las casas, antes de presentarlo en Roma.

Ecos y recordatorios del Palacio Real hicieron brotarse de su pluma la siguiente carta, dirigida á Su Alteza la Infanta D.^a Isabel, que contaba ya trece años, res-

pondiendo á los deseos de su augusta Madre que deseaba entablase amistad con la buenísima Micaela. Dice así:

«*Alabado sea el Santísimo Sacramento.*—Murcia: 6 de Abril de 1864.—Amadísima señora mía de todo mi respeto y cariño: En prueba de ello y de que cumplo mi palabra de escribir á Su Alteza, la diré que no la he olvidado un solo día, recordando con gusto su aplicación, que admiro; y me complazco en contar cómo sabe la historia, geografía, inglés, francés, piano, dibujo y bonita letra, y, por fin, que ya es muy amable mi amada y querida Infanta; y que sobre todo esto deseuella su piedad religiosa; pues sabe la religión á fondo, como la primera de las ciencias y la más necesaria para una Princesa real de España, que con el tiempo será llamada para edificar otras naciones; y tengo yo mi orgullo en que pocas Princesas habrá como la mía, que yo quiero tanto, aunque me queje de sus *medios besitos*. Al Príncipe, que en cuanto yo sepa fué bueno y aplicado cinco días seguidos, irá el cajón con los premios y el *secreto*, que le sorprenderá y dará gusto. Á Sus Altezas las Infantitas un besito de Micaela, y con memorias á la servidumbre de Sus Altezas, que pido también por ellos, para que cuiden bien á mis angelitos, y Dios lo haga con ellas como yo deseo, en pago de su cariño con nosotras.

Á papá y mamá les dirá Su Alteza que yo los quiero mucho, que puede que lo duden, y dicho de corazón confío lo han de creer.

Besa su mano, y es sierva inútil de Vuestra Alteza, que la ama y respeta. De Vuestra Alteza, Señora—*Mi-
nima Sacramento*».

La correspondencia atenta no se había de retardar; á correo vuelto respondía Su Alteza:

«Madrid, 9 de Abril de 1864.—Mi querida Micaela:

Agradezco á V. su amable carta, y puedo asegurarle que yo no la he olvidado á V. tampoco.

Al hermanito le he dado su recado, y como ha tenido muy buenas notas en los últimos días, espera recibir muy pronto el secreto consabido.

Yo sigo aplicándome cuanto puedo, porque deseo complacer á papá y mamá.

Estoy muy contenta porque espero ir pronto á Aranjuez.

Las señoras de mi cuarto devuelven á V. sus recuerdos, y Lola me encarga darlos á V. igualmente.

He dado á los hermanitos de parte de V. los besos que me encarga, y otros muchos míos.

Deseo volverla á ver á V. pronto, y entre tanto recibe V. el cariño de—*Isabel* » (1).

Y cuando tocaban las campanas á gloria, resonando el aleluya en los templos, y era la ocasión más propicia para desenvolver sus planes, un parte telegráfico la obligó á volver rápidamente á la corte: Era que la peste anunciada ya por el correo, arreciaba en casa y tenía postrada en el lecho á una de las mayores esperanzas del

(1) No era profética la carta de arriba, sino de sencilla presunción humana. Mas todas son pinceladas de quien sabe pintar al natural. Lo de los *medios besitos* es gráfico, y corresponde á otros pareceres de que la Infanta gustaba poco de juegos infantiles y menos de niñas. Sus prendas, sus aficiones han resultado todas varoniles. En el dominar su primera desgracia; en el velar, puesta en las gradas del trono, por los prestigios y las tradiciones de éste, así como por los respetos al monarca ó su regente, ha demostrado ser como heraldo del real solio, señalado por la Providencia, para bien de nuestra nación, en periodos de minorías ó juventudes. Como al trono, ama asimismo al pueblo español, cuyos latidos escucha y sigue, derramando sus favores á la virtud, al arte y al desamparo, ya que por su posición circunscribe á enaltecer lo más augusto, con gala y brillo en ello de su abnegación y su discretísimo talento.

Instituto, Rosa de Jesús, hija de los barones de Bleda, y el médico urgía, porque se desahogara la casa de enfermas y también de sanas.

Al pisar los umbrales de su colegio, se encontró con el cuadro desgarrador de la epidemia cebada en sus queridas hijas, que para salvarlas ó cuidarlas, era apremiante necesidad el aislamiento y la holgura.

—«¿Dónde las llevo, Dios mío?» se preguntó á sí misma.

Y cuenta que salió á la calle sin rumbo fijo, y que instintivamente entró en una iglesia á pedir luz y consuelo, en ocasión en que salían de misa de doce. Con altísimo fervor la oyeron, invocando el nombre de San José, y de allí se levantó con la inspiración de acudir á la bondad de su cuñada, pues los lazos que mediaban entre ellas eran los más indicados para la gran caridad que iba á suplicar, de la que le prestase el Palacio de Guadalajara para sus pobres desamparadas, hechas un foco de pestilencia. No era menguada la petición: ni para despachada sin sentir el frío y los temblores de los calambres.

Alcanzado el permiso, aquella misma noche estaba en Guadalajara con veinticinco personas. Y puestas á buen recaudo, se volvió á cuidar de su gente, que mejoraban de verla á su lado. Pero á la Condesa viuda de la Vega del Pozo debió de turbar algún consejo, prudente quizás, pero menos caritativo que su corazón. La caridad practicada abría la puerta á largos é impensados daños, y se dió aviso á Micaela, pasados unos días, pocos por cierto, de que se desalojara el Palacio de Guadalajara. Lloraba la angustiada Madre; y sus lágrimas, sin duda, alcanzaron otro plazo de quince días, mientras se hallaba donde repartir aquellos espectros respetados por la muerte.

«¡Qué tribulación he pasado, escribía al Cardenal de

Burgos; sólo Dios lo sabe: cinco muertas, seis viaticadas, dos con la unción, y dieciseis enfermas, que llevaban en la cama tres semanas, y fuera de peligro hoy todas ellas: convalecientes de difuntos!»

Entre tantas, era muy sentida la pérdida de Rosa de Jesús, joven de veintiún años, de cuna ilustre y esmerada educación, como vástago de los barones de la Bleda.

Murió resignada y edificante, con demostraciones de virtud nada común, por lo que la pena más honda de la Madre y de la Comunidad era verse privadas de aquel ángel. El señor Cardenal, que la conocía y estimaba, le había mandado sus bendiciones, acogidas por ellas con vivo agradecimiento. La Madre la asistió en persona, y le daba las medicinas y cambiaba de ropa, la cerró los ojos y la amortajó con sus manos. Presidió su entierro el Sr. Obispo Serra, el párroco y el hermano del Ministro Ballesteros, y se le aplicaron innumerables sufragios, suplicados en su testamento.

Su Majestad la Reina le decía igualmente desde Aranjuez: «¡Pobre Rosa de Jesús! Cuánto he sentido su muerte: lo único que me consuela es el pensar que ya estará en el cielo pidiendo por todos». Y sabiendo que la habían mandado aligerar la casa de gente, y que se hallaría apurada, mandaba un obsequio á su Micaela: «ahorrado para tí; sirva la intención».

En este aprieto del cólera comunicó Dios á la Madre suma paz y calma, que contrastaban con el cúmulo de negocios que la asaltaron.

Los amigos la dejaron sola; la visitaban única y diariamente, en el período más recio, Puente, Godino y la señora; lo demás, reducíase á recados y tarjetas de atención.

En cambio, prorrumpía en gritos de júbilo y grati-

tud: « ¡no hay corazón para ver el cariño de mis hijas, dignas de mejor Madre! »

« No me he quedado más que con una adoratriz y dos maestras, y las novicias que están aparte; pero hay gran fervor, inalterable paz, las enfermas con su largo mal edifican; yo soy feliz en medio de tanta pena y dolor en mi corazón, no se ofende á Dios en esta casa; éste es un gran consuelo para mí. Las de Guadalajara edifican al pueblo con sus modales religiosos, sus comuniones, sus fervorosos cantos y bonitas funciones diarias; las autoridades asisten á todo, mañana y tarde, y la iglesia de mi casa, que es de tres naves, toda llena de gente » (1).

Hé ahí las virtudes y los bienes que saca Dios de las pruebas y contrariedades que nos envía. Quiso más hacer que se obtuvieran estos triunfos por caminos tan extraños, que no el no permitir los males, dice, aun de los defectos morales, San Agustín.

Por lo que hace á nuevas expediciones, recordamos estar pendiente y que se va prolongando en demasía la apertura ó negociación de la casa de Santander. Allá endereza sus pasos la paciente fundadora, tocando primero en Ávila. En este punto hará la acostumbrada estación del tríduo, para todos instructiva y provechosa, pues el Prelado le daba hasta facultades de visitadora de los conventos, y ella, con su discreción y piedad, lo tornaba todo en ganancia de las comunidades. ¡Cuántas religiosas conservan gratísima memoria de su celo!

La Pascua de Mayo tocó este año al venerable Pre-

(1) El Obispo de Ávila debió de ofrecerle el convento de Santo Tomás para tan triste coyuntura, pero que ella, delicada en extremo, le suplicó consultara bien el ofrecimiento. Bien pensado, le repitió la oferta de parte de su Palacio, la deshabitada y con puerta peculiar. Por medio de la Intendencia Real dió igualmente las gracias la Madre á los monarcas por sus liberalidades.

lado de Zamora, «tan fino y tan atento» D. Bernardo Conde y Corral, quien la confesaba en su capilla.

Esta parece ser la ocasión en que acompañó, desde Avila á Toro, á la sierva de Dios, D. Tomás Belestá, Penitenciario de Salamanca y luego Obispo de Zamora, que la había conocido en su colegio de Atocha, de Madrid. Siendo Prelado ya, dió relación de este viaje, declarando:

«Hice un viaje de Avila á Toro y Zamora, acompañado de la sierva de Dios, sucediendo que, al llegar á la estación, habían cerrado el despacho de billetes, teniendo que entrar precipitadamente en el tren. Llevaba yo un baulito con unos quince mil duros, de la pertenencia del Colegio de Cáceres; y no habiendo tiempo para facturarlos, lo entregué á una persona conocida, encargando me lo remitiesen á Zamora. Pensando después en la facilidad con que aquellos valores podían ser robados, por la pequeña llavecita que cerraba el baúl, me quedé muy triste; lo cual, notado por la sierva de Dios, me preguntó el motivo, y habiéndoselo yo declarado, se quedó algunos momentos recogida con el velo caído sobre el rostro, y luego me dijo:

—No tenga V. cuidado, recibirá V. el baúl intacto en su casa de Zamora.

—¿Quién le da á V. esta seguridad?—le dije yo.

—El Angel, me contestó la sierva de Dios.

Y yo añadí:

—Así sea.

A los dos días de estar en Zamora, no había parecido el baúl, y en mi ansiedad, fui á visitarla:

—¿Ha aparecido el baúl con los intereses?—me dijo Madre Sacramento.

—No, señora—contesté.

Añadiendo ella:

—Pues no desconfíe V., que lo recibirá sin menoscabo de cuanto tiene en él.

Efectivamente; el día siguiente, á la llegada del tren, se presentó un hombre con el baúl; el cual, registrado, hallé intactos los papeles, según había dicho la sierva de Dios.

Continuando este mismo viaje, dijo el P. Felipe Gómez, Provincial de la Compañía de Jesús, que también iba con nosotros, que tenía dispuesto el hospedaje para todos en Medina del Campo, donde pernoctaríamos; á esto, dijo la Sierva de Dios:

—No pernoctaremos en Medina, sino en Toro, once leguas más allá.

Se miraron los relojes, y se vió que la llegada del tren á Medina tendría lugar unas horas después de salido el tren que pasaba á Toro.

—Repito á ustedes, dijo la Sierva de Dios, que pernoctaremos en Toro y de ningún modo en Medina.

Llegamos á Medina, y me preguntó el jefe quiénes eran aquellas Religiosas que conmigo venían, y al saber que era la Vizcondesa de Jorbalán, se acercó á ella, diciéndola:

—Tengo orden de mis superiores de ofrecer á V. cuanto necesite.

—Lo que únicamente deseo (dijo M. Sacramento) es ver si podemos salir esta tarde para Toro.

—Sí, señora, contestó el jefe; precisamente ha habido un extravío en el tren, aunque sin desgracia alguna, y se está preparando, después de un retraso de horas, el que nuevamente se ha tomado, y saldrá dentro de poco para Toro.

Esto produjo en nosotros el convencimiento de ser éste un hecho extraordinario ».

El Sr. Obispo de Zamora dió el encargo á M. Sacra-

mento de visitar y favorecer á las religiosas de la *Congregación del Amor de Dios*, establecidas en Toro, á las cuales se presentó ella con el Secretario de Cámara y don Tomás Belestá. El Prelado se las recomendaba como una Santa Teresa; conservo cartas de ellas con recuerdos admirables de la virtud y discreción de espíritu de la sierva de Dios.

La Hermana Catalina de Cristo, que fué Secretaria también de la Superiora General, declara que se la comisionó para dictar estatutos á dicha congregación.

Quedó, escribe la Madre, la fundación de las «Hermanas del Amor de Dios» establecida y corriente, y yo ya demás aquí (1). El 17 de Mayo salía para Valladolid y Santander.

En estas mismas cartas, dirigidas á las Superiores de Valencia y Barcelona, les manifiesta haber adquirido una casa de campo, de holgura para cincuenta personas, en el pueblo de Pinto, á media hora de Madrid en tren, y de una capacidad la huerta de doce fanegas. ¿Fué donación? ¡Ay! lastimábase ella de que se olvidaban los potentados de sus desamparadas. Pero la peste acababa de visitarlas, y á todo trance quería estar prevenida.

Camino del Calvario. — Devoción á la pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Hallábase esta amiga de Dios, M. Sacramento, en Zamora cierto día oyendo misa, con el recogimiento de costumbre, y al llegar al evangelio, escucha la pregunta del Salvador al Príncipe de los Apóstoles: *Pedro, ¿me amas?*

La amante discípula de Jesucristo creyó que la pre-

(1) Á María de Jesús, Zamora 17 Mayo de 1864.

gunta se dirigía á ella, y sonaba en sus oídos, y resonaba el eco en su pecho: *Sacramento, ¿me amas?*

Repetía, desde luego, con el Apóstol de la fé: «Te amo, tú lo sabes» (1); y seguiría pregonando con San Pablo: «Anatema sea quien no ama á Cristo Jesús» (2).

En verdad, las Sagradas Letras nos recuerdan que «así amó Dios al mundo que le entregó á su Hijo, quien murió por nosotros, siendo enemigos y ofensores suyos» (3).

«Me hirieron estas palabras tan en lo íntimo del corazón, advierte, como si en aquel momento fuesen dichas á mí, y sentía como un fuego cada vez que repetía:—*Tú sabes, Señor, que te amo*, y sólo á tí siento que amo en el mundo; por muchos días, más de un mes, me duró el recogerme con estas palabras, y á veces en la oración prorrumpía en palabras amorosas al Señor, que recogían sobremanera á la que venía conmigo, y hablaba luego de Dios con tal calor, que salía fuego de mis ojos y cara, y debió chocar alguna vez al Obispo y demás; y lo dejaba cuando caía en la cuenta, haciéndome violencia».

Estas enseñanzas y los pasajes todos de la pasión de Jesucristo, suspenden y arrebatan constantemente el corazón de los fieles, á cuantos mueve el espíritu de la piedad y la luz de lo alto; y nosotros no podemos menos de estudiar á nuestra biografiada, al seguir tras las huellas ensangrentadas del Salvador, con un amor cual revelan las respuestas á la pregunta del evangelio, y una perseverancia y firmeza como pregonaba íntegro este libro.

¡Un calvario! Es todo el cuadro de la Pasión sacro-

(1) Evang. de S. Juan, cap. XXI, v. 15-16.

(2) Primera á los de Corinto, cap. XVI, 22.

(3) Evang. de S. Juan, cap. III, v. 16.—A los Romanos, capítulo V, 8.

santa, centro de las aspiraciones espirituales, blanco de los amores puros, cátedra de toda enseñanza virtuosa, baluarte de toda enemiga asechanza, refugio de almas justificadas y amparo igualmente de las pecadoras. Ante un crucifijo, con sólo el Redentor amante y generoso, que vierte su sangre por los hombres, y abre sus brazos cobijando al mundo, los ojos vueltos al Padre para pedir indulgencia por sus verdugos... es fuerza caer de rodillas, arrasados los ojos en lágrimas y abrazando el madero de la cruz, para pronunciar las ardorosas palabras de Jacob: *Non dimittam; no te soltaré jamás.*

La M. Sacramento encendía, de continuo, los afectos de su alma con la consideración frecuente de los rasgos de amor de Jesucristo, manifestados especialmente en los días inclementes é implacables de su pasión.

«La sola presencia de las imágenes de Cristo Crucificado producía en ella tales emociones, que la hacían prorrumpir en copioso llanto, lo que he presenciado muchas veces, declara Corazón de María. El objeto de nuestras frecuentes conversaciones era la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, edificándonos á todas la grande aflicción que sentía á la consideración de las penas que sufrió...»

«Su devoción á la imagen de Jesucristo manifestóse también en que llevaba, y ordenó en la regla de su Instituto que todas las Hermanas lleváramos dicha imagen en lo interior, como parte de nuestro hábito, con el objeto de que en nuestras habituales ocupaciones, visitas y demás actos de la vida pudiéramos elevarnos á Dios con actos de amor, asiéndole disimulada y fervorosamente con la mano» (1).

Ella recorría con ternura y recogimiento el ejercicio

(1) En el *Proceso de información de virtudes, etc.*

del *Via-Crucis*, y se unía en espíritu á aquellas buenas mujeres y discípulas de Cristo, que le seguían sus pasos; y le limpiaban, como la Verónica, el sudor de su rostro; y se lamentaban y lloraban por las ignominias y tormentos, á que condenaban al más inocente y justo de los hombres. ¡Oh qué pensamientos le nacían ante estos gemidos, y esta varonil presencia de las fieles seguidoras de Cristo! «Vefase obligada á interrumpir las oraciones, por la emoción que la embargaba» (1).

Especial devoción le inspiraban asimismo las llagas santísimas de Cristo (2), y por sus repetidos ruegos alcanzó del Prelado de Barcelona, D. Antonio Palau, que compusiera cinco oraciones, en tal forma que la consideración de cada llaga fuera correspondiente á los cinco votos con que ella estaba vinculada al divino servicio, los tres de toda religiosa, el de no cometer á sabiendas pecado venial, y el de ejecutar siempre lo que entendía ser más perfecto á los ojos de Dios.

Diariamente practicaba ella este piadoso ejercicio, y lo hacía practicar por las Hermanas; y para extenderle entre los fieles, imprimió un libro que llevaban con cuidado, y lo repartían profusamente en los viajes.

Siendo esta devoción de la Pasión de las más fructuosas y más agradecidas de Jesucristo, remunerera el Señor á sus amantes con mano generosa; el afecto y amor que en ella se le consagra.

La M. Sacramento aparece también distinguida y predilecta en estos regalos de la bondad divina.

(1) Hermana Corazón de María,

(2) La Hermana Catalina de Cristo refiere que en Zamora, viendo sólo el exterior de un libro sobre la Pasión del Señor, y advertir que carecía de licencia eclesiástica, le presentó al Prelado, resultan lo lectura heterodoxa.

Oigamos los ecos de sus sentimientos entrañables:

«Meditando la pasión en el sagrario, suelo tener gran dolor, no sólo de mis pecados, sino de los ajenos, lo que me hace buscar medios para que se conviertan muchas almas y amen al Señor; y suelo sufrir mucho meditando su Pasión, y lloro con amarga pena siempre que hago el *Via-Crucis*: esta pena tiene algo que no es natural, porque dura y deja un fervor muy especial, que influye para toda la vida.

Estando en oración, de pronto sentí como si tirasen del alma y como si yo quisiera ver quién, y como me hallé con el Señor en cruz y como en medio del mundo, y manaba de sus llagas como un río, y no sé cómo hallé una conexión con el río de gracias de mis ejercicios, y entendí era la sangre de Jesucristo el río que me las repartía, y lo entendí muy claro y bien; pero no lo puedo explicar como lo siento. Comprendí, que cuando el Señor la derramó en el Calvario, fué por la redención de este mundo que Dios veía; y per... de su Padre (que no sé ya el término), si *justicia* ó cosa parecida; y que ahora quedan estas llagas patentes, porque derrama sus gracias por todas ellas y en todas direcciones, como los ríos distribuyen sus corrientes; y sin palabras conocí que había muerto el Señor en alto, para que de todos los puntos de la tierra lo vieran y tomasen parte todos los séres; y que habían sido taladradas sus manos de parte á parte, para que en las cuatro partes de que se compone el mundo, salieran sus gracias sin dificultad ninguna en todas direcciones, según que su misericordia las distribuye, y según se buscan y piden. Parece que á medida que lo escribo, pierde de como lo ví. El corazón no estaba traspasado, entendí para que fuese morada de las almas al fin de la vida, y entendí por qué fué al fin de

la pasión el abrir su corazón. Mucho entiendo en esto, pero no se puede explicar; y si dejo la pluma, se renueva este conocimiento; y al tomarla, desaparece todo, y no lo puedo escribir!... Pero está mi alma inundada de un gozo suave, de paz y calma muy dulce, pero no tan pronunciado como en otras ocasiones.

Como sentía y siento gran pena de que no amen al Señor, y de no amarle yo como debo, siento en esto gran ansia, es una mezcla difícil de explicar para mí. Como el término del que le ama es su corazón.

Estando una noche en oración, tenía en la mano mi crucifijo y sentí salir de su corazón unos latidos, que me recogieron sobremanera por largo tiempo y gran gozo.

Recuerda luego los latidos del crucifijo en 1856, tiempo de hondas amarguras.

Y véase cómo le llevaron el encanto de sus ojos, el crucifijo, y se introdujo él por manera obvia en el colegio de sus afanes, según dejamos narrado:

«Se llevaron un crucifijo que me habían dado, y murió el dueño y no dejó dicho era un regalo, y después de seis años vinieron por él; y como el colegio lo sintió y lloró de pena, yo como estaba pobre, pedí al Señor nos enviara uno, que era una necesidad; y al día siguiente recibí una carta del Sr. Obispo de Segovia, que no me conocía, diciéndome que había un crucifijo que se quería venir á esta casa, y llegó, aunque en mal estado; compuesto quedó muy bien. Cuando rezaba yo á este Santísimo Cristo, se me figuraba que le veía abrir y cerrar los ojos, y me daba un estremecimiento; se lo dije á Caridad, que vió lo mismo que yo, y sucesivamente todas veían lo mismo sin decirles nada de antemano; y al rezar la oración: *Miradme, ¡oh mi amado y buen Jesús!* los abre aún; se mandó callarlo, porque al-

guna se lo dijo á su confesor, y cerciorados éste y el P. Carasa, mandaron callarlo por temor de que se abusara » (1).

Y en la descripción de los ejercicios espirituales de Valencia, de 1862, en el día sexto, escribe:

« ¡El Señor se ha dignado hoy en la misa concederme una luz tan clara de las virtudes que ejercitó en un solo acto de su pasión, que me quedé aturdida! Su paciencia, su caridad, su celo, su amor, su sacrificio, su grandiosidad en el modo... no es posible escribir lo que se siente, no hay términos: yo veo que, no sólo no conozco las virtudes, sino que ni los nombres de las que el Señor practicó son aún conocidos: ¡qué lejos estoy yo de la virtud! ¡que este conocimiento no me haga desmayar, Señor! ¡cuántos grados en cada una de las virtudes! ¿qué daría yo para poder conservarlo en mi corazón, y que no se borrara? ¡Dios mío! ya que no me das á conocer mis pecados, como deseo, me das á conocer tus virtudes en un solo acto de tu Pasión. ¡Oh! este es el mayor favor de mi vida; no deja duda, no; yo he visto lo que no tiene nombre humano... ¡Estoy muerta! ¿á mí este conocimiento? que ni sé cómo vino... cual el aire que se respira, que no se sabe de dónde viene: ve-

(1) *Cuadernos autógrafos* de la Madre. La declaración de la Hermana Corazón de María acerca de estas mercedes, queda trascrita en la página 114, siguiendo el curso cronológico.

Pláceme agregar en nota algo que también ella añadió como reflejo y eco de esta emoción:

« Alirme al oratorio, y meterme en el sagrario como de costumbre lo tengo, que cabe el alma muy bien, perdí el juicio en expresiones de amor, como un alma que ha estado presa y le dan libertad. Me dormí, aunque sin perder la presencia de Dios, ni dejar de hacer actos de amor. Este sueño me dió dolor de cabeza: no sé explicar más, ni lo entiendo: puede ser natural y cabe que no lo sea ».

nía como un ambiente, que dejara el sacrificio de la misa: como una luz, que ella esparce. Este sacrificio deja esta luz con que yo vi: ¡lo vi! Lloro de gozo y pena: ¡no sé qué me pasa! »

Nosotros sigamos, paso á paso, las huellas ensangrentadas del Redentor, y no le desamparemos en tiempo de su pasión y martirio, que del árbol de la cruz penden nuestro rescate y libertad; del costado de Jesús brotan los sacramentos regeneradores, la salud y la gracia.





CAPÍTULO XXV

LOS CINCO VOTOS.—RENOVACIÓN DE ELLOS ANTE EL SEPULCRO Y CORAZÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS.—VISITA AL SANTUARIO DE ALBA DE TORMES.

(1864)



HAMOS mencionado, con motivo de la devoción á la pasión del Salvador, en el anterior capítulo, los cinco votos con que Madre Sacramento estaba consagrada y adherida á su Dios y Señor. Estos vínculos sagrados, holocausto del alma, requieren su punto y vista de luz, y su marco de realce: ¡si constituyen lo más encumbrado y sorprendente de los santos!

«El Señor quería de mí, confiesa su sierva, que le hiciera cinco votos, uno á cada llaga, hace ya tiempo, y lo tenía olvidado». En verdad, de inspiración y convite del divino Espíritu debe partir el propósito de dedicar al cielo esta árdua oblación.

Y en los ejercicios del año 1861, cuando la fundación de Barcelona, el Señor la movía y hacía fuerza para que los pronunciase. Recordando que precisaba la facul-

tad del Director, no se lo desaprobó éste, con condición de que no se obligara á pecado y los renovase cada año.

Ya tenía de costumbre, y ofrecido á su Dios, hacer siempre lo mejor y más perfecto. Después se consagró con los tres votos perpétuos de religiosa, conviene á saber: el de obediencia, pobreza y castidad; y ahora parece les agrega el de no cometer falta venial deliberadamente.

« Al encontrar los cinco votos, que yo creo tener una seguridad quiere el Señor de mí, no me cabe de gozo el corazón en el pecho, porque yo no atinaba á conocer lo que quería; y anduve á tientas en muchas cosas por atinar; y esto mismo no me atrevía ni á proponerlo, ni aun cuando en cabos sueltos veía era esto para lo que el Señor apremiaba. El Señor quiere algo, decía yo á mi confesor; lo someteré al juicio de V.; y á pesar de mi gozo, si me dice que no es bueno, con gusto le obedeceré, que puso Dios una obediencia en mi corazón, que no sabré darle gracias... »

« Mis cinco votos los hago yo con una alegría sin igual en manos de la Virgen Madre mía Dolorosa, que herí yo con mis pecados; los llevo también al Señor Sacramentado, que para mi seguridad me da á entender los tendrá siempre á la vista ».

Estos votos los hizo perpétuos en Santa Clara, de Barcelona, al Santísimo, en presencia del Rmo. Abad de Monserrat, P. Muntadas, y con anuencia del Sr. Claret y del Obispo diocesano Sr. Palau, su confesor allí.

Río de gracias, declara la sierva de Dios que le ofreció el Señor por sus cinco votos, y por entregar el cuaderno de sus favores; mas no se había pasado un día, consigna en 1862, en que no uno, sino muchos favores especiales recibía de lo alto, tanto que el Rmo. Sr. Palau la aseguraba no había visto que el Señor regalara con

tantas mercedes ostensibles á un alma, que, por tanto, le era deudora de mucho caudal (1).

Al entender en el fondo de su alma que Dios le daría el río de gracias, ereyéndolo más bien fantasía suya, dijo al Señor: —¿y por qué no un mar?— y sintió de un modo profundo que se le respondía: «porque te las daré por varios conductos y en distintas ocasiones, como los ríos distribuyen su corriente».

La Madre expresa que obtuvo la anuencia, aun del ausente Rmo. P. Claret, para ofrecer sus cinco votos, que ciertamente era muy justo y discreto el consultarle para negocio tan grave, siendo confesor ordinario, y probable es que en ello mediara el consejo del Prelado de Barcelona.

Como, al parecer, no gustaban al Venerable las repetidas cartas, conociendo la Madre su inclinación y estilo, debió esta vez de suplicar respuesta *por amor de Dios*. Y el venerable Prelado la contestó, como á continuación puede saborear el lector, que es la carta con que dijimos enriqueció su cartera la Fundadora al tiempo de la erección de la de Barcelona, en aquel mes de Noviembre, caudaloso venero de gracias:

«*Señora Madre Sor Sacramento*.—Madrid, 19 Noviembre de 1861.—Muy apreciada Madre en Nuestro Señor Jesucristo: He recibido la de V. del 17 del corriente mes, y como me pide por Dios que le conteste, lo hago di-

(1) En el mismo lugar de los cuadernos manuscritos de la Madre, de donde tomamos estos datos, añade textualmente: «Por obedecer á mi confesor, que me lo exigió, rompí éstos; pero llorando afligida, me ofreció el Santísimo arreglarlo, y que los cumpliera; á lo que el confesor no se opuso, y éste me consuela, pues yo los hice para toda la vida, y noto me han servido mucho: no le dije esto, porque no quiere le dé cuenta de estas cosas, que las duda». Este ha de ser el antiguo suplente de Madrid.

ciéndole que me parecen bien los tres y los dos votos, que son cinco, en memoria de las cinco llagas, que, como sabe, es mi devoción favorita, y para que V. las ejercite con más mérito, lo hará de la siguiente manera: puesta delante del Santísimo Sacramento, ya sea manifiesto, ya encerrado en el tabernáculo, considere que lo ve, como clavado en cruz (San Miguel dijo un día á un alma devota (1), que de esta manera era como gustaba Jesús ser contemplado en el Santísimo Sacramento), tome con reverencia y devoción su mano derecha, adórela y rece despacio el *Padrenuestro* y *Ave María* y ofrézcale el voto de pobreza; luego á la mano izquierda, y ofrézcale el voto de castidad; después pase á la llaga del pie derecho, y le ofrecerá el voto de obediencia; hará lo mismo al pie izquierdo, y ofrecerá el voto de hacer siempre lo mejor. Note bien lo que digo, estos dos votos corresponden á los pies; así como con los pies caminamos, así toda su marcha ha de ser por obediencia si quiere alcanzar la bendición de Dios, y además, si quiere merecer mucho en todas las cosas, ande siempre con la rectísima intención de hacer siempre lo mejor.

Finalmente, se acercará á la llaga del costado, que es la llaga del corazón: dígame que le ama de veras, que prefiere sufrir mil muertes antes que cometer una falta, aunque leve, advertidamente. Por último, rezará un *Padrenuestro* y *Ave María*, que con los cinco primeros serán seis, que componen la estación mayor: aquí deseará comulgar y, en efecto, comulgará espiritualmente y pensará entonces que no vive en V., sino en Jesús y que se halla como una barra de hierro metida en la fragua, que se derrite y se amolda á la voluntad del artífice; así usted se ha de caldear en el amor de Dios, y se ha de

(1) Que bien podía ser el mismo que escribe.

derretir y amoldar completamente á la voluntad de Dios. Hágalo así y verá lo que le pasará; V. misma no se comprenderá, ni me lo sabrá explicar, pero yo ya lo sé lo que le pasará, aunque no siempre, por más veces que lo repita.

Mucho me alegro. Hoy hemos tenido besamanos; los señores están muy buenos; ayer noche los ví y hoy también; yo voy pasando con mis amarguras madrileñas; en todas partes estoy alegre menos en Madrid, es mi calvario; sin embargo, no quiero bajar de la cruz hasta que me desclaven. Mi capellán, D. Carmelo, de resultas de haber ido á confesar un enfermo de viruelas, se le pegaron, y ha estado quince días en cama: ayer empezó á levantarse. Tenga la bondad de dar expresiones al señor Obispo, que somos muy amigos y le quiero mucho. Expresiones á todas las compañeras que ahí tiene; dígalas que me encomienden á Dios, y V. con ellas, y mande á su afectísimo servidor y capellán—*El Arzobispo de Trajanópolis*.

Ahora nos sorprenderá dónde y por qué inspiración renueva estos admirables votos la Fundadora de las Señoras Adoratrices.

Tal era el hervor de su alma por adherirse á los vestigios y los recuerdos de Santa Teresa de Jesús, que no satisfecha con venerarla en la cuna de su nacimiento, y la cuna también de sus reformas y magnas empresas, anhelaba ansiosa honrarla y bendecirla al lado de su corazón incorrupto.

«Muy señor mío y mi amigo y mi ángel de guarda: escribía desde Burgos al Sr. Ferreiro, Arcipreste Secretario del Obispado de Zamora: El 6 de Junio saldré para Toro, para ir á ver el corazón de mi maestra y Madre Santa Teresa; dígaselo V. al Sr. Belestá, y él nos dirá

cómo haremos el viaje. Si V. nos hace una visita en Toro será un gusto recordar la gente de ese Palacio » (1).

Proponíase traer de compañera á la hermana Rosario.

Ferreiro salió al encuentro de la Madre, y la acompañó desde Toro á Zamora, Salamanca, Alba de Tormes, y á la vuelta por Salamanca y Medina del Campo hasta dejarla en Palencia en el Palacio episcopal (2).

En Salamanca permaneció un par de días incompletos, y fué obsequiada hasta del Gobernador civil, habiéndose hospedado en casa de D. Vicente Cedrón, sobrino del anterior Obispo, Sr. Varela. El Prelado á la sazón, señor Rodrigo y Yusto, se hallaba de visita pastoral (3).

Les acompañó á visitar los conventos y monumentos de la ciudad, como también en Alba, D. Fernando Iglesias, Beneficiado de la Catedral y familiar antiguo del Emmo. La Puente. Es testigo viviente, y nos atestigua cómo al visitar la Catedral y la iglesia de San Esteban, se emocionó de tal manera la sierva de Dios, que de seguida se postró en la presencia del Sacramento, edificando á todos los circunstantes. Después observaba la grandeza del monumento visitado, dando claras muestras de sus conocimientos del arte arquitectónico, y pro-

(1) 27 de Mayo de 1864. Repite desde Burgos el día 3 que salía de allí el 6 para Alba de Tormes.

(2) Decláralo como testigo en el *Proceso de información* en orden á la beatificación de la sierva de Dios, el cual nos refiere varias otras noticias de esta visita á Alba de Tormes. El Sr. Belestá no aparece en este viaje, ni él habla de ello en su declaración.

(3) De Salamanca se lee una carta de la Madre dirigida á la Hermana Espíritu Santo, de Barcelona, con fecha 19 de Junio. No se refiere á esta visita, ni á relación alguna del viaje ni cosas de esta ciudad.

curando sacar motivo para engrandecer á Dios y su Iglesia santa. Se detuvo especialmente en la inspección de la Catedral Vieja, de Santo Domingo, la Clerecía, conventos de las Agustinas y las Franciscas descalzas.

Ante esta comunidad dejó recuerdos indelebles de su humildad y penetración de espíritu. Apenas salió la comunidad al locutorio, la virtuosa adoratriz la recibió y saludó de rodillas, y consoló á las hijas de San Francisco, vaticinando que en breve tiempo se aumentaría aquella escasa comunidad; y en efecto, pasados dos años no más, era ya respetable por su número.

Un día solamente se detuvo en Alba de Tormes, alojada en casa de D. Gaspar Escudero, y fué el 19 de Junio.

Oída la santa misa ante el sepulcro de la Santa, en la cual comulgó, veneró luego las reliquias del transverberado corazón y el brazo de la Seráfica Doctora. Y parecía haberse quedado extática por algún tiempo. Al salir del arrobamiento, declara el Sr. Iglesias que la oyó pronunciar estas palabras: «Infúndeme, oh Santa mía, una chispita del grande amor que tuviste á nuestro buen Jesús; alcánzame el dón de la perseverancia».

Postrada ante aquel relicario de santidad, fué acogida con mercedes extraordinarias por Teresa de Jesús. Como Santo Domingo de Guzmán favoreció con ilustraciones y consuelos á la restauradora del Carmen en las cuevas de Segovia, así ésta, desde la apacible mansión de la luz y de la verdad, confortó en sus propósitos á la Fundadora del siglo XIX, y la encendió más en la llama del divino amor, alentándola á sacrificarse como hostia viva en los altares de la cruz y del Santísimo Sacramento. Por inspiración de la Santa renovó ante sus incorruptas reliquias sus votos religiosos, y el árduo de no cometer pecado venial con advertencia, y el más alto y meri-

torio de hacer siempre lo que estimara más evangélico y perfecto (1).

Con ello seguía las luminosas huellas de la Virgen castellana, y demostraba que la asistencia del Espíritu Santo la confortaba con luces y gracias, según habían explicado estos heroísmos los doctores salmanticenses, al dilucidar el voto de obrar siempre conforme al ideal más perfecto, de la mística Doctora.

Las Carmelitas de Alba, custodias del cuerpo virginal y santo corazón de su ínclita Fundadora, recuerdan bien la visita de M. Sacramento y de su compañera Hermana Rosario, así como el día de entrada en la clausura, y el recogimiento y devoción con que penetraba en aquel recinto santificado por la presencia y oraciones de la gran Teresa, y especialmente en la celda desde donde voló al cielo, donde todavía se distingue la ventana de la Compañía de los Santos Mártires, que se menciona en su muerte. Si allí aun las almas tibias se enfevORIZAN y perciben como fragancias de los cielos, vislumbrando delicias de la vida verdadera de arriba, ¿qué emoción y trasportes experimentaría en aquella cámara augusta esta alma, toda áscua del divino amor?

No han dado al olvido las religiosas susodichas el modesto, y más bien pobre hábito, remendado y limpio, lo propio que el apacible y grave rostro, trabajado ya, de la nueva fundadora, al honrar su clausura y vivir corto espacio con ellas, así como tampoco la finura y piedad de la Hermana Rosario.

Aprovechándose de las luces que advirtieron brillaban en su espíritu, le consultó alguna Carmelita, que ansiaba una nueva fundación, si sería oportuno el establecerla ya en Oviedo. Tomándose algún tiempo para

(1) Ferreiro, tomalo de labios de la misma sierva de Dios.

contestar, respondió la sierva de Dios, al fin, que le parecía no era la voluntad de Dios por entonces, sino que más tarde se inspiraría este pensamiento á otra persona. Y tal se cumplió en 1884, por su amiga Leocadia Zamora, transformada en Carmelita en el mismo convento de Alba de Tormes (1).

El mencionado compañero Sr. Ferreiro recuerda en su declaración cómo fué la Madre comisionada por los Prelados de Zamora y Salamanca para visitar los conventos de Religiosas; y acaecía que pronto echaba de ver los destellos de observancia, que se reflejaban en el locutorio, y las sombras que la pudieran empañar, dirigiendo luego á solas á las Superiores palabras de animación y discretas advertencias, no acertando á despedirse de las puertas regladas sin recomendar á todas, con vivo encarecimiento, el aprovecharse de la presencia de Jesús Sacramentado, á quien tenían día y noche en su trono de amor (2).

Vuelta de Salamanca á Medina del Campo en diligencia, cuando divisaba alguna iglesia ó torre, y se clareaban los resplandores de las lámparas, exclamaba fuera de sí: «¡allí está Jesús, mi amado! ¿No lo ves?—decía á la Hermana Rosario. ¡Allí está, y solo! ¡qué lástima! ¡y no podemos acompañarle!»

Y le dirigía su salutación ferventísima, encomendándole los piadosos negocios del viaje, y la felicidad de la comarca donde se alzaba la iglesia saludada.

De los sagrarios presentía salir el aroma santo que embalsama el mundo católico.

(1) Que es la declarante, mientras que la religiosa que consultaba, M. María Teresa, se hallaba de Priora en otra reciente fundación de Ledesma al inaugurar la de Oviedo.

(2) En algún punto abrazaron la vida común por exhortaciones suyas las Comunidades.

En las paradas de las estaciones, y en los coches-diligencias, con los dones naturales de que estaba dotada y el atractivo de su gran virtud, preguntaba y enseñaba la doctrina á los empleados, mayores y zagales, y los excitaba al amor de Dios y arrepentimiento de sus culpas; y les distribuía hojas, medallas y libritos piadosos, siendo escuchada con atención y complacencia de estas gentes, por lo común tan despreocupadas (1).

Al tocar en Medina eran las tres de la madrugada. La Madre manifestó al Sr. Ferreiro su deseo de oír misa y comulgar como todos los días, porque sería tarde para lograrlo en Palencia, á donde se dirigían. Era preciso aprovechar el tiempo; el tren salía á las cuatro de la mañana, y Ferreiro se echó por aquellas calles sin conocer la población, y guiado solamente de una luz que brillaba en una ventana. Preguntó por el párroco de la iglesia, cuya torre se divisaba, y contestaron que vivía lejos; mas en cambio estaba cerca la casa del sacristán y era quien tenía la llave. Tomadas algunas señas y dirigiéndose á la ventura por calles y callejuelas, la puerta donde primero acertó á llamar, era la buscada. Se celebró la santa misa, y se recibió el pan de los ángeles. No quiso el cochero aguardarlos á la puerta de la iglesia para ganar tiempo, no obstante de acompañarle D. Francisco Ramos, párroco de Salamanca y amigo de Ferreiro (cándido en extremo, como que este era su primer viaje) (2); mas el tren se detuvo lo preciso para montar,

(1) Los periódicos de aquella época llamados progresistas, y entre ellos *La Iberia*, dieron la voz de alarma por este hecho tan sencillo, llamándola fanática y agente de los neo-católicos.—*Ferreiro*.

Las Teresas de Jesús no son hojas de árboles, para comoverse á tan poco viento.

(2) La Madre bautizó en su buen humor á Ferreiro con el sobrenombre de Fr. Modesto, y al guardián Ramos, de Fr. Cándido.

y la Madre halló intacto un saco donde llevaba algún caudal para la fundación de Santander, que por la precipitación lo había dejado abierto. Se deshacía luego en hacimiento de gracias al Señor, por regalarla con estos amorosos obsequios de su providencia.

Al dejarla á la buena sombra del Prelado de Palencia, Ilmo. Sr. Fernández Andrés, el buen Ferreiro confiesa que se le saltaron las lágrimas. ¡Y si hubiera sabido que no la volvería á ver en la tierra!





CAPÍTULO XXVI

LA ESCLAVA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO



L. Arcediano de Zamora, Sr. Ferreiro, nos acaba de manifestar los raptos jubilosos y endechas amorosas que las siluetas de los campanarios de los pueblos suscitaban en los ojos y el corazón de la M. Sacramento.

Es cuadro bello: ganar los espacios con el correr del coche ó el volar del tren; y de uno y otro costado entrever las torres de las aldeas, que ya se aproximan, ya se alejan, é ir mandando reverencias y saluciones al divino huésped de los modestos templos, al paso que se vislumbran las nubes radiantes de bondades que esos sagrarios emiten para embalsamar este valle de peregrinación y tierra de abrojos. ¡Cómo las almas grandes vuelven á Dios el honor de los adelantos prodigiosos de la ciencia!

Este recuerdo nos estrecha á dedicar capítulo entero á este entrañable amor de la sierva de Dios á la hostia santa del altar. En el tejido de la historia de la insigne Micaela, quedan descritos innumerables episodios y lances relativos al adorable Sacramento; pero es tan rica

la joya, y caudalosa la vena de su devoción eucarística, tantas y tan preciosas sus fases y cambiantes, que es menester contemplarlas á todas luces, y embriagarse también en el aroma de mil delicadezas inestimables.

Comencemos por destapar el fuego que se albergaba en su pecho, y las llamaradas que discurrían por sus ojos y sus labios, para que estimando su vehemencia, alcancemos entender los vuelos de su espíritu.

Doña María Asenjo de la Peña, educada en su Colegio, nos atestigua cuanto nosotros pudiéramos imaginar sobre este punto, conviene á saber: « que la devoción al Santísimo Sacramento de la sierva de Dios era su embeleso; que siempre le llamaba el amor de mis amores, mi amado, el esposo de mi alma, mi quitapesares, mi consuelo... » y no pronunciaba estas frases por captarse vanas admiraciones, sino para desahogar los afectos de su alma, quejándose de tener el corazón demasiado pequeño para amar á su Dios, excelso é incomparable.

La Hermana Corazón de María conocía otros sobrenombres con que invocaba y clamaba al Señor, verbi gracia: llamábale «el Superior del Instituto»; y á Él acudía en toda ocasión á consultar sus perplejidades, y el Señor le revelaba las imperfecciones que se cometían en la casa y otros muchos accidentes.

La adoratriz, hermana Eulalia, confirma igualmente que hablando de Jesús Sacramentado, decía como transportada: «Él es mi vida, mi alimento, quisiera tener mil corazones, pues es poco uno, para quererle y adorarle. En su presencia se encuentra la paz, la alegría y el consuelo. ¿Por qué hemos de buscar otra cosa, si con su presencia lo tenemos todo? Á mí, añadía, me gusta estar muy cerca del sagrario, porque se percibe un cierto calorillo, ¿no lo percibís vosotras, hijas mías?

Yo misma, si pudiera, me cultivaría un campo del

mejor trigo, para hacer las hostias en que he de ver á mi Dios ».

Á ratos exclamaba: « ¡Qué dicha, hijas mías, haber sido llamadas para hacer la corte á Jesús Sacramentado! ¡Qué alegría siento, cuando durmiendo muy cansada, me llaman para hacerle compañía, y desagraviarle de las muchas ofensas que recibe! » Otras veces nos decía: « ¿sabéis lo que quiere decir Adoratriz y Esclava? Adoratriz significa que debemos adorar á Jesús Sacramentado, no sólo al pie del altar, sino en todas nuestras obras y en cada uno de los instantes de nuestra existencia, que para esto llevamos la custodia pendiente del pecho, recordándonos que debemos adorarle y desagraviarle de los desdenes y ofensas que á cada paso recibe de sus ingratas criaturas. ¡Esclavas! ¿qué es una esclava? es una persona, que está siempre sumisa á su Señor, del todo consagrada con rendida voluntad al servicio exclusivo de su Dueño, y así deber nuestro es, entregarnos en cuerpo y alma en servicio de amor á Jesús Sacramentado » (1).

El papel de escribir lo usaba timbrado con una custodia por sello, de pedestal de ella la corona vizcondal, y hacía campear esta inscripción: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*. « No se agradaba con que en el día de su santo se le destinaran otros regalos que los adecuados para adornar la capilla ó altar, pues en esto sólo ponía sus delicias » (2).

Declara Hermana Monserrat, que « al principio de la fundación del Instituto llevaba la Madre sobre el pecho una custodia de oro, la que luego sustituyó por otra de

(1) Hermana Corazón de María.

(2) *Ibidem*.

plata, atendiendo á sus deseos de mayor pobreza y humildad».

«Por su grande amor á la Eucaristía ordenó que sus religiosas se saluden, al encontrarse, con la jaculatoria *Alabado sea el Santísimo Sacramento*; inscribir que como enseña figurase en todos los tránsitos de sus colegios y como sello en el papel; que se llevase una pequeña custodia como distintivo en el pecho de sus hijas; formando parte de su hábito, y hasta lo puso como marca en las ropas de la Comunidad, á fin de que todo le trajera á la memoria el objeto predilecto de su amor» (1).

En orden al celo por el decoro de la casa de Dios, según lo amaba y cantaba David: «Señor, amé el decoro de tu morada», nos lo manifestarán sus amigas ó las hermanas y colegialas, en precioso ramillete de testimonios.

«Tocante al culto era tan pulcra, que no consentía se usara el purificador más que una vez, ni que un cirio, que se hubiese encendido se encendiese segunda vez, sin limpiarlo, diciéndonos á este propósito: «¿Si mañana convidárais á comer á un personaje, os atreveríais á presentarle una servilleta que ya hubiese sido usada? Pues no se trata de cualquier personaje, sino de Dios» (2).

«Aunque tuvo grandes apuros, jamás quería economizar cosa alguna en los ornamentos, decoro y hermosura del culto; con sus brillantes fabricó magnífica custodia, diciendo, «que mejor que en su cabeza y pecho estaban los diamantes sirviendo de trono al Señor», y muchísimas veces la vi llorar de alegría al adorar á la Divina Majestad, colocada en dicha custodia. Tan noto-

(1) Hermana Felipa, también adoratriz.

(2) Hermana Eulalia, antes citada.

rio era su recogimiento en la capilla, que al principio de estar yo en el colegio, decíamos: «La señorita en la iglesia, parece un ángel», y últimamente añadíamos: «Madre Sacramento en la iglesia, parece un querubín» (1).

«Yo mismo vi, dice D. Anacleto Núñez, capellán de la iglesia de San Sebastián, de Guadalajara, que en las Carmelitas de aquella ciudad, al observar que usaban un terno de color de rosa, hizo la sierva de Dios una exclamación, y mandó cambiarle por otro encarnado, más conforme á la rúbrica».

Doña Leocadia Zamora, en religión M. Ana Teresa, presidenta de las MM. Carmelitas de Oviedo, confiesa: «Me consta, que era muy celosa y esmerada en el aseo y ornato de todas las iglesias de sus fundaciones. En una ocasión visitó la capilla de las señoras del Sagrado Corazón, y comparándola con la pobreza que según ella tenían las capillas de sus fundaciones, llena de santa envidia y desconsuelo, exclamaba, postrada ante el Santísimo: «¡Válgame Dios, Señor! ¡qué diferencia esto de aquello, no parece que soís el mismo aquí que allí! ¿Pues si no queréis mi obra, por qué no me lo manifestáis! Nadie me ayuda, Señor; todo es trabajo y contradicción».

S. M. la Reina Isabel II:

«Me consta, que por el amor que tenía á Jesús Sacramentado procuraba socorrer á las iglesias pobres, porque el Señor estuviera con todo decoro y esmero, y como en su Colegio me hacían muchas labores y ropas, la autoricé para que de las piezas de batista y encajes, hiciese lo primero corporales, y á eso las dos llamábamos *el diezmo*, en lo cual ambas teníamos grandísimo consuelo».

«Cuando en la iglesia de San Juan de Dios notaba algún descuido en la limpieza, sobre todo de las ropas

(1) Doña María Asenjo de la Peña, ya mencionada.

destinadas al servicio del altar, hacía que se llevasen á su colegio, donde se lavasen y planchasen, y decía: *Me traspasa el alma tanto descuido*; « si yo pudiera, cuidaría del aseo de todas las iglesias » (1).

« Se esmeraba en que cuantos concurrían á sus oratorios, guardaran allí la mayor compostura y circunspección, prohibiéndoles escupir, hablar y mirar á su alrededor, ni ejecutar cualquier otro movimiento que ofendiese al respeto que se debe guardar á los lugares santos » (2).

De nuevo la Hermana Felipa testifica: « Presencí el gran fervor con que se preparaba para la renovación de sus votos en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, barriendo personalmente, adornando, y algunas veces fregando la capilla en la víspera de dicha fiesta, y edificando á todas la humildad con que besaba los pies á las hermanas y colegialas, repitiendo en cada una de las osculaciones: *sea por siempre desagraviado el Sagrado Corazón de Jesús Sacramentado*, manifestándose en su semblante el interior incendio de amor divino, que la abrasaba ».

« Para el adorno de la capilla todo le parecía poco, pero especialmente quería que todo lo que había de estar en contacto con S. D. M., como sagrarios, copones, cálices y corporales, fuese de lo más delicado y precioso. Había cuatro sagrarios, tres servicios de altar completos é iguales, uno de oro, otro de plata y el tercero para diario, de metal blanco, siendo el primero del oratorio de su antigua casa. No permitía que en la capilla, se hiciese ninguna clase de ruido de puertas, bancos, toses, bostezos, etc. Á las que tosían, las mandaba á la enfermería para que no impidiesen á las demás oír las meditaciones, sermones ó rezos. Una vez que en la capilla bos-

(1) Hermana María Monserrat.

(2) Sr. D. Joaquín Muñiz y Blanco, Presbítero.

tecé ligeramente, me hizo besar el suelo delante de todas, por la falta de respeto.

Era tal su pulcritud en las cosas de Dios, que hilando por sí misma hilo finísimo para corporales, tenía en la rueca una esponjita mojada para humedecer la hebra, diciendo que era poco respetuoso hacerlo con saliva, como se acostumbra. Todo lo dicho me consta por haberlo presenciado» (1).

Por lo persuadida que estaba de que á Dios se debe ofrecer lo mejor, hizo labrar con los diamantes de las primeras adoratrices una preciosa custodia y copón; además buscaba los más exquisitos perfumes para la capilla, y cuidaba con mucho esmero que la harina y el vino para la consagración fuese de lo mejor y más preciado. Las hostias se confeccionaban en casa, y hacía que la Sacristana las cortara sobre una peanita de finísima piel, poniéndose para ello mangas y delantal blanco y guantes blancos, que no se usaban más que para esto, ni tampoco las tijeras con que se cortaban, teniendo preciosas cajas para guardar dichos objetos. Ninguno de los que servían para lavar ó planchar la ropa de la capilla, permitía que se usara para nada más.

La lámpara del Santísimo la tenía de plata sobre una columna de bronce dorado. En las procesiones del *Corpus* y Sagrado Corazón, iba con una bandeja de flores naturales perfumadas con ricas esencias, las que esparcía por el suelo en el momento de pasar la custodia, haciéndolo con un espíritu y recogimiento que parecía un serafín, causándonos á todas admiración» (2).

«Tenía grabado al pié de la lámpara que ardía ante el Santísimo Sacramento, que tenía forma de corazón, la

(1) Corazón de María, testigo tan relevante.

(2) La repetida Hermana Corazón de María.

inscripción siguiente: «Es el corazón de tu esclava, que quisiera arder en tu amor» (1).

«Yo la ví, declara hermana Asunción, en muchos de sus apuros, escribir una carta y colocarla con gran fé y suma reverencia sobre el ara del altar, mandándonos dar á Dios las debidas gracias, cuando su divina Majestad contestaba á su segura y firme confianza con señalados beneficios».

«Que la sierva de Dios parecía como enamorada del Santísimo Sacramento, depone la Marquesa de Viluma, y que una vez tuvo el devoto y exquisito gusto, para hacer unos corporales y colocarlos debajo del copón, de sembrar ella misma el lino, cultivarlo, recogerlo, rastri-larlo, hilarlo, blanquearlo, tejerlo en un telarcito suyo, extraer hilo y con él formar primoroso encaje, con que guarneció los corporales, manifestando sumo regocijo al terminar esta obra.

En orden al acatamiento con que debía dedicarse la adoración personalmente al Señor Sacramentado, oigamos anhelos muy puestos en razón:

«Quería que las que hacían la guardia al Santísimo estuviesen como estátuas, sin moverse para nada ni volver la cabeza, diciendo que así están delante de los reyes de la tierra los grandes personajes. En una ocasión vió que las dos que velaban al Santísimo se dormían; y le causó tanto disgusto que las hizo salir de la capilla; y tomando ella una hacha en cada mano, estuvo así en cruz arrodillada como una hora. A veces nos llevaba á las de más confianza solas á la capilla, y nos daba unos puntos de meditación tan preciosos y á propósito, que era un encanto oirla» (2).

(1) Sor Juana Francisca Martín y Romero, del Monasterio de la Visitación de Barcelona.

(2) La confidente é inagotable Hermana Corazón de María.

«Yo la ví de rodillas hora tras hora, y como extática en presencia de Jesús Sacramentado, y aún hoy para comulgar con fervor, evoco el recuerdo de la sierva de Dios» (1).

«Muchas veces he velado con ella, de tres á cinco de la mañana ante el Santísimo, oyéndola repetir con gran fervor: ¡Oh, pan vivo del cielo! ¡Oh, gran Sacramento! ¡Te adora mi alma en cada momento!» (2).

«Su delicia y descanso era pasar largas horas delante del sagrario, lo más cerca que podía. En la oración que hacía sola, en la primera guardia de la noche, y en otras ocasiones, se arrodillaba en la tarima del altar, y estaba allí como absorta, inmóvil y con profundo recogimiento, no pareciendo estar en este mundo....»

¿Y qué decir de los afectos para recibir al Señor en nuestro pecho?

«Todas las acciones de la sierva de Dios eran una preparación continua para la sagrada comunión, haciéndolo todo con la mayor perfección. Para ella nada era de poca importancia, pues todo lo hacía para agradar á Dios. Comulgaba cada día con el fervor de un serafín, y cuando estaba mala, se levantaba para comulgar, acostándose luego» (3).

«En otra ocasión, según ella me contó, le ocurrió después de recibir la sagrada comunión, que se sentía como en forma de cordero, arrimada á la sagrada llaga del costado de Nuestro Señor, percibiendo el suave aroma que de la llaga salía, apacentándose allí con gran regocijo espiritual, lo que la tenía todo el día embebida y como fuera de sí».

(1) Sor Josefa, del convento de San Gregorio, de Valencia, colegiala que había sido suya.

(2) Hermana Monserrat, la de Bélgica.

(3) Hermana Corazón de María, arsenal de noticias.

«El Presbítero D. Domingo Gómez, que acostumbraba celebrar el Santo Sacrificio en el colegio de Zaragoza, aseguró diferentes veces que al dar la sagrada comunión á la sierva de Dios, sentía en sus dedos un aliento abrasador, que alguna vez le había obligado á retirarlos aprisa, añadiendo que, en los largos años que venía ejerciendo el sagrado ministerio, jamás le había ocurrido aquello en persona alguna» (1).

«Á las Religiosas Bernardas de Santa Ana, de Ávila, exhortándolas al cumplimiento de los votos monásticos, las contó una visión con que la favoreció el Señor, mostrándole sus cinco votos, cuatro de ellos en los cuatro ángulos del ara, y el quinto en el lugar de las reliquias, y que la dijo el Señor: «Este voto de hacer lo más perfecto, con mis Santos». Y como ella ignoraba que, al consagrar las aras se colocaban en ellas reliquias de algunos santos, hubo de preguntar á Su Divina Majestad—por qué decía que colocaba aquel voto con sus santos,—y el Señor la contestó, manifestándola en qué consistía este rito de la Iglesia» (2).

Para mantenerse fortalecida y regalada con su comunión diaria, ¿cuánto sacrificio de su parte, cuánto prodigio de la de Dios no se obraron, según á la larga hemos referido?

Ya hemos tropezado en las declaraciones del proceso con los sacerdotes que, ora á las tres de la madrugada, como D. Anacleto Núñez, capellán de Guadalajara; ora, á las tres de la tarde, por inesperado suceso, como don Manuel Caminero, de Madrid, se hallaban en los altares para darle su ansiada comunión. En efecto, son palabras textuales del Sr. Núñez: «Sé, dice, que comul-

(1) Hermana Eulalia.

(2) Sr. D. Joaquín Muñiz y Blanco, sobrino del Sr. Blanco.

gaba diariamente, aun viajando. En una ocasión, viniendo de Zaragoza, yo le dí la sagrada comunión á las tres de la mañana, y teniendo que partir al momento me dijo: «Ahora me haré la dormida en la diligencia, y daré gracias al Señor por el favor recibido».

Y á Calatayud y Almansa, ¿cuántos recados no hubo de enviar, para prevenirse en los cruces y madrugadas de sus expediciones?

Pero en tanto viaje, en tanta desolación, ¿no la faltó alguna vez el sacerdote? Pudiera ser; pero no le faltó el Señor, ó siempre le acompañaron los ángeles; porque atestigua la Priora de las Carmelitas de Oviedo, su amiga íntima, que la oyó otro insigne favor que el Señor la dispensaba, y era el encontrarse á veces con haber comulgado sin saber quién le daba la sagrada forma, cuando no tenía posibilidad de recibirla de mano del sacerdote, y que una de estas veces fué en Viernes Santo.

Nuevo hecho de la sierva de Dios me refería, como uno de los favores que el cielo le otorgara; era el ver difundirse por las calles de la ciudad una neblina diáfana y plateada, que cubría las copas de los árboles, subía á los más altos pisos de las casas; y admirada de verla difundirse de iglesia en iglesia, no pudiendo explicarse esta visión, preguntó al Señor—qué era aquello—y el Señor la dijo: «Estas son las emanaciones divinas, que salen de mi tabernáculo, y que son como la vida y sustento de todos los que creen en mí, y mientras más cerca están, más se aprovechan de ellas; y cualquier alma, por pobre y miserable que sea, aunque se halle en un desván, vuelto su corazón á mi sagrario, la recibe con abundancia».

«En Enero de 1861, la Sierva de Dios hizo en el Monasterio de Benedictinas de Santa Clara, de Barcelona, unos ejercicios espirituales, juntamente con la Comuni-

dad, dirigidos por el Rvdo. P. Muntadas, abad de Monserrat, siguiendo ella los actos fuera de clausura. Al concluir los ejercicios pronunció, como antes dijimos, en presencia de Jesús Sacramentado, los cinco votos: de obediencia, pobreza, castidad, de hacer siempre lo más perfecto, y de no cometer á sabiendas pecado venial. La prueba del concepto que mereció á esta Comunidad la Sierva de Dios, está en que todavía hoy se siguen en ella algunos de sus consejos, uno de los cuales fué que, cuando alguna Religiosa se hallare por algún motivo agitada, nos fuéramos en caridad delante del sagrario, y rezáramos por ella tres veces el *Gloria Patri*; con lo cual sacaría más provecho que de los consuelos directos que pudiéramos darla. Encomió la devoción al Santísimo, con tan fervorosa unción, que introdujo en este Monasterio la costumbre de que las Religiosas, al dar cada hora, añadiesen al *Ave María* que se reza, la siguiente jaculatoria: *¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!* y nos regaló unas cédulas con ella, para que las fijáramos en las puertas, y contribuyeran á renovar la presencia de Dios » (1).

«Al ir á alguna población en que no teníamos casa, visitaba todos los días las cuarenta horas, y procuraba hacerse con la llave de alguna iglesia, para hacer su oración y guardia al Santísimo. Envidiaba la dicha de San Olegario, por estar su cuerpo en un altar, detrás del Sagrario de la comunión » (2).

Don Luís Madrazo, insigne pintor de Cámara, declara asimismo:

«En cierta ocasión encomendó la Madre á mi hermano Federico que pintase los Sagrados Corazones de

(1) Sor Benita Oller, Benedictina.

(2) Hermana Corazón de María.

Jesús y María, ostentando el primero en la mano derecha la sagrada hostia; y á pesar de que, en la forma que lo quería la sierva de Dios, no era la misma en que se apareció á la Beata Margarita, el Padre Carasa me dijo que lo hiciera como la Madre lo deseaba. Este hecho, al parecer insignificante, me demostró entonces que alguna razón poderosa debían tener la una y el otro para ello, razón que no pude descubrir».

Reflexionemos un instante, ya que el asombro debe de embargarnos.

¿Á qué fin se enderezaban estos obsequios de Madre Sacramento?

José Verdú, candoroso oficial de carpintería en el colegio de Valencia, entabló cierto coloquio con la ferviente adoratriz, que es toda una revelación.

«Después de dos años de tratarla, y unos tres meses antes de su muerte, dice, cierto día tuve con ella el siguiente diálogo, que me quedó muy impreso:

—¿Pepe, me conoces?— me dijo la sierva de Dios.

—No, señora, aunque sé que es usted M. Sacramento, le contesté.

—¿Y por qué no me conoce usted?

—Porque antes tenía V. R. un genio muy vivo, y ahora todo es amabilidad y cariño...

—Bastantes lágrimas he derramado—añadió.—El Señor me ha concedido la gracia de poder reprimirme. ¡Cuántas veces, después de reprenderle, me he retirado á los piés de Jesús Sacramentado, á llorar las repreciones que á V. y á otros había dado!

«Debo advertir, continúa Verdú, que las repreciones que me daba no consistían en insultos, sino en lamentaciones demasiado vivas de los perjuicios que le hacía, siguiéndose á estas repreciones el tratarme enseguida con su habitual cariño y consideración; por lo que ni

yo, ni los demás obreros que trabajaban conmigo, guardábamos el más mínimo resentimiento, siendo de notar que, si en otra casa me hubieran reprendido como lo hacía ella, no hubiera vuelto á trabajar; pero tenía aquella señora un *no sé qué*, que á pesar de sus regaños, cada día la queríamos más, y aún la admirábamos ».

Moderar los ardores del temperamento, dulcificar la viveza y desabrimiento del carácter, todo puede alcanzarse al pié del sacramento del altar; y mientras tanto, armarse de la confianza para la lucha, é ir avivando la llama de la caridad divina, con que toda escoria se limpia y el alma atesora méritos y fortaleza.

Y esta es la misma fuente de que habló Jesús á la Samaritana, agua viva esencialmente refrigeradora, que salta hasta la vida eterna, destinada á lavar las impurezas mundanales de sus colegialas.

Escrito está, y nada más claro y sabroso que el narrar y encarecer del Evangelista San Juan los tesoros encerrados en el pan vivo, pan de la inmortalidad, de todo sabor y virtud de la Sagrada Eucaristía.

Fluya aquí y borbote la facundia desbordada de fray Luís de Granada, para cantar las virtudes y las excelencias de este pan de los ángeles:

«Porque éste es aquel altísimo sacramento, en el cual Dios es recibido corporalmente, no para que él se mude en los hombres, sino para que los hombres se muden en él, por amor y conformidad de voluntad. Porque este divino manjar obra, en quien dignamente lo recibe, lo que en él se obra y representa, cuando se consagra. Que así como, por virtud de las palabras de la consagración, lo que era pan se convierte en substancia de Cristo, así por virtud desta sagrada comunión, el que era hombre se viene, por una maravillosa manera, á transformar espi-

ritualmente en Dios. ¡Oh, maravilloso sacramento! ¿qué diré de tí, con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar es unida el ánima con su Esposa, con éste se alumbra el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios. ¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas de este sacramento? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién no se derretirá en lágrimas, cuando vea á Dios unido consigo? Faltan las palabras, y desfallece el entendimiento, considerando las virtudes de este soberano misterio.

Pues, ¿qué deleite, qué suavidad, qué olores de vida se sienten, en el ánima del justo, en la hora que lo recibe? No suena entonces allí otra cosa sino cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimientos de gracias, y palabras suavísimas en alabanza del Amado » (1).

Ahora bien, ¿quién descubrió esta mina y venero riquísimos á esta mujer? ¿quién la inspiró el esmero por los ornamentos sagrados, el celo por el decoro de las casas de Dios, las asociaciones para la vela, la adoración perpétua de sus colegios?

(1) *De la oración y consideración*, primera parte, cap. X, p. 1.º

¡Oh, dulce Jesús! leemos tus documentos celestiales en el Evangelio, y á lo más, nos enternecen y emocionan: sólo las almas, ardientemente enamoradas de tu Sacramento, rompen por todos los muros, y salen triunfadoras en tus alabanzas y en las gigantesecas empresas de tu gloria. ¡Suscítalas, Señor, para que el firmamento de tu Iglesia sea como otra bóveda celeste, tachonado de estrellas centelleantes, pregoneras de tus bondades y tus grandezas!...

Finezas de Jesús Sacramentado á su esclava Micaela

No hemos salido de nuestro estupor, admirando todo el incendio de caridad que ardía en el pecho de esta esclava hacia su adorable Sacramento, y las fecundas trazas de su inventiva para demostrarle en diversas y maravillosas maneras tan ardoroso afecto; pero es hora de recoger el espíritu, y aparejarse para entender el modo cómo su Señor Sacramentado corresponde, en finezas de su infinita bondad, á su amante sierva. Que no hay forma de competir con Jesucristo en liberalidad y cariño; el cual anonadará y enloquecerá siempre á sus amigos, con el colmo y demasía de las honras y recompensas (1).

La esclava amante estimó como de las mayores y más regaladas mercedes, el que diariamente entrara el Señor en su pecho y morada. ¡Y qué tino, qué acierto en este aprecio! Volvió la vista atrás, y su historia había sido una ondulación perpétua con los accidentes de su amor divino; aquellos viajes, en los cuales, capellanes desconocidos la interrogaban, y confesaban, y despe-

(1) «Sus amigos son honrados en demasía, en demasía ha sido confortado su principado».—(Del rezo de la Iglesia).

dían, y la volvían á llamar para al fin premiarla con la comunión; aquellos confesores de Madrid que la hicieran verter lágrimas; aquellas penas que la obligaban á sacrificar su comunión en aras de la paz ó de la obediencia, se la representaban al vivo y palpitantes; y de otra parte veía á Jesús, siempre fiel, siempre victorioso en allanar tropiezos, para entrar triunfante por las puertas del corazón de su esclava.

Manda sentar el Salvador á sus discípulos en derredor suyo para la cena de la Pascua, les abre su pecho, y les dice: «con deseo he deseado comer en esta Pascua con vosotros». ¡Oh! ¡Convidar á esta mesa á su amante perpétuamente, darse Él por manjar y bebida... no hay regalo comparable en el mundo!

Las otras finezas, son gallardas y delicadas muestras de la estimación, estímulos deleitosos para provocar á más encumbrados amores.

Esta feliz y acariciada esclava, rondaba siempre, arrodillada y extática, al pié del sagrario. Y hemos de admirar lo que ese sagrario se abre en obsequio y agradecimiento suyo: ella misma lo enarrará, que para ese fin la obediencia, esto es, la voz del cielo, se lo ordenó escribir y guardar, según hizo con el maná y las tablas de la ley á los israelitas.

«Me quitaron un día la comunión, no sé si como prueba; yo me conformé, que jamás he desobedecido á nadie que tuviera autoridad sobre mí, y menos á un confesor.

¡Sentí mucha pena, y tuve el consuelo de ver que si durara, ella sola me quitaría la vida! y estando ofreciendo pena y vida al Señor, sentí la forma en mi lengua y un consuelo tan grande como la pena; y duró muchos días.

Varias veces he oído, distintamente, dar unos golpecitos en la puerta del sagrario por dentro unas veces; creo yo hoy habrá sido para llamarme la atención y hacer mi oración como siempre, metida en el sagrario, que no me cabe duda le gusta al Señor: y otras veces para enfervorizarme ó consolarme, que este efecto dejan estos golpecitos que trastornan y sorprenden mucho» (1).

«Son muchas las veces que mi alma ha visto, á no dudar, el sagrario abierto y salir el copón y, destapado, adorar al Señor, tan multiplicado por su amor, y sentir unas explicaciones y afectos muy particulares y muy variados; unas veces, ¡muchas! comprender allí el misterio todo de la Pasión, y lo explicaba yo entonces bajo aquella impresión de un modo, que me decía el Padre Carasa: ¡Qué sagacidad tiene V. para hallar en el sagrario toda la Pasión, á fin de no salir de él!

Y era bien cierto, pues siempre entré en él para hacer mi oración más cerca del Señor, y aunque esté lejos y de camino, parece que tiran de mi corazón al ver una torre de iglesia: Muchas veces me ha dado el Señor gran luz para meditar el misterio de la Santísima Trinidad; y una vez escribí todo lo que entendí de este misterio, por ver si había algún error, que después que pasa, temo yo no iré bien, aunque es de un modo claro y minucioso; no es posible, después que pasa tiempo, decirlo como lo comprendía y siento al meditarlo, y no se puede escribir bien á sangre fría de la Santísima Trinidad.

Y en una ocasión, y creo que por dos veces, sí, por dos veces, lo ví abierto, y salir el copón y volverse á meter; y una vez toqué por ver si estaba abierta la portezuela, y la segunda vez quedó abierta, y á la mañana la

(1) En Madrid, calle de Atocha, 74. Las notas estas son de la Hermana Corazón de María.

cerró el capellán, que lo tomó á descuido suyo, que yo nada le dije» (1).

«Muchas veces en la oración me hizo el Señor comprender cuánto siente la soledad en que está en las iglesias, y lo comprendía yo y comprendo ahora, llorando amargamente esta soledad, y haciéndole promesas de que haría con su ayuda que en todos los colegios se le hiciera compañía de día y de noche, para indemnizarle del olvido general de los pueblos, que yo sentía con tanta vehemencia y amargura» (2).

«Estando en la guardia al Santísimo con grande pena, al pensar que el Señor se hallaba solo y encerrado en los sagrarios, como preso por el amor que nos tiene, me quejaba y á Él de que se hubiera multiplicado tanto en tantas iglesias, y no sé si hoy lo sabré explicar con la claridad que me lo hizo ver el Señor, y me causó gran sorpresa, no sólo para alegrarme de que haya tantas iglesias, sino para aumentarlas á costa de mi vida, si ser pudiera.

Me hizo ver el Señor las grandes y especiales gracias que, desde los sagrarios, derrama sobre la tierra, y además sobre cada individuo, según la disposición de cada uno, que más ó menos participa de su gracia ó gracias, que continuamente derrama, y como que las despide de sí, en favor de los que las buscan.

Yo vi salir como un humo del sagrario, muy brillante y claro, á modo de la claridad de la luna, que subía hasta por cima de las casas y participaban de esta luz,

(1) Sucedió esto en Madrid, y lo refirió á la Hermana Corazón de María. También en Santander, el año 1864, aconteció lo mismo en la iglesia del Hospital, y algunas Hermanas de la Caridad vieron el sagrario abierto.

(2) Madrid, calle de Atocha, 74.

más ó menos aún, desde ellas. Me hizo comprender de un modo admirable, cómo participaba toda la tierra de esta influencia, y cómo se acerca más el que mejor se dispone para recibirla, y cómo participa el que más se aproxima á Él con fe.

Yo vi como una gradación la influencia de pueblos á pueblos y ciudades, hasta llegar á sus iglesias y á sus sagrarios, y hasta cuando le sacan para los enfermos va como derramando perlas preciosas de beneficios, y si se viera, correría la gente por aspirar aquel ambiente: ¡que el Señor deja tan embalsamado el aire! Sí, yo vi, sin que me quede duda, el torrente de gracias que el Señor derrama en el que le recibe con fe y amor; como si derramaran piedras preciosas de todos colores de virtudes, según que cada uno las necesita, las quiere y pide al Señor. Vi cómo queda uno bañado y envuelto en aquel humo luciente y brillante de gracia; que no se borra esta impresión en el corazón: de modo que se renovó el deseo de trabajar para las iglesias pobres, y tener alguna parte en ellas, para que esté el culto del Señor con más decencia y decoro » (1).

«Estando el Señor manifiesto en la capilla, por tres veces en diferentes días he visto la Santísima Trinidad, y una de las veces dos ó tres de la comunidad lo notaron también, y me vino una á ver si yo veía lo que ellas, y en efecto, todas vimos este día lo mismo. Son muchas

(1) «Y mandé, bajo esta impresión, arreglar mejor la capilla de casa y otras muchas iglesias; que las hice ropas y demás necesidades, como en San Juan de Dios, que renové toda su ropa, que era un dolor verla llena de remiendos, y costó cuatro mil reales, ayudándome algunas señoras amigas. (En la capilla de Madrid)». Hemos puesto estas líneas, que son del cuaderno de la Madre, en nota, por haberlo antes referido.

las veces que el Señor me ha hecho ver y comprender (*en sentido lato*) este misterio, y ha sido de un modo tan claro y minucioso, que por ver si había algún error mío, dí cuenta siempre, ya de palabra, ya por escrito; no es posible después que pasa, decirlo como lo comprendía, y siento al meditar este misterio que no se escribe de él bien á sangre fría» (1).

«Creo que más de cinco ó seis veces, estando afligida en la oración por penas, insultos y calumnias muy crueles, me reclinó el Señor contra su pecho á modo de San Juan; y de allí saqué tanta conformidad y gozo de verme calumniada, que ya no me apura, aunque siento al pronto en el corazón pena; y una vez como yo no me lo explicara que me sucedieran dos cosas opuestas, me dijo el Señor:—Es que al ofenderte á tí, me faltan á mí, y sufres por mí. Y es muy cierto que hoy me aflijo mucho de que se ofenda á Dios; y más aún de ofenderle yo misma, es gran pena, sí!» (2).

«Al comulgar un día vi un niño en la Sagrada Forma, y antes de recibirle, me pasó la mano por la cara; me hizo tal efecto, que por mucho tiempo quedé muy mudada, con un consuelo inexplicable, y gran paz y alegría para trabajar y sufrirlo todo» (3).

«Estando un día en oración pedía yo al Señor me concediera paz exterior y dulzura con todos, por obediencia lo pedía, y le decía: «no me levantaré, Señor, que no lo consiga». Se me apareció el Señor entre nubes, de modo que no le veía más que la cabeza, como con humo ó gasa, y con una sonrisa comprendí me decía: «Levántate, ¿qué me has pedido que no te conceda?»; y sentí

(1) Esto sucedió en Madrid.

(2) En Madrid.

(3) En Madrid.

un gozo y paz interior que me trastornó, hasta el punto de tener mi dolor de cabeza ó corona de espinas, y tenía tal contento de sufrir, que por nada me lo quitaría. Me hallé con una dulzura sobrenatural, que me duró por algunos días; y después de pasada ésta, me quedó la que aún hoy tengo, que no es tampoco natural en mí; esto llamó la atención del colegio, y todo el que me hablaba de fuera, notaba algo raro en mí, dulzura no común.

«En una ocasión se me representó el Señor como de tamaño natural y muy claramente: traía una forma grande en la mano, y con una explicación muy minuciosa de cómo era esta transubstanciación; y sentí un ansia al ver la forma, que no es para explicado con la pluma; pero se siente de un modo maravilloso. Hice pintar una miniatura como ví al Señor, y siempre que la miro, recuerdo en conjunto las tres cosas que tanto efecto me causaron: el Señor, el corazón y la forma; y buscó este ejemplo para que yo comprendiese el misterio de la Santísima Trinidad, Tres en Uno; es muy común en la oración comprender este misterio de muchos modos distintos, con gran consuelo de mi alma.

«En un día de retiro, día del Santo Ángel, me quedé muy tranquila después de confesarme, y con vehementes deseos de amor de Dios; y todo lo hallé por casualidad preparado con meditaciones del amor de Dios. Me fuí á comulgar, y al pensar el acto de amor que el Señor hacía conmigo, deseé amarle con vehemencia. Fuera de mí, de gozo, me pareció ver á la Santísima Virgen, que me dió á besar su mano, y como si ella me hiciera ver la Santísima Trinidad; estaba el Padre á la derecha de la Virgen, dando Él la derecha al Hijo con sus llagas muy frescas, y como si de mí extrajesen como llamas de fuego, que subían formando una masa como compacta de

llamas, que no era ni paloma, ni cosa con forma conocida, y comprendí se formaba de entre ambos amores que subían al cielo, reconcentrando en sí las dos divinas Personas, el Espíritu Santo, el que era y subía al cielo: me fuí al desierto (1) muy conmovida, y pasé el día en oración muy recogida, y sin pena ya» (2).

«En la oración de la noche, de pronto me hallé con deseos de recogerme en oración; había en la capilla gente, y me hice violencia por temor no se notara estaba recogida, y creo fué peor: pues involuntariamente, y como atraída por una dulzura interior, como si esto lo viera yo dentro de mí, hallé mi corazón convertido en un pequeño copón, que contenía muchas formas en figura de corona, y en medio unas que resplandecían más, y entendí ser las que había hecho con mejor preparación. Esto me tuvo suspensa ó recogida una hora; y resolví prepararme más en lo sucesivo y mejor; pues comprendí ser la causa la oración de la mañana, que con el cuidado de las colegialas y su rezo en alta voz, me distrae; por lo que puse que la Comunidad, después que tuviera más número, la hiciera aparte; y al día siguiente de esto sentí el consuelo especial, que el Señor me daba en la comunión, y creo hacía cinco años lo dejé de sentir tan marcado, que siempre siente mi alma más ó menos fervor, que jamás me falta».

«Estando en ejercicios en Valencia, uno de los días al levantarme me fuí á los piés de mi Dolorosa y Señor en la cruz; no bien me hube arrodillado, sentí como si me llamase el Señor á la tribuna que da á la iglesia de

(1) Oratorio que había en la casa de Madrid, para hacer un día de retiro, en particular las hermanas Adoratrices.

(2) Esto sucedió en la capilla de Madrid, calle de Atocha, 74.

las monjas de San Gregorio; resistí, tomándolo más bien como idea mía; mas como volví á sentir que se repetía con más fuerza, lo sujeté á la obediencia del horario; si son las cinco, me dije, empiezo mi oración, y faltaban doce minutos, y no veía aún para leer; y me determiné á ir á visitarlo: ¡cuál fué mi agradable sorpresa! iban á dar la comunión á tres únicas personas que había en la iglesia. ¡De qué gozo, Señor, inundaste mi alma cuando te ví salir del sagrario, tú lo sabes! ¡Mil veces seas, Señor, bendito por haberte quedado sacramentado!

Un día estando en Valencia, después que leí la meditación del ciego que curó el Señor, me fuí á la oración, y me quedé muy recogida; pensando ser yo pobre y ciega, pedía al Señor me diera vista clara, para conocerle á Él, y ver mi miseria y ceguedad; y estando con gran fervor me dió el Señor á conocer cómo ciegan las cosas del mundo, para no ver las del cielo, y cómo las hemos de despreciar, porque no son más que lodo; y con el agua de su gracia, bien lavadas, se purifican y se ve clara y hermosa. Al día siguiente, como aún sentía yo el fuego que me dejó este recogimiento, al ponerme en oración, olvidé los puntos que llevaba para meditar, y á poco me recogí, porque me ví como si fuera la noche de la cena, y yo me hallase convidada á ella. Al ver al Señor, y el pan y el vino, no sé qué sentí; comprendí tan claro y de un modo tan sencillo este misterio, que me parecía casi muy natural y fácil, como si desapareciera la parte de misterio que en sí encierra. Al lado de Judas me parecía corresponderme por mis pecados, y como una mirada seria y dulce del Señor me impidiera colocarme allí, yo creo que tenía gran pena de mis pecados entonces, y como si el Señor con una mirada me consolara y diera á conocer mis faltas de hoy, que entendí no ser pecados, pero sí faltas que ofenden su amor, como siete

ú ocho, y serían éstas origen de otras que en confusión formaban grupo; al mirar yo unas y otras, sentí gran pena, que desapareció al verme junto al Señor, y esto me sucedió por dos veces que me hallé, en una á su derecha, y otra á su izquierda, con gran gozo del alma y fuego en el corazón interior y exterior... En esto entran á interrumpirme, y no pude dar más contestación:—Me vienen á quitar el tiempo.—Volví á recogerme sin ver ya nada, pero muy recogida. Después quise irme, y al llegar á salir de la tribuna, sentí como si del sagrario tirasen como con un cabo eléctrico de mi corazón; cedí á este dulce dolor, y sentí al Señor tan unido á mi alma y dentro de mí con gran gozo, y con una paz y como fuego dentro, que abrasaba mi pecho. Algún coloquio tuvimos el Señor y yo, de que no me doy cuenta á mí misma. Salí de modo que ni veía, ni sabía cómo hablar en largo rato; y para que fuera pasando, lo escribí, pues no podía más que hablar de Dios ó vivir por Él. Todos conocieron estaba turbada, pues ni siquiera veía á una hermana que había llegado de Zaragoza. Tenía cara y ojos echando fuego, y tenía que hacerme violencia para poner en juego los sentidos, y salir de mí misma. Luego, pensando en esto, temo si habré faltado con no querer compararme á Judas, habiendo yo cometido más faltas y pecados que él; él uno, y yo muchos ».

«Estando en la fundación de Santander, un día, antes de comulgar, hallé delante de mi crucifijo, con unas llagas de pies y manos y costado tan lastimosas, que me conmovieron hasta el punto de llorar de pena, pues me creía yo la causa; y de pronto veo que se le desprenden los brazos de la cruz, y me abraza, sintiendo yo el peso y contacto del cuerpo del Señor con un gozo y recogimiento, que llegó hasta la Hermana Rosario, que estaba

á mi lado. Después de comulgar con aquel fervor, que se deja conocer, como yo sintiera grandes deseos de encerrarme con el Señor en el sagrario, para vivir segura; entonces me hizo ver el Señor cómo el mundo todo era para mí un sagrario, y mi corazón un copón, donde se encerraban todos los años tantas formas de su sagrado cuerpo como comuniones hacía; y se fueron aumentando tanto el número de las que allí había, y yo veía, que comprendí eran las comuniones diarias de hace veinte años, que comulgo cada día. Este gozo, fervor y recogimiento se mudó luego en una pena dulce y suave; pero mezclada de muy honda amargura, al ver el millar de sagradas formas que tenía en mi corazón, hecho copón, y qué mal le pago á este buen Dios, que tanta paciencia tiene conmigo. Todo el día lo pasamos las dos muy fervorosas y recogidas, y en dos días no necesitamos puntos de meditación, ni Rosario ni yo, pues se lo dije» (1).

«Al salir de misa, después de la comunión, al meterme en el sagrario como de costumbre, sentí en mi alma con una fuerte impresión, sin voz ni palabra, que me decía el Señor, como si me lo asegurara: — *vive descuidada, que yo guardo tus votos*;— y siento una seguridad en mi alma de que es así, que tiembla el cuerpo como azogue, y siento gran gozo y paz; y no temo, que desde que los hice, ni sé si es el deseo de cumplirlos ó el miedo de faltar á ellos, sentía temor, aunque con paz».

«El día de San Miguel era la misa con manifiesto para obsequiarme, que es mi regalo el Santísimo: ya al comulgar, sentí un gozo tan sobrenatural que estaba fuera de mí. Habían olvidado consagrar la forma, y no fué posible poner al Señor manifiesto en la misa. Todos sin-

(1) Año 1864 ó 1865.

tieron decírmelo, por comprender lo iba á sentir; les aseguré no tenía pena: y me decía yo á mí misma: ¿y qué más gozo que el que yo siento en el alma? esto me basta. Al empezar la misa mayor, ya sentía yo al Señor con mucho amor hacia mí, y después del Evangelio me quedé tan recogida, que no sabía dónde estaba; cuando me veo dos ángeles de blanco, de rodillas y de tamaño natural, con una custodia en la mano, doble de una grande, y el Señor en el viril, en la hostia; ¡qué sentiría el alma! Al reservar la nueva forma, que había consagrado el sacerdote que oficiaba la misa, ví como si tiraran de la custodia y encerraran en el sagrario la forma que yo veía, y me hizo el efecto de como si me tiraran del corazón y lo encerraran en el sagrario. En dos horas no pude hablar con nadie; y para que no se notara, estaba tan conmovida, me cerré en mi despacho; y lo estuve todo el día, que disimulé bien, y me duró el efecto más de un mes; aunque no tanto » (1).

« Como siempre, espero la sagrada comunión con ansia é impaciencia y jamás á sangre fría, y hay veces que de la oración saco más deseo, y se me hace larga y penosa la noche, que me separa de unirme á mi Dios; tal ansia tenía un día, que con lágrimas la pedía á la Santísima Virgen me lo trajera pronto, que me sentía morir, y al llegar el sacerdote á darme la comunión, no vi más que al Señor que como si de su corazón sacara la forma sagrada; y la Virgen estaba á mi lado, y la veía más cerca y mejor que al Señor ».

« Me quejaba yo al Señor en la oración me fuese tan penoso, me tratasen con dureza; y en la misa le dije que Él tenía la culpa; estas quejas, no son quejas de enfado;

(1) Sucedió en Madrid, año de 1860, y lo dijo á las hermanas de su confianza.

son quejas de amor; y cuando el alma las da, es que al Señor le gustan, y me quejaba de que su amor para conmigo me hacía más sensible luego. —¿Mira, ves? así te llevo yo—y me ví á hombros del Señor como un corderillo, y daba mi boca con la llaga del costado. ¡No es posible explicar más! Largo rato estuve recogida después: por muchos días me duró el efecto» (1).

«Otra vez, estando en Avila el 24 de Junio, en misa, un domingo antes de comulgar y de alzar, pensando en aquello que—para mí el mundo era un sagrario—y como rumiándolo, ¡que me recogía bien! con esta idea me dió el Señor una luz tan clara sobre esto, que me turbó hasta no saber dónde me hallaba; y recuerdo que ví una economía muy especial, que el Señor tiene en las iglesias, que se hallan por el mundo esparcidas, acá y acullá por los pueblos, que parecen á la casualidad colocadas, y no es sino una muy acertada disposición de Dios; tengo en ello una certeza y seguridad, pues que lo ví como al vuelo, y lo siento y comprendo dentro del alma sin hallar modo de declararlo con palabras; y ví en aquel orden y buen concierto de millares de iglesias, una providencia muy especial de Dios, que tiene con los pueblos donde se hallan; y aunque entonces no me dió pena, siento ahora gana de llorar, lo desapercibidos que viven en los pueblos de este gran bien y favor que Dios les hace, y me lo hace á mí en caer en ello.

Después salió otra misa, la del señor Obispo, y como me hallaba tan recogida y conmovida al pensar en lo que veía, pues me quedó como conocimiento claro de todo ello, me recogí de modo que, para ir á comulgar, me veía torpe y muy apurada, para salir de aquel conocimiento; veía salir de los sagrarios de los pueblos unas

(1) En Madrid.

como alhajas ó piedras preciosas y distintas, como piedras verdes de esmeraldas, como dón del Señor de esperanza; otras perlas de pureza; rubíes de fuego de amor divino; turquesas de amor á su Madre María, y conocí que este era un favor muy especial. Vi lápiz-lázuli, que figuraba la constancia que Dios envía á las almas, brillantes de... aquí quedé ya, y no recuerdo las varias gracias, que el Señor despide desde el sagrario continuamente, en todas las iglesias y á todos los pueblos, figuradas por las piedras preciosas ».

« Hallo yo con pena en el corazón sean las formas para la comunión tan pequeñas como reales de plata, particularmente en algunos sitios de Cataluña; esto lo sentía yo mucho por el poco tiempo que el Señor estaría en el pecho, para adorarlo allí con amor, que el mismo pone ínterin está, que lo siento yo y distingo claro; pues para consolarme de esta pena, se está el Señor un cuarto de hora, y días de media hora lo he sentido sin dejarme duda.

Uno de estos días estaba algo más fervorosa, á causa de la ausencia suya en el sagrario; iba con ansia y creció tanto la sagrada forma, siendo tan reducida, que me costó pasarla más que si fuera grande en sí ».

« En una ocasión se me presentó el Señor, creo que asegurándome no pondrían la adoración perpétua otros, que no me dejaban á mí ponerla por hacerlo ellos; y me estrechó el Señor la cabeza entre sus manos muy dulcemente, me dejó recogida por mucho tiempo. Esto se ha repetido con distintas causas ».

« No es posible enumerar las veces que el Señor me ha enviado las cantidades justas que necesitaba en mis apuros; con llamar á la puerta del sagrario afligida, ni una sola vez me dejó el Señor sin socorrer; y es muy

común en estos apuros de dinero, después de haber acudido al Santísimo, hallar en el cajón cantidades que no puse, y una vez hasta diez mil reales» (1).

«Como yo tengo un deseo, que me devora mi corazón de acompañar al Santísimo, me meto siempre en todos los sagrarios que hallo al paso. ¡Qué dolor verlo tan solo... olvidado de las criaturas, que Él formó para sí! ¡Ay! ¡ay! ¡qué tontos son!... NO QUIEREN ESTE TESORO».

Rasgos sorprendentes de amor hacia el adorable Sacramento; mercedes escondidas y tiernas, recibidas de Jesús sacramentado, se han elevado al examen y fallo de nuestra Madre la Iglesia, esperando el día en que ésta abra sus labios, y con sus decretos rodee de los esplendores de la beatitud la memoria de M. Sacramento, y con sus sagradas manos, para gloria de Dios y ventura nuestra, la ensalce y entronice en los altares.

(1) De todas estas mercedes de la Sagrada Eucaristía, señaladas por la Madre, se formó por alguien un capítulo, donde todavía constan otras, recordadas por nosotros en el año del suceso, ó comprendidas en las que transcribimos ahora con tanta abundancia.





CAPÍTULO XXVII

VIAJES OBLIGADOS POR BARCELONA, MONSERRAT, ZARAGOZA, VALENCIA, MADRID, ÁVILA, VALLADOLID, PALENCIA Y LAS CALDAS. — EJERCICIOS DE BURJASOT. — APERTURA DE LA CASA DE PINTO. — SABER VIAJAR. — APUNTES DE LOS EJERCICIOS.

(1864)



SE iba confirmando cada vez más el vaticinio de la Madre Sacramento, de que no reposaría mucho tiempo en ninguna parte. Sentía angustiosamente los mareos del calor, la pesada incomodidad de unos y otros caminos; mas todo lo sobrellevaba gozosa por padecer por el nombre y los redimidos del Salvador del mundo.

Regresaba de su Getsemaní de Santander por Ávila á la Casa-madre, y descansando por la fiesta de Santiago en esta ciudad de los Caballeros, previó el compromiso que la pudiera alcanzar con ciertos planes del Palacio Real y el Gobierno de España. Discreta y previsora, anunció que, después de saludar á su cuñada Nieves y su apoderado, que moraban en el Escorial, y tratar de sus negocios (de ruina y descalabro para el mundo), se de-

tendría corto espacio en Madrid, « porque la cuestión francesa no va conmigo; yo no me mezclaré jamás en cuestiones en que pierde la religión y la nación » (1).

En la corte, en efecto, pasó una quincena del mes de Agosto, sin apenas ser notada, y antes de expirar el mes había llegado á Barcelona.

Allí había de sentir los tristes vacíos del alma; faltaba el Obispo conocido y amado, faltaba la hija predilecta. Invitada fué á la mesa del Prelado sucesor, pero se echaba de menos en aquel ambiente algo irreemplazable. Levantaba los ojos á Dios, amigo que no se muere ni se muda; se conformaba con su voluntad, y se daba á pensar en el desahogo de su casa y la salvación de las acogidas.

Esta vez se dedicó á buscar terrenos adecuados á su propósito, hasta el cansancio y el aburrimiento. El amigo Arbós les había hecho promesas muy halagadoras, pendientes de una fortuna en esperanza; y la Madre, no menos confiada, escribía: « Lo de Arbós va viento en popa ».

La Madre Espíritu Santo y Concepción (2) se preparaban con un tríduo, dado por el Superior de la Compañía, P. Medina, á los votos perpétuos que recibiría el señor Obispo.

(1) Proyectos á la cuenta, de enlaces matrimoniales con las Princesas de España. De sus asuntos tampoco salía complacida de El Escorial, sino con lacrimosas exclamaciones. En Madrid permanecía lo menos posible, para no ser requerida y honrada en el real palacio.

(2) Este nombre tomó en la religión la antigua doncella de la Vizcondesa, conocida por el nombre de Isabel.

«Aquí nos han dejado los Jesuitas la casa, y nos confiesa el Padre Medina», escribe la Madre á Hermana Rosario, en 30 Agosto de 1864; «quien nos hace reir con sus pildoritas», añadía dos días después.

Mientras tanto, subía á la montaña á visitar al blanco de sus amores, la Virgen de Monserrat, la que le abrió el pecho á las grandes confianzas (1).

Pasó por Zaragoza pensando en los ejercicios, y avisando de que para el día 20 de Septiembre podía encontrarse en Valencia, y entrar de lleno en ellos, como lo verificó.

¡Entre qué recuerdos tan gratos! La llamó su amigo y admirador del Instituto, el Arzobispo de Santo Domingo, más tarde de Granada, D. Bienvenido Monzón, al Palacio-Castillo del Beato Juan de Ribera, donde se hallaba acompañado de cuatro ó cinco sacerdotes, para darles él mismo los ejercicios; lo que no pudo cumplir al fin, sustituyéndole el ya conocido P. Jáume.

La Madre refiere con fruición suma que ocupaba las habitaciones donde celebraron sagradas conferencias San Luís Beltrán, el Beato Nicolás Factor, el Beato Gaspar Bono, Beato Juan de Ribera, Beato Francisco del Niño Jesús y la Venerable Agullona. Habiendo ocurrido con esta fervorosa mujer un milagro estupendo, para que la consintieran asistir á aquellas pláticas. Pues los esclarecidos varones mencionados rehusaban la presencia de una Beata en sus instruídas y serias conversaciones, al paso que ella manifestaba interés vivo en aprovecharse de aquellas colaciones espirituales. No la escuchaban los hombres, y la escuchó el cielo, como á Santa Escolásti-

(1) «El lunes, tres días á Monserrat, después á Zaragoza por unos días, para ir á Pinto y Valencia enseguida, hasta el 8 de Octubre que me escaparé para Santander; y tú serás la que se lleve la mayor parte; si hay modo haré mis ejercicios donde pueda, pues desde que estuve en esa no los hice». Á María de Jesús, 1.º de Septiembre de 1864.

En este dato nos apoyamos para señalar el punto, donde practicó los ejercicios el pasado año de 1863.

ca, en la piadosa porfía con su hermano San Benito. Un día, cuando más trabados se hallaban en la conferencia, se les vino por los aires, y se presentó de asistente la prodigiosa Agullona, diciéndoles muy graciosa: «Me tienen cerrada la puerta, y vengo por los aires á oírles». ¿Quién resistía á la voluntad del cielo? Asombrados los santos, la contestaron: «Esa puerta la tiene vuestra merced siempre libre».

Y permaneció con ellos haciendo los buenos oficios de Marta, cuidando de la casa y de la comida, y aprovechándose, en retorno, de sus lecciones y enseñanzas.

La Madre dice que se paseaba todos los días por el pintoresco carrascal donde se recrearon los santos, por las mismas calles y senderos de árboles de su tiempo.

De otra manera fué igualmente favorecido en aquel retiro el gran Patriarca Arzobispo, Beato Juan de Ribera. Pidió á su amigo San Luís de Beltrán que le enviase algún religioso de su Orden, para que le acompañara y enfervorizara con su conversación. Y el Santo le mandó un hermano de aspecto humilde y en extremo infeliz; al parecer el último de los legos. Al verle el eminente Prelado, pensaba para sí:

—¡Cuán escasa ilustración puedo esperar de este buen hombre!

El hermanito le expuso:

—¿Quiere mi señor Patriarca que vayamos de paseo al carrascal, y hablemos un poco de Dios?

El Beato consintió en ello por ver qué chispas daba aquella inteligencia. Tales y tan sorprendentes fueron, y tan encendida su palabra en el divino amor, que dejaron maravillado al Patriarca, y sin saber, á veces, qué observar; y lo que más agradeció fué que le dejaron recogido y enfervorizado extraordinariamente; y se le despidió luego al anochecer, sin fuerza humana de detener-

10. Al día siguiente escribió el Prelado á su amigo, y le dice:

«¿Pero qué hermano tan celestial me envió S. R.?»

Y le contestaba San Luís:

«No extraño nada: rogué á San Vicente de Ferrer que bajara del cielo á hacerle compañía esa tarde...»

Por aquel recinto y aquellos santificados lugares paseaba la Madre, espiritual y absorta, oyendo relatar estos rasgos y pasajes históricos, de labios del Arzobispo de Santo Domingo (1).

Obtuvo en esta ocasión la licencia del Ordinario para exponer á Su Majestad de manifiesto los jueves y domingos, que tanto anhelaba.

Y se despedía para otro punto. «Andar siempre de viaje es penoso, pero es mi destino y me conformo gustosa por amor de Dios» (2).

Visitado el santuario de Segorbe, y descansando un día en Pinto, escribía ya el 13 desde Madrid á los amigos de Zaragoza que había llegado bien la Señora, una imagen de la Virgen del Pilar; y que ella, llamada á Palacio, se la había regalado á la Reina, quien la agradeció en extremo.

(1) La Madre lo describió todo circunstanciadamente en carta á una amiga del convento de Santa Teresa de Alba de Tormes.—Santander, 22 de Noviembre de 1864. Encargaba para su Santa bendita una visita en la oración, y que todas se considerarían hermanas.

(2) Diciendo en la misma carta á Corazón de María, la cual se hallaba en Pinto:

«El 6, Misericordia y yo solas vamos á Segorbe por la promesa de aquella cartita de la Señora de la niña mala (la Reina, indudablemente), y cumplimiento de camino una mía antigua, y pediré tu cabal salud, que no dudo conseguir muy cumplida, para trabajar nuestra árdua empresa. Voy el 6; el 7 en la cueva, el 8 aquí, 9 á la noche ó 10 á Pinto, y si está listo, el 12 las llevo, ó el día que se pueda».—4 de Octubre de 1864.

Y proseguía dándoles cuenta de sus tareas:

«Tengo tantos negocios, que en quince días de trabajar seguido, como lo hago desde mi llegada, no me alcanzarán, pues deseo descansar, si es posible: ha sido un año de penas muy grandes, y sepa V. que me hallaba á ratos algo cobarde, aunque muy conforme y con gran paz del *alma*. Pero está el mundo tan malo, que verlo y vivir en él es una carga la vida».

En lo más suave y sazonado del otoño, le caía abrir la casa de campo, adquirida en el pueblo de Pinto, cercano á Madrid. Preguntamos, al comunicar las primeras noticias acerca de esta casa, ¿si por ventura fuera alguna generosa donación? Fuerza era desvanecer toda halagüeña fantasía.

Entonces, continuaremos preguntando: ¿de dónde venían los caudales? De las aferradas arcas de los prestamistas, á los cuales hubo de acudir, no por primera vez, asegurando que Dios pagaría á su tiempo.

La hermana Corazón de María, delicada había rato, se entretenía en el campo, y fué con Bernarda arreglando, según se podía, la flamante casa.

La Madre le había escrito: «Pon un letrero á las puertas que diga: «Quinta de Sacramento», pintado y bonito».

Fué que á medida que las fundaciones se extendían, le era necesario colegio y noviciado más capaces, y no le hallaba adecuado ni en Madrid, ni aun en Alcalá de Henares, ni en Guadalajara.

En Abril de 1864, y cuando se alivió de gente por la epidemia del tifus á la casa de Madrid, llevándola á Guadalajara, le ofrecieron con apreciables ventajas esta casa de campo en Pinto, que vista por la Hermana Corazón de María y Bernarda, la agradó la descripción de la finca, pero no así la casa, por ser pequeña. La compró, no

obstante; y para desahogo de habitaciones y capilla, alquiló más tarde otro predio contiguo. Instaladas allí algunas hermanas, les asistía en lo espiritual el capellán segundo de la casa de Madrid, P. Roque Claramund, franciscano exclaustro y de categoría en la Orden.

En los primeros días de Agosto visitó la Madre este colegio, y daría sus órdenes concernientes á las obras. Al regresar de Levante á Madrid, para el mes de Octubre, en las veinticuatro horas que moró en Pinto, se dedicó á activar los preparativos para su inauguración.

El día 16 volvió á la nueva fundación con el personal de Comunidad y Colegio, y el Arzobispo Sr. Monzón, bendijo la capilla y celebró la primera misa de comunión. Aquel día memorable de la inauguración, profesó también una Hermana y recibió el hábito otra, con que se solemnizaron los primeros actos de culto. Regresaron á Madrid en la tarde, no sin molestia la Madre, por habersele torcido un pié en la huerta (1).

Lo pasmoso y regocijador es cuanto la animosa peregrina cuenta á sus amigos de Zaragoza en la susodicha carta, con todo el corte, á ratos, de telegrama:

«Miren por mí para que no me páre: ya que el cuerpo corre que vuela, el alma ande á su vez en telégrafos cuando menos. ¿Ve V. qué de viajes? Pues sepa para que alabe á Dios, que nos guarda y ayuda, que no hemos perdido su presencia ni una hora, ni mi asistenta ni yo: de lo que damos á Dios millones de gracias, como por lo felices que han sido para nosotras; pues en un

(1) Verificada la elección de Superiora General en 1866, y variadas las circunstancias, se acordó no mantener noviciado en Pinto, según el plan de la Madre Fundadora; y como el Sr. Bahía había adelantado el caudal de unos miles de duros para la adquisición de la finca, quedóse éste dueño de ella, y la Comunidad se incorporó á la de Madrid.

tren sólo nosotras íbamos serenas y seguras y contentas, cuando treinta vagones llenos iban alarmados... desmayos, gritos, apearse dos horas en tierra, y mojándose, y en grande susto; y nosotras solitas, sin movernos y sin temor de ningún género, veíamos los demás: rezamos el trisagio en acción de gracias cerca del Escorial. El servir á Dios, amigos míos, es una ganga ó mina inagotable: ¡qué bueno es Dios! es un gozo grande verlo y pensarlo, que no cabe en un corazón tan chico como el mío» (1).

Muy bien; nada más sereno y confortado que una buena conciencia; nada más intrépido y valeroso que la confianza en Dios. Los niños, las mujeres, se transforman en gigantes con el soplo de la divina gracia.

El ángel de la guarda las protege continuamente, y á las veces de modo visible y ostentoso, y esto es fuerza para alentarse más á la imitación del Redentor.

Y bien sienta que preste colorido al cuadro de la Madre su Secretaria Corazón de María, que tanto corrió á su lado:

«Acerca de los viajes que yo hice con la sierva de Dios, debo declarar que casi siempre pudimos comulgar; y cuando pasábamos por Calatayud, aunque fuesen las tres de la madrugada, oíamos misa, habiendo tiempo. Antes de emprender cualquier viaje, hacía provisión de libritos, máximas impresas, oraciones, estampas y medallas, colocando las limosnas en varios papelitos con diferentes monedas, para darlas según las necesidades de los pobres. Acostumbraba á poner en cada papelito tres monedas, en honor de la Santísima Trinidad. Si hacíamos el viaje en diligencia, tomaba la berlina, para evitar compañías peligrosas; y si en el tren, un coche

(1) Madrid, 13 de Octubre de 1861.

reservado para ir solas; por lo que podíamos hacer la oración, lectura espiritual y rezos con la exacta distribución que se practicaba en el Colegio.

Al divisar las iglesias de los pueblos, saludaba al Santísimo Sacramento, haciendo una fervorosa comunión espiritual, y rezaba un *De profundis* por los difuntos ».

Esto se llama peregrinar por la tierra, camino del cielo. ¿Cómo creyeran los hombres asustadizos, nacidos para los desiertos, que estas perpétuas viajeras de ferrocarril no perdían la presencia de Dios, ni el método de su colegio?

Santa Teresa convertía su carromato en monasterio ambulante, donde se tocaba á silencio con la campanilla: las Teresas del siglo del vapor saben aprovecharse de los adelantos científicos, y formar de ellos pedestales para bendecir al Señor de las artes y las ciencias. Todo lo alcanza, y concilia, y armoniza, cuando es menester, el bueno y abundante espíritu cristiano.

Tras la serenidad del viaje al Escorial, vino en Ávila un padecimiento, que ofrecer á Dios, del recio golpe ó caída en que se lastimó fuertemente en una pierna, con resentimiento del nervio ó hinchazón en la rodilla, de forma que no podía andar. Todavía se esforzaba á proseguir su viaje, pero la detuvo el Prelado unos días, tanto más que él se hallaba con un pasmo en el lecho.

Á uno de estos días, sin duda, ha de referirse la Madre General cuando escribe:

«Estando en Ávila oía un día misa en el cuarto del señor Obispo, que, por estar enfermo, la oía desde la cama. Al sumir el cáliz volví en mí, que recogida ofrecía al Señor servirle y amarle, que lo deseaba mucho entonces, y como hallase este momento propio para actos de amor, le pedí se esperase, y, en efecto, un rato

se detuvo el sacerdote, y al beber la sangre del Señor, sentí yo como si ella me cubriera á modo de un fanal de cristal, que sin tocar lo cubre á uno todo entero; quedé muy recogida; y debió quedarlo el Sr. Obispo, pues sin decirle yo nada de esto, habló de Dios un ratito con mucho fervor» (1).

De allí se vió obligada á ir á las aguas de Las Caldas, desde el cual establecimiento escribe á la hermana Espíritu Santo, doliéndose de carecer de escribiente, y animándola á ella en sus apuros y estrecheces de Barcelona. ¡Qué carta más ingénua, y estampada al brotar de los sentimientos! (2). Hubo de detenerse antes dos ó tres días en Valladolid, para adelantar algo en los pasos de la fundación, y cruzar asimismo por Palencia para adquirir mantas. El término de la expedición era su pesadilla de Santander, como veremos en el capítulo inmediato (3).

(1) *Cuadernos de favores*. De un mes de Junio, y oyendo misa igualmente en Ávila, recordaremos la otra merced de los sagrarios y las perlas esparcidos por el orbe.

(2) Las Caldas, 7 de Noviembre de 1864. Doliase de que á veces haya manos desprendidas para regalar millones á conventos, donde no hay dispendios con las acogidas, mientras las pobres éstas arrastran su vida en total desamparo. Ella se veía sin ayuda además, y había de matarse con la fatiga anhelosa de la pluma.

(3) Tenemos nueva cronista de esta expedición en la hermana Catalina de Cristo, que desempeñó con la Madre los buenos oficios de Secretaria, y así nos manifiesta:

«Salió la sierva de Dios la cuarta vez de Madrid para Santander, con la hermana Catalina de Cristo, el 18 de Octubre, año 1864. Llegó á Ávila con intención de salir al día siguiente para Valladolid, para tratar allí de una fundación, que se le pedía; pero como llevaba una rodilla hinchada y muy mala, el señor Obispo de Ávila, en cuyo Palacio se hospedó, la instó á que se detuviera unos días, quedándose hasta el 25; y escribiendo á Santander, tuvo carta del Padre

Y allí refrescó en su imaginación la pintura del frondoso carrascal de Valencia, y las luces que en el santo retiro le irradiaron del cielo. Se alargó en sus notas y apuntes, y resultando los últimos de su pluma, no hay manera de resistir á registrarlos, y empaparse en su raudal de doctrina.

Nadie olvide que son apuntes íntimos, para gobierno y aprovechamiento propios, sin temor ni sospecha de que hubieran de curiosarlos ojos poco mirados y benévulos, y menos un público indefinido, heterogéneo.

Padre Jáume.—Ejercicios en Burjasot (Valencia), 18 de Septiembre de 1864, con el Arzobispo de Santo Domingo, Sr. Monzón

«En los techos de mis cuatro piezas de la torre en que hago mi retiro, hay unas armas que son del beato Juan de Ribera, y es el Santísimo Sacramento con dos

Iglesias, que corría con aquello, diciéndole que podía retardar el viaje, pues la obra estaba atrasada....

El día 25 salió para Valladolid, donde la hospedó D. Ramón Nava. En aquella ciudad trabajó mucho para la fundación, sin que le faltasen algunas contrariedades. Ella salvó el honor de una familia acomodada, recogiendo á una joven hija, que les daba muchos disgustos, y mandándola á su colegio de Madrid.

El 2 de Noviembre salió para Palencia, y luego pasó, por empeño de los Condes de Bárcenas, á Las Caldas, de donde salió para Santander el día 8.—Declaración en el *Proceso de información de virtudes*, etcétera.

No habíamos referido nosotros la impresión amarguísima que causó á la Madre ver pintado, en un lienzo de San Norberto de la iglesia de la Compañía de Valladolid, un copón con las sagradas formas por el suelo, vertidas por mano de hereje; el dolor que la traspasó, duraba en su viaje por Zamora y Toro, estrechándola á hondos suspiros. Por este tiempo se le enseñó á Corazón de María, nunca bastante dolorida de contemplar á su amado por los suelos.

corazones á los lados que arrojan fuego, y un letrero ó lema, que se cree fueron las palabras que el Señor le dijo estando expuesto; (que le adoraba) por ser muy devoto el Santo. «Después de esto, ¿qué más puedo hacer por tí? ;oh hijo mío!» y esto mismo se repite en toda la casa y capilla; fué Virrey y Arzobispo de Valencia, tiene un gran carrascal, donde paseaban los santos, y todo está como ellos lo tenían; yo me paseo en él mañana y tarde. Y los santos que vivieron en estas mismas cuatro piezas que yo tengo, y tienen los mismos azulejos en la pared, suelo y balcones que ellos usaron. ¡Es un placer este desierto! Los santos son: el beato Ribera, San Luís Beltrán, el beato Factor, Gaspar Bono, José del Niño Jesús; y San Vicente Ferrer se les apareció y pasó un día con ellos en forma de un religiosito de su Orden: y la venerable Agullona, que no la quisieron recibir y que entró por la ventana en una conferencia.

PATRONOS PARA LOS DIEZ DÍAS

El Santísimo Sacramento y la Virgen Dolorosa

Día primero.—Bien, los hago, con gusto y cierta ansia en el alma de aprovecharme de ellos, y confianza en Dios. Todo el día he sentido un consuelo con las meditaciones de hacer la voluntad de Dios, porque este es mi deseo habitual; y cuando hallo algo que me cuesta, me digo yo á mí misma: esta es la voluntad de Dios, y se hace suave para mí todo por penoso que sea. Yo me gozo tanto de que Dios lo disponga todo, que le doy siempre gracias de este cuidado, que para mí es especial.

La cuarta meditación la hice con gran tibieza, que con el fervor del día me llevé chasco; pero después en

la lectura, rosario y preparación para mañana, volví á mi estado habitual, y lo hice con gusto, y sin pereza, y con fervor, bien que tenía tal afán de meditar lo que leía, que me costaba violencia de pasar de un manjar tan rico á otro, aunque me parecía mejor que el anterior. Mucho deseo servir á Dios como el P. Ribera y San Luís Beltrán, y el beato Factor, en cuyo cuarto estoy.

Día segundo (1).—La meditación de la gravedad del pecado, me hizo llorar con lágrimas del corazón: así fuí á misa y comunión, traspasado el corazón de pena de mis muchos pecados. Me fuí al carrascal, y en lo más frondoso, leí muy bien la lectura de esta materia, que después consideré en el rato que me quedaba libre por miedo de que pasara esta pena. Para mí confieso que ni la muerte, ni el juicio, ni el infierno me hacen la impresión, que me causa considerar la ofensa de Dios mía y agena, la ingratitud que encierra un solo pecado: esta meditación va directamente á mi alma y corazón.

La segunda meditación de la necesidad de renunciar-se á sí misma, no la entiendo bien á la práctica. En el segundo punto de la renuncia de la propia voluntad, ya lo entendí mejor y medité sobre ello seriamente, y como llevo un año trabajando en ello, renové los propósitos... porque hace poco me enfrié por ver gente buena (no muerta). Ofrecí, si al mandar yo algo, no lo obedecen pronto, hacerlo yo por los otros, diciendo: como Dios lo manda, yo lo obedeceré, y ofrecí obedecer yo con gusto lo que deba de hacer.

Día tercero (2).—Con gusto y atención medité de la

(1) «Me quedé sola en casa. Muy puntual en todo lo que marcó el P. Jáume».

(2) «Por el día bien, algo menos fervor, porque no hallaban eco en el alma las meditaciones, pero por la noche ya me hallé mejor;

muerte; misa y comunión con gran recogimiento y fervor. Creo he de sacar fruto de esta meditación en lo sucesivo, pues he resuelto cercenar en lo posible, todo lo de mi uso; porque los viajes y mis ocupaciones me obligan á tener más de lo que yo quisiera; pero con apego nada, nada. Quiero vivir como muerta, y no tener nada que me duela dejar.

La meditación del juicio particular de Bellecio me ha sido muy útil y propongo, en un día de retiro, ocuparme de ella detenidamente, pues es una necesidad juzgarse en vida de cuándo en cuándo, para vivir más segura y morir más tranquila de su salvación. Me sentía muy inclinada á la oración, me vencí para no perder nada de materia tan necesaria para mí y considerarla detenidamente y seguir ajustada al método. Hice mi examen para la confesión general de año y medio que llevo sin ejercicios (1): ¡qué de faltas! y muchas las he pasado casi desapercibidas, ya por cuidar mi salud, ya por condescender indebidamente, ya por falta de examen, preparación y dolor de mis muchos pecados: ¡qué pena es! ¡cómo se vive, Dios mío! ¡y una religiosa y Superiora!... para confusión mía lo digo, familiarizada con los pecados veniales y faltas de perfección! Esto, según el Padre, fué una tentación que suele acontecer en los ejercicios: gracias á Dios no había causa. Me confesé este día y me convencí después, fué tentación que me hizo pensar bien.

Día cuarto.—La primera meditación del reino de Je-

después de hablar con el Padre comprendí mejor todo, y una conferencia con el Sr. Monzón me enfervorizó..... é hice mi oración y rezos con fervor muy puntual; el oficio, la meditación, rosario, examen y leer los puntos».

(1) No parece fácil conciliar esta cronología; pero la Madre tiene advertido que no responde mucho de la exactitud de sus fechas.

sucrismo. Es ya un terreno donde mi alma está como el pez en el agua: ¡y qué consuelo siento cuando, como hoy, puedo decir: mi elección está hecha de un modo irrevocable, y además quiero seguir á mi Jesús en la pobreza y humillaciones; pero aún me duelen mucho las que sufro, y he de trabajar para llegar á sufrirlas con alegría, ya que vivo con ellas muy conforme, gracias á Dios, que me ayuda con sus gracias muy especiales. Siento un recogimiento pacífico, aunque menos sensible el fervor. Sigo todo muy natural, pues no quiero por mi culpa perder el aprovechamiento, que espero y deseo vivamente sacar.

La segunda meditación de la Encarnación la he comprendido de un modo especial, como nunca: yo diría mejor, la he sentido, pues estando muy recogida, pensando á qué humillación se ha sujetado todo un Dios! el mismo que estuvo encerrado en el seno de María Virgen, lo está hoy en el sagrario! Esta consideración, que tan al alma me llegó, me la pagó el Señor con una unión tan íntima de amor, que no la sabría explicar.... En el seno de María Santísima había amor para Jesús, pureza, adoración, compañía, respeto, sumo cuidado; pero en el sagrario nada, nada halla... y si sale de su encierro, dónde va? por ejemplo á mi pecho miserable!... nada halla, y si Él no limpia la morada, hallará por compañía un sinnúmero de pecados!...

Esto aflige mi alma á lo sumo; un torrente de lágrimas corren de mis ojos, que llegan al corazón; ¿qué ofertas y promesas no le haría? ¡ojalá las cumpla y no las olvide jamás! Lo demás nada particular en tarde y noche, pues dura aún la impresión de la mañana. 1.º Ofrecí á mi amado Jesús, cada día muchas veces, enviarle un pensamiento de amor á todos los sagrarios del mundo, para que tenga amor y mi corazón por compañía. ¡Ojalá

se dividiera todo él á este fin! 2.º Vivir con mucha pureza, que ni mi lengua pronuncie nada que le ofenda, al pasar en la comunión; adorarle con más esmero y procurar que le adoren en las casas, á fin de que siempre halle una adoratriz que le consuele de tanto olvido, y tanta soledad y descuido. 3.º Cuidar de sus iglesias...

Día quinto.—La meditación de este día de la *Huida á Egipto* es muy interesante para una adoratriz, y me ha servido mucho para hacer mis viajes, sin repugnancia ni delicadezas, arreglando á este modelo de la Santa Familia los que haga en adelante; sin quejarme ni lamentarme de ello, para imitar más á Jesús. La vida oculta de Jesús, la elección de estado y la mortificación, ofrecen pocos apuntes, pues que no comprendo que haya quien quiera mandar, ni menos ser Superiora General. Es un género de martirio para mí muy grande. Mi elección está ya hecha para toda mi vida, y no he tenido jamás una tentación en contra; con que no tengo mérito. Las penitencias, las mismas de siempre; sólo una como por vía de prueba, hasta ver si Dios la quiere.

Este es más bien un día de tibieza que de fervor, pero es muy justo; porque está más acorde con lo que yo merezco, razón por la que me conformo mejor. El calor me tiene algo abatida, é influye (1).

Día sexto.—Meditación de las dos banderas. Me hallo tan feliz y satisfecha con la de Jesucristo, que no cesaré de darle gracias toda mi vida: y mi deseo es no desear nada más que lo que el Señor quiera de mí, dónde y como quiera; sólo el ser Superiora y conformarme es la prueba mayor que le doy á Dios, y que sólo por Él lo sería; ¡por Dios sólo lo soy!

(1) Aun esta ligera circunstancia aprovechará á ejercitantes y Directores.

Todos los puntos de este día son en extremo interesantes para una alma que, como la mía, desea adelantar en el camino de la perfección. Yo haré para no perdonar medio de adelantar algo más, pues voy muy lentamente.

La tercera clase de hombres que trata la segunda meditación de este día, me ha conmovido sobremanera, y me anima mucho; ; me siento fuera de mí! La primera y segunda me harán no perdonar medio para salvar almas. ¡Oh! esto es para mí como una espuela clavada en mi corazón: ; tantas almas que caen en el infierno cada día! yo he de trabajar y rogar por evitar caiga, aunque no sea más que una, para con ella salvar la mía. ¡Guárdame, Señor! (1).

(1) «El otro día, estando en la oración, me parecía me habían puesto, sin saber cómo, una custodia en la mano, que tuve largo rato; esto me enfervorizó tanto, que me sirvió bien para mi oración, y pasado que fué, lo olvidé completamente, y recuerdo ahora que queriendo yo buscar en el libro lo que me tenía tan fervorosa, lo recorrí todo y no lo hallé, y ahora caigo en que fué esta ilusión: como hoy en la misa se volvió á repetir, y me lo representaba con alguna más claridad, pues me parecía realidad que tenía yo una custodia en la mano con el Sacramento, y me parecía que para dármela me habían llevado á la esquina de la capilla, á la derecha, y como me la daban desde lo alto, no sé cómo yo subí y me la pusieron en las manos, que la tuve hasta ir á comulgar, que no sé cómo desapareció de mis manos y después caí en la cuenta que ya me había sucedido otro día; me dejó tan bien nivelada el alma, que ni excede el gozo, ni hay pena ninguna en el corazón, de las mil diarias.

Yo me he propuesto hace muchos años hacer, no sólo lo más perfecto, sino hacerlo todo con alguna perfección, aun en cosas ligeras y de poca importancia, y esto me ayuda grandemente para traer siempre presencia de Dios, tal como doblar bien un papel igual, cerrar una puerta sin ruido, etc., y como todo lo hago para *ganar algo para mi alma*, tengo ya adquirida una costumbre que me es muy útil y sirve luego para las cosas de más importancia y presencia de Dios

Día séptimo.—Algo distrajo la marcha del Sr. Arzobispo á Madrid; pero la Pasión del Señor es de suyo interesante y propia para mover el corazón á servirle con penas y fatigas ¡al Señor, que tanto ha sufrido por mis pecados! Tengo el consuelo de que en cada vez que hice los ejercicios, reconozco una gran mudanza, y no puedo decir se que laron los propósitos sólo en el papel: pues los últimos dieron por resultado obedecer en un año de fundaciones á la hermana que llevé conmigo, sin faltar una sola vez; pues un día hasta dejé la comunión en un pueblo, porque le parecía lejos la iglesia, y aunque no se opuso, indicó ser mejor no alejarnos. No falté á la paz que me propuse en los ejercicios, y he notado vencer mejor el genio vivo y enérgico que me caracteriza, y en cada época de mis ejercicios podría ir diciendo el fruto que de ellos he sacado siempre, y de los primeros mi *conversión*.

No creo haber cometido desde que los hice en 1845 (1847) con el P. Carasa, que no creo, repito, haber cometido un pecado mortal, con conocimiento de tal; y desde entonces, no he resistido jamás á lo que Dios ha marcado querer de mí, y he hecho sacrificios de todo género, bien *penosos!* y todo se lo debo á los ejercicios bien hechos, y seguido con precisión lo que los directores me enseñaron y dijeron. Gracias á Dios y á la Santísima Virgen, que los dictó á San Ignacio, y al santo que tan bien supo dirigirlos, y á los que me los han dado, que tanto fruto he sacado y espero sacar; aún ofrezco á Dios ocuparme de que muchos los hagan.

continúa, y creo esto me ayuda mucho para la comunión diaria sin tantos temores, pues llevo siempre á Dios presente ».

Hemos puesto de nota ciertas relaciones que no enlazan directamente con la materia del texto.

En la página 352 del *Bellecio*, segunda meditación del séptimo día, hay unos pensamientos grandes y muy convenientes para mí. Estas son mis ideas desde que vivo en religión, y es verdad lo que dice en los tres párrafos: á mí me sucede al pié de la letra: y al pensar en mis pecados, nada se me hace penoso sufrir. Como *Jesús* sufrió por mí y su Santísima Madre!...

La meditación de la Pasión me ha dejado sorprendida; que yo la esperaba con afán, por ser muy devota del Señor en la cruz y la corona de espinas, etc., y nada he sentido, y aunque la he seguido muy puntual y leído con gusto, no he sentido fervor ninguno y no podía meditar: sentía como cierta violencia. Esto me dió pena. El Padre dice que ya sucede á veces.

Día octavo.—De la Resurrección del Señor. Bien; pero no me mueve á mí el pensar en las ventajas, que ofrece esta meditación al alma que sufre con Él en esta vida. La tercera meditación que ofrece, agilidad, impasibilidad, etc., ni ser santa, ni visiones, ni raptos que se leen en las vidas de los Santos, no me animan á mí ni á sufrir, ni á trabajar. Me mueve primero: el deseo que tengo impreso en mi corazón de amar á Dios, no tanto por su pasión, como por haberse quedado con nosotros toda la vida en el Sacramento: ¡esto me saca á mí de quicio ó de juicio!...

¡Todas las glorias del mundo, ni sus alabanzas, me mueven á mí *para nada!* ¡El desagraciar al Señor, el de *salvar* almas que se lleva el enemigo, en darle culto ya que se ha quedado con nosotros y sufre tanto en este Sacramento! En desagraciarle yo misma de mis pecados pasados y de los presentes, de tibiezas en la comunión, malas confesiones por no notar mis faltas y cometer un sinnúmero de faltas diarias, esto sí me duele y mueve á sacrificar mil vidas que tuviera. Lo que me han de dar

á mí, no me ocupa; lo que han de dar al Señor, eso sí; y darle yo cuanto pueda por mi parte, eso es mi anhelo en esta vida; lo digo porque no sé si voy bien, si es camino seguro.

Si hablo de las cosas de Dios es por *Él, sólo por Él*; no tengo mira mía ninguna; *no, no...* lo puedo jurar, *sólo Dios*.

La segunda meditación del amor de Dios la hice con un fervor grande, pero al llegar al final que dice: Jesús se abrasa todo entero por amor nuestro... *¡¡¡y no es amado!!!* estas palabras me recogieron por una hora, hasta que un bicho muy grande, con alas, me sacó de mi recogimiento, y después pasé una hora más considerando el amor de Dios. ¡Oh! ¿cuándo le amaré yo como deseo, y es debido?

La conformidad con la voluntad de Dios es para mí un consuelo, y gusto grande esta conformidad; yo me hallo muy conforme; ya lo sabe que en las penas grandes le digo: *como Tú quieras, Dios mío, y nada más*: y es esto tan cierto, que más le pido fuerzas y resignación, que el alivio de los males que permite me acaezcan.

Me fuí á Valencia, y el P. Jáume me dió la comunión y dijo la misa, y yo pasé el día muy fervorosa, y con grandes ánimos y confianza he de sacar fruto de ellos.

Todas mis cosas me dan pena, y habitualmente desconfío de mí; pero espero en Dios, y es tanto, que temo falte en esto por exceso.

Valencia, 28 de Septiembre de 1864: último día de los ejercicios.



CAPÍTULO XXVIII

FUNDACIÓN DE LA CASA DE SANTANDER

(1865)



RABAJOSA y acibarada sobremanera, fué esta fundación para la M. Sacramento. Presentóse al principio como día de sonriente aurora, y sol madrugador, de invierno, que se anubló pronto, y no se alzaron las nieblas sino en el mismo ocaso de la luz, al terminarse los afanes.

Invitó el Prelado D. José López Crespo para establecer casa en Santander á la M. Sacramento, á mediados de Agosto de 1863, y con la diligencia usada, contestó la Vizcondesa «allá voy: se me ha rogado antes por otras personas, pero yo no me muevo, sino á excitación de los señores Obispos». El 7 de Septiembre del mismo año, apareció en aquel puerto, y, celebradas conferencias con unos y otros, parecióle hallarlos tan aparejados, que podía alzar la casa, de no carecer ella de personal formado á su gusto. Se imponía una dilación, por más que ya fijaron la vista en lugar adecuado. En su regreso á Madrid, la acompañó el Prelado hasta el pueblo de Bár-

cenar, con el objeto de que no se viera privada de la santa comunión, que le dió él mismo.

Al romper el año 1864, escribía la Madre á D. José Iglesias Castañeda, uno de sus bienhechores, bendiciendo la caridad y celo que desplegaban para las suscripciones y el arreglo de la casa, advirtiéndoles no se arredrasen ante las dificultades, ni, aunque oyesen hablar mal de tales casas ó de su fundadora, lo tomasen á pecho; pues cuanto peor las publicase el enemigo, más había de brillar la mano de Dios (1). Y se despedía hasta Marzo, para en tal sazón plantear la casa, y no salir, sin imprimírle su marcha regular: ¡ojalá fuera así!

La Madre no podía esperar otro suceso; como que, en 9 del mismo Enero, decía á Dronda:

«La fundación de Santander va muy bien, la suscripción pasa ya de treinta y cuatro mil reales: el señor Obispo entusiasmado trabaja con grande ahinco y da la cara de lleno, tanto que un día le dijeron en mi casa, *allí*, unos envidiosos: parece que su ilustrísima toma esto con afán, como diciendo: no suele él hacerlo con otras obras. Y en voz alta y enérgica les dijo: sí, señores, lo tomo con mucho afán, porque es la obra de Jesucristo, encomendada á los Apóstoles, y ellos á nosotros, la salvación de las almas. Dejó á más de veinte personas paradas, con el tono y fuerza que lo dijo, desusado en él».

Estuvo en Mayo, y tomó una casa para colegio, ínterin se disponía cosa mejor. Hizo luego su santa peregrinación á Alba de Tormes, y volvió al mes siguiente de Junio, morando hasta fines de Julio. Cuando todo se le erizaba de espinas, compendiaba ella su situación en la frase vulgar, diciendo: «me han dejado en las astas del

(1) Madrid, 7 de Enero de 1864.—«Á los señores Cabada y Rodil, también favorecedores de la obra, prometo escribir luego».

toro»; pero aún arrostrando las penas, llegaré á este puerto, que es, para mí, de oro en bruto.

«Yo salgo para Madrid, decía á D. Juan Ferreiro, asaeteada, acribillada, apaleada y molidos los huesos; pero, como tengo sentada plaza de mártir, no me han de regalar dulces; tanto más que algo han de costar las almas puestas en camino de salvación. Paso por bruja; ¡y si no fuera el mal tan grave, é importantes las personas que me zahieren!...»

Mas fué el caso, que llegó ella á conocer sus pensamientos y hablillas, y aún el rubor y confusión de que estaban poseídas, y las penitencias practicadas por su ligereza: tendido y largo murmuraron de la sierva de Dios personas al parecer devotas, martirizándola con las saetas de las lenguas. Bien advierte ella, que es el mundo semejante á los canjilones de las norias, y ya habían dado muchos la vuelta, y la visitaban y colmaban de atenciones. «Tan santa soy ya, escribía, que no como más que yerba; y lo que comí aquí son sapos y culebras, que nadan por la ciudad, como los peces del mar» (1).

Salió, en efecto, antes de terminar el mes de Julio, pensando volver para el mes de Octubre, y encontrar la casa seca y lista, no obstante de declararse en quiebra y sin blanca, pero se alzaba la fundación bajo la palabra de Dios. ¿Asegurada ésta, á quién sería lícito desconfiar?

Esto no obstante, asomaría la cara Octubre, y volvería la espalda Noviembre, y no se secaría para ella el copioso manantial de las amargas aguas, sino que entonces más bien se sumergiría en lo hondo de la tribulación.

La Madre continuaba sus visitas por las casas del Ins-

(1) 19 Julio de 1864.

tituto; y en Barcelona, al contemplarla rodeada de tantas contrariedades en Santander, la disuadían del propósito, ofreciéndose ellos á tratarla con mayor halago.

En Burgos, estaba al entrar el otoño, conmovida del poder de la gracia en dos jóvenes, de dieciocho y veinte años, que habían andado leguas y leguas á pié, durante tres días, en busca del colegio, sin más alimento que pan mojado en vino! y exclamaba: «¡Soy muy floja yo, que no ando sino en coche y muy bien alimentada!... Así iré á Santander, porque no quede por mí, ya que el señor Obispo me llama». ¡Ah! si preciso fuera, nadie lo pone en tela de juicio.

En efecto, para el día 9 de Noviembre aparecía por cuarta vez en aquella capital, ¿pero en qué situación? Se llegaba á la costa, cubierta ya de nieblas y humedades, para trabajar durante la crudeza del invierno, con una pierna hinchada y dolorida, y la esperaban innumerables cartas, cuando había tenido que despedir al escribiente, que ofrecido por las hermanas de Madrid y aceptado con desgana, trastrocaba sus papeles, y á la postre parecía metido en política y mareado de enamoramientos. En la corte aguzó su lengua calumniadora contra la Madre, acogiendo sus maliciosas invenciones personas timoratas y amigas de la virtuosa Superiora, que hasta la amargaron con requisitorias de necia credulidad.

Las hermanas de la Caridad del hospital las acogieron de pronto con el cariño acostumbrado; los demás ofrecimientos se habían desvanecido.

En aquellos días cabalmente cundían por todos los ángulos el sentimiento profundo y amargas quejas, por caudalosas pérdidas de las más principales familias de la ciudad, efecto de las quiebras de algunas casas de comercio; por lo cual no había manera de atraer los pensamientos hacia una fundación, por otra parte, lánguida

y retrasada, y por algunos estimada hasta de irrealizable.

Allí no reinaba sino el desaliento, aun en los mismos protectores, como el Sr. Iglesias; el más constante era don Juan Rodil, y se hallaba forastero.

Á poco, hasta las mismas Hermanas de la Caridad las miraban como abandonadas y dignas de lástima, alejándose de su conversación y trato, exceptuada la Superiora, que, al parecer, no dejaba de mantener fielmente con ellas su cristiana amistad. Las gentes se habían borrado de la suscripción, y no habían de acercarse á su presencia llenas de sonrojo; únicamente la señora de Rodil les ofreció sus atenciones.

Sola se quedaba la Madre para sufrir con la hermana Catalina de Cristo, en habitación tristísima y el vacío en derredor. Y parece iban á trepar por las cumbres del Calvario: con el ejemplo del enmudecido Redentor á la vista, se propuso indudablemente la desamparada fundadora acompañarle como las santas mujeres, y como fué el manso cordero al sacrificio, *sin abrir su boca*.

En aquella manera delicada, generosa y sublime que describía el gran maestro de la callada mansedumbre, de la silenciosa y heroica paciencia, el extático San Juan de la Cruz, á las carmelitas de Veas:

« Sirvan á Dios, mis amadas hijas en Cristo, siguiendo sus pisadas de mortificación, en toda paciencia, en todo silencio, y en todas ganas de padecer » (1).

Desde el hospital á la obra del colegio mediaba una penosa cuesta, que para el estado de la Madre era continuo ejercicio de dolores.

Por lo que en los primeros días de Diciembre escribía á las hermanas Jesús de María y Victorias: « Ando

(1) De Málaga: Noviembre, 18 de 1586.

afanada con lo de Roma, que estoy escribiendo... además llevo una temporada de penas bien amargas; no quiero contarlas hasta que pasen; y entonces lo veréis en las historias de las casas, y dolerá menos; y yo ganaré en sufrir callando. Catalina se puso mala; como no está hecha á disgustos, la sorprende y lleva malos ratos; pero ya se va haciendo á ellos, pues llueven de marca mayor.

Como el enemigo se opone á esta fundación, aún no me han dado las llaves... »

Esta vez se firma así: *Sacramento, mártir* (1).

Á la amiga de Alba de Tormes la declaraba que se hallaba en esta fundación de su Orden, *como en su purgatorio*.

Y en Valladolid retrocedían de los pactos celebrados, teniendo que acudir en su apoyo en los términos de un abogado.

Pues bien, á los trabajos de fuera, acumulaba ella la labor de estarse escribiendo, seis y siete horas, en la historia de su Instituto, para presentarla en Roma, hasta dolerle el brazo, sin poderle mover más que para escribir. ¡Ah! era menester ir cada día perfilando su obra, con las nuevas luces de la gracia y de la experiencia.

Su pluma no estaba ociosa, sino encima constantemente de sus planes y reglamentos.

A ella, tan decidora y alegre, no podemos sacar más que generalidades acerca de sus amarguras; y de día tan regocijado como el de Navidad, véase lo fría y circunspecta que narraba sus sufrimientos de aquella pascua, mientras resonaban los villancicos, acompañados de castañuelas y panderetas, en sus pías y jubilosas casas.

« A todas las mando las pascuas, y á las colegialas to-

(1) Santander, 5 de Diciembre de 1864.

das se las deseo felices, con el aumento de virtudes para el año nuevo. Muy francas, muy sencillas, muy alegres, muy dulces; que amen á las que tanto deben; ¡no lo saben bien! La ingratitud con las criaturas, ofende á Dios y al prójimo de un modo que llega al alma.

Nosotras dos solitas como María y San José, con una paz inalterable, que atrae á Jesús, y nos enfervoriza de un modo inexplicable; sufrimos, pero con alegría, porque sufrimos por Dios, que todo lo vé... ¡Como María y José, no tenemos más que una pieza por casa; mejor sí, que el portal; pero solas, pobres, olvidadas de las gentes del país, sin limosnas, ni regalos, ni una visita, ni un saludo! Á María Santísima le pasó lo mismo, camino de Belén; pero el Señor nacerá, y todo se mudará, y con la gloria nos lo ha de pagar, que es lo que yo deseo á tí y á todas mis hijas ».

¡Qué alentadora es la esperanza, en medio del desamparo y de la angustia!

Párase la consideración en qué ausencia era la que contristaba su alma: «el Santísimo, escribía, es aquí el mayor contrabando: en dos meses, sólo un día, el de la Concepción, lo han expuesto.

Hay, con la Catedral, tres iglesias, y se usan aquí muy poco. Yo espero que el día de las Candelas se abrirá la casa » (1).

Gracias á los favores y atractivos, tan frecuentes y consoladores, del eucarístico sagrario. Del capítulo de estas mercedes recordaremos que no fué olvidada de Jesucristo la Madre, en su soledad de Santander; sino que

(1) Á la hermana Juana de Dios, 4 de Enero de 1865. Añadiéndole: «ya estamos en la casa todo el día; sólo vamos al hospital á dormir, pues con carpinteros, vidrieros, albañiles... es un laberinto; de fiestas nada, nada hemos visto ».

se le abría amorosamente el sagrario, y los brazos del Redentor la confortaban y regalaban (1).

«Después de hartas penas, habla ahora la hermana Catalina, el 2 de Enero de 1865, pasó la Madre al colegio con su Secretaria y una pobre mujer, que les hiciera los recados y comprar lo necesario á la vida, sin tener ni donde guisar la comida, pues no había nada. La sierva de Dios se encargó de la cocina, á pesar de lo mal que tenía la rodilla, y entre las dos iban limpiando la casa; haciéndola su Secretaria la lectura espiritual, mientras ella limpiaba y guisaba; así pasaba el día, sin descansar un momento, ni recibir consuelo alguno.

Á la noche volvían á dormir al hospital, por lo regular con lluvias, barros y fuertes vientos, hasta que don Juan Rodil, compadecido de tanto trabajo, las fué á hacer compañía, viéndolas tan desamparadas y despreciadas, y cuidaba de los hombres de la obra, y algún rato las mandaba su criada para que las ayudara algo. Entonces llamó de Madrid tres hermanas, y alquiló un piso de una casa, que se desocupó enfrente del colegio; pues ya no podían estar en el hospital, ni tampoco podían dormir en la obra por no estar cerrada».

Había propuesto la fundadora al Rmo. Prelado improvisar una capilla en el nuevo colegio, á cuya sombra vivir y activar más los trabajos. Pero el señor Obispo, atendiendo cuerdamente á los sagrados cánones, no accedió á que en pieza extraña (que pudiera luego profanarse), se colocara el Sacramento.

Á poco, mientras se acudía al señor Nuncio, el Pre-

(1) Notaron las hermanas de la Caridad lo del sagrario, y estimaron sería distinción en respeto á una sor Josefa, de mucha virtud; pero acaecía que, al retirarse de su presencia M. Sacramento, se concluía el favor, aunque continuara en la iglesia sor Josefa.

lado les autorizó la apertura de oratorio particular, que se adornó con unos cuadros de San José y los Sagrados Corazones, regalados por un amigo.

El señor Obispo les deseaba suplir con atenciones lo que no parecía discreto conceder, y así les invitó á asistir á su misa y les hacía servir luego el desayuno, lo que si bien era de agradecer, no dejaba, para el grupo de religiosas, de ser molesto, en razón de la distancia y la estación de las lluvias (1).

Por fin, el día 28 de Enero descansaron en el colegio; y al día siguiente se dijo la primera misa, que celebró el señor Iglesias Castañeda, y el señor Cabada la segunda.

No tardó en ser atractivo y reclamo para la gente piadosa la nueva capilla, resultando bella la que antes fea, buscando empeños, y llenando todos los espacios un centenar de personas á la puerta, para asistir á las funciones de los jueves y domingos, y entusiasmarse con el canto de solas tres religiosas. La Madre asegura que no había cantado en su vida, ni tenía voz, y era verdad; pero allí semejava á un ruiseñor (2).

(1) Ya se estaban arreglando los dormitorios y demás, y todos lo veían, y á pesar de esto, aún dudaban de la fundación. Como nadie ayudaba, y hacían falta infinidad de cosas, la sierva de Dios escribió á su apoderado dándole orden de que vendiese una finca que tenía en Madrid, lo que hizo éste con harto disgusto. — Declaración de Catalina de Cristo en el *Proceso de información de virtudes de la sierva de Dios, etc.*

(2) Á D. Juan Ferreiro, Febrero de 1865.

« ¡El canto nuestro aquí, *encantó* á esta gente, y dicen que soy la segunda voz, y que lo hago muy bien! La primera voz es Catalina; tiene una voz preciosa, y muy buen oído, aunque es poca voz para iglesia, es muy fervoroso no cantar á gritos; yo le pedí al Señor poder suplir, y es un milagro, pues siempre he berreado, y muy mal;

Á los primeros de Marzo pedía á Madrid, para enseguida, el personal de la fundación, compuesto de: « 1. Cruz. 2. Misericordia. 3. Reyes. 4. Mariana de Jesús. 5. Bautista. 6. Paz. 7. Joaquina de San José. 8. Loreto. 9. Milagro ».

Para preparar lo necesario á la fundación, fueron las Hermanas Rosario, María Perfecta y María de Loreto. Más adelante se llegaron la M. Cruz (en calidad de Superiora), y las Hermanas María de los Reyes, Mariana de Jesús y Joaquina de San José.

Ya en vísperas de dejar aquella casa, decía la Fundadora, por resumen de su historia, á Corazón de María en la misma de arriba:

« ¡Mucho he sufrido en esta fundación, pero Dios me ha dado una paciencia admirable, y te puedo asegurar que ni una sola vez me he enfadado! ya ves si es milagro en mi genio vivo ».

¡Ah! hasta se consolaba de las contrariedades; «aquí, cuesta hartas penas, decía á sus amigos de Vitoria; pero Dios lo quiere, y esto es para mí un consuelo y seguridad grande para lo porvenir ».

No sufrieron largas dilaciones sus esperanzas: pues acrecentábase y se dilataba la fama de su virtud, y los caballeros mismos, respetabilísimos y de distinción, no se desdeñaban de descubrir sus cabezas á su paso, y aun de besarle su mano ó sus prendas, arrodillados en la calle (1).

Y en la primera carta que dirige á Santander, desde

no hay que cansarse, en nuestras casas haremos todo lo que haga falta, pues es obra de Dios, y Él suple». — Á Corazón de María, 6 de Marzo de 1865.

(1) Catalina de Cristo textifica de haberlo presenciado con gran admiración, ante la santidad que brillaba en ella.

Burgos, á 27 de Marzo del mismo año, entre otras órdenes les comunica la siguiente, que había sido su virtud asombrosa:

« Que no se consienta á nadie, ni hermanas, ni de *fuera*, hablar de nadie; porque el enemigo pone anteojos dobles y expedita la lengua, para hacer perder la paz y unión, y es el prurito en Santander; cuidar bien de esto ».

Hé ahí la orden del día: orden perpétua, de caridad y buena crianza, enviada á la casa de sus quebrantos, por la memorable fundadora.

Esta casa ha continuado en el mismo sitio de la Alameda segunda, sin traslación ni cambios; pero reedificándose, con desahogadas amplitudes, merced al favor constante y decidido del Ilmo. Sr. Crespo, Obispo de la diócesis, que en 1868 adquirió el solar de la casa y posesiones inmediatas. Dióse cima á este último perfeccionamiento, en el año de 1887.





CAPÍTULO XXIX

LAS CUENTAS Á TIEMPO.—AVISOS DE DESPEDIDA PARA SUS HIJAS LAS ADORATRICES.—ENCARGOS DE ORDEN SUPERIOR Á TRES PRELADOS AMIGOS.



MUCHO hemos visto correr á la Madre Superiora, de donde su amigo, el Obispo de Ávila, la llamaba por gracia *la andariega*, tomando el término de la historia de Santa Teresa. Y aunque es de la flaqueza humana el disiparse, con el deramamiento por el mundo, de donde infirió Kempis que los que mucho peregrinan, rara vez se santifican; pero ha de acaecer esto con los remisos y flojos, no con los espíritus enfervorizados, que corren y vuelan en alas del amor divino.

Á la Madre Sacramento hemos de considerarla ahora preocupada con el ansia más viva, y el negocio más importante y complejo de todos sus planes.

No sé qué presiente su corazón; ha dado de mano á todo asunto temporal, y como encerrada y á solas, con sólo Jesucristo por testigo, va á exponer y tratar la materia de su honda preocupación. Conviene que asistamos

á esta escena, y escuchemos atentos, que yo le aseguro al lector que saldrá maravillado de oirla, pasmándose de cuán gigantesco y perspicaz es el espíritu de esta esclava del Señor, y cuán inefable la esplendidez y magnificencia de Dios con sus siervos.

Dejemos á la religiosa que explaye sus cuitas y pensamientos, en fervorosa oración con su Criador y *su Juez*, la cual se trueca fácilmente en coloquio y plática de la más entrañable confianza; dejémosla desahogarse en su propio y candoroso lenguaje:

—«Tenía yo una noche en la oración una conversación y como contienda con el Señor. Le decía yo con gran fervor: ¡ajustemos las cuentas ahora, Señor, y no lo dejemos para la hora postrera! Yo porfiaba me diese á conocer mis faltas, y las veía yo muy claras y ciertas; las quería ir apuntando; pero no me resolvía á dejar al Señor sin acabar de hablar, y le dije: ¿cómo, Señor, no la llevas á cuentas? En esto dan un golpe muy fuerte en el candelero, que tenía sin encender; me asusté mucho, y conocí era el enemigo, porque corrió; y esta carrera fué para mí un nuevo susto, que le tomé miedo; sin embargo, después seguí en amorosa contienda sin recordar ni una sola falta de las que vi: me quedó gran dolor de mis pecados, y algo más debió pasar, que no recuerdo, porque sé que yo decía: «cuando tú, Señor, estás contento, yo me vuelvo loca», y recuerdo que lo repetía esto muchas veces enajenada. Después el Señor me recordaba favores que me tiene hechos:—escríbelos—comprendí me decía, y yo hubiera querido presentarle entonces los pecados míos, que él arrojaba, y le dije que no tenía valor para escribirlos. Me dijo el Señor:—¿No son favores míos y regalos?—Sí, Señor, pero son á mí; y le recordé los pecados de mi vida toda, y le decía al Señor que si eran ilusiones más, no las consintiera; y

si eran cosas tuyas, ¿por qué me dejan luego dudas y temores harto penosos?»

El lector podrá ir ponderando las réplicas de esta amorosa contienda. ¡Qué hermoso eso de ajustar las cuentas á tiempo! ¡Qué tranquilizador y descansado mereciendo la aprobación del Juez supremo! ¡Y Él no quiere recordar más que sus bondades, con cuyas gracias de pureza y caridad, á manera de rico manto de armiño, cubrir lo descarnado y miserable de nuestras defeciones! ¡Sublime, arrebatador!

Razón tenía Micaela para enloquecerse, y para repetir las palabras indulgentes de Jesucristo, loca y enagenada. Si en la vigilia estaba dominada de estos pensamientos, ¿qué maravilla soñara con ellos, y soñara, como el ciego, lo que quería?

—«Tenía yo mucha pena de unas faltas ligeras que había cometido, y como deseaba mucho confesarme, me acosté haciendo examen y me senté en la cama, porque deseaba hacer oración: me dormí y soñé que me confesaba el Señor, y yo no sólo dije lo que me apuraba, sino las demás faltas de mi vida, y me dijo: «Estas ya las tienes perdonadas, y te daré la bendición por las otras que te apuran, que no me han ofendido.» Se me quitó la pena que tenía, me quedé con gran paz y no recordé más las faltas. Dí cuenta al confesor, por temor no fuese sólo un sueño, aunque á mí me lo parecía».

No se nos olvide uno de tantos regalos del Niño Jesús á su amante sierva, tanto más que él ordenaba se apuntaran siempre:

—«Me inspiró el Señor, de un modo muy vehemente, el deseo de hacer ejercicios, y me hizo ver el fruto que sacaría; y un día, después de prepararme para la misa mayor, se me representó el Niño Dios sentado en un sillón que no veía yo, y á tiempo en que me resolvía á hacer

un tríduo en vez de ejercicios, el Niño dijo muy claro, al decir yo tres días, « diez », y me pasó la mano por la cara, — « y si no te los quieren dar, yo te los daré »; — en efecto, no pudo ser el arreglarlos, pero yo sentí una mudanza en mí grande con un gozo inexplicable; después de la misa me tuve que salir, y rompí en un llanto de gozo, que no cabía en mi corazón » (1).

Con el balance de cuentas de la Madre, bien quisiera ella que anduviese entrelazado el de sus hijas, las cuales, naciendo y desarrollándose para la virtud, ofrecieran el fruto de las cualidades propias del Instituto. Á este propósito, y con la mira del florecimiento de su Orden y la perfección de sus miembros, antes de despedirse de sus hijas, les dictó las amonestaciones más dignas de tenerse en cuenta, que fueran como el espejo de su alma. Para la celosa Fundadora son el testamento espiritual, la manifestación postrera, y más solemne de su voluntad y entrañas de Madre.

Dice así:

« Amadas hijas mías: Yo quisiera que, cuando tuviérais la dicha de estar ante el Santísimo Sacramento, fuese animadas de los sentimientos de temor, amor y respeto, procurando que todos conozcan en ella que es una adoratriz en sus modales, en su recogimiento; que está profundamente poseída que la Majestad Suprema del Hijo único de Dios descansa sobre el altar, ante quien ella adora día y noche, encerrado en el sagrario. ¡Tributemos homenaje á Jesús Sacramentado! En medio de un mundo impío es como se muestra heroísmo en no serlo... ¡Gloria á Jesucristo! Que en su presencia nuestras rodillas se doblen en la tierra; que su nombre esté

(1) En la capilla de Madrid.

siempre en nuestra boca y de continuo le bendigamos; que como recuerdo mútuo le llevemos al pecho; que su santísima ley esté en nuestros corazones; que nuestros homenajes y reverencia atestigüe nuestras creencias y amor al Santísimo Sacramento.

2.º El nombre de Esclava del Santísimo Sacramento y de la Caridad, nos obliga, primero: á adorar al Santísimo siempre, sin separarnos jamás de Jesús, como una esclava, que una cadena la hace andar humilde al sagrario, donde mora el Santísimo Sacramento. Es también Esclava de la Caridad, que es clavo de amor, porque el amor de Jesús la hace mirar á sus prójimos como á sí misma, y éste es un precepto puesto por Dios, y para cumplir este precepto y mandato del Señor estamos sus esclavas.

3.º Como no hay castigo en nuestros colegios, de aquí la necesidad mayor de imponer respeto por la circunspección, buenos modales, y decente ajuar de la casa, etc. No es como las demás religiones, que sólo tratan con gente buena, y cuanto más humilde y pobre, mejor opinión forman de una religiosa; pero en la nuestra se necesita, á más de religiosa, ver una señora; por ser esto un freno para el lenguaje que usa la gente, con quien, no solamente hemos de tratar, sino ganar el respeto y cariño, y, por conclusión, obediencia sumisa y voluntaria. Tengo observado que el espíritu, que nosotros llevemos á las clases, ese mismo llevan las colegialas sin violencia ninguna, porque el colegio es siempre un remedo de la Comunidad.

4.º Jamás se consentirá vaya forzada ninguna colegiala á la guardia; antes por el contrario, no deben ir más que las que se porten bien en la casa, como premio; y si alguna lo repugnara, se pondría un cartel á la puerta de la clase, que avise no se mande á la guardia á fu-

lana (el nombre), y aunque llore y ruegue en un mes, no se la permitirá ir á ella. No se puede dejar el hacha sola encendida, si no hay quien la tenga, se apaga; pues el Señor no se dará por servido en nuestras casas con sólo luces. Él desea corazones que le acompañen, y le adoren con amor reverente. Para la guardia habrá almohadillas cómodas ó reclinatorios, tanto para evitar el frío y humedad del suelo, etc., como para que, hallándose con comodidad, estén más recogidas.

5.º No crean mis hijas las Adoratríces, que porque no tenemos clausura, debemos obrar con más libertad; antes por el contrario, es estrecha obligación suplir la reja con ponerla en nuestros corazones, para no querer salir de los deberes de esposas de Jesús; y más una Esclava, que le acompaña siempre día y noche, y que ella es la compañera de Jesús, pues que siempre lo llevamos dentro y fuera, y le acompañamos día y noche. De que nos guardemos nosotras mismas, depende que Dios nos guarde.

6.º Hablarán bajo todas en general, por ser cosa edificante que sostiene el espíritu y prueba virtud; aún por finura debe hacerse; sólo en los pueblos es costumbre hablar alto. Edifica mucho que las religiosas hablen bajito siempre, y en esto se ve, que no es un mero nombre el ser Esclavas del Santísimo Sacramento, que habla á las almas, pero tan bajito, que ni el cuerpo lo oye; sólo el alma, y es una esclavitud no dejar en esta religión, ni la voz libre de alzarse.

7.º Tenga muy presente la adoratriz que, como Esclava, debe andar siempre á la vista de su amo, haciéndolo todo con la mayor perfección posible, para no disgustarle.

Se llevan las manos cruzadas, adorando al Sacramento, que va al pecho, como postura religiosa y de es-

merada piedad y respeto al Señor. Guárdense mis hijas de decir á nadie palabras duras y ofensivas, por más grave que sea el asunto ó torpeza de la que merezca la reprehensión; ni tampoco á la gente de fuera, que á veces no nos hace favor, ni en su lenguaje; porque es antes que todo la caridad.

8.º No olvidemos jamás que tenemos en el corazón un antejo de aumento, para ver las penas aumentadas como elefantes, siendo mosquitos que vuelan. Es una verdad colosal ella en sí misma. Una nada nos aflige, y parece jamás pasará la pena, y se pasa, sin más que perder la memoria de la misma pena.

9.º Reemplazará el Sacramento al Crucifijo, porque se supone que en dos años de prueba aprendieron á tener crucificado su cuerpo, y su exterior clavado en la cruz del Señor. Sus modales y maneras deben ser de un cuerpo ya sujeto con tres clavos, que son los votos; y pasa al lado del corazón el crucifijo para crucificar el corazón, que por toda la vida debe una esclava andar como su Señor, con el corazón mortificado con los votos que hace, y la profesión de andar siempre en compañía de su esposo crucificado. Cuando se ocurra una duda, un apuro, un peligro ó trabajo, coja con la mano derecha, sin que se note, el crucifijo y lo oprime contra el corazón, para que sea su guarda y escudo: y va oculto, en señal que la vida mortificada debe ser oculta, sin ostentación, ni llamar la atención, con los lamentos de costumbre, en gente poco mortificada, que anda siempre publicando y ponderando lo que sufre, tan sólo porque se admire su virtud y sufrimiento; y por el contrario, dejan ver que no tienen la mortificación religiosa y buen espíritu de su instituto.

10. Jamás debe estar una religiosa sentada al lado de un seglar; siempre debe haber la separación conve-

niente, y con los ojos bajos, como hace en el mundo una señorita bien educada, y con más motivo una religiosa. Con los sacerdotes, doble razón para más respetarlos, y sin besarles la mano. Al saludar, se hará con gravedad, no con risas ni bromitas, que esto es muy necesario, por no tener rejas; y daría margen á confianzas muy ajenas de una religiosa, que lleva Sacramento al pecho, ó el Señor crucificado si es novicia, y como tal ha de tener mayor cuidado en no desedificar, con sus maneras francas y libres ó con modales de mundo, que perjudican á toda la comunidad, suponiendo hay poco recogimiento y menos fervor » (1).

Aún se aquilataron otras cuentas de amigos respetables, que por la correspondencia de su agradecimiento hacia ellos, y sus fervientes oraciones al cielo, lograba ella, sin duda, que fueran despachadas con ganancia.

Acordando el Señor, por su misericordia, conceder mayor dón de oración, ó bien de prudencia, bien de mortificación en el trato propio, á algunos Prelados y amigos de su sierva, requiriendo para ello la diligencia y voluntad convenientes, inspiró y ordenó á ésta desempeñara los buenos oficios de embajadora suya, para representar á los sagrados Ministros la razón y necesidad de ascender á más alto grado de virtud, que sería enriquecerse con mayor celo por la divina honra. «Amigo, sube más arriba», dice el gran Dueño y Padre de familias al humilde de sus convidados á la mesa, lo cual es glorificarle (2).

(1) Recordaremos que aun su testamento oficial, más lo llenaba de avisos espirituales á sus hijas y colegialas, que de cláusulas sobre su temporal herencia.

(2) *Amice, ascende superius... Tunc tibi gloria.*—Luc., c. XIV, v. 10.

Hallamos estas noticias en las declaraciones antes mencionadas de las socias íntimas de la Madre, desconociendo las circunstancias de la ocasión y el tiempo; pero que, al fin, nosotros debiéramos consignar, y aprovechamos esta coyuntura del examen de conciencia y rendimiento de cuentas, con que encabezamos este capítulo (1). La hermana Corazón de María es la más amplia y coordinada, y lo pone de manifiesto entre las consideraciones que guardaban los Príncipes y Dignatarios de la Iglesia á la sierva de Dios.

Por ejemplo:

«Era tanta la confianza que el señor Claret tenía con Madre Sacramento, por la discreción y virtudes de ésta, que todo se lo confiaba, refiriéndole los dones extraordinarios y gracias especiales con que Dios le favorecía á él. En sus apuros acudía á ella, pidiéndole consejo; le leía su propia vida, que escribía por orden de Su Santidad. Á muchas de las personas que él confesaba, las enviaba á consultar sus negocios con ella.

La predilección, que sentía por la sierva de Dios y su Instituto, se mostró por modos muy expresivos; pues á pesar de sus muchos trabajos apostólicos, todos los domingos predicaba en la función de nuestra capilla. El 25 de cada mes nos daba un día de retiro, y ejercicios espirituales algunos años. Celebraba de pontifical en la noche de Navidad (2); distribuía la misa de comunión el día de San Miguel, y era confesor extraordinario de las hermanas, nombrado por el señor Cardenal de Toledo.

Según me refirió Madre Sacramento, Dios le mandó

(1) La Madre lo insinúa en sus *Cuadernos*; pero se abstiene de particularizar nada.

(2) En una de esas noches, fué cuando la Virgen le mostró á su Niño Jesús, según menciona su biógrafo P. Aguilar.

dijese á dicho P. Claret que se detenía poco en las confesiones generales, costándole mucho tener que decirselo á tan venerable Prelado, y á quien tanto respetaba; pero lo tuvo que hacer por ser mandato de Dios, recibiendo él el aviso con mucha humildad, reconociendo ser cierto.

La ordenó que nos refiriese los favores especiales con que Dios la favorecía, para que nos animásemos; porque, como decía, en los comienzos de la fundación era esto muy conveniente y hasta necesario; sólo á ella, para los negocios reservados, recibía en su despacho, al que no penetraba ninguna mujer » (1).

Oigamos ahora los servicios prestados por la inspirada Madre, en aquella Galicia de Zaragoza, que ella tanto amaba y encarecía:

«Don José Baliño, Secretario y confesor del mencionado Prelado, religioso dominico, como lo había sido su señor, formó la resolución de retirarse á un convento de su Orden. Como los servicios de dicho Secretario eran tan necesarios al Prelado, según éste creía, le hizo repetidas y eficaces instancias para que desistiera de su propósito, en consideración á los servicios que á su lado podía prestar á la Iglesia. Todo fué inútil, y no pudiendo hacerle mudar de resolución, profundamente disgustado fué el Prelado á nuestra casa y rogó á M. Sacramento que encomendase á Dios aquel negocio, y que con su prudencia procurase arreglar las cosas de manera que su Secretario no se separase de su servicio. Ella lo encomendó á Dios, después de lo cual tuvo una conferen-

(1) El Rmo. Sr. D. Antonio María Claret y Clará, Arzobispo titular de Trajanópolis últimamente, tiene introducida y abierta su causa de beatificación hace dos años, por lo que le tributamos el título debido de *Venerable*.

cia con el Sr. Baliño, en que trató de convencerle de que la voluntad de Dios era que no se separara de la compañía y servicios del Prelado, pues no le quería en el convento, y tan persuadido estaba aquél de la santidad de M. Sacramento, que, sosegado y tranquilo, desistió de sus propósitos, siguiendo al lado de su Prelado.

En otra ocasión dijo la Madre al mismo Prelado, por orden de Dios, se preparase, porque iba á tener muchos disgustos: él lo hizo así, y al poco tiempo tuvo tantos y tan grandes, que él mismo le confesó que nunca les había tenido mayores.

Otra vez, hallándose en Zaragoza, mandóle Nuestro Señor dijese al Prelado de que se habla, que hacía poca oración. Siendo el Sr. Arzobispo tan venerable, y confesor suyo, rehusaba el cumplir esta misión, que le era sumamente penosa. En estos apuros me manifestó su angustia, y por espacio de algunos días, que duró esta lucha, la ví inquieta y con pena, por la vergüenza que le causaba haber de decir semejante cosa; pero como Dios la apremiaba, no pudo diferirlo más, y decidiéndose, muy temerosa, fué al confesonario, y se lo dijo en el acto de la confesión. En lo sucesivo la trató con más intimidad; y supimos por los familiares que pasaba dicho Prelado muchas horas en su oratorio, haciendo oración».

Pues esto era peculiar gracia y beneficio de Dios, en la manera como Santa Teresa avisó, por larga y apremiante carta, á otro Prelado, antiguo confesor suyo y adornado de virtudes, pero que todas corriera riesgo, no estando cimentadas en la incontrastable roca de la oración.

¿Y qué cosa, de algún relieve, podríamos reiterar aquí, respecto de la benevolencia del Prelado de Ávila

para con su *Cirinea*, lo propio que de la amable solicitud de ésta para ayudarle á llevar la cruz de su prelación? La hermana Secretaria había de escribir largo párrafo de él; al fin era el más conocido y tratado de ellas entre los Obispos, lo mismo de palabra como por escrito y aun de hospedería; pero seremos nosotros sóbrios, eligiendo solamente algún pasaje de sus declaraciones:

«La Madre desvanecía los escrúpulos que muchas veces le atormentaban, hasta el punto de no atreverse, en algunas ocasiones, á celebrar el Santo Sacrificio, persuadiéndole ella, y obligándole con instancias; á las que el Prelado obedecía con humildad y sin objeción. En cuantas cosas le consultaba, seguía su dictamen, escribiéndose con mucha frecuencia. Siempre que pasaba por Ávila, se hospedaba en el Palacio; y así el Prelado, como sus familiares, la veneraban y respetaban como á una santa. Como se resistiese dicho señor, por delicadeza de su conciencia, á ordenar á sus dos sobrinos, sólo porque lo eran, ella logró convencerle de que aquéllo no era bastante fundamento, para privarles de las sagradas Órdenes á que Dios los llamaba (1).

Me consta, por escritos autógrafos de la sierva de

(1) Uno de ellos, el ya citado D. Joaquín, como testigo muy estimable, dió extensa declaración de los hechos virtuosos de la Madre; en orden á la influencia de ésta en el ánimo del Sr. Obispo, confiesa no menos:

«Tanta era la confianza del Sr. Obispo de Ávila, mi señor tío, en el espíritu de la sierva de Dios, que, siguiendo las indicaciones de ésta, mudó de confesor, y mandó al Cabildo Catedral que se cantara el Oficio divino con la debida pausa.

Puedo asegurar que siendo mi señor tío sumamente escrupuloso, tímido y tímido de espíritu, por el trato que tuvo con M. Sacramento, consiguió tal paz y tranquilidad de espíritu, y tal regularidad de vida, que desaparecieron los escrúpulos casi por completo; lo cual atribuyo á los repetidos y acertados consejos de la sierva de

Dios, que se conservan en Madrid, que, por orden expresa de Dios, dió ésta al Prelado los avisos siguientes: «que hacía poca oración, que fumaba demasiado, que se levantaba tarde...» animándole, para complacer y agradar al Señor.

¡Feliz el que es amonestado á tiempo, é invitado á más luciente corona!

Tiempo hacía de estos avisos, y el Prelado los apetecefa rendidamente, suplicando largas oraciones, y apellidándose el pecador. Mas, crecía la respetuosa confianza en sus cartas, según manifiestan las de esta época:

«Buen viaje á Barcelona y á donde convenga, le dice por Agosto de 1864, para gloria del Amo, que tan bien despacha sus memoriales y otros. ¡Cuán bueno es!...»

«Súframe y aguante mis bufidos, y espere otros, si vienen al caso. No entiendo la amistad sin verdad. Qué-dese eso para las gentes del mundo. La reñiré cien veces, si lo creo conveniente ó necesario, que al fin es mujer». (*Versaba el regaño sobre las hostias*).

«Ruegue por el pecador, y encargue que rueguen, y aunque la riña y la machaque, pida que el Amo le haga buen criado, y mándele V. como á S. S...»

Diciembre de 1864.—«Lo del libro quemado en Palencia, no me sorprende mucho. Mucho había que quemar. Así extrañará usted, quizá menos que yo, tanto tema de libros nuevos, y prefiera á San Francisco de Sales, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, el Granada, etcétera, etc. Deseo ver á usted muy amiga de este último. Ya lo será...» (*No hallo vestigios*).

Dios, que parecía que le adivinaba los pensamientos, aun hallándose ausente; lo que no se puede atribuir á otra cosa sino á inspiraciones, que aquélla recibía del cielo».

Como que solía decir el Obispo á sus sobrinos: «Vosotros, que soís jóvenes, la veréis en los altares».

Mayo de 1865. — « Con que penas y más penas, ¿eh? ¡Magnífico! Si no las hubiera para las almas que aman á Dios y siguen la virtud, ¿no sería ésta una especie de cucaña? Si el Amo quiso ser crucificado por amor, ¿qué deberán hacer los siervos y siervas, los esclavos y esclavas, para darle pruebas de amor? Déle V. gracias por todo, y adelante con la cruz... » (1).

Si no eran misivas del cielo, eran luces de la oración las que dispensaba á muchos otros Prelados de la Iglesia, que con ella consultaban los asuntos, aun reservados de las diócesis.

Aquel eminente purpurado de Burgos, Sr. La Puente; y D. Juan Ignacio Moreno, Arzobispo de Valladolid; y D. Bienvenido Monzón, trasladado de Santo Domingo á Granada, etc., consideraban á la sierva de Dios como exornada del dón de discernimiento y consejo (2).

Meritísima era ella, seguramente, por su espíritu episcopal y la veneración tributada á los representantes de Dios; por ello la recompensó el Señor, elevándola al rango de coadjutora y consejera de los señores Obispos.

Del estudio y requerimiento de otra liquidación, echada á rodar y borrada por regia mano, hablaremos no tardando, por ser de fecha muy conocida y resonante.

(1) Otros puntos, acerca de ciertas murmuraciones de política en los diarios de la corte, mezclando á personas espirituales, se lamentan en estas cartas del Prelado, que hacen suponer á la Madre, retirada con mucha cordura, en su árdua fundación de Santander.

Al propio tiempo que aplicaba allí sus sentidos y plegarias, huía discretamente de ruidos y halagos cortesanos.

(2) Del Prelado vallisoletano refiérese, en las dichas declaraciones, que le consultó si le parecía bien, ó poco respetuoso, colocar el Sacramento en la capilla de Palacio, que caía detrás del teatro. La Madre no vió en ello inconveniente, sino antes forma mejor de desagrar al Señor, y así quedó instalado el sagrario.



CAPÍTULO XXX

VISITA Á BARCELONA.—PROYECTO FRUSTRADO DE FUNDACIÓN EN VITORIA.—BURGOS.—FLORECIENTE ESTADO DEL NOVICIADO Y CASA DE MADRID.—DISGUSTOS POR EL RECONOCIMIENTO DE ITALIA Y RETIRO Á GUADALAJARA.

(1865)



EN la ciudad de Laín Calvo y Nuño Rasura habíamos dejado á la Madre ordenando reglas para Santander, y pocos días después comunicaba á las mismas hijas la dolorosa conmoción de Burgos. «¡Qué susto ayer, se moría el Cardenal!... está fuera de peligro» (1). Y les anunciaba su salida para Barcelona, así como la vuelta para después de Pascua.

Preocupaba á nuestra Fundadora grandemente, la estabilidad de la casa de Cataluña, todavía no asentada en firme. La hermana Espíritu-Santo había visto y re-

(1) Se halló dos horas con ataque cerebral gravísimo. En el colegio de las Desamparadas se expuso al Señor, y se oró con vivo interés y fervor por él. Todavía convaleciente y en cama, admitió en audiencia de despedida á la Madre General.

gistrado varios lugares y varias torres, daba múltiples vueltas con sus cálculos á los menguados recursos, y aunque se hallaba pertrechada con instrucciones y amplias facultades, esperaba que la Madre General coronara todos sus esfuerzos. Desde Burgos se dirigió ésta, á primeros de Abril, á la capital del Principado, acompañada de Catalina y de Corazón de María, que le iba poniendo en limpio el borrador que escribía, acerca de la *Memoria* del Instituto, destinada para Roma (1).

Llegada á Zaragoza avisaba á Barcelona, que pasarían la Semana Santa en Monserrat ó Gerona, y después de Pascua, se dedicarían á reconocer las torres en venta. No pasó en la montaña ese tiempo, y la Virgen Purísima iba preparando los sucesos para el cumplimiento de sus vaticinios y ofertas. Pues en aquellos días moría en Monserrat la Marquesa de Moya, de cuya testamentaría, por la senda más inesperada, vendrían pingües limosnas para la fundación de Barcelona; no sin que todavía se ofreciese campo á la paciencia y la fecunda laboriosidad (2).

De manera que en los días en que se conmemoraba la pasión del Salvador y la institución de la Sagrada Eucaristía, se hallaba la Madre en la capital de Cataluña.

En sus cuadernos dejó apunte especial del día Viernes Santo, de este año de 1865, advirtiendo que no había sentido el extraordinario fervor, «pero tuvo un dolor de cabeza á modo de corona de espinas, y lo sufrió con cierto gusto y paz», como le acaecía en las grandes festi-

(1) *Á la Hermana Corazón de María.*—Santander, 6 Marzo de 1865. —«Lo que escribo para Roma, es más bien la historia para la casa, y el Obispo de Murcia me quitará lo que no deba ir á Roma; es muy curioso, y cuando vaya para Mayo, te lo leeré, y pasaremos buenos ratos, pues recuerda muchas cosas».

(2) Catalina de Cristo. — *Proceso de Información*, etc.

vidades, exceptuadas la hora de comulgar y acción de gracias, para volver luego al dolor, pasando la fiesta en silencio, sin comer y con gran recogimiento.

Tan encendida y fervorosa salía de la Semana Mayor, que dando tono profético á sus anhelos, venían á traducirse en los dulces lamentos de David: « Oh, qué amados son, Señor, tus tabernáculos: mi alma los apetece, y desmaya por las ansias de tus atrios ». Recordándolos sus hijas, y enlazándolos con la realidad de los sucesos posteriores, no les cabe duda de que desde entonces tuvo ya aviso y revelación la sierva de Dios de la proximidad de su tránsito al cielo (1).

Lo notable fué una terminación de carta, enviada á la Superiora de Valencia, María de Jesús, ya desde el 13 de Octubre de 1863:

« *Reservado* (le encarga).—Para Abril, pienso que se venga V. un mes de viajes conmigo; irá Corazón en el ínterin; no necesita V. decir nada á nadie, pero va usted encaminando las cosas á este fin. Si en Marzo no hace frío, lo anticiparé; pues por V. miro el tiempo, más que por mí y los negocios ».

El pensamiento de la Madre resultó esclarecido con el desenvolvimiento de los sucesos.

Para principios de Mayo estaba tratando en Vitoria, según había anunciado, de la proyectada fundación. Largas esperanzas se habían hecho concebir de una y otra

(1) « En la última Semana Santa, que pasó en nuestro colegio de Barcelona, Abril de 1865, estaba preocupada por el porvenir del Instituto, según deduje por estas frases, que, al salir de dicha capital, pronunció en alta voz, hablando conmigo, como se suele hacer cuando se está atormentada de una idea: « las dos pueden llevar adelante el Instituto, María de Jesús y Espíritu Santo ».—*Catalina de Cristo*.—*Proceso de información, etc.*

parte, y no había transcurrido corto espacio desde que ocurrió el feliz pensamiento y se cruzaron las primeras impresiones.

Pues luego de exponer los puntos y discutirlos ampliamente, se retiraba el Alcalde, bien entrada una noche, de la casa donde moraba la Superiora General, habiendo convenido en que no era viable la fundación. Quedaba todo desvanecido. Corrida la noticia al día siguiente, una piadosa señora se puso al frente del proyecto, y de nuevo se examinaba un palacio, que le ofrecía el dueño muy barato. «Estamos en los laberintos de las fundaciones, pues más, menos, todas son iguales para mí. Sin cruz y sin espinas, no se harán jamás» (1).

A Juana de Dios, que le pedía noticias, le contesta:

«Nada me ocurre, ¡pero tengo honda pena en mi corazón! y no me distrae nada: he sufrido mucho, hija mía, y en silencio; y esta es la causa que me quita la gana de escribir. Cuidaros y amar á Dios, y ser felices de sufrir, por amor de Dios, como yo hago». (2).

Y luego el día 24 de Mayo le ampliaba particularidades:

«Yo tenía ya una casa regular ajustada por veinte años, haciendo yo las obras; y ayer al firmar el contrato me pusieron otras condiciones, y la dejé; ya habrá otra para más adelante. El Ayuntamiento ayuda con algo, y la Diputación provincial; y el señor Obispo mandó ya cuatro mil reales para empezar; el Gobernador ayudará también, de modo que no hay duda lo desean».

¡No se salió de estos piadosos, pero infecundos deseos!

(1) Vitoria, 12 de Mayo de 1865, al amigo Rodil, de Santander.

(2) Vitoria, 15 de Mayo de 1865.

En la misma carta anunciaba la Madre su salida para Burgos, al día siguiente, á fin de arreglar la obra de la capilla y ensanche de aquella casa (1).

Y de Burgos á Madrid. En la despedida, siempre cariñosa y ahora más que nunca, de sus hijas, se advirtió la ausencia de la hermana Felipa. «Que suba, dijo la Madre, para abrazarla: pues si no, no me verá más». Así iban resonando los ecos de su triste vaticinio.

No quiero olvidar las nobles enseñanzas, que resplandecen en una carta redactada en la antigua capital de Castilla, y enderezada á los respetables amigos Arbós y Ríus, de Barcelona. Crecían las esperanzas con el rocío de oro, que las había de llover, para escapar de una vez de tanta angustia, y bien hubiera podido la atribulada Madre abrir los ojos, y dejarse de ilusiones para aguijonearlos por caminos arriesgados y aspirar al más crecido logro de sus proyectos. Es la avaricia esclavitud vergonzosa; como los señores de sí mismos son todavía más señores y dueños de los tesoros de la tierra.

«Confieso, les dice, que mi ambición se estrella ante la idea que tengan ustedes nuevos disgustos, que no los quisiera por más ventajas que reporten: contentémonos con menos y paz, mejor que poderosos en luchas continuas que consumen la vida. El trabajo templado, y más en los calores: traten en grande y con naciones, corporaciones, empresas... etc... eso sí es conveniente; y que uno de sus hermanos de V. esté autorizado con Ríus para hacerlos, porque Arbós no es para eso; las dará, por lo que quieran. Al fin no necesitaron ir á Londres,

(1) Faltaba organista, nos dicen, en cierta solemnidad del colegio de Burgos, y la Madre ordenó, por obediencia, á la Hermana Mercedes (que aún vive) acompañara al coro de cantoras con el piano; y acompañó, en efecto, sin haber sabido tocar jamás, al *Tantum ergo* y un motete. Lo repite cuantas veces le ocurre.

y lo del Breve no me dice V. si se arregló. ¿Y lo de Junqueras? ¡ojalá se arreglara! no nos separarían, y tan lejos como en una torre... ya se saldrá con bien de todo á la larga; Dios apura, pero no ahoga » (1).

Pisaba los umbrales de su casa-noviciado, y el ambiente de concordia y paz, el silencio y el orden que como aroma de jardín se respiraba, ensanchaba su corazón y la hacía derramar lágrimas de ternura y gozo. Para ella, llena de fe, y conociendo de dónde dimanaban las gracias, parecíale que la mansión de su casa se hallaba bañada de resplandores celestiales que hasta ella descendían en destello copiosísimo, para que fuera reflejo maravilloso de la severidad y compostura, la armonía y concierto que reinan en la patria de los bienaventurados.

Y este fuego jubiloso, que sentía en el pecho, lo transmitía á la palabra, y comunicaba á la pluma, enviando sus encendidas frases por todas sus queridas fundaciones. ¡Á qué altura hemos llegado! ¿Es posible, se decía á sí misma, que este cuadro de religión y observancia sea el fruto de tanta congoja y de tantas lágrimas vertidas, de contrariedades despiadadas, y de combates tan sañudos? ¡Oh, qué bueno es Dios!

Manifestaba su llegada á Madrid á la Superiora de Burgos, y rompe á saludarla en esta manera:

«No sé cómo expresarte el gozo que tengo al ver cómo está *esta casa*; ¡cuarenta novicias que son unos ángeles, y treinta colegialas tan en paz, que no ceso de dar á Dios las gracias! ¡lloro de gozo al ver lo que es Dios para mí, que me envía penas y consuelos tan grandes que yo merezco seguramente!

Para adelantar mucho, para llenar el fin que Dios

(1) 3 de Junio de 1865.

tiene sobre nosotras para su santa obra, que tan visiblemente protege de un modo sobrehumano.

Ayer me vine sin avisar, y no tuve *visitas*, de modo que me despaché á mi gusto con el amado de mi alma; que por unas pocas penas inunda mi alma de gozo» (1).

La razón de esta complacencia no debía limitarse á la casa matriz, sino extenderla á todas las casas; así que, escribiendo á Espíritu Santo, expansionaba su espíritu, diciendo: «Demos gracias á Dios, porque hoy todas las casas marchan muy bien; es un consuelo» (2).

¿Y no se ocultará misterio providencial en este como repaso que se hace del estado floreciente del Instituto, y su funcionamiento próspero bajo la guarda de superiores y maestras, formadas y perfeccionadas por la inolvidable fundadora?

Pues reparemos en otro suceso, enlazado con la memoria de la Madre, y que ciertamente no semeja parto de casual genialidad.

En el mes de Julio la retrataba, de cuerpo entero, el insigne pintor de cámara D. Luís Madrazo, de orden de Su Majestad la Reina (3), á la cual orden se unía la obediencia al venerable Sr. Claret.

(1) 14 de Junio de 1865. «Cuidate, terminaba, porque á todas mis hijas las quiero buenas».

(2) Esto, sin embargo de hallarse contristada bajo el peso de la cruz, «tengo penas, añade, que alteraron mi salud; debo tomar baños de mar templados, y aguas salinas, piensas las halle en esa. Ya hablaremos. Me consuela tu amor y cariño, que Dios te pague». (20 Junio de 1865).

(3) Esta augusta señora les había entregado labor para año y medio, de todo género y excelente.

El retrato salió admirable, como de pincel tan afamado. De él se ha tomado el grabado, que figura al frente de esta historia, abierto por el no menos insigne y religioso artista, mi buen amigo D. Bartolomé Maura.

La Madre se dolía de que se le arrebatara toda la mañana, pero se congratulaba de que por ese medio no la olvidaran tan fácilmente sus hijas, y la encomendarían á Dios.

¡Y qué lance desgarrador para el corazón de Micaela! Como arroyuelos de frescura y pingüe cosecha corrían hacia su colegio los obsequios de la dadivosa Reina, y la Madre General bendecía su memoria y su nombre en las cartas que á las Superiores dirigía, y sólo Dios sabe las oraciones que en todo el Instituto se elevaban al cielo para que esforzara el ánimo de la augusta soberana, en el riesgo en que iba á colocarla su propio Gobierno. Se discutía por entonces en las Cámaras el punto del «reconocimiento del reino de Italia», conviene á saber: la sanción de los despojos de soberanos legítimos, y aun de territorios de la Santa Sede. Entonces resonó en el Congreso la voz profética de Aparisi; entonces los Prelados elevaban al trono enérgicas reclamaciones, y los católicos de toda España demostraban su fe y sus arraigados sentimientos al lado de la sagrada justicia. Hallábase el venerable Claret dirigiendo la conciencia de la Reina, con la claridad y entereza adecuadas á su virtud sólida; y Micaela, la santa amiga, leal y desinteresada, se deshacía en lágrimas ante el sagrario, lo propio que en el acatamiento de D.^a Isabel II, para que se mostrara *mujer fuerte*, imitadora de la esforzada Judit y la augusta, arrojada Ester.

El día 14 de Julio se trasladó el Ministerio en pleno á la Granja, donde residía la Corte, para celebrar consejo con Su Majestad sobre asunto tan trascendental. De un lado el voto y las preces de España católica; de otro el conato y las maquinaciones del partido la *Unión liberal* y la demagogia exaltada.

Habíase consultado al Papa, para averiguar si se ha-

llaría fórmula de conciliación: Su Santidad declaraba que sentía no poder contestar afirmativamente.

En la noche de ese día conferenció O'Donell, Presidente del Consejo de Ministros, con la Reina durante el espacio de dos horas. La Reina trasparenteó bien sus sentimientos é inclinaciones, y ante las argucias y los enojos del Presidente, requirió tiempo para su resolución.

Al día siguiente, en el consejo celebrado bajo su real presidencia, acosada de todos aquellos Ministros, firmó materialmente la desventurada usurpación.

Cayó en el frío desamor de los católicos, y la audacia de los demagogos hervía en ola espumosa y creciente.

Retiróse de la Corte el venerable Claret; M. Sacramento no volvió á poner sus piés en el Palacio real, ni á ver á la Reina jamás, á pesar de ser llamada, y de que la señora le escribió á los dos días la siguiente carta, donde se retrata en pinceladas originales:

«San Ildefonso, 17 de Julio de 1865.

Queridísima Micaela de mi corazón: Ya hacía días que pensaba escribirte, pero hoy lo hago con doble motivo, pues tengo necesidad de hablar contigo un rato, aunque sea por escrito, y porque tengo que contarte cosas con las cuales sufre mucho mi corazón.

Empezaré por decirte, que recibí la contestación de Su Santidad sobre las cuestiones con Italia, y aunque su carta, muy cariñosa, como es natural, repugna el reconocimiento; puedes suponerte los días de aflicción en que habré estado, viendo por un lado que si el reconocimiento no se hacía, O'Donell se iba, y con su salida venía la revolución; y por otro lado mis creencias, mi convicción, y la resistencia de Su Santidad, á quien tanto venero y á quien tan agradecida estoy; si yo creyera que al sacrificar mi trono, y mi posición, y la de mis

hijos, sirviera á la Iglesia y al Papa, con mucho gusto lo haría; pero como creo que, lejos de ganar el catolicismo en España, perdería, he estado estos días llena de angustia, de la que participaba el Rey, y sin saber qué hacer. Por fin, O'Donell dijo que él no haría nada sin tratar con Su Santidad, con lo cual esperaba con más tranquilidad yo el resultado, pues las bases para el reconocimiento son buenas; pues no nos ligarían para nada con la política extranjera, y protestamos de todas las usurpaciones, y nos reservamos el derecho de reclamar para el día de mañana; cuando esperaba, como te digo, la decisión de Su Santidad, salió en el *Boletín Oficial* de Burgos una exposición del señor Cardenal La Puente, que aunque bien escrita y de mis ideas, no sé si era oportuna, pues ha puesto en conmoción á toda España; como era natural, el Ministro decía que, ó Puente salía de confesor de Alfonso, ó ellos se iban; puedes suponerte lo que habré pasado, querida Micaela mía; por fin juzgué que, para parar mayores males y evitar otros disgustos, era preferible la separación de Puente; yo le he escrito, diciéndole los motivos que he tenido, pues tú sabes que le quiero, querida Micaela mía; en fin, he pasado unos días, como te puedes figurar, y pensando en tí, que, gracias á tí, me son tan bien despachados mis memoriales; hoy ha venido un despacho de Antonelli al Nuncio, diciéndole que, aunque el Papa sentía el reconocimiento, que no por eso se interrumpirían lo más mínimo las relaciones de Roma con España, con lo cual he respirado, y no ceso de bendecir á Dios, al Papa y á las almas *buenas que me quieren*, y que piden por mí.

Pues ahora, querida Micaela mía, tengo otra nueva aflicción, y es que nuestro buen P. Claret se ha despedido para los baños, y dice que, si se mejora, irá á Zarauz; por Dios, por la Iglesia y por todos los santos, y por el

cariño que las dos nos tenemos, que hagas que este señor vaya á Zarauz; si no va, me muero; ahora merezco que vaya, porque soy *muy buena*, y hago lo que debo y lo que te ofrecí, y no deseo más que *ser buena siempre*; por Dios, Micaela, que si este señor no va, yo no sé lo que va á ser de mí, y además de lo que dirán, merezco que esté á mi lado; conque así, Micaela mía, arréglamelo tú; esto que te digo, no es más que un por si acaso, pues el señor Claret me ha ofrecido ir, y sabes cuánto yo le quiero.

El Rey te saluda muy cariñosamente; el pobre está un poco malo, pídele á Dios que no sea nada.

Los *seis* chicos, buenos hijos son de tus oraciones; con que así tú me los conservarás con nosotros buenos y sanos, porque lo *meresco*. Todos te abrazan muy cariñosamente, y te suplican conmigo presentes el memorial de Alfonso, Isabel, Pilar, Paz, Eulalia, y por el nuevo chiquitín ó chiquitina, que espero en Dios y en tus oraciones nos va á conceder Dios: pon memoriales por el Rey y por mí también, que veo bien que todos son bien despachados; pide á Dios que este viaje nos sienta á todos bien, y nos libre Dios de todos los males.

El dinero para boda y envoltura te lo enviarán.

Gracias por las estampitas y gracias por todo, y en tus oraciones confía quien te abraza con todo su corazón, y te quiere muy de veras—*Isabel*».

«Micaela, te quiero muchísimo.

Después de escrita la carta, me ha parecido que no te daba bastante las gracias por lo buenos que todos estamos, y lo bien que *va todo*; y la he abierto, para poner este papelito, en el cual te expreso mi gratitud».

Micaela no hacía sino llorar, y orar prolijamente, y recomendar á todos la penitencia y la oración, pues los

pecados de España habían atraído sobre nuestras cabezas tamaña desventura. Y, cuando el cólera dieztaba la corte y otras ciudades, no podía menos de presagiar y profetizar todavía nuevas y más desastrosas calamidades y desdichas para esta nación y su Gobierno, dejados de la mano de Dios.

En su profundo dolor, hacía coro al vaticinio del clarividente Aparisi, cuando al cerrar su inspirado y sentido discurso, terminaba despidiéndose de la Soberana, con las frases de Shakespeare: «Adiós, mujer de York, reina de los tristes destinos».

Por órdenes de Roma, volvió al lado de la Corte, después de alguna temporada, el Rmo. Claret. Y la augusta y atormentada Señora llamaba con dulce reclamo á su amiga, diciéndole: «Perdóname, Micaela, y ven; que Claret ya me ha perdonado» (1).

Micaela se escondía de la Corte, y se alejó á Guadajajara al arreglo de sus papeles (2).

Durante el trienio siguiente no vivió en sosiego España: relámpagos de tempestad revolucionaria, asonadas y pronunciamientos la agitaron de continuo.

Estalló y triunfó, al fin, la revolución de Septiembre.

Entonces repasaba la frontera destronada doña Isabel II, y su retrato y su nombre eran ajados por los que le arrancaron la firma sobre Italia.

Lleva treinta y cuatro años en el destierro. Ha pisado, en la boda de su hijo, el suelo de España; y entonces firmó y juró, para exaltación de su santa amiga,

(1) Son confianzas que sabían las hijas de M. Sacramento, y constan en autógrafos del archivo de las Señoras Adoratrices.

(2) En aquel Palacio no quiso habitar entonces sino la pieza más humilde, antiguamente destinada á baño.

cuanto arriba copiamos, y concerniente á estos asuntos declaró además:

«Tercero: que M. Sacramento había hecho voto de no pedirme, ni destinos, ni favores, ni limosnas, que cumplió exactamente; que jamás me aconsejó, ni me habló de política, y solamente lo hizo para rogarme, con grande afán, que no reconociera el reino de Italia.

Después de ésto, por más que la rogué, no tuve la dicha de volverla á ver en este mundo...»

Dios, por los merecimientos de sus siervas, haga que se abracen en el otro, donde los láuros son inmarcesibles, las coronas y las amistades imperecederas.





CAPÍTULO XXXI

LA ESCLAVA DE LA CARIDAD



TERMINAMOS una larga historia, esmaltada toda ella de preseas de la caridad, y no quedaremos satisfechos sin dedicar capítulo entero á recoger inestimables heroïcidades de esta soberana virtud, consustancial de la gracia de Dios y santificación del alma, imperecedera corona de la gloria.

Enarraba Job sus virtudes para justificarse en los agravios de sus amigos, y decía: «No negué á los pobres cuanto solicitaban, ni hice esperar á los ojos de la viuda... fuera de mi casa no durmió el peregrino; mi puerta le estuvo abierta; desde mi niñez creció conmigo la conmiseración (1).

El mismo Espíritu divino que inspiraba á Job, hablaba luego, por boca de los Apóstoles, exhortando: «Ante todo, conservad entre vosotros continuamente la caridad mútua; porque la caridad es la que cubre la muchedumbre de los pecados» (2).

(1) Cap. XXXI, v. 16, 32, 18.

(2) I Petr., IV, 8.

« Sobre todas estas virtudes, atesorad la caridad; ella es el vínculo de la perfección » (1).

« Si tuviere alguno tanta caridad, enseña San Agustín, que esté aparejado para morir por sus hermanos, perfecta es la caridad que posee. ¿Pero tan pronto como nace, llega ya al colmo de la perfección? Nace, para perfeccionarse; nacida, se nutre; nutrida, se corrobora; corroborada, se perfecciona; llegada á la perfección, ¿qué dice?—Mi vivir es Cristo; morir, mi lucro » (2).

« Amando, crecen las alas de la caridad, y suben sus grados y quilates » (3).

Tal es la historia de Micaela Desmaisieres: con esos albores, matices y brillos, y destellos deslumbradores.

Á la vista está que nació con Micaela este germen de caritativos sentimientos, y que en el derrotero de su vida fueron sus manos esparciendo bondades, como quien siembra de flores la senda que recorre. De esta reina inmortal de las virtudes se había declarado esclava, y éste era el blasón de su nobleza, prez y honor transmitidos á sus hijas; por esta razón, no cabe velar ninguna de sus luces y esplendores. Abramos y desdobleemos los senos de un gran corazón, para enumerar sentimientos delicados y magnánimos.

1.º *Caridad para con los pobres y desgraciados.*—Cierta día no se contaba en casa de M. Sacramento otro caudal que un duro, el cual había entregado ya para el gasto, advirtiéndole á que vieran cómo se gastaba, pues era todo el tesoro de su colegio. Acertó á llegar una señora vergonzante pidiéndoles limosna, y al punto ordenó que

(1) San Pablo á los Colosenses, III, 14.

(2) Trat. V sobre el cap. III de la *Epistola de San Juan*.

(3) S. Tomás, *Suma teológ.*, 2-2, q. XXIV, a. 6.

se le diera el duro. Pero una hermana hubo de preguntarle: «¿con qué dinero vamos á ir á la plaza?» Y contestó tan confiada: «Dios proveerá».

Á las dos horas se presentó un caballero desconocido que quiso hablarla; y al despedirse de él, enseñaba la Madre un puñado de monedas de plata y oro, que acababa de recibir, diciendo: «Ve, hermana, cómo Dios da el ciento por uno. Con los pobres hemos de tener el corazón grande».

Pobres, necesitados de consuelo, son también los encarcelados. No lo olvidó Madre Sacramento.

«Hizo la Madre el oficio de catequista en la cárcel de mujeres de Madrid, donde se hallaba condenada á muerte por un crimen horrendo una mujer llamada Manuela Bernaola, la cual no quería confesarse, á pesar de los esfuerzos que habían hecho otras personas piadosas; y, merced á los trabajos de la sierva de Dios, llegó dicha penada á confesarse, muriendo en el patíbulo cristianamente, con mucha resignación» (1).

Y si á M. Sacramento no la contiene la obediencia, al cadalso se iba sosteniendo el espíritu de su arrepentida Bernaola.

«En cierta ocasión recibió por caridad á una señora anciana, pobre y ciega, llamada D.^a Josefa Espada, en la casa de Zaragoza; por un asunto de dicha señora, en que la Madre no había tenido ninguna intervención, ó del cual era completamente ajena. Las apariencias, sin embargo, la condenaban, llevándose la cosa á los tribunales, y, según se aseguraba, había pena de cárcel. Ante tal tribulación, se hallaba la sierva de Dios muy resig-

(1) Sor Josefa Dolores, religiosa del convento de San Gregorio, de Valencia, colegiala que había sido en el de la sierva de Dios.

nada y dispuesta, aunque inocente, á ir á la cárcel, donde, decía, que estaría muy contenta, si la dejasen oír misa y comulgar cada día. Por fin quiso Dios que se probase la inocencia de su sierva, dejando ésta que continuase en casa dicha señora, á pesar de la gran tribulación que le había proporcionado; no teniendo, en este caso, otro sentimiento que el honor del colegio. Ocurrió esto el año 64, y me consta de ciencia propia » (1).

De la influencia avasalladora del ejemplo, nos dirá dos palabras la Condesa viuda de Rotoba, con motivo de las inventivas ingeniosas de la caritativa Madre:

«Por el año 1862, nos reuníamos varias señoras de las más distinguidas de esta ciudad de Valencia en su colegio, bajo la dirección y por iniciativa de M. Sacramento, con el objeto de confeccionar ropas para los pobres, con cuyo motivo conocí y traté á la sierva de Dios. Á pesar de no tener intimidad con ella, como era una señora muy simpática, edificante en su trato y finísima, la profesé verdadero afecto, y me fué siempre muy agradable » (2).

Pues la piadosa y respetada Encarnación Alvarez de Bohorques, de la familia de los Duques de Gor, nos habla de otro género de atenciones de la caridad:

«Residían en Madrid, dice, un caballero y una señora, cuyas relaciones llamaban la atención del público por creerlas no muy lícitas ni edificantes; y la sierva de Dios, movida de su gran caridad y celo por la salvación de ambos, procuró trato con ellos muy frecuente, sin avergonzarse de acompañarles en coche hasta en los paseos, llegando á conseguir que se uniesen en legítimo matrimonio ».

(1) Hermana Corazón de María.

(2) Sra. D.^a Matilde Caro, Condesa viuda de Rotoba.

Tal era de viva la caridad en Madre Sacramento, que sus admiradores la pregonan como un delirio santo.

« La caridad con los prójimos era en la sierva de Dios una pasión dominante; nadie estaba excluído de ella; con todos era generosa y heroica; y si alguno le merecía alguna preferencia, eran los que se declaraban sus enemigos y más rudamente la perseguían. Ejercitó incansable toda su vida las obras de misericordia.

En Octubre de 1852, habiéndose desarrollado en el colegio de Madrid la *grippe*, servía sola á más de sesenta enfermas. En otra ocasión enfermó del cólera el escribiente de la casa de Madrid, llamado Alejandro, y le asistió por sí misma, hasta que murió. Las enfermas de viruelas no permitía que las hermanas las viesen; y las cuidaba ella, quedándose también de noche ».

« Todos los días, en la puerta de nuestro colegio, repartía por su mano á muchísimos pobres la comida, á más de la que daba en pucheritos á familias vergonzantes, regañando cuando no la tenían caliente, limpia y arreglada; y una vez, que no estaba tan aseada como ella la quería, después de reprender aquel descuido, mandó hacerles otra cosa ».

« En medio de sus muchas necesidades, pasaba limosnas de cuarenta reales mensuales á personas necesitadas, y era para la sierva de Dios una imprescindible necesidad socorrer á cuantos á ella acudían. Hospitales, cárceles, galeras, sitios repugnantes, casas peligrosas, nada le arredraba; hubo días que invertía toda la mañana, en la galera de Zaragoza, visitando á una desgraciada, encerrándonos en aquellos pavorosos antros, como si no hubiésemos de salir ».

« Á una hermana del capellán de casa, que perdió el juicio, y hubo que llevarla con los dementes, durante más de un mes, mandó diariamente dos Religiosas al esta-

blecimiento para consolarla; y cuando estuvo mejor, no permitió que volviese al seno de su numerosa familia hasta estar radicalmente curada, teniéndola entretanto en el colegio aparte con una Hermana, dedicada siempre á su cuidado».

«Asistía á los moribundos, limpiándoles el sudor con su propio pañuelo de bolsillo, haciendo con ellos oficios de cariñosa madre, asistiéndoles hasta expirar... Á una doncella de su cuñada, que la había calumniado terriblemente, y causándole gravísimo disgusto, por estar casada y pobre, le pasaba la Madre una peseta diaria, proporcionándole labor de encaje, y le hacía que nos enseñara á hacerlo. Después de unos años, dicha mujer quiso hacer una confesión general, y la misma Madre la preparó».

«Á un dependiente, que tenía para llevar las cuentas de la casa de Barcelona, llamado José, socorrió á él y su familia necesitada, después de haber el dicho José calumniado y llevado á los tribunales á la sierva de Dios, sin asistirle ninguna razón ni derecho» (1).

Lo recordamos bien, pues se habló del caso con motivo de una carta de la sierva de Dios; y este punto del perdón de los enemigos y heroica caridad hacia ellos, nos descubrirá algo del insondable fondo del corazón de Madre Sacramento.

2.º *Caridad para con sus adversarios, mortificadores y enemigos.*—Cuánto suba de mérito en estos casos la caridad, no es menester ponderarlo; por esta razón lo exponemos á más clara luz.

«Un día la dió el P. Carasa una durísima reprensión delante de una Hermana, que había dado quejas de ella;

(1) Hermana Corazón de María.

oyó, sin embargo, la reprensión, sin justificarse, ni siquiera hablar después á la Hermana de aquella indiscreción, ni mostrar resentimiento con el uno, ni con la otra».

«Por una preferencia que en su sencillez había la Madre mostrado á los Padres de la Compañía, se disgustaron mucho los dos confesores de casa, personas muy respetables, y resolvieron no volver á confesarnos. Al tener noticia del disgusto, á pesar de ser casi de noche, fuese á la casa de uno de ellos, y no hallándole, fué al otro extremo de Madrid, donde le halló confesando en la Escuela-Pía; le hizo salir del confesonario, y tanto se humilló, tantas satisfacciones dió y tanto suplicó, que aquel señor se ablandó y siguió confesándonos. Á la casa del otro, que sabía la Madre que tenía el carácter violento, no quiso llevar ninguna Hermana, y en un coche fué sola, cosa que no acostumbraba. Al saber aquel señor que ella estaba en su casa, no la dejó entrar; y con palabras muy duras é injuriosas, la echó de su casa, cerrándole la puerta con muy malos modos, sin atender á sus razones; la sierva de Dios, sobremanera angustiada, llegó á casa llorando, y se tuvo que acostar. Luego supimos que aquel señor dijo á sus amigos que había tenido á la Vizcondesa de Jorbalán en su casa, ahogándose, y no la había ofrecido un vaso de agua. A pesar de tantos insultos é injurias, la Madre le escribió varias veces, rogándole que viniera á confesar á las colegialas, á las que tanto apreciaba, mas no lo logró; hasta que éstas, mandándose ella, escribieron una carta invitándole á ver la imagen de la Virgen, que estaba muy hermosa, para su novena; y entonces volvió, recibíendole la Madre tan afectuosa y deferente, como si nada hubiese pasado. Después, teniendo dicho señor una grave enfermedad, ella le visitaba diariamente, tratándole siem-

pre con especial afecto, al que correspondió, favoreciendo al colegio, hasta que murió » (1).

« La Madre trató con singular deferencia, é hizo aparecer en público como sacerdote que más estima le merecía, á uno, por cuya inspiración y actos, sabía que se había privado á su Instituto de los medios para asegurar su piadoso ideal, que eran la adoración continua al Santísimo Sacramento, cuyo legado le había de producir anualmente diez mil pesetas » (2).

Declara D. Francisco Besalú, capellán de honor de Su Majestad:

« A pesar de las muchas calumnias de que fué objeto, siempre perdonó á sus detractores, sin jamás defenderse, ni en público ni en privado, concretándose á orar por ellos ».

Dádivas y abrazos disipan tempestades.

« Una vez se presentó en la portería, desatándose en insultos contra la sierva de Dios, una mujer á quien había tenido recogidas tres hijas en el colegio; y como gritase mucho, bajó la Madre á ver qué pasaba, pudiendo oír, desde donde se colocó, el tropel de insultos que contra ella soltaba la mujer. Y al decir ésta: « Madre Sacramento es una verdulera », salió la sierva de Dios y la dió un fuerte abrazo, retirándose sin decir palabra alguna, y dejando con tal acto cortada á la mujer, que, pidiendo mil perdones á las hermanas que estábamos en la portería, se marchó sin hablar más » (3).

« Yo fuí testigo, declara una colegiala, de que arrepentidas, al parecer, algunas francesas, acudieron á ella; la que las recibió bondadosísimamente, y yo presencié

(1) Hermana Corazón de María.

(2) D. Juan García Rodríguez, presbítero.

(3) Hermana Felipa.

el cariño con que las trataba, y que al recibir á sor Soledad, dijo: «Gracias á Dios que ya tengo á mi lado á una de mis enemigas» (1).

«Yo también, dice á su vez la hermana Catalina, puedo testificar de los insultos que recibió de una familia, por haberse negado á solicitar de Su Majestad un empleo para aquélla, diciendo que tenía voto de no pedir nada á la Reina. Mucho me edificó verla salir de aquella casa con gran mansedumbre, después de recibir frases muy ofensivas».

«Había en Madrid cierta persona que había dicho algunas veces: «Quisiera que M. Sacramento me contase en el número de sus enemigos», significando con ello que á éstos la sierva de Dios les favorecía más. Yo misma vi en una ocasión, que estaba de visita en una sala, á la hora que la comunidad hacía el ejercicio de la disciplina, que la que dirigía, decía, entre otras peticiones: «Por nuestros enemigos» (2).

«El mundo la reputó y despreció como loca, pues era frecuente entre sus relaciones llamarla «la loca de Micaela». No tienen número las burlas, sátiras y sarcasmos de que fué víctima la sierva de Dios. Se archivaron en la casa de Madrid algunos periódicos que la satirizaban, y repetidísimas veces he oído á personas de diferentes clases sociales ridiculizarla y motejarla» (3).

Pues contra toda esta borrasca de improperios, no mostraba más que corazón sensible, anegado en amarguras, llanto en sus ojos, plegarias en sus labios, para que Dios absolviera á sus detractores, como ella les perdonaba, de todas veras.

(1) María Asenjo la Peña.

(2) Sor Juana Francisca Martí Romero, religiosa del monasterio de la Visitación de Santa María, en Barcelona.

(3) Hermana Corazón de María.



3.º *Caridad con los enfermos.*—No piense el lector que le aduzcamos en este lugar las innumerables voces y testimonios, que se alzarían en alabanza de M. Sacramento, de los hospitales, de las cárceles y las enfermerías de sus colegios, etc. Lo hemos narrado en el libro; y ahora solamente deseábamos conmemorar el ejercicio particular de su caridad para con los dolientes, llegando hasta implorar clemencias extraordinarias del cielo, para su consolación.

Declara una señora distinguida:

« Mi hermano, Enrique Díez Canedo, desde los primeros años de su vida venía padeciendo de la vista; en el año 1857, y á los diecisiete de su edad, sufrió en la misma un ataque tan grave, que de los médicos que le visitaron, uno de ellos, llamado Dr. Serra, del hospital militar de Madrid, dijo que mi hermano tenía ya perdido uno de sus ojos, y el otro poco menos. Fuímos á visitar á M. Sacramento, profundamente contristados por el estado de Enrique y por no ofrecer esperanza de curación; delante de la sierva de Dios nos quejamos de ello, y ésta, al despedirnos, dijo: «Decid á Enrique que tenga confianza, que se lo voy á pedir á Dios, y se pondrá bueno». El acento de seguridad que acompañó á estas palabras fué tal, que me llamó la atención, y así lo expresé á mi madre, al volvernos á casa. Al día siguiente, Enrique llamó alborozado, diciendo que se veía los dedos de la mano; y á los dos días, sin practicar ya ningún remedio y sin retroceso alguno, pudo salir á la calle completamente curado, sin que desde aquella fecha hasta la de su muerte, que ocurrió el año pasado (1889), padeciese más de la vista. Después supe que la sierva de Dios, al ocurrir esta curación, había estado ante el Sagrario hasta que conoció que el Señor le había otorgado

la gracia pedida. Este hecho calificaron de milagroso, cuantos lo presenciaron ó tuvieron noticia de él » (1).

« Juana Aleuvierre, dice haber presenciado, en el colegio de la calle de Atocha, de Madrid, que encontrándose la sierva de Dios, en un tránsito de la casa, con otra de sus colegialas, la cual tenía cierta costra en el carrillo, se mojó la Madre el dedo con saliva, aplicándolo á la pupa, la que desapareció sin otro medicamento » (2).

Y la H. Dolores, religiosa adoratriz, atestigua:

« El año 1861, hallándome yo en el colegio de Madrid, gravemente enferma del hígado, con vómitos continuos, y recibido ya el Santo Viático; en una de las frecuentes visitas que me hacía á la enfermería la sierva de Dios, me dijo que había hecho por mi salud una novena al Corazón de Jesús, y le había dicho: «¿Señor, tan joven va á morir?» y que el Señor la había contestado: «No morirá joven». Hoy tengo 51 años, y gozo completa salud ».

4.º *Caridad para con sus chicas.*—Las extremosidades de amor de la sierva de Dios para con sus chicas, claro es que habían de ponerse de manifiesto y en alto relieve; á ellas se enderezaban sus ensueños, sus afectaciones, el ideal y blanco de su Instituto; ellas eran su preciosa margarita del Evangelio, con que granjearse el cielo.

Comencemos por parar la consideración en este delicado rasgo:

« Una caja de pañuelos de batista, finísimos, con sus

(1) D.^a Isabel de Canedo, hermana de la adoratriz Corazón de María, tantas veces aquí citada.

(2) Había sido colegiala en el de la sierva de Dios.

iniciales y corona bordadas, gastó, para hacer una especie de caretas untadas con pomada, que ponía por sí misma en la cara de una Hermana y una colegiala, que tenían viruelas, cambiándoselos dos veces al día, para que sintiesen menos la molestia de los granos» (1).

Sor Antonia María de la Misericordia, Superiora General de las Oblatas, nos demuestra cuánto se desvelaba por el sostenimiento de sus asiladas.

«Yo vi á la sierva de Dios, en el colegio de la calle de Atocha, cuyo planchador en el verano se podía comparar á un horno, pasar días enteros planchando, empapada en sudor, por el sofocante calor que allí se sentía.

En el colegio se la trataba como á una madre, y se la obedecía como á una reina; y se hizo tan pequeña, que llegó á jugar con sus colegialas, para distraerlas en ciertos días y horas de recreación».

Esta es una voz respetable; pero podemos imaginar el nutrido coro de todas las colegialas de sus casas, que repiten la misma estrofa; por lo que paréceme discreto ceder la palabra á las mismas muchachas:

Sor Josefa Dolores, del convento de San Gregorio, de Valencia, colegiala que había sido en el de la sierva de Dios:

« Á los trece años de mi edad, ingresé en el colegio que tenía la sierva de Dios instalado en la calle de Atocha, en Madrid, donde me trató como una verdadera madre; á ella debí mi bien espiritual y material; ella fué mi madrina, al recibir en su colegio el Sacramento de la Confirmación; en sus solícitos cuidados, asistencia y amor, encontramos, así yo, como otras muchísimas jóvenes compañeras mías y desgraciadas como yo, el bienestar y la salvación. Vi en ella virtudes no comu-

(1) Asegúralo Hermana María Monserrat.

nes, y á medida que fuí creciendo en edad, la fuí profesando cada vez más cariño, respeto y veneración ».

« Recogía en su colegio con preferencia á las jóvenes más hermosas, y de más atractivo, diciendo que esta clase de personas están en mayor peligro, á la vez que ocasionan mayores males ».

Otro testimonio análogo:

« Yo puedo asegurar, como lo aseguran varias de mis compañeras, que recibí en el colegio de M. Sacramento mejor asistencia, trato y comida que en el colegio donde me educaba á los diez años, pagando mis padres una cantidad diaria, pues la sierva de Dios no se paraba en gastos, con tal de tenernos contentas para nuestra salvación. Armonizaba la educación religiosa, la enseñanza doméstica, la oración y las demás prácticas católicas con ciertos juegos infantiles, que nos entretenían y nos animaban, jugando ella con nosotras ».

« Hablaba siempre con voz reposada, y aunque alguna vez se sobreexcitara, cuando alguna colegiala intentaba dejar el colegio, antes de estar reformada, nunca, para retraerla de sus propósitos, empleaba palabras injuriosas ni ofensivos ademanes, sino que la reducía con maternales persuaciones ».

« Atendía al bien material de las chicas, enseñándolas todo lo concerniente á su condición, desde lavar la ropa, hasta las labores más delicadas y primorosas, haciéndolas así útiles á la sociedad ».

« Los tres días de Carnaval ponía empeño, primero en desagrar al Señor por los excesos de aquellos días, y luego en divertir á las colegialas de todos los recuerdos, que les podían molestar en aquel período de locuras; á este fin tenía todo el día expuesto á S. D. M., y á la tarde, y después de la reserva, la misma sierva de Dios preparaba á las colegialas la merienda, y con la mayor

complacencia les servía, para que no echasen de menos las distracciones de los mundanos ».

« Era tan grande su caridad para con las colegialas, que hacía que antes careciesen de lo necesario las hermanas que ellas. Hacía penitencia por los pecados de las colegialas, y cuando alguna se negaba á hacer alguna penitencia impuesta por sus faltas, apaciblemente la cumplía ella, con cuyo ejemplo las llevaba suavemente á cumplir su deber ».

« Al ser invadido el colegio por el tifus, á pesar de ser la sierva de Dios la única que se dedicaba al servicio de las enfermas, á ninguna faltó la debida asistencia, que prestaba con maternal afecto, sin descansar ni de día ni de noche, ayudando ella misma á amortajar á la hermana Rosa de Jesús, que murió entonces. Sé que, en medio de tantos cuidados y afanes, redoblaba la oración y las penitencias, para que no muriesen; y se puede atribuir á sus oraciones y penitencias el que no fallecieran más de aquella peligrosa enfermedad » (1).

En los viajes distrayéndolas... de Guadalajara á Madrid. No se habrá olvidado el de Zaragoza á Guadalajara, donde tomaba parte en las ocurrencias de sus chicas, imaginando éstas que era formal empeño y gusto, lo que era condescendencia y caridad.

Pero el más brillante broche, con que cerrar el capítulo, lo ha de fabricar la palabra candorosa de la misma esclava de la Caridad:

« Recogí en una ocasión una señorita, que hacía la desgracia de una familia por unas relaciones no buenas; estaba algo enferma, y la separación la agravó en términos, que á los ocho días se puso á la muerte; la mandó disponer el médico, y no sabía nada de confesar, que

(1) María Asenjo la Peña.

jamás lo había hecho, todo era reservado: la preparé y yo misma y bien, que ella se prestó, y tuvo gran dolor, y había noches que á la una aún no me dejaba, para que la hiciera el examen y rezar el *Yo pecador*, etc. Á los seis días se puso otra vez muy mala, y como ya sabía confesarse, y lo deseaba, quería hacer confesión general; el capellán no estaba en su casa, y en el apuro le mandé un ángel para que me lo trajera donde se hallara; vino, y me dijo venía casi de mala gana, pero en paseo le entró un desasosiego que le hizo venir. Se puso á confesarla muy despacio, y me rogó estuviera yo de guardia, para que no se oyera nada y darla las medicinas, pues se encontraba muy mal; estando yo á la puerta con las enfermeras, me avisó el Señor que había fuego en casa, y las dije: vamos, que hay fuego, no apurarse, y silencio; me dirigí á una buhardilla á las once y media, y al entrar se desplomó un madero que ardía, dejando salir unas llamas que parecían del infierno, y yo creía verdaderamente lo eran para vengarse de la confesión; temblaba, y, sin embargo, lo apagamos con calma, y la seguridad que el aviso me dió. Á las doce menos cuarto se apagó todo, y pudo con prisa tomar chocolate el señor Navas. Se salvó esta alma milagrosamente ».

« En otra ocasión le dió á una colegiala el cólera fulminante, y me habían dado un remedio, muy caro y raro, para salvar mi vida, si me daba. Sólo tres frascos llegaron á Madrid. Me lo mandaron por gran regalo. ¿Yo he de estimar mi vida más que la de una colegiala?—me decía á mí misma. ¡Oh, no! Bajé á la capilla, pedí luz al Señor; y se lo dí: y al ver se moría, se lo dí todo. Se salvó con tres meses de mal, en los que no me separé de su cama, y tuvo tifus, erisipela negra, calenturas pútridas, después del cólera; ¡y no sólo peligraba su vida,

sino su alma! Hoy es muy buena; se casó con un cirujano».

En Madrid primero, en el mismo viaje á Valencia, al pasar por Albacete, querían detener los pasos de la Madre, que se iba á arrojar en el foco de la peste, por animar y asistir á sus chicas. ¿Qué más? Á las mismas puertas de la casa de Valencia pretendían salvarla ellas mismas.

«Como la profesaba mucho amor, declara una de ellas, al verla llegar al colegio de Valencia, cuando éste estaba invadido por el cólera, como yo temiese por su vida, le dije:—Madre, ¿por qué ha venido á Valencia estando el cólera? Y me contestó:—Hija mía, esto mismo me han dicho en Aranjuez, añadiéndome: «¿vas á morir por unas mujeres malas?» Y yo les he dicho: esas mujeres son mis hijas, y tengo obligación de consolarlas y asistirles» (1).

Resta no más que escuchar al Evangelio, cuando enseña: «No cabe mayor amor que poner la vida por sus amigos» (2).

Esta es la medida colmada de la caridad. Por lo que este capítulo, frondoso en racimos de amor, sube al último término de la predilección embriagadora en el arrojó y lance de muerte, que narraremos.

(1) Sor Josefa Dolores, religiosa del convento de San Gregorio, de Valencia, colegiala que había sido en el de la sierva de Dios.

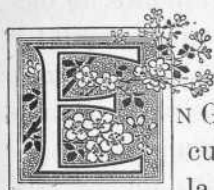
(2) Evangelio de San Juan, c. XV, v. 13.



CAPÍTULO XXXII

GLORIOSA Y SANTA MUERTE DE LA M. SACRAMENTO

(24 de Agosto de 1865)



EN Guadalajara se hallaba la M. Sacramento, cuando llegaron las noticias alarmantes de la invasión del cólera en Valencia, y particularmente en la casa de las Desamparadas.

La Madre, que se desvivía por sus hijas, y que la hemos admirado, siempre la primera, donde quiera hubiera una lágrima que enjugar, pensó desde luego acudir al auxilio de sus coléricas, y se llegó á Madrid. A medida que las noticias empeoraban, dando cuenta de estar atacada la Superiora, y aterradas las demás, sentía más vivo el acicate para partir á las voladas. Manifestaba su pensamiento á sus hijas, se fué igualmente á la casa de Pinto: pero todas la suplicaban no se arriesgara á tanto peligro de sumirlas en angustiada orfandad. Ella, no obstante, lo consultó con el Prelado, el confesor y otras personas respetables, tales como el Ilmo. Sr. Monzón, quienes, si bien deseaban preservarla de todo contagio, hubieron á su instancia de declararla que aparecía, como cosa más

perfecta y meritoria, el desafiar el peligro. ¿Pero cuándo la Madre titubeó, ni consultó, para lanzarse al foco de todas las pestes y de todos los contagios? ¿Por qué ahora tanto pulso y consulta? ¿Tenía, por ventura, el anuncio de su tránsito, y deseaba asegurar el acierto de su resolución?... (1).

No vaciló más; —es la voluntad de Dios—repetía á sus hijas y á sus amigos. El temblor y la congoja quedaban de parte del corazón. Ante tan tremendo riesgo había que despedirse de aquel noviciado, y de aquella casa de tanto suspiro y afecto. No acertaba cómo. Ella, que hacía meses semejava haberse olvidado de su ingénito carácter de seriedad y energía, y hablaba á todos con suavidad y dulcemente, extremaba ahora los sentimientos de ternura y las palabras de cariño. Entraba en la capilla y volvía pronta á salir, y reunía á ratos á las hermanas, confiándoles diversos encargos, sin demostrar grande coherencia y firmeza en estos actos y discursos.

A Catalina de Cristo brindó con el cáliz de amargura, invitándola á acompañarla, si sentía ánimos para padecer, pues no se lo imponía de obligación.

El día 18 de Agosto comenzó una carta, que es toda una despedida cariñosa, para el Prelado de Cartagena, comunicándole que estuvo enferma quince días, dos de

(1) Alguien, dicen, que contestaba: «Más prudente sería no ir; pero parece más perfecto el arriesgarse y animar á sus hijas». ¿Pero no es la prudencia la reguladora de las virtudes? Arduo es señalar lo que es prudente, cuando otros deberes y virtudes reclaman sacrificios; el Espíritu Santo, al fin, no faltaría con sus soplos é impulsos, para dirimir esta controversia del corazón y la cabeza.

No va descaminada una de las declaraciones, al presumir que la Madre tenía el aviso, más ó menos circunstanciado, de la proximidad de su muerte; mas, como no estaba facultada para el uso práctico de estas revelaciones, procedía con esta cautela y miramiento.

algún cuidado, y que, aunque mejorada ya, no estaba firme todavía, pues las penas dan á la larga su resultado; no obstante de atreverse con ellas, pues consuelo es sufrir por amor de Dios. Proseguía el día 19, con el anuncio de nuestras preocupaciones:

«Yo salgo el lunes (21) para Valencia, porque no son valientes aquellas hijas, y temo se acobarden, al ver tanta muerte en Valencia y Barcelona, y sé que se animarán al verme; bendito sea Dios que permite las penas, para que se le alabe en medio de ellas; es un dolor lo que se cuenta de este justo castigo del Señor. Pidan por mí y todas mis hijas, que en nuestras casas lo harán por usted y los de su casa, y yo muy particularmente. Las siete casas, y 156 religiosas, bien, en muy buen espíritu todas. Dios lo conserve: y voy preparada á vivir ó morir, y llevo la confianza que no he de hacer falta».

¡Es la última fecha que se ha recogido de pluma tan solícita, cortés y fervorosa!

También se envió breve despedida á los amigos de Avila: entonces profetizó el avisado Prelado, diciendo á sus familiares: «esa, marcha á recoger la palma del martirio».

Su cuñada Nieves, y su tierna sobrina María Diega, en vísperas de salir para aguas, fueron á despedirse de ella al colegio, y también querían disuadirla de su visita á Valencia. ¡Se abrazaban por última vez!...

El día 21, según había escrito, rompió por todo; abrazó á sus hijas, y pidió de rodillas la bendición al capellán de la casa. Acompañada de su secretaria Catalina de Cristo, abandonó el umbral de aquel colegio y capilla de tantos recuerdos y mercedes celestiales, é iban aviándose sus ojos y entristeciendo su ánimo, según que perdían de vista el imán de sus ensueños.

En la estación la despidió D. Enrique Ojero, Herma-

no mayor de la Asociación de la Doctrina cristiana, y su piadosísima señora; al arrancar el tren, díjole conmovida la Madre: «Ojero, os recomiendo mis hijas»; volviéronse ellos apesadumbrados, con la espina en el alma de que aquel acento de la Madre era todo un presagio de heroico sacrificio.

El paso por la aldea de Pinto fué no menos tierno. Se habían puesto de acuerdo, viajeras y moradoras de la casa, para saludarse y despedirse; y desde el tren se agitaban los pañuelos blancos, y desde las ventanas del colegio ondulaban los pañuelos igualmente, como también luces de faroles. ¡Oh, qué adiós tan medroso, de tristes presentimientos y amargas lágrimas!

Puestas en marcha, la Madre recogió su espíritu y se entregó á profunda y prolongada oración, mostrándose jovial en el resto del tiempo. En Albacete, un amigo y Comisario del Gobierno, pretendía detenerla de su propósito con varias consideraciones...—«no, le contestaba; los que hacemos las cosas por Dios, no tenemos miedo á la muerte».

Amaneció la luz clara del estío, salió el sol despidiendo rayos de fuego; la Madre, delicada todavía y emocionada, ni tomaba alimento, ni siquiera refrigeraba su sed ardiente; aguardaba toda la mañana para recibir el pan eucarístico. Tocando con el medio día llegaron á Valencia, y luego de saludar á las hermanas, se retiró á la capilla para comulgar y dar gracias á su sabor. Se desayunaba á la una de la tarde.

En aquella casa, enlutada por la tristeza, renacieron la esperanza y el consuelo, á la venida del ángel confortador.

Convocó á todas las hermanas en una sala, y les pronunció un discurso de maternal cariño, en que las animaba á la confianza en Dios, vertiéndoles el bálsamo de

la consolación, abrazándolas á todas con ternura inusitada, por lo que, despertada su gratitud y filiales sentimientos, les conmovió hondamente, dejándolas alentadas para arrostrar aquella tribulación.

Al día siguiente, miércoles 23, recibida la comunión en el santo sacrificio, dedicó sus pensamientos y primera visita á la Virgen de los Desamparados, oyendo segunda misa con su fervor seráfico; luego se dirigió al Palacio del señor Arzobispo, y le hizo sus ofrecimientos en la calamidad que padecían, tomando su bendición; y lo propio practicó á seguida con el fundador Sr. Montañés. Lo cual realizado, dijo: «ahora nos encerraremos en nuestra casa, y á cumplir la voluntad de Dios».

Á no dudarlo, giró su vuelta por el colegio; consoló á todas las enfermas, y especialmente á la Superiora María de Jesús; ésta, sobre su grave dolencia, estaba dominada de profundo sentimiento, por haber cometido una de las jóvenes desamparadas un sacrilegio contra la Sagrada Eucaristía, por el cual se habían hecho repetidos desagravios al Señor, participándosele entonces á la Rda. Madre General.

Por no aumentar la aflicción de María de Jesús, disimuló por lo pronto la Madre, poniendo en duda el abominable y horrendo pecado; mas, abandonada la habitación de la Superiora, fuese á desahogar su atormentado corazón á una tribuna de la capilla, y allí lloraba y sollozaba, dirigiéndose con hondos suspiros á Jesús: «¿Cómo, Señor, has podido consentir tamaña ofensa en tu casa? ¡De haber previsto tanta infamia, hubiera abierto yo jamás el colegio!...»

Por la tarde la visitó el P. Jáume, su confesor en aquella capital, y aprovechó su presencia para reconciliarse.

El día 24, que era jueves, fiesta de San Bartolomé,

hacia las siete de la mañana comulgó de manos del fundador, y acompañó luego al médico, en la visita de las enfermas, y con él curó á una hermana, que padecía de una úlcera mal oliente en un brazo. Sentido pésame manifestó al médico por la pérdida reciente de un hermano, que le consoló sobremanera. Despedido el doctor, volvió ella á visitar nuevamente las enfermerías: confortaba con especialidad á la hermana Ignacia, encargada de ellas; á otra de las enfermas la auguró sanaría pronto, y al tercero día se paseaba en óptima salud.

Aquella misma mañana comenzó á sentirse mal, por lo que tomó agua de arroz, atribuyendo la soltura de vientre al calor sofocante de Valencia. Aumentáronse estos síntomas, y otros más característicos del cólera, por lo que se alarmaron las hermanas, sobre todo su secretaria, Catalina de Cristo. Inmediatamente se avisó á los médicos, que no parecían á mano, engendrándose desasosegada expectativa en el seno de la comunidad con esta tardanza en presentarse. Era día aciago para Valencia, de espantosa mortandad. La Madre tranquilizaba á sus hijas, diciéndoles: «No importa, pues aunque vengán, no gozaré de salud; padeceré luego bastante, y á las doce no sentiré mal alguno. Avisen á las casas, y que expongan el Sacramento».

Mientras tanto, y cuando se la esperaba para la recreación, sobre la una de la tarde, la empezaron á desnudar y obligaron á acostarse.

Llegó, por fin, el médico homeópata, preferido, como sabemos, por la Madre, y dispuso su medicamento. Arreciaba el ataque, y se avisó á Albiñana, médico alópata de la casa, quien la encontró en el período álgido de la invasión colérica, yerta ya, el pulso deprimido, con horribrosos calambres, vómitos y evacuaciones, y la voz apagada.

No tardó en declarar á las hermanas el estado gravísimo y poco esperanzado de su Madre venerada. Le instaron á que recetase algunas medicinas, y se resistía temiendo perjudicarla, oponiéndose á los medicamentos homeópatas. En vista de tan triste situación, celebraron su consulta el mencionado doctor y el médico del hospital provincial D. José Santa María. Ambos opinaron, por lo desesperado del caso, que el ataque era fulminante, y se dispusieron á la defensa vigorosa, esforzándose por todos los medios en avivar el calor y reaccionar aquellos pulsos, apelando, desde luego, á los revulsivos enérgicos y las vasijas de agua hirviente.

La enferma pidió ante todo su médico del alma, é hizo se avisara al P. Jáume.

Mas hubo de ofrecer al Señor la ausencia de este consuelo tan apetecido, especialmente en la hora suprema, del confesor habitual; estaba ocupado, y mandó en su lugar al P. Juan Bautista Vinader, quien se llegaba hacia las cuatro de la tarde al lecho de la paciente.

Al entrar, saludó, diciéndola:

— ¿Cómo está la Madre?

— En la última enfermedad, le contestó agradecida, y le añadió vivaz:— no me abandone vuestra reverencia.

Á su lado permanecería constante, fuera de los momentos de ejercer su ministerio con otras coléricas del colegio, como también el doctor Albiñana, de médico de guardia.

El ángel de la muerte batía sus negras alas por toda la casa: agonizaba la hermana Ángeles, y se despedían para el hospital las chicas atacadas por la mañana, por la tarde, las cuales no podían ser asistidas.

La enfermera no pudo ver á la Madre hasta las cuatro: á esa hora la halló fría como el mármol, apoyada en los brazos de la hermana Visitación.

Reparando aquélla que, como de costumbre, la Madre estaría sin colchón, rehusándolo ésta, trataron tres hermanas de introducirse en la cama, y aun les auxilió el médico; pero después de varios esfuerzos y tanteos, inhábiles todos, hubieron de dejarla, y más satisfecha, sobre su duro jergón de esparto.

¡Ah, y si descubrieran entonces, lo que el tiempo reveló, que se hallaba ceñida de espinoso cilicio!

Serían las seis cuando se la propuso, como medicina espiritual, la Extrema Unción. «Con sumo gusto, P. Vinader, respondió». Y al preguntarla el Padre si deseaba confesarse: «Me confesé ayer, dijo, pero daré un repaso á mi vida, y lo haré de nuevo». Todo esto pronunciado entre la fuerza de los dolores y sin perturbación alguna.

Las hermanas Visitación é Ignacia, suplicaron permiso para encomendarla á la Virgen de los Dolores, mediante una novena: «Haced lo que os plazca, les contestó, pero yo me muero». Y, volviéndose hacia la Virgen Dolorosa, le decía: «Quedan siete, como tus dolores», aludiendo á las fundaciones, que dejaba establecidas en la península, para bendecir y loar su nombre. Y dispuso, que por precaución, sola alguna hermana entrara en su aposento, y se aromatizase éste con esencias alcanforadas.

Se confesó, en efecto, y se le ungió con el oleo santo, el sacramento confortante y refrigerador de los enfermos, que recibió orando y respondiendo á las preces, entregada en las manos de Dios.

Determinó sus postreras disposiciones, é hizo que el Padre escribiera, bajo sobre lacrado, al Emmo. Cardinal de Toledo, con un ruego encarecido de su voluntad última. Era la previsorá, no menos que rendida, designación de sucesora.

¡Á todo esto el cuadro se iba obscureciendo, y las sombras dominaban, como niebla fría, en ojos y corazones! Violentísimos los calambres de la enferma, las contracciones vehementes, el sudor abundante, la anhelación fatigosa, la sed abrasadora, la voz extinguida. Retorefábase la colérica con la vehemencia de los dolores, suspiraba, lanzaba agudos gemidos, acompañados de estremecimientos, sin encontrar postura de descanso, y sin que los hombros de las hermanas la pudiesen apoyar y volver, teniendo que ayudarles en la incesante faena el buen Padre.

Sobre todo aquel martirio flotaba y resplandecía la serenidad del ánimo, la resignación amorosa y la paciencia invencible. ¡Jesús, María! se oía balbucir de cuándo en cuándo á la sufrida Madre, y también aquella acostumbrada jaculatoria:

Jesús es suma bondad,
Sabe lo que me conviene:
¡Hágase su voluntad
Que rendida aquí me tiene!

El doctor declara que le tenía espantado aquella insuperable fortaleza de la doliente, que se contraía y padecía, y no exhalaba una queja, sino que dulcemente y sin alteración, le suplicaba alivio para calmar las dolorosas convulsiones. Varias personas, advertía, hubieran sido precisas, para sujetarla, y evitar no saltara frenética de la cama, de no haberse dominado y asido con el áncora del sufrimiento.

A cuantos coléricos había visitado, sin excepción, les oía llorar, gritar y exhalar ayes dolorosos, sin poder contenerse en el lecho del martirio.

Nada de desasosiegos é intemperancias en la Madre para saber de su estado, y multiplicar las medicinas;

nada de inquietudes, ni ansiedades, ni escrúpulos, como experimentan las personas espirituales y tímidas, ante la perspectiva aterradora de la muerte y del juicio.

Le tenía embargada igualmente su atención, el que, conservando las facultades intelectuales, permaneciera en posición supina, imperturbable, con los ojos cerrados, cual si su imaginación estuviera atraída por otro objeto distinto de su enfermedad, lo cual se alargaba hasta casi los momentos supremos.

Y al advertir todos que se apaciguaban y daban tregua oportuna los vómitos, incontinenti se pensó en medicina más regalada.

—Madre Sacramento, le dijo Catalina de Cristo, una gran visita, como remedio universal.

—¿Qué visita?

—La del Santísimo.

—Gracias, Dios mío, ¡oh, qué gran merced! Dios te lo pague, hija mía, que yo no me atreví á solicitarlo, por haber comulgado esta mañana.

Como también se lo repitió al Padre, y volvió á gozar del beneficio de la absolución.

Al acabar, pues, de cerrarse la noche, serían las ocho, se encendieron los cirios, se formó la imponente procesión de la Comunidad, resonaba la campanilla; y tomó el copón del sagrario el P. Vinader, para llevar el manjar angélico, el pan de la inmortalidad y de la vida, el viático de los peregrinos para la gloria, á la criatura más enardecida por el amor á la Sagrada Eucaristía.

¡Oh! ¡qué último abrazo con la hostia santa, con el sacramento de la fé, señal de la unión con la Iglesia, vínculo y reinado de la caridad! ¡Cómo no había de resaltar, en extremadas finezas, el incomparable amante!

Sacrificios memorables había ideado aquel corazón enamorado, por encerrar en su pecho todos los días el

maná del cielo: Dios le concedía morir en el día del Sacramento, y entre los fervores de una comunión de la mañana, y la tierna despedida de otra comunión, al languidecer con las penumbras del crepúsculo.

Recogido su espíritu, observa el Padre, que todo el tiempo, aun el más recio de la dolencia, según era posible, se mantenía en oración perpétua, y en el acatamiento de la presencia divina, afable, resignada, fervorosa, siguiendo y contestando á las exhortaciones espirituales.

Pedía padecer más, y la paciencia necesaria.

No se le anublaba el sentido y el conocimiento nunca, como tampoco la serenidad. Se amortiguaban las fuerzas, y lucían la inteligencia y la piedad del espíritu.

Claro es que no se omitió el aplicarle unas y otras indulgencias plenarias.

Ella aparecía revestida, escudada con sus medallas é insignias santas del Instituto. Resplandecía la vela bendita de cera, luz de la esperanza y de la inmortalidad para los agonizantes; y sobre el pecho, y con las manos abrazada, la cruz redentora.

Habló, y recitaba sus jaculatorias, hasta media hora antes de expirar.

Desde entonces la respiración íbase gradualmente apagando.

Rodeaban su angosto y pobre lecho los Padres Vinader y Cortés, el Capellán de la casa, su Secretaria, Catalina de Cristo, y un coro de hermanas, juntamente con el Médico, Dr. Albiñana.

De rodillas todos, sin poder contener las lágrimas ni los sollozos.

Empezó el P. Vinader á leer la recomendación del alma, proseguía entrecortado llorando de ternura, y el sentimiento apagó su voz y le enturbió la vista, llegan-

do á faltarle y zozobrar las fuerzas, por lo que le tomó el libro el doctor médico.

Rehecho el Padre, volvió á tomar su ritual, y pronunció al oído de la Madre jaculatorias muy afectuosas, y advirtiéndole que todavía gozaba de algún soplo de vida, recitaron las letanías de la Virgen; al llegar al *Oremus*, abrió la moribunda los ojos, los elevó al cielo, y sin estremecimiento alguno, antes con la placidez en el rostro, entregó su espíritu al Creador.

—Así mueren los justos, dijo enternecido el Padre.

Eran las doce de la noche menos siete minutos. Recordemos la profecía de la Madre, de que se le acabarían las penas para media noche.

.....

Se acabaron. Vuelve ya esos ojos al cielo, hacia donde elevaste tantos pensamientos amorosos. Vuela, alma generosa, á la patria de la luz, de la verdad y de la justicia, tú que las buscaste y amaste con ardimiento. Vuela, alma casta y virgen, al paraíso de las azucenas y los cercados donde pasta el cordero divino. Vuela, corazón de caridad, á la región imperecedera de la vida, donde triunfa, coronada de siemprevivas, la reina inmortal de las virtudes. Que los innumerables latidos de tu pecho, y las incontables hazañas de tus manos, y las indefinidas palabras consoladoras de tus labios, trocadas ahora en reverdecidas flores, sean la diadema de tus sienes, la orla de tu glorioso manto. El río de lágrimas misericordiosas que vertiste en la tierra, convertido ahora en raudal de perlas, sea el collar brillante de tu cuello. Que vean tus ojos, sin puertas de sagrarios, y sin velos de especies sacramentales, *sicuti est*, según es, de puro, y hermoso, y deleitable, al Verbo humanado, redentor del mundo, y esposo de las almas santas, para gozarle, en mar de delicias, para siempre, eternamente.

Salid vosotros, ángeles, los mensajeros de la gloria, y amigos serviciales de esta heroína; salid á su encuentro, y abridle las puertas eternas de la celeste Jerusalén. ¡Hijas bienaventuradas de tan virtuosa Madre, salid con los ángeles; jóvenes redimidas y santificadas por los desvelos de esta fundadora, salid, vosotras, en su busca, formad el cortejo de su triunfo, y aclamadla y vito-readla, con vuestros himnos y vuestras músicas, como gloriosa mártir de la caridad!

Venid también conmigo, llorosas y atribuladas adoratrices de Valencia; venid todas sus hijas, tristes huérfanas de la Madre Sacramento, ante ese humilde lecho mortuario, donde yacen los restos mortales de vuestra Madre y Fundadora; rociadle de lágrimas, cubridle de besos, de luces y de flores.

Derramad el incienso de vuestra oración... interponiendo el inmenso valor de sus merecimientos, por la vida y florecimiento de vuestro Instituto. Orad por que se apresure el momento de cambiar tanto ahogo y tanto llanto, en día apacible y remunerador, día de celebrar, con beneplácito y exhortación de la Iglesia, las virtudes heroicas de esa sierva de Dios, María Micaela...

Vistiéronla tres hijas, con su hábito de Adoratriz.

Muerta, parecía más hermosa que en vida.

No obstante, la que era mártir bendita en el alma, fué herida del rayo de la peste, y se consideraba una víctima contagiosa. Catalina de Cristo confiesa que, á pesar de severas prohibiciones, ella no podía menos de visitarla, y la besaba la mano, sin notar rastro de mal olor.

La Madre había dicho que ni al cielo deseaba ir sola, y creemos que no le faltó compañera. La hermana Ángeles cayó también como derrocada por el rayo, á las cuatro de la tarde, con ataques todavía más violentos y

dolorosos que los de la Madre; recibió fervorosamente los Santos Sacramentos, y falleció poco antes que ésta, clavada la vista al cielo, que semejaba un ángel. Á ambas muertes llamaba el Padre Vinader edificantes y santas.

La hermana Ignacia declara que tuvo ocasión de reparar en ambos cadáveres: en el de Ángeles eran espantables los estragos de la muerte; el de la Madre no se desfiguraba, antes sorprendía por su suave flexibilidad, que la hacía parecer dormida mejor que muerta.

El Dr. Albiñana la reconoció en el féretro ocho horas después del fallecimiento, y la halló incorrupta, sin mal olor, y sin presentar síntoma alguno de alteración: permanecía su rostro natural, como al morir.

Por las pavorosas y lúgubres circunstancias de la población, y las prescripciones sanitarias en uso, se enteró á ambas Religiosas, sin aparato y silenciosamente, á las cinco de la tarde del día 25, en el cementerio de San Martín.

Tocó á la sierva de Dios el nicho del número 2.143, donde se esculpió luego el siguiente epitafio:

M. I. SRA.
DOÑA MICAELA DESMAISIERES
LÓPEZ DE DICASTILLO Y OLMEDO,
VIZCONDESA DE JORBALÁN,
FUNDADORA Y SUPERIORA GENERAL
DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA DE SEÑORAS ADORATRICES
ESCLAVAS DEL SSmo. SACRAMENTO Y DE LA CARIDAD
Y DE LOS COLEGIOS DE DESAMPARADAS:
FALLECIÓ, VÍCTIMA DE SU CARIDAD, EN 24 DE AGOSTO DE 1865.

R. I. P.

Carta del P. Vinader á la M. Espiritu Santo.

En este mismo día escribió el P. Vinader, cual podía desempeñarlo su contristado ánimo, á la Superiora de Barcelona, H. Espiritu Santo. Tengo en mis manos la misma, preciosa carta autógrafa. No habría, en tan desoladora sazón, aviso ninguno *oficial* al Instituto, del fallecimiento de su insigne Fundadora. Pero la Providencia suplía con las letras del confesor, cuyo documento viene á ser lo más autorizado para el caso. Nosotros hemos tomado las notas de la Hermana Catalina de Cristo, testimonio aún viviente; de la Hermana Ignacia, la enfermera; del Dr. Albiñana; del mismo P. Vinader, para desenvolverlas en este capítulo; pero son declaraciones de 25 años posteriores al suceso.

Lo fresco y genuíno, lo de sabor y aroma de aquella estancia, admirablemente interpretado, es lo escrito por el confesor, sobre las cenizas aún calientes de la mártir. Por tantas razones, pues, esta carta inestimable debe ser resumen y corona de la fúnebre narración. Dice así:

«Rda. Madre Espiritu Santo.—Mi muy querida hermana en Jesucristo: Si fuera dable enviar lágrimas en una carta, la mía iría llena de ellas; pues queriéndolas de veras, como las quiero, no puedo menos de acompañarlas en el justísimo sentimiento que les causará la muerte de su fundadora y santa Madre. No piensen ustedes en el vacío inmenso que deja, sino en lo mucho que podrá ahora favorecerlas desde la gloria, en donde, á juzgar por su fervorosa y santa muerte, estará ya gozando de Dios.

Sin merecerlo, yo tuve la gracia inmensa de estar á su lado durante sus últimas horas, sin separarme un momento. A las dos de la tarde, la Madre Sacramento dijo

á la Hermana Catalina: para obedecerte, voy á echarme sobre la cama, pero ahora no me duele nada, después sí, sufriré mucho, pero á media noche ya habrán cesado los dolores. Al rato que estaba echada, tuvo grandes vómitos y una fuerte diarrea, y se sintió mala; nos mandaron un recado, y allí fuí á las cuatro de la tarde. No me deje usted, Padre Vinader, me dijo la Madre, al verme; y al preguntarle ¿qué es esto, Madre? me respondió: La última enfermedad.

Le venían á menudo unos fuertes calambres, que la hacían gritar y sufrir mucho: no hallaba ninguna posición á gusto, todo era volverse de una á otra parte. Vinieron los facultativos, y tuvieron consulta, y no dieron ninguna esperanza de salvarla. Serían las seis cuando le dije: Madre, acudamos á un remedio espiritual, á la Santa Unción. Y ella respondió:—Sí, con mucho gusto.—Si quiere V. reconciliarse.... Y dijo:—Sí, pero ya me confesé hace dos días: pero ahora recorreré rápidamente mi vida. Y todo esto lo hacía, en medio de sus sufrimientos, con una tranquilidad admirable. A las ocho recibió el Santo Viático, porque habían cesado los vómitos, con una alegría extraordinaria. En medio de sus agudos dolores, oraba; y se puede con toda verdad decir que no cesó ni un momento de orar, todo el tiempo que duró su enfermedad. Yo no me moví de la cabecera de su cama, desde las cuatro de la tarde hasta las doce, enjugándola el sudor, cubriéndola, ayudándola á volverse, porque ella decía que yo tenía más fuerza que las hermanas; hablando con ella, enterándome de sus últimas disposiciones, que he escrito al señor Cardenal de Toledo, consolándola, animándola, y, sobre todo, edificándome con su santa muerte. Ni una queja, ni una palabra menos santa, ni un momento en que cesase de estar en la presencia de Dios; siempre mostrándose afable,

resignada, fervorosa. Imposible poder desear una muerte más feliz: habló hasta media hora antes de morir; desde este momento, su respiración fué disminuyendo hasta apagarse, sin hacer ella ningún estremecimiento, quedando, á pesar de los dolores que sufrió, más hermosa que en vida. Yo le recé la recomendación del alma, llorando de ternura, tanto que el médico me cogió el libro, porque no veía las letras; después lo volví á coger yo, le leí después unas muy tiernas oraciones á la Virgen; y viendo que todavía había un poco de vida, recé, llorando todos los circunstantes, las letanías de María, y murió al decir el *Oremus*, después de haberle aplicado muchas indulgencias plenarias: eran las doce, menos siete minutos de la noche del 24.

Pero no fué ésta la sola calamidad, con que Dios quiso probar esta santa casa. Allá á las cuatro de la tarde, cayó enferma también la Hermana Ángeles; á las siete la confesé, y se le dió la Extremaunción; y murió á las once y media de la noche del mismo día, después de haber sufrido al exterior mucho más que la Madre; y quedó, al morir, mirando el cielo, con una cara que parecía un ángel.

Se puso enferma también, durante este tiempo, la Hermana Eulalia y dos chicas: éstas fueron llevadas al Hospital, á donde ya habían mandado otras tres por la mañana, y hoy otras dos.

La Madre María de Jesús no sabe nada de cuanto ha ocurrido. ¡Pero, qué difícil será el ocultárselo!... Y es de temer que en el estado en que se halla, semejantes noticias serán para ella un golpe de muerte. Pero espere-mos, que Dios no querrá privarlas de quien ahora les es *tan, y tan necesaria*. Todo el día he estado corriendo, encargándome de hacer todo lo que era necesario, para ayudar á las hermanas. Tres veces he ido á hablar con

el Sr. Arzobispo, y con muy buen resultado he buscado un buen fotógrafo, que ha copiado á la Madre, etc.; si puedo, le mandaré hoy una copia, etc., etc.

Después que murieron las dos, las hermanas las vistieron, y yo me quedé consolando á la hermana Catalina, y estuvimos hablando hasta las cuatro, y entonces dije la misa, les dí la comunión, y las hice echar sobre la cama, siquiera para descansar. Se hizo acostar á todas las hermanas á la hora ordinaria, excepto tres, que juntamente con el médico y un servidor de V., cuidábamos á las enfermas.

Aquí tiene V., mi buena amiga, una sencillísima narración de lo ocurrido, y no cesaré de dar gracias á Dios, por haberme escogido para presenciar unas tan edificantes y verdaderamente santas muertes.

No la he acompañado al cementerio, porque el Padre Jáume no lo ha querido, pues no estoy muy bien. Esta noche, no vaya V. á creer que tendré miedo, no, porque la muerte de los santos no espanta. En las últimas horas, á veces me dejaban solo largos ratos con la Madre; y yo estaba sin sombra de miedo, enjugándole el sudor, y dándole á beber, lo que hice yo casi exclusivamente. Hasta dos horas antes de morir, tuvo una sed devoradora; después quedó postrada, y ya sin moverse. Basta.

No puedo ser más largo, y en pago de esta carta, hágame V. saber cómo les va en su nueva casa, y haga usted decir alguna oración por mí; y si tengo la fortuna de los escogidos en este cólera, al saber mi muerte, encomiéndeme V. mucho, y hágalo V. hacer también por la Comunidad. Expresiones á las Hermanas, á su familia de V., y á los amigos, y V. mande á éste S. S. S. y buen amigo—*Juan B. Vinader.*

Valencia, 25 Agosto, 65».

No hemos querido interrumpir relación tan conmo-

vedora; pero á fin de no omitir particularidad de algún interés, y respondiendo á insinuaciones de la carta, completaremos sus noticias expresando que fueron dieciseis las colegialas atacadas en el infausto día 24 de Agosto.

Una de ellas, de reconocida virtud, también sucumbió ese mismo día, de manera que acompañaron á la Madre dos hijas, la anciana adoratriz Ángeles, y una chica del colegio (1).

Habla el Padre de su acompañamiento al cementerio; enumeraremos el reducido número de personas que pudieron asistir, á saber: Rdos. Presbíteros Sres. D. José Meló y D. Ramón Chambó; las hermanas Catalina de Cristo y María Felisa, y los Sres. D. José Codoñer, y don Ramón Parra y Maré, que había venido acompañando á la sierva de Dios desde Madrid.

Como cosa providencial se consideró el lograr, no sin harta fatiga, deparar á la Madre nicho peculiar, cuando se daba sepultura en grandes fosas comunes, sin respetar rangos ni condiciones. Es que se extendía sobre ella la mano invisible, pero protectora, de Dios, *que guarda los huesos y las cenizas de sus justos* (2).

(1) En la misma tarde, además, se incendió una chimenea en la casa, ocasionando un fuego respetable, al cual sofocaron las autoridades y los bomberos, no sin acumular espantos sobre espantos.

(2) Salmo XXXIII, v. 21.





CAPÍTULO XXXIII

EL BUEN OLOR DE SANTIDAD.—LAS ACLAMACIONES PÚBLICAS, AUN DE
ÁNIMOS ADVERSARIOS.—LAS DE SUS AMIGOS, PRÍNCIPES Y PRELADOS
Y LAS DE LOS POBRES DESAMPARADOS.—SU TESTAMENTO.—FISONO-
MÍA Y CARÁCTER.—ESTIMA DE SUS RELIQUIAS.—INVOCACIÓN DE
SU VALIMIENTO EN LOS CIELOS, ESPECIALMENTE EN FAVOR DE SUS
CHICAS.



RECIOSA á los divinos ojos, se proclama por la Iglesia la muerte de sus amigos; y luego hace el Espíritu santo que mora en ellos, que el buen olor de sus virtudes se difunda en derredor de su nombre, y engendre en el corazón de los fieles el respeto y la veneración, y que las lenguas devotas conmemoren é inmortalicen los rasgos de piedad en que sobresalieron, cuando, al propio tiempo, entran triunfantes en las regiones de la bienaventuranza.

De boca en boca cundió en Valencia el asombroso ejemplo de caridad de la M. Sacramento, y cómo era su eminente y heroica víctima, ante la cual no cabían subterfugios, sino el leal y sincero homenaje de inclinar la cabeza, y celebrar su memoria, veneranda é inmarcesible, sobre toda ponderación valerosa é incomparable.

Se habían desvanecido las sombras arrojadas por labios maldicientes sobre su persona; aparecía su figura radiante de claridad, y no resonaban otros clamores que el dolor por su ausencia, y el asombro por sus heroicidades.

Periódicos y revistas de aquellos luctuosos días endulzaban los tristes relatos, con la fama virtuosa de esta aristocrática dama, reducida á la pobreza, al sacrificio y á la muerte, en obsequio á las almas desamparadas.

Los mismos adversarios que tanto obstáculo arrojaron á sus piés, recelando de sus felices éxitos y sembrando la desconfianza, atacándola directamente con difamaciones ó suscitándole rivalidades, eran, ante aquella perseverancia coronada por el laurel del heroísmo y la firmeza de su Instituto, los que reconocían y declaraban que andaba de por medio el dedo de Dios, á cuya voluntad era insensato resistir.

Sus hijas, holgado es advertirlo, que en razón de la pérdida de su Fundadora y su Madre, y madre de tantas delicadas é inestimables prendas, se hallaban sumergidas en un mar de lágrimas, y en el sombrío desamparo, de á quienes se ha traspuesto el sol y la luz de sus ojos.

No hay pincel, de tan obscuras tintas, para trasladar al lienzo el luto, la consternación y el pavor de aquella casa, conturbada por la peste en días anteriores, hundida con el golpe aterrador del ataque fulminante á la Superiora General, su refuerzo y salvación. Presa del sentimiento y del terror, más que de pestilente contagio, fueron cayendo casi todas las colegialas, á las cuales era preciso enviar al Hospital; y hasta nueve hermanas padecían los síntomas alarmantes del cólera en sus lechos, sin apenas brazos y socorros de la asistencia. María de Jesús, la Superiora, la invocada para cabeza del instituto, es la que más zozobraba entre la vida y la muerte.

Había expirado allí la fundadora, y parece que, sembrado el espanto en las aulas del colegio, no había sino cerrar sus desoladas puertas.

Cierto, pero se estaba revelando que la fundadora vivía, y la vida del valimiento, del poder y de la gloria.

Al resignarse las religiosas en los designios del Todopoderoso, y bañar su alma la lumbre de la esperanza, resucitaban con el alegría de contar con su ángel y fundamento en los cielos.

Como la carta del P. Vinader á la Superiora de Barcelona, iban llegando á las casas otras cartas, tristes y consoladoras nuevas de la edificante y santa muerte de su bendecida Madre: no cogiendo casi á nadie de sorpresa el doloroso acontecimiento; pues en el corazón de todas labraba el presagio de que al romper para Valencia, subía su Madre al calvario redentor.

El venerable P. Claret recibió la noticia con el sentimiento y apacibilidad de los justos; el Prelado de Ávila se dolía de perder él más que el Instituto; el de Santo Domingo y Cartagena se consolaban presumiendo poseer una alma amiga en el Paraíso. D. Enrique Díaz Ojero, que la había despedido en la estación de Madrid, exclamaba: «ha muerto una santa»; y al hablar de ella en sus conversaciones, la intitulaba «la santa Madre».

Los Reyes eran de los más doloridos; al fin no volvieron á contemplar el sereno rostro de su querida Micaela, no obstante de deberse á D.^a Isabel II, el haber sacado su retrato primorosa mano. El Rey D. Francisco ordenó que todo el año se ofreciera la santa misa, en memoria de su fenecida fundadora, en el Colegio de Señoras Adoratrices.

Ni menos pueden olvidarse las escenas promovidas por las jóvenes recogidas del colegio, donde cada una relataba su peregrino drama, en el cual aparecía como

el ángel de caridad y la luz del consuelo, la desaparecida y llorada señora. ¡Oh, con qué abundantes lágrimas y entrecortadas plegarias dieron muestras á su bienhechora de su profundo dolor, y de aquel su espontáneo y vivo agradecimiento, rompiendo á expresarlo en formas tan conmovedoras, como sólo los ojos, que lo presenciaron, pudieran describir! Si el amor de ella había sido delirante por sus chicas, éstas, que lo conocían y apreciaban, ¿en qué frenesí y en qué penitencias no romperían ante la imagen enlutecida de su Madre?

Pero lo que enternecía y dilaceraba el pecho, fueron las demostraciones de amargura y sentimiento de los pobres socorridos por M. Sacramento, porque se llegaban á las puertas de la casa de Madrid ancianos desvalidos, viudas y doncellas menesterosas, clamando por su Madre y protectora, hiriendo el espacio con ayes y alaridos, y demandando qué mano inagotable y bendita los había de amparar en adelante.

Sabemos que la esclarecida Fundadora pensó, muy á tiempo, en perpetuar su voluntad postrera (1). Podíamos adivinar que abrir su testamento, era abrir aquel pecho enfervorizado de caridad, oír la voz inextinguible del amor de Dios y el amor de sus semejantes.

En efecto, resaltaba en él, por encabezamiento, la jaculatoria eucarística de todas sus cartas y escritos: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*.

Tras de las cláusulas comunes á todo cristiano, significó el deseo de que su funeral fuera sin pompa, ni otro canto que el cantollano usado por la Iglesia, en todo modesto; pero, á fin de no perjudicar á la parroquia, los

(1) Testamentos varios redactó en distintas fechas: el importante, siendo religiosa, era del 1861, que modificó ligeramente en 18 de Marzo, Viernes de Dolores, de 1864.

albáceas la entregarían la suma como de entierro de segunda clase.

Declara su patrimonio y caudal; instituye, por única y universal heredera, á su Comunidad de Adoratrices; y en su falta, á su sobrina la Condesa de la Vega del Pozo, no sin varios avisos muy previsoros, para el caso de medidas desatentadas de los poderes públicos.

Á su hermana política, en memoria de cordial afecto y del tiempo que estuvieron juntas, y como recuerdo de la unión con que vivieron con el malogrado Conde, lega el crucifijo de su habitación, prenda inapreciable de su madre.

«Y á la hija, su muy querida sobrina Dieguita, el Niño Jesús de talla, que se veneraba en la casa, el Superior, á fin de que tenga un recuerdo constante del sincero cariño y maternal solicitud, con que siempre la he mirado y deseo su bienestar y prosperidad, encargándola muy particularmente no deje de pedir al divino Niño todos los días por el bien de su alma, y por el descanso eterno de la que tanto la quiere » (1).

Nombraba testamentarios á los Sres. D. José Garcés y Marcilla Conde de Argillo, D. Manuel Dronda, don Enrique Ojero de la Cruz, D. Juan Quiroga López Ballesteros y D. José Godino. «Y aun cuando mi Prelado es

(1) Por su bendecida sombra, sin duda, la sobrina, que conserva en su rostro los rasgos fisonómicos de su bienaventurada tía, lleva también en su alma gran fondo de religión y piedad, realzado por perspicaz entendimiento. Sobresale en el gobierno de su hacienda, y en la liberalidad de sus limosnas, ocultas la mayor parte. Fomenta las colonias de agricultura y favorece el salario y vivir del obrero en familia. En los momentos que escribo, anuncia la prensa nueva benéfica fundación suya en Madrid, por valor de tres millones de pesetas, no bien acabada de alzar otra en Guadalajara, de presupuesto caudaloso.

albacea nato y protector de esta fundación, como tal se la recomiendo eficazmente...» Como igualmente designó al Superior de los Jesuítas de la corte, ó de España, para que se uniese á sus testamentarios.

Y habla y lega á sus chicas:

«Finalmente, deseo que sepan mis colegialas que, en mis últimos momentos, no las olvido, como no las he olvidado durante mi vida; y como una prueba de ello, quiero que, para cuando las corresponda salir del Colegio á servir ó de otro modo honesto y conveniente, se compre á todas las que á mi fallecimiento estén en la casa de Madrid, bajo mi inmediata dirección, un vestido de percal, un pañuelo y una mantilla, que no exceda todo de cien reales. Y á las que se hallen con iguales circunstancias en las demás casas, una prenda también de vestir, á juicio de mis albaceas, según los usos del país y el estado de fondos, pero que no exceda de sesenta reales: unas y otras han de optar á este regalo, saliendo colocadas de la casa, con el beneplácito y aprobación de la Superiora de ella. Y si, lo que Dios no permita, se dejasen llevar alguna vez de las sugestiones del enemigo, las ruego que, al ponerse las prendas que las doy, se acuerden de mí, y de los muchos desvelos y fatigas que me cuesta su educación y la salvación de sus almas, y por amor de Jesús dejen de cometer siquiera algún pecado, en memoria de la ofensa tan grande que hacen á Dios, y de la pena y sentimiento que me daría, si yo viviera».

« Á mis queridas hijas en Jesucristo.

Muy amadas hermanas mías, las Esclavas del Santísimo, compañeras mías inseparables en la obra que hemos emprendido, á mayor gloria de Dios y salvación de las almas, quisiera, en estos momentos últimos de mi vida, darlas cuantas pruebas pudiera mi corazón del ma-

ternal afecto y acendrado cariño que las profeso, y así como de lo edificada que me tienen sus virtudes y fiel observancia de nuestras reglas, y de lo mucho que espero de su abnegación y perseverancia. Mas como de nada de esto pueden dudar, sólo quiero dejar grabadas en su corazón tres cosas... (1).

...La paz, hijas mías, sobre todo; perseverad todas muy unidas en Jesús, y por Jesús vivid todas en caridad, amándoos las unas á las otras; que no haya más que una Hermandad entre coadjutoras, ayudantas y directoras, pues todas formáis un mismo cuerpo, del que Dios se vale para llevar almas al cielo; y os ruego, con todo mi corazón, que todas améis mucho por mí á Jesús Sacramentado, y á su Madre Santísima de los Dolores, en cuyo nombre os pido perdón de todo lo que, por mis muchas faltas y grandes defectos, haya podido dar mal ejemplo, no cumpliendo cual corresponde á los deberes de una perfecta religiosa, y al cargo que he ejercido ».

¡Paz y unión! Los mismos sentimientos y afectos de Jesucristo al despedirse de los Apóstoles, para la vida inmortal.

Oportuno era conservar indeleble memoria de la fisonomía, temperamento y carácter, como de otras condiciones físicas, de M. Sacramento; y supliqué, al efecto, á las hermanas Corazón de María y Catalina de Cristo nos los describieran muy en particular. Los cuales caerán en este sitio como de perlas.

De la hermana Corazón de María:

« *Alabado sea el Santísimo Sacramento.* — La sierva de Dios, nuestra venerada Madre fundadora, era de muy buena estatura, más bien alta; algo corpulenta y bien

(1) Las cuales dejamos transcritas en la pág. 218 de este tomo.

proporcionada; su aire, distinguido; esbelta, elegante sin afectación; se veía en la humilde religiosa la aristocrática señora.

Tenía la cara larga un poco, la tez blanca y encarnada, los ojos no pequeños ni demasiado grandes, de color castaño obscuro, modestos y expresivos: era algo miope. Las facciones del rostro sin defecto alguno; la frente despejada y tersa, los labios rojos y delgados, los dientes blancos y pequeños; el cabello fino y casi negro; las manos de tan perfecta belleza, que eran la admiración de todos. Sin ser de extremada hermosura, era agraciada, simpática y de un atractivo sin igual. Su carácter alegre, su trato amable y su conversación instructiva, amena y espiritual, siempre de Dios, ó de lo que á Dios conduce, cautivaba á las personas que la visitaban, haciéndose gran violencia para separarse de su lado; pues, según decían, oyéndola pasaban el tiempo sin sentir, olvidados de las cosas terrenas.

Su carácter era fuerte, vivo y enérgico; pero se dominó de tal manera, que se hacía notar por su mansedumbre y dulzura. Aunque su naturaleza era sana y robusta, las muchas mortificaciones y trabajos continuados se la debilitaron, así en el principio de su estancia en el colegio, como en lo último de la vida, por sus excesivas maceraciones; pero no tenía el rostro demacrado, sino que estaba exactamente igual al retrato, que hizo Madrazo un mes antes de su muerte, por mandato expreso de S. M. la Reina D.^{na} Isabel II, el cual se conserva en nuestra Casa Matriz.

Aunque era muy amante de la pobreza, era en su persona y en todas las cosas sumamente limpia y aseada; nunca se veían sus vestidos ajados, ni con la más ligera mancha, sin cambiarlos con mayor frecuencia que la Comunidad acostumbra. Por la mañana se vestía ya

como había de estar durante el día; distinguiéndose por la observancia y puntualidad en todo.

En la mesa donde escribía, cada cosa estaba en su lugar correspondiente; limpia, y doblados con esmero los papeles y las cartas; todo en orden perfecto, que daba gusto verlo. Su presencia infundía veneración y respeto, tanto á las de casa como á las personas de fuera, de cualquiera estado y posición.

Su modo de andar, grave y modesto: parecía tener agilidad extraordinaria para trasladarse de un punto á otro, pues, en breve tiempo y sin precipitación, recorría los extremos de la casa» (1).

De la Hermana Catalina de Cristo:

«...Madre Sacramento era de estatura regular, ni alta ni baja, muy proporcionada en todo y bien formada, algo abultada de cuerpo, no gruesa ni delgada; yo la conocí los dos últimos años de su preciosa vida; digo esto, porque dicen que antes era muy delgada; se vestía tan bien y era tan entallada, que no parecía gruesa.

La cabeza tenía muy buena forma, pero más bien pequeña que regular; la frente despejada, y todo el rostro de forma ovalada, el color bastante encarnado; no era blanca ni tampoco morena, las cejas arqueadas, oscuras, no negras ni muy pobladas; los ojos algo gruesos, no salientes, pero algún tanto abultados, también oscuros, no negros; la boca regular, más bien pequeña y labios delgados, la dentadura pequeña; las manos pequeñas, y tan bien formadas y más blancas que el rostro; los piés pequeños; la voz muy regular, más bien delgada ó aguda, que con facilidad daba notas altas. Todo su aspecto y aire, modales y movimientos eran distinguidos, á tenor de su esmerada educación y senti-

(1) Valencia, 25 de Mayo de 1899.

mientos, reuniendo gravedad y finura, sin la menor afectación en nada; era tan limpia y aseada, que nunca se la veía una arruga ni mancha en la ropa, aun cuando hubiera estado tiempo en la cocina...; parece que hasta el polvo la respetaba, pues nunca se la veía la menor señal; su ropa siempre parecía nueva, era tan aseada y ordenada en todas sus cosas, como no podía ser más; la disgustaba mucho si alguna Hermana no iba tan limpia y bien vestida como debía, siendo ésta una de las cosas que más corregía.

Causaba á todas su presencia gran respeto y veneración; pero tratándola, se veía en ella, al par que grandeza de alma y corazón, sencillez, candor y un no sé qué decir...; no hacía ni la más mínima cosa que la singularizara, aunque lo era en orden, limpieza, aseo, asiduidad en el trabajo, mortificación, observancia y demás....

«...Me olvidaba decir que era muy viva y enérgica: pero hacía las cosas con el tiempo y modo conveniente, dominando su carácter y vivezas, haciendo todas las cosas bien, y, como todo sabía hacerlo, estaba siempre muy ocupada, sin apurar ni apurarse, y atendiendo á todo, que parece se multiplicaba; no era demasiado afectuosa ni esquiva, de buen humor, con graciosas y agradables ocurrencias, se reía con gusto, cuando se le contaba algo gracioso, y disfrutaba al vernos alegres y contentas.

¡La mayor pena que uno tiene, es el no haberla querido y venerado como merecía, y que el Señor nos haya privado tan pronto de tan precioso tesoro!... » (1).

Apenas hay testigo, que conociera de trato á la Madre, que no se fijara en las energías de su carácter, y en

(1) Barcelona, 28 de Mayo de 1899.

la mansedumbre y suavidad de su conversación. Á los comienzos de su carrera de perfección cristiana, se esforzó grandemente en suavizar su temperamento, que por otra parte debía desplegarse con entereza, para encauzar los desbordamientos de un colegio de aquella índole. Por esta misma razón no le agradaba al venerable Claret que, so color de dulcificar el carácter, amenguará ella su viveza y seriedad, ni que se contristara por no aparecer tan mansa y apacible, como eran sus contínuos propósitos.

Ella no quería lloronas á sus hijas, ni aun cuando se hallaran bajo la pesadumbre del castigo (1).

Su vida en este punto se desenvuelve y presenta en dos fases: primera, la de moralizar y gobernar aquella gente indisciplinada, para lo cual había de relampaguear su voz de mando; segunda, la de reconocerse, tras la más liviana intemperancia, humillándose siempre en la presencia de Dios, y muchas veces aun á los piés de sus chicas reprendidas.

Miles y miles de actos de humillación le habrán contado los ángeles por estos motivos; y ella jamás, ni replicaba por las reprensiones, especialmente de Superiores, ni dejaba traslucir, en su rostro ni palabras, la menor huella de resentimiento.

Avisos son suyos, y que suenan en los oídos de sus hijas, como ecos de su incorruptible corazón, los que

(1) «No le gustaba que llorásemos cuando nos reprendía, tratándonos, luego de la reprensión, como si nada hubiera ocurrido. Cuando comprendía que alguna no tenía virtud, para sufrir la corrección, reprendía á otra en su presencia, para dejarla advertida y no ofendida: en cierta ocasión, por una falta cometida, hizo poner á una coadjutora á comer de rodillas en el refectorio, y como la hermana se pusiese á llorar, hizo que se levantase, y me pusiese yo á cumplir por ella la penitencia». —*Hermana Corazón de María*.

tocan á la veneración y respeto, debidos á los Príncipes de la Iglesia:

« Hijas mías, los Obispos son nuestros Prelados: ¡juzgad el respeto que se les debe! Un Obispo es un príncipe de la Iglesia, cuya autoridad es de institución divina; y San Ignacio dijo: « Seguid todos al Obispo, como Jesucristo seguía á su Padre; que cuanto pertenezca á la Iglesia, nadie haga nada sin el Obispo. Para gobernarse bien, se debe mirar á Dios en el Obispo. El que honra á su Obispo, es honrado de Dios; y la que hace algo sin el conocimiento del Obispo, da culto al demonio, se entiende, en lo que conoce es su deber consultarle ».

« Reputaba, como su mayor dicha, ser hija de la Iglesia católica », nos proclaman sus hijas.

Esta doctrina salvadora ha venido á inculcar una mujer, vecina á unos tiempos en que el Vaticano ha recordado deberes muy estrechos á varones doctos y piadosos.

No se habrá borrado de nuestra memoria la entrevista desagradable con el Sr. Barrio, Arzobispo de Valencia, acerca de la cual, no sólo se inculpaba á sí propia, sino que, siéndole en extremo desabrida, jamás reveló palabra de ella á sus hijas, aun cariñosamente importunada (1).

(1) « En uno de los viajes que M. Sacramento hizo á Valencia, el señor Arzobispo, D. Mariano Barrio, que dispensó muchos favores á nuestro colegio, fué visitado por la sierva de Dios. Entró sola en el despacho, y la hermana que la acompañaba, que se había quedado fuera, oía que el Prelado gritaba mucho, pudiendo comprender que la regañaba terriblemente, sin oír la voz de la sierva de Dios, la que, después de largo rato, salió angustiadísima y llorando amargamente; tenía tal aflicción, que hubo necesidad de darla un vaso de agua, y esperar á que estuviese algo serena para volver á casa; y al momento de llegar, tuvo que acostarse enferma. Fué tan grande el disgusto, y la afectó tanto, que desde entonces ya no gozó más de completa salud; al regresar á Madrid me lo contó, añadiéndome que el

Y no obstante nuestro propósito de anotarlo, pasamos en olvido que en la última visita á la Ciudad Condal, donde se halló la Madre los días de Semana Santa, la convidó el Prelado D. Pantaleón Monserrat á su mesa, el conocido y amigo de Zaragoza, mediante el cual se establecieron las escuelas dominicales en la capital de Aragón. Á los postres sirvió con su palabra el Sr. Obispo uno colmado de acíbar á la Madre, hablando desdeñoso de su Instituto, á la vez que dedicó estupendas frases encomiásticas á las religiosas francesas. La Superiora General permanecía en resignado silencio; la Superiora de Barcelona procuró distraer la plática á otro argumento, y atajar la mortificación á su Fundadora (1).

Corazón de María cuenta asimismo cómo interesada ésta en redondear con todo acierto su testamento, se lo fué á consultar al P. Labarta, el cual no les hizo aprecio.

La Madre se despidió del Padre, y se volvió á casa, como si la despacharan los Reyes, según su costumbre, amabilísimamente. Á la hermana Corazón se le trasparenta en el relato el escozor, con que salió de la desgana entrevista (2).

señor Arzobispo le había exigido que nunca dijese á nadie lo que había ocurrido, por lo cual, á pesar de mis instancias, no pude hacer que me lo contase, diciéndome que sentía no poderme complacer. Desde el referido suceso, el señor Arzobispo se declaró especial protector del colegio, haciendo todo lo posible para reparar el disgusto que había ocasionado á la Madre, y nos favoreció con su protección y limosnas hasta su fallecimiento.—*Corazón de María*».

(1) «Terminada la comida, hizo enganchar su coche, y conducir las á su colegio. Presumo que el señor Obispo quiso probar su virtud, ó que Dios, por altísimos designios, permitió que fuese sometida á tan dura prueba».—*La misma H. Corazón*.

(2) «La víspera de firmar su testamento, refiere dicha hermana, que había hecho después de muchas consultas, para combinarlo

« Observábamos que, cuando por su cargo de Superiora General, según las constituciones del Instituto, había de ocupar los sitios de preferencia, estaba poseída de un cierto abatimiento y confusión » (1).

Se ve brillar, en su porte y ademanes, el fulgor de la modestia y de la educación, así como en sus obras y rasgos descuella la humildad profunda y delicada, aprendida del trato de su divino Maestro. Por eso fué exaltada hasta las cumbres de la gracia y del martirio.

Las hijas, los amigos y los devotos, conocida la heroica y santa muerte de la sierva de Dios, pedían recuerdos de ella; y desde el mismo instante de su tránsito, se ocurrió la previsión diligente de conservar á buen recaudo sus reliquias.

El Sr. Gómez Salazar, más tarde Arzobispo de Burgos, nos participa « que pidió á sus hijas, en testimonio de afecto y veneración á las virtudes de la Madre, alguna prenda, y le mandaron un relicarito de plata, que ella llevaba siempre al cuello, con la imagen en pintura de San Francisco de Paula ».

bien, la acompañé á casa del P. Labarta, para rogarle que lo revisara para su mayor tranquilidad; con mucha indiferencia, que rayaba en desprecio, le dijo el Padre que no tenía tiempo para ocuparse en leerlo, porque debía ir á confesar unas monjas. Ella le propuso con mucha humildad que le dejaría el testamento, para que lo viese á su regreso; pero el Padre le contestó con la misma frialdad, que lo podía llevar, pues aunque lo dejase, no lo leería. Yo conocí lo mucho que padecía con admirable paciencia y sumisión, porque era de interés para la sierva de Dios que su testamento estuviera arreglado á conciencia, pero tuvimos que irnos sin conseguir nada.

Aunque tenía la virtud de la fortaleza en grado heroico, era de exquisita sensibilidad, y sentía vivamente los sufrimientos y humillaciones; pero su deseo de padecer é imitar á Jesucristo, superaba á todos los pensamientos de su naturaleza, y parecía insensible á las ofensas que la hacían ».

(1) Es declaración de una de sus colegialas.

Núñez y Cañas declara poseer en veneración un instrumento de penitencia. Las religiosas asistentes guardaron el pañuelo con que se enjugaba el sudor del rostro, y la cinta que ataba sus manos, al fotografiarla. Montañés reservaba como reliquia la jícara, que en su casa ofrecía á la buena religiosa, y, al usarla, sentía alivio en sus padecimientos.

En virtud de esta estima se recogieron con el mayor esmero sus escritos y autógrafos, el mobiliario de sus labores y usos domésticos, los cilicios y demás útiles de sus penitencias, y especialmente el pobre lecho de donde voló al cielo.

Á la Reina D.^a Isabel tocó el rosario de uso de la bienaventurada sierva de Dios.

Y se excitaba más el celo y devoción por estos inestimables recuerdos, cuanto que comenzaron á exhalar sus reliquias la fragancia suavísima de otros santos, y emocionaba á sus hijas y devotos esta delicada correspondencia de agradecimiento de la buena Madre para con sus admiradores.

En ocasiones, cuando se celebraban fiestas ó convocatoria de la comunidad en la iglesia con el Sacramento en el altar y alguna plática, y la dirigía el gran siervo de Dios, venerable Claret, enternecía y enfervorizaba el espíritu de las Adoratrices, diciéndoles: «esa rica fragancia que se siente, es la huella embalsamada de vuestra fundadora. En medio de vosotras está esa alma bienaventurada» (1).

(1) «Muchas veces M. Sacramento está con vosotras», nos ha dicho; «en efecto, muchas veces he percibido una fragancia celestial, parecida á la que tienen las reliquias de Santa Teresa; lo he percibido en varias habitaciones de la casa, y muchas hermanas lo han percibido también, y en varias casas del Instituto».—*Hermana Corazón de María.*

De aquí que con todo ardor y confianza se la invocara en las angustias de las enfermedades, en las aflicciones del espíritu y la lucha con los enemigos del alma, en lo obscuro é intrincado de los negocios, en las zozobras y azares de los viajes. ¡Cuántas veces se aplicaba á los enfermos el esparto aquél duro de su cama mortuoria! ¡Cuántas veces se besaban sus cartas y su firma! ¡Cuántas su retrato y estampas, extendidas y derramadas, al correr del tiempo, por todos los ámbitos de España y sus dominios coloniales! (1).

Y no se ha invocado estérilmente su nombre; que si en la vida de peregrina en la tierra tantas mercedes extraordinarias obtuvo de Jesucristo, para sus pobres y atribulados, ahora que, pensamos goce de su dulce compañía, habían de ser sus ruegos más poderosos y eficaces. Llenos están los procesos instituídos con testimonios de estos favores de la Madre Sacramento, y á nosotros toca señalar alguno de más relieve, y las necesidades en que le place distinguirse y resplandecer su valimiento de medianera.

Pues haremos constar que su singular protección se manifestaba, al invocarla, prestando el dón de la perseverancia en el buen camino emprendido á las jóvenes de sus colegios. Bien se alcanza que para algunas ha de imaginarse muy escabroso el sendero del arrepentimiento, y que el paso de la vida holgada y licenciosa al vivir metódico y disciplinado, se les hará agrio y cuesta arriba, mayormente que no se duerme el diablo, y acomete á las almas tibias é irresolutas con fantasmas y re-

(1) Tengo á la vista la carta autógrafa del P. José Rodríguez, Agustino, Director de un Asilo de Manila, á la Madre General, encendido en la devoción hacia la M. Sacramento, autor de una corta biografía de la misma, publicada en aquellas apartadas islas.

cuertos en la imaginación, y seductoras palabras en los oídos.

María Eulalia declara así:

«Muchísimas veces he invocado su intercesión en diversas ocasiones, pero de una manera especialísima, cuando alguna de las jóvenes no se sentía con fuerzas suficientes para vencer sus pasiones, ya que acaece con frecuencia en nuestras casas, y puedo certificar que yo lo he visto más de una vez, que ciertas jóvenes se muestran desde luego con grandes deseos de ser buenas, y me han manifestado, con intensa aflicción, que tan vehementemente las incitaba la pasión, que no podían vivir sin pecar, y alguna se ha acercado á decirme: *«Hermana, yo me marcho, porque no puedo vencerme, y siento necesidad de volver á mi vida pasada»*. En estos casos, con confianza ciega, adquirida por la experiencia, yo invocaba á la Madre Sacramento, y trabajaba porque la invocara también la joven; y, á pesar de haber sido tantos y tantos los casos de esta especie vistos por mí, durante los veintisiete años que permanezco en el Instituto y siempre en torno de las jóvenes, sin embargo, ni un solo caso ha tenido éxito desgraciado. Es decir, que hasta el presente, puedo en absoluto aseverar que, hecha la invocación de la M. Sacramento, se obraba infaliblemente el deseado cambio. Esta larga experiencia ha hecho arraigar en mi corazón la confianza en la intercesión de la M. Sacramento.

Tanto yo, que estoy declarando, cuanto las Hermanas antiguas, hemos invocado y hecho igualmente que las jóvenes invocasen á la M. Sacramento, á fin de que, mediante su intercesión, que aquellas que aparecían incorregibles, se transformasen en dóciles y buenas, y por grata suerte de todas veamos siempre, con indecible contento, realizados estos nuestros deseos».

Lo propio afirma D. Juan Bautista Rubín de Celis, Canónigo de Santander y confesor de las colegialas, durante siete años. «A ella recurrían en las grandes tentaciones, y sus triunfos á la intercesión de la M. Sacramento los atribuían».

Por aquí se advierte que no olvida la Madre, desde el trono conjeturado de su gloria, á las chicas amadas, y prosigue velando por el fundamental propósito de su Instituto; y si tal diligencia y esmero manifiesta por ellas, ¿cuál será el desplegado por la virtud y bienestar de sus mismas hijas, que son su corona y honor, al calcar sus luminosas huellas, cooperando en la saludable y meritoria empresa de la salvación de las almas?

Ni tampoco deja de ser graciosa, como llena de piedad, la manera, según la cual pedía á Dios sus luces y misericordias, la Condesa de Villalba:

«Señor, acuérdate que soy prima de tu gran sierva Micaela».





CAPÍTULO XXXIV

DE LOS PRODIGIOS MÁS ESPLENDOROSOS OBRADOS POR INVOCACIÓN DE LA
MADRE SACRAMENTO, DESPUÉS DE SU MUERTE



El primero, y más claro y ostensible prodigio de la Madre Sacramento, era la permanencia y cohesión de su Instituto. Dejábale tierno, en ciernes, en flor. Arrebatada ella, á los cincuenta y seis años de edad, la noble mujer de las virtudes y los prestigios, sin consolidarse ninguna fundación, manteniendo siete casas de la labor y la limosna del día, y trayendo entre manos el hilo y la traza de la erección de otras siete, que se romperían con el estallido de su muerte. La Fundadora, al columbrar los resplandores de la eternidad, levantó los ojos, y registrando su cohorte de discípulas, puestos todos los sentidos en la prosperidad de su obra, envió una designación secreta al Eminentísimo Cardenal de Toledo. Y, en efecto, aquel voto fué respetado: María Dolores Cray Winkel, en religión María de Jesús, fué elegida sucesora suya, en el cargo de Superiora general, el 2 de Enero de 1866.

No fué poco de maravillar que muriese la Fundado-

ra, y la Superiora de Valencia se hallara ignorante del trágico y trascendental acontecimiento, que en su casa ocurría.

Las obras de los hombres se disipan de ordinario, al desaparecer su inspirador, en la manera como se disolvió aun el imperio del gran Alejandro.

Mas á la obra de M. Sacramento le acaecía seguir las vicisitudes de su adorado Maestro Jesús, de donde le venía el principio vital de su existencia. Muerto el caudillo, entró la consternación y dispersión en sus apóstoles; pero con la vida gloriosa del Crucificado, todos levantaron cabeza y participaron de la inmortalidad de su Fundador.

En este mismo año de 1866, á 24 de Noviembre, salió en Roma el Decreto de la aprobación definitiva del Instituto. El cual se desarrolló prósperamente, no obstante las contrariedades de la revolución de 1868, según lo haremos admirar, como remate de esta historia.

Mientras tanto, prosigamos enarrando los vestigios portentosos de nuestra bendecida heroína.

La mayor parte de los prodigios obrados por la insigne fundadora han sido en beneficio de sus hijas ó sus chicas desamparadas, las que, sin duda, la invocan con más ardorosa fe y firme confianza.

Cupo en suerte uno de los más ruidosos á la hermana Manuela Morán y Muñiz, religiosa de obediencia que se hallaba en el colegio de Barcelona, y desempeñaba allí los cargos de portera y sacristana. Pero en el año de 1884 cayó gravemente enferma, arrojando grande cantidad de sangre por la boca; alguno creyó de hemotisis; mas los médicos opinaron que brotaba del estómago, avocándola varias veces á las puertas de la muerte, y en precisión de recibir los santos sacramentos. En una de estas ocasiones, y víspera de la fiesta del Sagrado Cora-

zón de Jesús, despedía hasta los alimentos más sencillos, hallándose postrada en el lecho, perdidas las fuerzas, amortiguada la voz. La Madre Superiora, Ana de Jesús, fué á visitarla en la mañana, como de costumbre; y después de saludarla y consolarla, le dijo además: «Hermana mía, Manuela; ahora que tanto hay que hacer en la sacristía, no puede ayudarnos. Dígame, hermana: ¿no podría suplicar á la Madre Sacramento le diese la salud, y así le sería fácil ayudarnos en la procesión, y tanto como corresponde en la fiesta de mañana?»—«Está bien, Madre, le contestó la enferma; yo se lo pediré, porque lo desea vuestra reverencia». Mi pobre enferma estuvo todo el día, y según se lo consentía la dolencia, con el retrato de la fundadora en la mano, invocando su protección por estas palabras: «Madre Sacramento: la Madre quiere que me concedáis la salud, para ayudar mañana en la sacristía. Soy hija de obediencia, y deseo además, en día como el del Sagrado Corazón, recibir la sagrada comunión, de la cual fuíste tan devota».

Y allá, hacia las once de la noche, advirtió la enferma que, corriendo la cortina que rodeaba á su cama, la Madre Sacramento le habla, y dice:

—¿Qué quieres, qué quieres que tanto me llamas?

—Que la M. Anita desea que me pongáis buena, para ayudar en la Sacristía, y yo quiero comulgar mañana.

—Enhorabuena; mas sirva esto para que estés reconocida al Señor, y seas muy fervorosa y obediente.

Manuela replicó á su bienhechora:

—Pero es el caso que las enfermeras me harán tomar caldo después de media noche, porque no me creerán sana, y no voy á poder comulgar.

—Bueno, tómalo antes de las doce, y por la mañana mandas aviso á la Superiora, diciendo que te he sanado yo».

Y dicho esto, le dió á besar la mano, y desapareció. Manuela, al besarla, sintió una renovación completa en su sér, y sin dolor, antes con gozo interno, desplegando fuerzas y energías; tanto que, de no ser aquella hora avanzada de la noche, se hubiera tirado de la cama. Inmediatamente llamó á la enfermera, y no sin contradicción pudo recabar de ella que le diera el caldo sin demora. Cuando se llegaron las Hermanas de la guardia nocturna, que acostumbraban á dárselo en las primeras horas del día, les dijo que ya lo había tomado, y cuantas veces después iban á visitarla, la hallaron en profundo sueño.

Al tocar á misa, la enferma pidió sus ropas y hábito para asistir á ella; pero la enfermera, creyéndolo delirio por debilidad, rehusaba complacerla. Entonces Manuela declaró que la había sanado la M. Sacramento, y que se avisase á la Superiora. Con ello se confirmaba más la enfermera en lo del delirio, pero bien pudo reconocer las fuerzas vigorizadas de la paciente; y quizás porque algo extraordinario debía de advertir, si no fué con el cuento á la Madre, avisó á la Vicesuperiora, la que enterada de las aseveraciones de Manuela, comprendió que el asunto era de resolución de la misma Superiora. Y la Madre Ana, al oirlo, inmediatamente ordenó que se le entregaran las ropas, y bajase á misa á comulgar; mas después declaraba que había dado esta determinación sin explicar cómo. La enferma sanada bajó, en efecto, aunque algo pálida, á la capilla, con pasmo de la Comunidad; comulgó, y se ocupó en los trabajos de la sacristía sin molestia alguna, después de oír misa y haberse desayunado. Al medio día ayudó además en los oficios de la portería, y, cabalmente, al venir el médico señor Basols, le abrió la misma Manuela.

—¿Qué es esto? ¿Cómo está V. aquí? ¿Á qué santo se ha encomendado usted?

Como había gente en la portería, la buena de Manuela no hacía más que sonreirse. Y entonces la Madre Ana, en presencia de D. Zenón Martí, habló así al doctor Basols:

—¿Qué parece á V. del caso de la Hermana Manuela?

—¿Qué me parece? Que esto sólo sucede en las casas de ustedes. Ya he preguntado á qué santo se ha encomendado; y volviendo la vista á Martí, le dijo: venía á ver si le cesaban los vómitos y hallábamos forma de viaticarla.

Desde aquel día la Hermana Manuela continuó perfectamente; hasta se le cerraron dos fuentes de los brazos; los vómitos de sangre y de los alimentos desaparecieron; en cambio volvieron las fuerzas, ayunó las cuasmas, hizo las guardias de noche, trabajando también de hortelana, con mejor salud que antes de la enfermedad, y en labores, para ella insoportables antes de su maravillosa curación (1).

«En el año 1884, hallándome en Zaragoza, declara la hermana Matilde de María, se formó un tumor imper-

(1) Catalina de Cristo (en el siglo, Carolina Ros y Jiménez), testigo presencial, de residencia habitual en Barcelona.

Reparando en que Manuela no había conocido en vida á la Madre Sacramento, y que eran sus fuerzas completas, sanando hasta de un tumor grueso que padecía en el costado derecho, y que Catalina de Cristo llamaba, sin duda, dos fontículas.

Era esta Manuela sobrina de D. Joaquín Muñiz Blanco, Beneficiado de Valladolid, el cual conoció mucho, en el Palacio episcopal de Ávila, á la M. Sacramento, y depone de este prodigio igualmente en el *Proceso de información de virtudes*, etc.

Asimismo lo declara y confirma la Hermana Elena de Santa Cruz, en el siglo Leonora Cruz Saguar, adoratriz.

ceptible al principio, pero que tanto creció luego, que era espanto para cuantos lo veían. Viólo el médico del colegio por solicitud de la Superiora Madre Concepción de María, y le calificó de excrecencia gangliosa ó tumor cístico. Mandó lo comprimiese, pero no era fácil; y no obtuve resultado.

Pasados algunos meses, dispuso la Superiora se consultase á un especialista que había en Zaragoza, llamado D. Justo Ramón. Sorprendido se mostró viéndome con la piel quemada, y al preguntarme por los remedios aplicados, le contesté que había sido una patata tostada. Se consideró al tumor de ganglio ó tumor globuloso, que atacaba á los nervios, y era difícil de extirpar. En orden á la operación, considerábala arriesgada y difícil.

La Madre, transcurrido algún tiempo, me dijo: «Mire, hermana, me ha ocurrido que suplique al Señor le haga desaparecer el ganglio, por intercesión de la Madre Sacramento». Como no la estorbaba para el trabajo, Matilde sentía hasta escrúpulos en pedir milagros para el caso. Insistió la Superiora, y se resignó la paciente, diciendo: «En nombre de la santa obediencia, de la cual era tan devota nuestra amantísima Madre fundadora, pediré á Dios, por su intercesión, me quite esta imperfección externa, juntamente con alguna otra interior, y confío que será atendida mi súplica». La Superiora dejó á su gusto la devoción que había de adoptar. Aplicó un novenario, recitando todos los días tres Padre nuestros á la Santísima Trinidad, agradeciéndole los beneficios dispensados á la Madre Sacramento, y alguna oración más, y no ocultar, por vía de mortificación, su feo ganglio. Al decir los *Pater noster*, aplicábase á la mano hilo del fabricado por la sierva de Dios, y le decía: «Madre mía: soy hija vuestra; así como pasastes tus dedos por este hilo, pásalos por mi mano, y quita lo malo que en

ella hay; os lo pido por obediencia, interceded por mí». ¡Cuántos pensamientos y esperanzas cruzaban por su imaginación! ¡Cuántas veces se tocaba calladamente su ganglio!

Al terminar la novena, se descubrió la mano, y la halló tan sana como la derecha. Del ganglio no quedó más que la mancha de la dichosa patata. Un rapto de gozo inmenso le sobrevino, viéndose tan delicadamente favorecida de Dios y su amantísima fundadora. Lo mantuvo en silencio, no obstante, hasta que un día, en la recreación, la preguntó la Superiora si había terminado la novena, y con cuál resultado. Por toda respuesta, sacó, y presentó su mano limpia. Indescriptible fué la alegría de la Superiora y de todas las veinte hermanas que éramos; cundió la alegría asimismo por las colegialas, y todo fué viva explosión de júbilo y agradecimiento. El médico, al verlo, se quedó estupefacto».

Por el mes de Abril, igualmente de 1884, hallábase en el convento de Capuchinos de Arenis de Mar fray Eduardo de Pego, joven sacerdote, dedicado todavía á los estudios. Pero empezó á padecer de retención de las vías evacuatorias, y tan grave se puso, que se le administró la Extrema-Unción. Escapó del aprieto, pero salió tan quebrantado de él, y era además de naturaleza tan desmedrada, que á poco le acometieron accesos epilépticos; y era una lástima de convulsiones, ya de un brazo, ya de la pierna, ya de violentas sacudidas de todo el cuerpo, pero tan recias y con tanta energía, que destruyó cierta vez el duro sayal de un religioso, y casi no bastaban á sujetarle cuatro hombres vigorosos. En tal estado, perdía los sentidos, y parecía dominado de la demencia, y compadecido del novel sacerdote, y por la profunda devoción que profesaba á M. Sacramento, en

uno de los terribles ataques le puso delante el reverendísimo P. Llevaneras, Provincial de la Orden, el retrato de la sierva de Dios. Dejémosle ahora hablar, que nos cuente lo que entonces experimentó, el mismo P. Pego:

«Por lo que han referido mis hermanos en religión que me asistían, sé que encontrándose un día el Reverendo P. Joaquín Llevaneras, estando yo con el ataque, púsome ante los ojos un retrato de M. Sacramento, de cuyo acto no me dí cuenta, pues como he dicho, perdía por completo el conocimiento. Sólo puedo decir, que así como quien atraviesa obscuro túnel, recibe viva impresión al salir á la luz, así yo de pronto noté delante de mis ojos un objeto, que reconocí ser un retrato, aunque de persona desconocida, que parecía estar animada; y en el mismo instante sentí un bienestar y un consuelo inexplicable, que me indujo á creer que aquel cambio repentino (pues he de advertir que quedé tranquilo y en mi cabal juicio) era debido á aquel retrato, que me pareció ser el de un santo, siguiéndose la íntima convicción de que estaba curado; pues siendo así que, en los anteriores ataques, quedaban siempre muy quebrantadas las fuerzas físicas y las facultades intelectuales sin sus funciones, en el de que se trata, apenas pasado el primer momento de verdadero asombro, noté que me hallaba tan bien y tan fuerte, que me sentía con ánimo bastante para levantarme inmediatamente, y en disposición de seguir en todo á la comunidad, y así se lo manifesté al R. P. Joaquín, á quien ví á mi lado. Tan convencido quedé de lo extraordinario de mi curación, que al recomendarme el Padre que fuera agradecido á la sierva de Dios, por el favor que acababa de obtener por su curación, le contesté: «Padre mío, no es un simple favor, es un hecho maravilloso, tengo la convicción de que estoy curado».

El médico que me asistió, residente en Arenys de Mar, y cuyo nombre ignoro, me propinaba cloral y éter, sin que nada de esto me produjera resultado alguno. Me levanté en el mismo día, y si no seguí inmediatamente á la comunidad, no fué porque me faltasen fuerzas, sino por no permitírmelo el Superior. Después del hecho referido no se reprodujeron ya los ataques, y he experimentado la protección de la sierva de Dios cuantas veces la he invocado» (1).

Doce años hacía, al tiempo de instruir el proceso de Valencia, que le había nacido en la nariz á la hermana Monserrat una verruga tan grande como un garbanzo, y siguiendo creciendo, inspiraba serios temores para la cura. Mas en 1886, por miedo de que degenerara en cáncer, instáronla las Hermanas á que acudiese á la intercesión de la M. Sacramento. No sentía ella fuerte inclinación á ello; mas al fin, vencida por los ruegos y por consejo de Mercedes de Santa Teresa, invocaba la protección de la sierva de Dios, rezando tres *Padrenuestros* todos los días. Al acabar el novenario, cayó la verruga por sí sola, sin dolor, y sin dejar rastro ni huella.

Público era en el Instituto de Adoratrices que, padeciendo del pecho la hermana Florencia, que residía en Burgos, y habiendo tomado del polvo de los restos mortales de la M. Sacramento, al propio tiempo que invocaba su nombre, obtuvo una curación radical.

(1) El P. Provincial lo testifica comenzando por estas palabras: «Entre el sin número de favores y prodigios que tengo noticia, que se han obrado por intercesión de M. Sacramento, he de hacer mención de dos: el del P. Pego y el de la hermana Virginia de Jesús». El P. Pamplona, testigo presencial, también lo estima maravilloso.

María de la Encarnación, de las primeras socias de la Madre, padecía terriblemente de la cabeza, hasta asegurarla el médico que no le pasaría el dolor; mas llegada á Valencia, la colocó sobre la almohada usada por la Madre, con fe y confianza en su invocación, y no volvió á sentir tan pertinaz molestia.

En 1878 ejercía el oficio de sacristana, en Valencia, Bernardina de María, cuando cayó enferma del pecho de tal forma, que andaba encorvada, y no podía ni caminar, ni tenderse en el lecho. Cinco meses estuvo así, sin que la asistencia diligente del Dr. Albiñana le diese resultado, por lo que la Madre la llevó á Madrid. Mejoró allí algo, pero le sobrevinieron los vómitos, y dolores á la espalda y costillas, de donde llegó á una extrema debilidad de desvanecersele la vista, y tenerse que agarrar á las paredes: parecía un cadáver. Así estuvo sufriendo por espacio de cinco años, sin otra esperanza más que la de morir pronto; pues ni las medicinas le aliviaban, ni las oraciones, ni novenas alcanzaban del cielo, aun invocada la sierva de Dios, merced alguna; pero, ¡oh poder de la perseverancia! La Superiora de Madrid, María Consolación, animó á la paciente á encomendarse de nuevo á la M. Sacramento; venció sus escrúpulos de que no fuese grato al cielo el importunarle, comenzando otra novena por obediencia, y pedía así á la Madre: «*Madre mía, obtenedme la salud, si ha de servir para gloria de Dios y observancia de las reglas, y si no, cúmplase la voluntad divina.* Al cuarto día, al sentir el malestar estomacal, me acomodé como fué posible en la cama, y me quedé dormida de cansancio; cuando me desperté, observé estupefacta que me hallaba reclinada de costado, tal como había cinco años que no podía acostarme, y perfectamente curada y sana».

Calló como una muerta, por no comprometer el nombre de la M. Sacramento, y experimentó que un día, y otro, y otro, andaba y se reclinaba como le placía..... hasta que hubo de manifestarlo á las Hermanas, y á la Superiora, M. Espíritu Santo, sintiendo todas asombro y júbilo. Desde entonces, ninguna quiebra tuvo en su salud.

Guadalupe de Jesús depone y confiesa que acaeció con una hija del albañil de la casa de Madrid, llamado Lorenzo, que estando gravemente enferma, desahuciada ya de los médicos, se le dió un retrato de la M. Sacramento, y, sólo con mirarlo, volvió á la viveza, púsose á sentar en la cama, y pidió juguetes con que entretenerse, y creía que se levantó al día siguiente bien, y continuaba perfectamente, al cabo de dos años del suceso.

María de la Consolación declara de sí misma que hallándose, víspera del día de Corpus del año anterior (1889), con un pie harto hinchado, tanto que no podía andar, suplicó á Dios, por intercesión de M. Sacramento, la curase, á fin de asistir al día siguiente á las funciones de la iglesia y poder recibir la sagrada comunión. Y, en efecto, ese mismo día se halló curada, en disposición de cumplir sus buenos deseos.

La hermana Inés (María Adell y Mollini) confiesa que, á los dos años de ingresar en el Instituto de Adoratrices, cayó enferma de la garganta y el estómago, sin encontrar alivio en los auxilios facultativos prestados por el Dr. Culce en la casa de Gracia, y el Dr. Basols en la nueva de Barcelona.

Nada podía hacer de provecho, y se quedaba en la

enfermería por servir de algo. Al cabo de veinticuatro años que llevaba en este estado, le ocurrió usar una paja, que había tiempo conservaba del jergón, donde murió la Madre Sacramento, así como de un pedacito de tela usado por la misma. Redujo á cenizas ambas cosas, y echándolas en una cuchara con agua, se lo bebió todo, no sin dirigir á la Madre esta súplica: « Madre Sacramento, llévame al cielo, ó restituidme la salud de manera que pueda trabajar como las demás ». « Apenas pasé tal cucharada, me sentí vigorizada y con la convicción de haber sanado y de hallarme en disposición de trabajar. Aquella mi primera idea y aprensión se confirmó luego plenamente, pues van transcurridos tres años desde la fecha que me hallo bien, habiendo cumplido con las reglas y ayunos del Instituto, y trabajado como las demás hermanas de obediencia ».

Á las claras y bien de manifiesto estaba el prodigio; pero ella lo ocultó, hasta que, creyendo ver pasar como un relámpago á la sierva de Dios en una fiesta de iglesia, se avergonzó de su silencio, y lo manifestó al confesor, y por consejo de éste también á la Superiora, de donde fué voz pública por toda la comunidad (1).

Aparecióse la sierva de Dios á la hermana Esperanza de Jesús, que se hallaba gravemente enferma, y la sanó de pronto, indicándola sirviera bien al Señor en la comunidad tres años que la otorgaba de vida, y así sucedió (2).

En ocasiones, obrábase otro prodigio no menos admirable en los enfermos, que se encomendaban á su in-

(1) Confírmalo, además de la agraciada, Corazón de María.

(2) Hermana Corazón de María.

tercesión, y era el de gozar de conformidad con sus padecimientos y resignación en la voluntad divina, que se echaban de ver los reflejos de la gracia de Dios en manera sorprendente.

Á la hermana María de Barbanera, que padeció de tísis desde los veintidos años á los veintisiete de su edad, y no omitió el acudir á la protección de su venerable fundadora, mas, porque no le convenía á su alma, sin duda, le inspiró Dios una calma y serenidad, al acercársele la hora postrera, aspiración tal á la vida inmortal, que era la admiración y envidia de hermanas y de médicos. Decía asombrado al verla el doctor: «¡Con qué gana me cambiaría por ella!»

En el colegio de Santander moría, entre las tempestuosas ansiedades de escrúpulos, Natalia (de María), por el año de 1885.

La Superiora hubo de salir para Barcelona, y recomendó su estado, como cosa de compasión y dolor, á la Vicesuperiora. Cumplía ésta, como se le alcanzaba, el encargo recibido, y no cesaba de consolarla, y ahuyentarla los terribles temores de condenarse, tanto más que por su gravedad hubo de administrársela los Santos Sacramentos. Avescinóse la hora postrera; y estando acompañándola la Vicesuperiora, la habló así Natalia, serena y apacible: «¡Oh, cuánto me alegro de que esté presente Vuestra Caridad, ahora que estamos solas, porque ya mis horas están contadas y pronto iré á la gloria. La manifestaré, por si lo ignora, que yo he padecido horriblemente de escrúpulos en mis confesiones. Pero me arrojaba en los brazos de mi Madre Sacramento, suplicándola dos gracias: primera, que me librase de semejantes ansiedades á la hora de la muerte; segunda, que me infundiera la paz y la esperanza. Y ya estoy tranquila,

hermanas; ya respiro gozosa el aire de la eternidad; nada me conturba ni hace temer la muerte. Me he colocado en la cabeza parte de un junco del jergón, sobre el cual murió la Madre Fundadora..... » Al cabo de dos ó tres horas de pronunciar estas palabras, entregó, en efecto, su alma al Criador, en el ósculo santo de la paz y la esperanza consoladora.

El Párroco-Arcipreste de Benasque, D. Justo Fumanal, padecía igualmente de escrúpulos, hasta el punto, no sólo de abandonar el ministerio, sino pensar sus deudos en encerrarle en una casa de salud, por los riesgos de suicidarse, y desde luego estuvo varios meses en Barbastro en observación. Súpolo su sobrina Guadalupe de Jesús, adoratriz, y le envió un retrato de Madre Sacramento, encargándole se encomendase á ella. Pues desvaneciéronse los escrúpulos, mediante la devoción á la Madre, y sereno y gozoso ejerció después largo tiempo su espinoso cargo.

Sor Esperanza de Jesús, enferma crónica, á quien no paraban los alimentos en el cuerpo; el año 1887, en una noche de desvelo, hallándose despejada y serena, vió aparecer junto á su cama á la sierva de Dios, en hábito completo de religiosa, como cuando vivía; y alegre como de costumbre, empero rodeada de resplandores que juzgó sobrenaturales, y después de consolarla, la dijo en su voz natural y conocida, manifestase á la Superiora General, que era la M. Espíritu Santo, se corrigiese de algún defecto; que de cumplirse así, ambas sanarían de sus dolencias: la Superiora padecía asimismo de reumás, que le atacaban al corazón. Cumplióse, en efecto, el vaticinio de la Santa Fundadora, y las dos sanaron por manera repentina y maravillosa. Sor Espe-

ranza manifestó igualmente, al morir, radiante de alegría, que de nuevo se le apareció la M. Sacramento, y la llamaba así, haciendo señas con la mano, y diciéndole: « Ven, ven conmigo »; y aun preguntaba si las demás la veían ú oían su voz; y al suplicarla rogase ella que se dignara dejarse ver de las otras hermanas, la moribunda respondió: « Eso, no » (1).

La misma Elena era sabedora de ciertos abusos, nada edificantes, de dos Hermanas de Valencia, y andaba con zozobras para atajarlos. Pidió á la sierva de Dios alguna señal, por si debiera revelarlo á la Superiora; y un día, al entrar en la capilla, la vió en hábito de religiosa, con aspecto grave, si bien amable, que le decía: « ¿Dónde está la humildad, la caridad y la abnegación que yo te inspiré? Avisa á la M. Espíritu Santo del abuso de las hermanas N. y N., que, de no corregirse, se condenarían, y si tú no lo avisas, padecerás mucho en el purgatorio ». En la oración se le confirmó—piensa ella—« la realidad de la aparición ».

Hasta cuidaba de que las confesiones impenetrables de sus hijas fueran lo escrupulosamente exactas y sinceras que cumple. Corazón de María, compañera y Secretaria de la Madre Sacramento, que tantas veces hemos citado, será ahora testimonio propio y de gran valía. En el año de 1875 hacía ejercicios en Santander la hermana Filomena, que vió á la sierva de Dios, de la cual recibió el encargo de avisar á Corazón de María, de que se confesara de dos pecados que la determinó. La hermana no se atrevía á avisar, y le repitió el encargo la Madre. Corazón de María declara que se apresuró á confesarlos,

(1) Elena de la Cruz.

aunque no lo había creído necesario, por lo menos de uno. Y manifiesta más: que sólo por revelación pudo tener conocimiento de ellos la hermana Filomena, por lo que no duda de la aparición de la Madre (1).

En el colegio de Zaragoza acaeció que una de las guardas de noche, llamada Luisa, sentía mucho frío en el rigor del invierno, en el dormitorio de las chicas, y en vez de andar vigilante por la sala, se acercó á la estufa á calentarse. Hasta se había descalzado un pié; cuando siente que la toman del brazo, y la levantan. Vuelve la cara, y se halla con la Madre Sacramento, tal cual andaba vestida de ordinario en el Instituto, la que, llevándola por el centro del dormitorio hasta un ángulo del mismo, le dijo: «Estás tú aquí calentándote, y mira, allí están faltando dos muchachas». Llegadas al lugar de estas chicas (donde, en efecto, las sorprendió y vió la hermana Luisa), desapareció la vigilante fundadora (2).

Á una colegiala de Santander, hacia el año 1876, llamada Pilar, se apareció la Madre al morir, indicándola que tendría una agonía larga, pero tranquila, y volvería á consolarla. Al manifestarlo á las hermanas que la asistían, éstas le suplicaron hiciera alguna señal al tiempo de presentarse la Madre. Pocos momentos antes de expirar, hizo la señal consabida, alzando la mano. «Yo no vi á Madre Sacramento, dice la testigo, pero en verdad que la agonía fué prolongada y tranquila» (3).

Pero suceso de más resonancia ocurrió hace cortos

(1) Corazón de María.—Testimonio V en el de Valencia.

(2) Ib. ib.—También Catalina de Cristo ó la testigo, X, 440.

(3) Corazón de María.

años. Sí, otra curación instantánea y cabal, al invocar el nombre de M. Sacramento, y de enfermedad gravísima, verificada en Madrid la noche del 23 de Noviembre de 1889, en la religiosa adoratriz, Virginia de Jesús, rodeada de las circunstancias más luminosas.

Virginia, antes María Dolores Gómez Villar, natural de Alcira, tomó el hábito de adoratriz á los quince años de edad, en el año 1876, no abundando en salud. Con los ejercicios de su profesión religiosa, y el nada favorable desarrollo de su naturaleza, iba debilitándose constantemente, viniendo á padecer frecuentes hemorragias, por espacio de dos años y golpes de tos violenta, con expectoración enramada de sangre. Tomó baños de mar en Santander, que la dejaron más resentida del pecho; acudió á las aguas de Panticosa dos años consecutivos, y también á Betelú, sin remedio ni alivio, y sin poder soportar las incomodidades de los viajes. En el invierno de 1888, por los fuertes constipados y dolores de espalda, costado y pecho, y profunda y frecuente tos, se hallaba sin fuerzas y con voz apenas perceptible.

Á primeros de Junio de 1889, la reconoció en Ávila el médico de la casa D. Fausto Rico, descubriendo los síntomas de una tisis pulmonar, de proceso lento, pero grave. Cedieron los síntomas en el verano, y se recrudecieron luego, juntamente con los dolores, más constipado y la disentería, de forma, que el facultativo ordenó se la trasladase á Madrid, antes de que los fríos de Ávila la destrozaran; y así se verificó á primeros de Octubre.

Mas siguió la gravedad creciendo en manera alarman-te. Por no dar pena á sus hermanas, se levantaba dos horas al día, pero ya el 20 de Octubre le fué imposible. Sintiendo herida de muerte, pidió el Santo Viático, que se le administró, en efecto, el 27 de dicho mes. Desde entonces iba de mal en peor, y creciendo los sudores y la

incesante fatiga. La tos no le permitía descansar, ni cinco minutos, en todo el día con su noche, pensando la ahogara cualquiera de los golpes violentos y prolongados. Con repugnancia á todo alimento, pasó un mes sin probar bocado de pan, con solos tres ó cuatro caldos al día, alguna croqueta, etc., á la fuerza, y provocándolo con frecuencia, á la vez que sangre, y también pedazos de pulmón. Los médicos la tenían desahuciada, sin remedio en la tierra. En este estado, cuando llevaba cinco semanas de postración en la cama, sin sentarse en ella, ni aún para tomar los alimentos, la llevó la Madre General el crucifijo que la sierva de Dios, su Madre fundadora, llevaba en los viajes y tuvo en sus manos durante su agonía, manifestándole su voluntad de que pidiera su entero restablecimiento por su mediación. La enferma vió en la voz de sus superiores la voluntad de Dios, y concibió viva impresión de la salud, y dedicada á practicar una novena al Sagrado Corazón de Jesús, por intercesión de la Madre Sacramento, aguardaba al día 23 de Noviembre, en que la terminaba. Días hacía que una hermana le había dado un papel con la firma de la Madre, que decía: *Tu Madre Sacramento*, y la conservaba para hora oportuna. Estoy ya tomando palabras de la enferma, y en momentos tan solemnes, gusto en escucharlas de sus labios agradecidos:

«Pero el 23, viendo que por momentos me ponía peor, ya no quise tomar medicina alguna, pues sólo del cielo esperaba el remedio; y estando con un golpe de tos, más de las once de la noche, me convencí por completo de que el Señor quería honrar á su sierva, mi M. Sacramento; y recordando el pasaje, que cuenta el Evangelio, de que Jesucristo dió vista al ciego con lodo, le dije: «Señor y Padre mío: así como creo que con vuestro infinito poder hicísteis ver al ciego con lodo, que es lo

más contrario á la vista, así creo que por este papel, que ha tocado mi M. Sacramento, me curaréis»; y estaba tan segura de ello, que el respeto, confianza y temor me tenían sobrecogida y oprimida; sin embargo, hice como una píldora del papel, y la tomé después de las once de la noche, sin encomendarme á otro santo alguno; con sólo lo dicho me sentí completamente bien: me senté en la cama sin mareo alguno, bajé y subí de la misma sola y ligera, como si nada hubiera tenido. Creí que estando bien, no debía comulgar por Viático, y como me daban caldo después de las doce, no pude esperar, y dije á la hermana que me cuidaba me lo diera en seguida, y procuré disimular para que no me preguntara, ni faltar al silencio mayor; pero aunque no me habló, le llamó la atención la voz fuerte con que la llamé, la tranquilidad que tenía, y la facilidad con que tomé el caldo. Como me sentía bien, me rindió el sueño; así que, á pesar de lo impresionada que estaba, me dormí tranquilamente á las doce y media, hasta las seis y media: cuando desperté, quiso la hermana enfermera darme alimento, mas yo le rogué no me hiciera tomar nada, porque no lo necesitaba; la sorprendió mucho ver la cara que yo tenía, tan distinta de la noche anterior, y no me obligó.

Mientras preparaba la habitación y demás, porque tenían que subir al Señor por ser domingo, viendo que yo no le decía nada, empezó á hablarme:—«Vamos, hermana Virginia, esa cara no me engaña, esa tranquilidad que tiene me da á entender que le ha pasado algo extraordinario: qué, ¿ha venido M. Sacramento esta noche? dígamelo»; yo callaba y me sonreía, pues no quería decir nada, hasta haber comulgado. Hecho esto, ya dije que estaba bien, pues había tomado una firma de la sierva de Dios, nuestra Madre Fundadora, y había dormido seis horas, y pasado nueve sin tomar alimento. Me

desayuné con chocolate, y más tarde almorcé bien, y comí pan, que, como dije, hacía un mes que no lo probaba.

Aunque me encontraba bien, como religiosa esperé permiso de Vuestra Reverencia para levantarme, y como no me lo dió, pasé el día sentada en la cama, sin mareo, ni el más pequeño malestar.

El lunes, obtenido el permiso de Vuestra Reverencia, me levanté y vestí completamente, y sola, dejando pasmadas á las hermanas que lo presenciaron; paseé por mi pié y sin apoyo alguno el mismo día, y sin sentir la menor señal de convalecencia. Desde entonces he continuado durmiendo ocho horas diarias, y comiendo perfectamente, pero sobre todo con la voz tan clara y fuerte, que he podido hacer la novena de la Inmaculada Concepción, oyéndome más de doscientas personas.

Ayúdeme, Madre mía, á ser fiel y agradecida como debo. Su humilde hija que besa su mano y pide su bendición.

Y por mandado del Tribunal, que en Valencia instruye el proceso de beatificación de nuestra Madre Fundadora, extendiendo y firmo el presente, en Madrid, á 4 de Julio de 1890.—*Hermana Virginia de Jesús* ».

La agraciada con favor tan maravilloso ha seguido en perfecto estado de salud y agilidad muchos años, dedicada á todos los trabajos y austeridades propias de su Instituto.

Asistieronla en su dolencia los doctores D. Manuel y don Luís Ortega Morejón, D. Manuel Vega Olmedo y el Marqués del Busto, profesor de la Universidad Central, y confiesan, así el médico de Ávila, como los Ortega y Morejón, que eran los de cabecera, que es inexplicable por la ciencia esa maravillosa curación. Fué testigo de este prodigio, asimismo, el capellán de la casa D. Parmenio Ocampo, y tres señores Sacerdotes más.

Lo fué toda la Comunidad, y declaran de la verdad referida veinticinco religiosas y la actual Superiora General, M. Consolación de Jesús, al frente.

Terminemos con dos testimonios singulares. Sea el primero de la hermana Corazón de María, tantas veces aquí mencionada con inestimable aprecio.

Dice así:

«Tengo tal convicción hace muchos años de la santidad de la sierva de Dios, que al hablar de ella, tengo la costumbre de nombrarla «nuestra santa Madre». En todas mis penas y necesidades acudo á ella, y al momento experimento su protección, de un modo tan evidente, que no me queda la menor duda. Casi siempre siento como una presencia de la sierva de Dios, que, sin verla, me parece que está cerca de mí, aunque no siempre del mismo modo, sino unas veces más, y otras menos».

Atribulada hondamente, y llena de contradicción íntima, de esas que cavan y labran en el ánimo, se hallaba la M. Espíritu Santo, siendo ya Superiora General(1), por sucesos relacionados con la normalidad de la vida de su Congregación; y en tal aprieto, le ocurrió acudir á la intercesión de su venerada Fundadora. Puesta de rodillas delante de su retrato, y con el acento conmovido, la invocó, diciendo: «¡Madre mía, dudaré si estáis en el cielo, de no sacarme de este grandísimo apuro!»

Pronto le renació la calma en el pecho, pues advirtió cómo se alejaba y deshacía la tempestad que le atormentaba.

(1) Sucedió á la M. María de Jesús, en el año de 1873.



CAPÍTULO XXXV

PROCESO ORDINARIO DE INFORMACIÓN DE LAS VIRTUDES Y MILAGROS DE LA SIERVA DE DIOS, EN ORDEN Á SU BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN. — TRASLACIÓN DE LOS RESTOS DE LA M. SACRAMENTO Á LA CAPILLA DEL COLEGIO DE VALENCIA. — MONUMENTO SEPULCRAL. INTRODUCCIÓN DEL PROCESO EN ROMA.



A fama de santidad esparcida en honor de la M. Sacramento; los prodigios que se divulgaban alcanzados por su invocación, requerían que su sepulcro fuera más honroso, distinguido y frecuentado. Un ruego respetuoso se escapaba de labios de los fieles y del corazón de las Religiosas Adoratrices.

Además del sarcófago monumental, donde conservar sus cenizas, no urgía menos, levantar á la memoria de la sierva de Dios, otro monumento más glorioso, para que antes que se apagaran los ojos, testigos presenciales de sus virtudes, y los oídos que se edificaron de sus enseñanzas, se formara imponente concierto de voces y testimonios, que aclamaran á María Micaela Desmaisieres, á la esclava del Santísimo y de la caridad, digna de

presentarse á los pies del Vicario de Jesucristo, para que aerisolando éste los rasgos estupendos de su piedad, pudiera declararlos merecedores del proceso de los Santos, y los primeros esplendores de la veneración.

La autoridad eclesiástica, que para estos casos conviene intervenga movida por instancias reiteradas, públicas y solemnes, fijó su atención en las circunstancias maravillosas que rodeaban el nombre de la M. Sacramento, y excitada por voces concordadas y fervorosas, y asesorada debidamente, dió comienzo, y abrió proceso ordinario de información de las virtudes, santidad de vida y de los milagros que era fama obraba María Micaela del Santísimo Sacramento, fundadora de las Señoras Adoratrices.

El Emmo. Sr. Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia, designó en 1889 un Tribunal competente al efecto, compuesto de los Sres. Dr. D. José Ramón Quesada, Provisor y Vicario general, Juez delegado del Prelado ordinario, Dr. D. Aureo Carrasco, D. Wenceslao Cañizares, Jueces adjuntos, Postulador D. Francisco Genovés, Fiscal D. Juan Benlloch, y Notario D. José Pérez.

Y se abrieron, igualmente, procesos rogatoriales en Zaragoza, Madrid, Oviedo, Zamora, Santander, Barcelona, Burgos, Palencia, y en número asombroso se recogieron autorizados testimonios, de los Reyes y los Prelados, de sacerdotes beneméritos y venerables religiosos, nombres conocidos de la corte, de prestigio y respetabilidad, como los serán de las restantes poblaciones, y desde luego lo pregonan sus importantes cargos y ministerios. Ni se echaban de menos los títulos de Castilla, como era fuerza, ni los hombres de Estado, la Magistratura, las Letras y las Artes en armonía con los representantes de las asociaciones y la piedad, especial-

mente de las nobles señoras y otras dedicadas á la caridad, á las cuales dejó inmarcesibles recuerdos la sierva de Dios, para no hablar del Instituto de Adoratrices, que, como establecido con sus desvelos, adoctrinado con sus enseñanzas, sazonado con la sal de su prudencia, había de alzarse en peso y, con voz unánime, hacer ostentación ineclutable de que su existencia y florecimiento era manifiesta y preclara obra de Dios, elocuente sobre todas las palabras y retóricas de los hombres. Y además, individualmente se acercaría cada uno de los testigos oculares de la vida y fatigas de la Fundadora, á testificar muy al por menor los admirables episodios y lances de ella, y los escondidos ejercicios de virtud, ofreciendo la abundosa y clara fuente de su verídica historia.

Durante el proceso, el mismo insigne Prelado y Tribunal acordaron desde luego sacar de su nicho del Campo Santo, señalado con un número, á los restos de la insigne Fundadora, y trasladarlos con todo decoro al seno y ambiente de sus hijas, como era la capilla del colegio de Valencia.

El acto se verificó por el Tribunal eclesiástico, con los reconocimientos y demás formalidades, que por derecho y costumbre les acompañan, y asistencia de las autoridades y regocijo de toda la población.

El día 7 de Marzo de 1891, señalado para dicha traslación, se llegó al Cementerio el Tribunal mencionado, que comenzó tomando juramento á cuantos iban á tomar parte en la exhumación, ó pudieran haber intervenido en el sepelio y guarda del sepulcro. El notario señor Pérez leyó un decreto del Rmo. Prelado, prohibiendo tocar á la caja mortuoria de la sierva de Dios, ni introducir objeto alguno en ella, so pena de excomunióu.

No era pequeña la ansiedad de los circunstantes, y

señaladamente de las religiosas Adoratrices, habiendo oído exclamar á un enterrador del tiempo del cólera: « ¡Pobres monjitas, no se hallarán más que con polvo, que es lo único que ha aparecido en todo este tramo! » No fué así, por fortuna. Deshecho el tabique del nicho 2.143, apareció el ataúd deteriorado, y con algún hueso del pié desprendido. Se procuró introducir una gran lámina de zinc, se extrajo á continuación la caja, la cual se colocó sobre unas andillas. Descubriendo luego la tapa del ataúd, apareció el cadáver en esqueleto completo, con la forma del hábito, aunque destrozado, el rosario grande y otro más pequeño. Se sacaron fotografías del cadáver, según el cuadro que presentaba en su ataúd. Cubierto después el féretro con un paño bordado en oro, y conducido en andas por sus hijas, fué llevado procesionalmente, con cirios encendidos, á la capilla del Cementerio. El Tribunal se constituyó en sesión secreta hasta las tres y media de la tarde, hora en que esperaban el Emmo. Prelado y todas las autoridades, en el convento de Jerusalén, la llegada del cuerpo de Madre Sacramento.

Valencia, colmada de entusiasmo y gozo, cerró sus tiendas y talleres, y rebosando por calles y plazas salió al encuentro de la mártir de la caridad, clamando por todos los ámbitos: « ¡Llega la santa, la monja santa! » Y de hecho de verdad, llegaba y volvía muy solemnemente y triunfadora, entre la comitiva de numerosas comisiones, y las filas del Seminario y de las religiosas Adoratrices que acompañaban con candelas encendidas, la Capilla de la Catedral que entonaba salmos, y de Preste el Provisor y Juez delegado Dr. D. Ramón Quesada. Luego aparecía el féretro, cubierto con el rico manto, y una elegantísima corona, en cuyas cintas se leía esta dedicatoria: « Á mi queridísima y venerada M. Sacra-

mento, en testimonio de respeto, gratitud y cariño». Recuerdo del alma de la antigua Reina de España, doña Isabel II.

El Emmo. Sr. Cardenal Monescillo aguardaba revestido de pontifical á la puerta de la iglesia de las Adoradoras; y llegado el féretro, se entonó solemne responsorio, pronunciando la oración y preces el Rmo. Prelado.

El Tribunal depositó la caja de los restos de la sierva de Dios en una áula, precintando y sellando cuanto su prudencia estimó oportuno, hasta proceder al enterramiento.

Reconocido nuevamente el esqueleto, aparecieron todos los huesos, y un cilicio de hierro, clavado en una de las costillas (1).

La prensa de Valencia hizo amplia reseña de esta jubilosa ceremonia, dedicando glorioso recuerdo á la inmortal Vizcondesa, y regocijándose en el homenaje que la Ciudad del Turia le rindió entusiasmada.

Nada extraño parecerá que aquellos huesos mortificados exhalaran fragancia exquisita, y dieran muestras sensibles de que eran honrados con la estima y remuneración celestiales. María de la Concepción declara que, al tiempo que los operarios rompían el tabique, que cubría el nicho del Cementerio general, de donde el reverendo Tribunal exhumaba á la Madre, sintió un grande olor, grato é indefinible, nada comparable á los

(1) Ni para aliviarse en el lecho mortal había revelado nada, ni aun moviéndose de uno á otro lado con dificultades y ahogos, apeteciendo morir clavada á las austeridades de la cruz. Las asistentes tampoco lo advirtieron, ni lavaron el cadáver conforme á la costumbre de algunos lugares; y por la circunstancia de salir en el examen adherido al hueso, se manifestó el instrumento de la maceración y la penitencia.

olores conocidos, y sin la menor duda que procedía del nicho mencionado. El mismo olor exactamente percibió en otras dos ocasiones: primera, al trasladar sus cenizas á otra caja, sin que nadie pudiera causarle, y el día en que se volvieron á enterrar sus restos mortales, si bien en ambas por ligeros momentos. Era el mismo que desprendía la toca y ostensorio de su uso, y que se conservan en Madrid, unos días más, otros más ténue, el cual no se desvanecía porque se colocaran dichas reliquias al aire libre, experimentándose todavía después de colocarse sus restos mortales en el sepulcro mausoleo (1).

Nuevas declaraciones de religiosas robustecen y confirman estos testimonios.

Cuando la Sierva de Dios se ha aparecido á alguien, ó invisiblemente asiste á sus devotos, ha dejado, á veces, en pos de sí un rastro oloroso particular de celestial delicia. Entre sus hijas se denomina esta fragancia el olor de M. Sacramento.

Acabamos de insinuarlo: á la preclara y virtuosísima Madre dedicó digno monumento de mármol su sobrina doña María Diega, Condesa de la Vega del Pozo, obra maestra del cincel de Vallmitjana.

El tribunal eclesiástico mencionado terminó su obra de traslación de los restos de la Sierva de Dios, abriéndoles enterramiento en el centro de una capilla lateral, situada al costado derecho del templo del Colegio, separada por artística verja, donde, encerrados en caja de cedro, de estilo gótico, se depositaron con las precauciones del derecho en 4 de Abril de 1891.

El monumento se alzó por nuevo tribunal, presidido por don Aureo Carrasco, Maestrescuela de Valencia, siendo Notario D. Rafael Banacloche, en 10 de Abri

(1) Testimonio XXXIV, pág. 448.

de 1895, dirigiendo la operación el autor del sarcófago D. Agapito Vallmitjana y su tallista D. Luis Ferreri.

Es de estilo del renacimiento español, y ostenta á los lados varios relieves, coronado con estatua genuflectente, en actitud de adorar á su Santísimo Sacramento.

La cabeza del mausoleo lleva grabada la custodia, que adoran dos ángeles. Á la derecha está representado el sagrario y las hermanas en la guardia de adoración. Á la izquierda se ofrece una sala del hospital, donde la Sierva de Dios, en traje de seglar y acompañada de su doncella, visita y consuela á un enfermo, con pasmo de Hermanas y convalecientes. Á los piés del mausoleo aparecen grabados los escudos de la casa de la Vega del Pozo con la corona condal y la siguiente inscripción: *M. I. Sra. D.^a Micaela Desmaisieres López de Dicastillo y Olmeda, en religión Madre Sacramento, fundadora del Instituto de Religiosas Adoratrices y Colegios de Desamparadas. Falleció víctima de la caridad en 24 de Agosto de 1865.*

En Mayo de 1899, me cupo la suerte y consolación de postrarme ante el cristiano monumento. Los muros de aquella pieza están adornados con recuerdos de la sierva de Dios, todo en hermoso y conmovedor relicario. En otra especie de cuarto estrecho de la misma sala, se contempla el humilde y débil catre, empobrecida cama, donde exhaló el postrer suspiro. El cariño de sus hijas, y el gusto y la magnificencia espléndidas de su casa condal, admíranse allí entrelazados.

Mi recuerdo es de que el magnífico monumento ha de hallarse ahogado en aquel recinto, y que á la estatua superior le falta en la mano el flameante é inextinguible cirio, que tanto simboliza en su diestra.

Con las peticiones de los Prelados y Príncipes de España, Generales de las Órdenes religiosas, Cabildos y

personalidades muy distinguidas, presentóse el proceso, abierto por el Ordinario de Valencia, en la Sagrada Congregación de Ritos, el año de 1894, y se le confió al celo del Director del Colegio Español de Roma, D. Benjamín Miñana, el cargo de Postulador de la causa.

Se comenzó por el examen de sus escritos, que, especialmente del género epistolar, son numerosos. Como que se hallan registrados hasta noventa, de mayor ó menor volumen.

Y como el Rmo. Cardenal Lucido M. Parochi, Obispo de Albano, y Relator de esta causa, propusiera la duda acerca de la revisión practicada de los aludidos escritos, oído el R. Promotor de la Fe, D. Gustavo Persiani, los Emmos. y Rmos. Padres Prepósitos para la guarda de los Sagrados Ritos, acordaron resolver: *Que nada obstaba para proseguir adelante.*

Día 28 de Julio de 1896.

En 9 de Agosto siguiente, Su Santidad Leon XIII se sirvió confirmar la resolución de la Sagrada Congregación de Ritos, de que, en efecto, nada obstaba por los escritos de María Micaela del Santísimo Sacramento, y podíase proceder *ad ulteriora*.

Posteriormente en 29 de Enero de 1897 aparece el Postulador suplicando á la Santa Sede se proponga el punto de admisión del proceso en las Juntas ordinarias de la Congregación, sin intervención y voto de los Consultores, como asimismo que se dispense el intermedio y lapso de decenio desde la presentación del proceso ordinario en actas de la Congregación, para que pueda proponerse y discutirse desde luego su introducción.

Ambas cosas fueron benignamente concedidas.

En los momentos en que estamos cerrando esta historia, se avanza ya en la Sagrada Congregación y se nos



MONUMENTO SEPULCRAL

anuncia que está señalada fecha para proponerse la introducción de la causa de la Sierva de Dios (1).

Así el broche de este libro sería el Decreto declarándola venerable.

Para dicha nuestra lo alcanzarán sus méritos y las oraciones de sus hijas.

(1) Acabamos de recibir las *Animadversiones* del R. Promotor de la Fe (Roma, 17 de Junio de 1902), y no han podido menos de excitarnos la risa algunos nombres en ellas citados.





CAPÍTULO XXXVI

DE CÓMO PROSIGUIÓ Y FLORECE EL INSTITUTO DE SEÑORAS ADOBATRICES



Los reflejos gloriosos de Madre Sacramento habían de brillar en su Congregación. Mientras ella peregrinaba en la tierra, vivía su inspiración de sus propios alientos y portentosa diligencia; después de su tránsito á los cielos, vivía de su invocación, con el pensamiento en su presencia y socorro, con el recuerdo y el aroma de sus ejemplos y enseñanzas.

La marcha y florecimiento del Instituto es la aureola más resplandeciente de la Fundadora.

No es ya coyuntura de recontar su génesis y nacimiento: le hemos contemplado en los pasos vacilantes del que rompe á andar; y ahora cuando gozaba de cabeza experta é iluminada, de reglas aprobadas por la Santa Sede, del movimiento de siete casas de purificación, y al habla y trato á fin de establecer otras siete sin demora, súbitamente se cortó el dorado hilo de su trama his-

tórica. Faltó la cabeza, en edad temprana, en el momento solemne de los halagos y los vuelos extendidos.

Pero el martirio, que es muerte á los ojos del siglo, es asimismo germen de vida en los misterios de la Providencia: nada más fecundo que el sacrificio.

Ni importa que se desprendieran los efectos naturales de aquel incalculable desastre. Quiere decir que se sometería á prueba el Instituto y la obra de la mártir; pero le admiraremos salir de ella acrisolado y lustroso.

El desenvolvimiento del Instituto en las manos de la Fundadora fué un cúmulo de prodigios; correspondía al período heróico, que parece estilo de Dios determinar en sus santos; era de relámpagos y negruras de tempestad, de luces sobrenaturales y vientos bonancibles, para entrar después los raudales en cáuce sosegado y en marcha de la gracia y la actividad ordinarias.

La época más aventurada, abatida y triste para él, fué, sin duda, la seguida al fallecimiento de la Fundadora. Verdaderamente que llevaba el manto de luto de los piés á la cabeza, el pavor y los responsorios fúnebres en el corazón.

Se comenzó á respirar con el nombramiento de sucesora en el generalato, en la designada por M. Sacramento en el lecho de la muerte, verificado el 10 de Enero de 1866, que aun esta dicha les venía perezosa y retardada, por las quiebras de salud de la misma M. María.

Aquel año fué mezcla de paz de muertos, y paz de vivos, año de reposo, de atenciones y recuerdos de los amigos de la llorada Vizcondesa de Jorbalán, muy propio para asentarse las casas en sus cimientos, y consolidarse las religiosas en sus santos propósitos.

Pero el iris de toda bonanza, la prenda y garantía de perseverancia y firmeza, fué la aprobación definitiva del Instituto y sus Constituciones, decretada por la San-

tividad de Pío IX, y publicada en Noviembre de este mismo año de 1866.

Constituciones.—Para la Madre Sacramento fueron suspiro perpétuo, y motivo de adoración permanente del Sagrario, el ensueño de sus desvelos; consigo y unidas al pecho las llevaba de ciudad en ciudad hasta última hora, sin levantar la pluma en su obra de corrección, según las luces que recibía de Dios, según la experiencia en el gobierno la iba dictando, y el consejo de sus amigos las depuraba y esmaltaba.

Nada más misterioso y perceptible á la vez que el desarrollo lento y evolutivo de esta Congregación: y claro está que la misma senda llevaron sus reglamentos.

Aquellos apuntes del primitivo Colegio eran la luz del alba, que fué creciendo en esplendores hasta la brillante y puramente espiritual de la luz del mediodía, los consejos evangélicos en la pureza de la perfección religiosa.

Al entrar ya la Congregación en estos caminos de asiento, rompe sin vacilaciones por lo que en definitiva pretendía el Espíritu Santo de su esclarecida sierva y del séquito de sus obedientes prosélitas.

Quedaron los recuerdos íntimos é indelebles del testamento, en el cual había pensado tan tempranamente.

Duraban y sonaban como eco inextinguible las insinuantes frases, las gracias y sentencias de sus cartas.

Esos escritos hacen que viva siempre, la esclarecida Fundadora, en el corazón y en los oídos de sus hijas.

Son una prenda de salud continua; acaece como con los escritos y enseñanzas de Santa Teresa, donde parece que se la escucha, que predica ella dulcemente y no deja la trabada conversación y plática con nosotros. Esto es

reinar en medio de sus hijas, con la autoridad y la veneración de mensajera del cielo.

Las Constituciones, á mayor abundamiento selladas y sancionadas por la Iglesia, con el veredicto de su magisterio y el mérito de la obediencia, son la salvaguardia de los Institutos y su principio de estabilidad y firmeza.

La humanidad caída oye en estas aprobaciones la voz de Pedro al cojo de la puerta Especiosa del templo: *surgere et ambula*: levántate y anda.

Organizada de tal suerte una congregación religiosa, depende su florecimiento de la observancia y unión interior, no menos que del ambiente que le rodea. El invierno de la adversidad detiene dentro de las entrañas de la tierra todos los gérmenes y fervores: una regalada primavera hace brotar á la superficie los elementos sanos.

Por esta parte, las vicisitudes de la patria no han podido menos de influir en la situación y desarrollos de las Congregaciones religiosas.

Los tres años que mediaron del 1865 al 1868 atenuaron la memoria viva de las relaciones palaciegas, y dispusieron los sucesos para que el estallido de la revolución del 1868 no acometiera determinadamente con el Instituto de la Vizcondesa de Jorbalán.

Por lo demás, la caída de D.^a Isabel II y la proclamación de los derechos individuales, ya conocemos qué linaje de amarga libertad proporcionaría á cuantos siguen las huellas del Evangelio. En estos períodos las Congregaciones se esconden en su concha, y gracias que los fines benéficos saltan tanto á la vista, que no cabe desmentirlos.

La nueva Madre General hizo bastante entonces con tratar de asegurar aquellas fundaciones que recibiera

hilvanadas, y hasta ocuparse el trono, si bien fuera por príncipe extranjero, no cabía pensar en más ampliaciones (1).

¡Y cómo, estando amenazadas constantemente en Madrid de ser arrojadas de su modesto albergue!

Ya desde el tiempo de la fundadora las molestaban sin cesar, pretendiendo vender la casa y colegio de la calle de Atocha como de bienes nacionales. Y de algún otro terreno se preocupó ella, de lo cual se hallan vestigios en las cartas de Isabel II, mostrándosele ésta, como era de presumir, propicia y generosa.

Muerta la Vizcondesa, destronada la Reina, y en todo desbordamiento la revolución, pueden imaginarse las amenazas dirigidas á las Superiores de Madrid. Éralo en cierta sazón la Madre Espíritu Santo, tan desamparada de arbitrios, que llegó hasta apagar una de las dos luces que se encienden para la guardia al Santísimo. Y cuando por centésima vez y apretada urgencia la urgaban para que desalojara el local, contestó á los delegados «que no se cansaran, pues no saldrían si no arrastradas del brazo, en razón de no tener donde reclinar la cabeza». Trasmitida la contestación al Director de Beneficencia, D. Mariano Ballesteros, se personó éste en el Colegio de Desamparadas á dar por sí mismo la orden. La Reverenda M. María del Espíritu Santo, inspirada de Dios,

(1) Ni faltaban otros motivos de pesadumbres que soportar. Aquella H. Juana de Dios, que con sus cavilaciones dió que sentir á M. Sacramento, y pareció al fin quietarse, fué trasladada de Zaragoza á Madrid el año 1866, y, á poco, cierto día que salió de visita, se quedó definitivamente en su casa. Fué una maestra que nunca se atrevió á pronunciar votos religiosos, y se volvió al siglo; en verdad que era para deplorarse esta declinación postrera.

También se les entibió en la amistad el bueno y voluble del fundador de Valencia. Estaba predicho.

reunió las colegialas en una de las clases, y presentando aquel cuadro ante los ojos del Director, le dijo: « Señor, las religiosas donde quiera nos meteremos; pero dígame V., ¿qué hago yo de estas criaturas abandonadas?» Se conmovió el Sr. Ballesteros, y enterado de que hacía mucho tiempo que no se pagaban al establecimiento los 4.000 reales mensuales, dijo á la Superiora: « Continúe usted en la casa, y daré orden de que se les pague, y además otra mensualidad de atrasos ». Así lo cumplió, y continuaron allí hasta que por indicación de dicho señor Ballesteros se pidió á la Dirección general de Beneficencia la casa que hoy habitan en la calle de Osuna.

El 12 de Julio de 1872 se trasladó la Comunidad y Colegio á dicha casa, previo permiso del M. I. Sr. Vicario eclesiástico, confirmado días después por el eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo.

Á los doce días de habitar la nueva casa se presentaron en ella el Notario del Ministerio de Hacienda, acompañado del Jefe de la Sección de Propiedades, y el Administrador subalterno del mismo ramo, con objeto de incautarse, á nombre del Estado, del mencionado edificio, haciéndolo constar por medio de acta notarial. Se hizo presente á la Superiora R. M. María del Espíritu Santo, que habitaba el edificio sin conocimiento de las oficinas de Hacienda; á lo cual contestó la Superiora que ocupaban el edificio en virtud de cesión que la Excelentísima Diputación les hizo con aprobación de su Jefe el Director General de Beneficencia, y así pedía se las permitiese continuar habitando la casa hasta que se resolviese lo conveniente entre la Diputación, Dirección General de Beneficencia y la de Propiedades y derechos del Estado.

Mas lo que se resolvió fué sacar el edificio á subasta. No habiéndose presentado licitador en primera ni en se-

gunda fecha, volvió á anunciarse una tercera, en que se adjudicó el edificio á D. Francisco Palacios y Cambrá en 437.115 pesetas. Luego que se supo que el edificio era para las Religiosas Adoratrices, se anuló la subasta. Señalada otra, volvieron á comprarle las Religiosas, por tercera persona, y entretanto se tramitaba el recurso de alzada puesto por D. Francisco Palacios, que al fin se ganó (1).

¡Dios bendiga á la mano que se extendió bondadosa para recoger en propio albergue á las hijas de Madre tan querida y veneranda!

¡Ah! y no se puede conmemorar la salida y abandono de la Casa—calle de Atocha, 74—sin anublarse los ojos y palpar el corazón, enviando inmarcesibles memorias á aquel recinto santificado por tantos suspiros de amor divino, y donde se abrían tan anchas las puertas de la caridad á infelices desamparadas.

¡Cuántas lápidas conmemorativas prodiga el siglo á sus secuaces; colocadla vosotros, ángeles de M. Sacramento, que tantas veces le servíais de ministros!

La primera casa, por donde se prosiguió luego la cadena de las fundaciones, *fué la de Ávila*, en 1872. Era natural. Fué Ávila el nido de los amores, de la memoria de la Fundadora y de sus hijas; allí vivía contristado y pensativo, por la niebla de la revolución, el mismo Obispo don fray Fernando Blanco; pero había un mundo de recuerdos para las Adoratrices. Parecían largos años los transcurridos sin que allí colocaran su mansión. Al fin,

(1) En los documentos de que se hace referencia en la anterior relación, existe una nota que dice: «Eseritura de cesión otorgada por los Reyes y el Duque de Osuna en favor del Estado en 18 de Septiembre de 1852, ante D. Manuel M. Cárdenas».

la Condesa viuda de Bornos compró una casa de la pertenencia del Marqués de Quintanar (el cual tuvo en cuenta el fin á que se destinaba), fundación de antiguo Mayorazgo de los Guillamas. Caserón de antiguo patio y galería, con columnas y capiteles, enteramente desbaratado, propio para experimentar el rigor de todas las estaciones (1). ¡Pero era la primera propiedad del Instituto! Comenzaron á habitarle el 22 del mismo mes de Febrero la Vicesuperiora General M. Espiritu Santo, y la designada como Superiora local M. Consolación y hermana Trinidad, que desde el día 16 habían estado hospedadas en el Palacio episcopal. En ese día se les agregaron de Madrid la hermana María del Olvido, la coadjutora María de la Esperanza y tres colegialas.

El Prelado les aderezó una capilla, y han sido bien conservados los nombres de los donantes que regalaron obsequios al modesto templo, que bendijo D. Apolinar Serrano, en Julio del 1872. En distintas épocas de 1875, 1886 y 1895 se han hecho reparaciones notables y nueva capilla, bendecida por el Secretario del Obispado, doctor D. José Prudencio Encarnación, en 22 de Julio de 1897. Al día siguiente, celebró por primera vez el Dr. D. Joaquín Beltrán Asensio, y, después de la comunión, dejó reservado al Señor en el Sagrario, dedicándose luego fervoroso tríduo, en que ocupó la sagrada cátedra, entre otros oradores, el M. I. Sr. Deán D. Isidoro Castelo.

La fundación de Salamanca se aceptó pocos meses después, *el día de Santa Teresa*, 15 de Octubre. Indicamos arriba que en siglos anteriores se abrió en esta ciu-

(1) Situada extramuros, plazuela de San Jerónimo, 2, calle del Duque de Alba.

dad un establecimiento piadoso para recogimiento de jóvenes extraviadas.

Gobernábase bajo la dirección de una Rectora seglar, y no podía fácilmente florecer en vívida observancia.

Don Fr. Joaquín Lluch y Garriga, Prelado entonces de Salamanca, invitó á las señoras Adoratrices para hacerse cargo de esta antigua fundación. Por Junio se sirvió venir la Rma. M. General María de Jesús, y enterarse de las proposiciones del Ilmo. Cabildo, las que, modificadas por la influencia del Prelado, fueron aceptadas por aquella Superiora General. En el Archivo de las Señoras obra una crónica enriquecida de pormenores sobre este encargo: y en el *Boletín Eclesiástico* de la diócesis se consignó igual mención del laudable suceso. La crónica se expresa en la siguiente manera:

«Hallábase la antigua fundación sita en la calle de la Ronda de Sancti-Spíritus, denominada de la Encarnación (vulgo Recogidas), fundada el año 1648 por el Excelentísimo Sr. D. Gabriel Alonso de Solís, Regidor perpétuo de la ciudad de Salamanca, y D.^a Feliche Alonso de Solís, su mujer, vecinos de dicha ciudad y Señores de la villa de Retortillo y la Granja (obispado de Ciudad-Rodrigo), para recoger á las jóvenes de vida extraviada que quisieran apartarse del mal camino, y para cuyo sostenimiento dejaron cuanto poseían, bajo el Patronato del Ilmo. Cabildo Catedral.

El edificio se hallaba en bastante mal estado, y como los señores del Patronato pusieron algunas dificultades para ceder la casa, etc., volviéronse para Ávila.

Los desvelos de Su Ilustrísima consiguieron á los pocos días zanjar todas las dificultades..., y el día 25 de Junio el M. I. Sr. Chantre celebró la santa misa en la fundación referida, dejándoles el Señor reservado.

Extremada pobreza hallaron en la casa, poquísimos muebles y estropeados. Los señores del Patronato y el Excmo. é Ilmo. Sr. Lluch dieron para su mejora espléndidas limosnas (1).

El día 15 de Octubre tuvo efecto la solemne inauguración del Colegio. Á las siete de la mañana Su Excelencia Ilustrísima celebró en la restaurada y linda capilla del mismo el santo sacrificio de la misa, dando la santísima comunión á las señoras Adoratrices, á dos colegialas y á varias personas que se hallaban presentes. Después del cual, el Rmo. Prelado pronunció un discurso declarando canónicamente instalado en la ciudad de Salamanca el Colegio de Desamparadas, bajo la dirección de las señoras Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, hizo una apología de nuestra venerada Madre fundadora y de los altos fines del Instituto; rindió gracias á Dios por las misericordias que se dignó conceder á Salamanca llevando allá á las señoras Adoratrices, y concluyó impetrando las bendiciones del cielo para la Comunidad y para cuantos cooperaron á la creación de tan útil establecimiento; sin olvidar recomendarlo al Serafín del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, en cuya festividad tuvo lugar la inauguración.

Transecridos algunos años, como la casa era pequeña y nada higiénica, el Excmo. Sr. D. Narciso M. Izquierdo compró un magnífico terreno, entre el Campo de San Francisco y la iglesia de Santa María de los Caballeros, el año 1881, y lo regaló á la Comunidad de Adoratrices, animándolas á levantar casa de nueva plan-

(1) Indica la nobleza de corazón de este Prelado que, al reparar en cierta ocasión lo atareadas que estaban las Hermanas para coser la ropa, encargó á la Superiora mandase por dos máquinas, que él regalaba. Además proveyó también de candeleros, jarrones y dos casullas. En todas ocasiones se portó como un verdadero padre.

ta, como así se verificó, contribuyendo S. E. I., para principiar con crecido donativo, siguiéndole otras personas piadosas y quedando el resto como peso del Instituto.

El año 1886, concluída la planta baja y parte del principal, trasladáronse á ella las religiosas y colegialas de la Ronda de Sancti-Spíritus el 13 de Diciembre, y D. Fr. Tomás Cámara y Castro, sucesor de los Ilustrísimos Sres. Lluch é Izquierdo, no sólo en la Sede salmanticense..... dióles permiso para servirse de la Iglesia de Santa María de los Caballeros (1); el día 15 del mismo mes y año se hizo la inauguración, dirigiendo su palabra en la función de la tarde el Sr. Obispo á la Comunidad y escogido público, explicando cómo había tenido conocimiento del Instituto por unas elecciones de Superiora general, que él presidió, y el alto concepto que desde entonces le mereciera, y encareció sobre modo las raras virtudes de nuestra venerada Madre Fundadora ».

Pocos meses después finalizaba su carrera mortal y gobierno de su generalato de la Congregación la M. María de Jesús.

Dediquémosla dos líneas biográficas.

LA RDA. M. MARÍA DE JESÚS, en el siglo D.^a María de los Dolores Craywinkel y Hurtado de Mendoza, abrazó el Instituto el 31 de Octubre de 1858, á la edad de treinta y siete años; viuda ya de D. Joaquín Alberín, administrador de rentas en Santiago de las Vegas (Isla de Cuba). Nació en 19 de Marzo de 1821, en Madrid, y descendía de preclara familia militar de Cataluña, era

(1) Hecho el arreglo parroquial, el mismo Ilmo. Prelado la cedió á la Comunidad, por Decreto de 20 de Mayo del año 1888.

nieta del Mariscal de Campo del mismo apellido, Gran Cruz de San Hermenegildo, y de los Marqueses de Hermosilla.

«Hermoso conjunto de prendas naturales la adornaron: fué en extremo hermosa, de muy buen talento, fina, de carácter apacible, y poseyó esmerada educación. Su dulce trato y las virtudes que sobresalían en ella, le merecieron entre la sociedad barcelonesa altas consideraciones y hasta el calificativo de santa. Leía con exquisita unción, y tenía extensa y linda voz para el canto, lo que ejecutaba con tal sentimiento que no sólo las personas de casa, sino las de fuera deseaban oirla, por el fervor que sentían. Grande inclinación á las prácticas religiosas y un abrasado amor á Jesús Sacramentado, eran como su principal distintivo; constituyendo también como parte de su carácter extremada delicadeza de conciencia, rayana en escrupulosa».

El año 1859 fué nombrada Superiora de la Casa de Valencia. Mas su quebrantada salud la obligaba de ordinario á no salir de sus habitaciones, y no ocuparse tan de lleno en los asuntos del Instituto, como hubiera deseado. Sin embargo, mucha ayuda prestó á la M. Sacramento en época en que la escasez de personal y aglomeración de trabajos constituían para la Fundadora abrumadora carga. Prueba del afecto que le merecía fué el haberla designado para que la sucediese en el cargo, lo que el Capítulo general, celebrado en Madrid á 10 de Enero de 1866, bajo la presidencia del Emmo. Sr. Cardenal de Alameda y Brea, Arzobispo de Toledo, confirmó con sus votos unánimes. Nunca admiraremos bastante esta previsión de la moribunda Fundadora. Por ello señalaba con el dedo á la más digna; y alejaba de sus hijas el germen de la vacilación y de la discordia. Por aquel suspiro de toda su vida hacia la dulzura de carácter acaso, y

como á semejanza de la malograda hermana Caridad, aunque viere marchitos antiguos encantos, fijó sus ojos en la delicada y amable Superiora de Valencia. Y el motivo de haberse retardado tanto dicho Capítulo, fué debido al quebradizo estado de salud en que se encontró ésta desde el fallecimiento de su ínclita Fundadora.

Durante el generalato de la M. María, fueron aprobados en definitiva las Constituciones y el Instituto; y se compuso el ceremonial para la imposición de hábitos y profesiones. Obtuvo de Su Santidad la concesión de que el velo de las Hermanas Coadjutoras fuese negro en vez de blanco. Y realizó el deseo de M. Sacramento, introduciendo la toca cerrada, y uniformó el traje de las colegialas. Llevó á cabo las fundaciones de Ávila y Salamanca, é intervino en la compra de la casa de Madrid, que hoy posee el Instituto, cuyo primer plazo tuvo el consuelo de pagar antes de su fallecimiento.

Nombró el 11 de Noviembre de 1867 á la M. Espíritu Santo, Superiora de este colegio de la corte.

Penosa y larga fué su última enfermedad, en la que dió edificantes ejemplos de paciencia y resignación á la voluntad divina, demostrando apacible alegría en medio de sus sufrimientos. Después de recibir el santo Viático hizo que las Hermanas y colegialas cantasen junto á ella un motete á su amado Señor Sacramentado. Ocurrió su preciosa muerte el 14 de Abril de 1873, en la casa de Barcelona, como se ve, á la edad de cincuenta y dos años, y quince de vida religiosa.

La Rda. María del Espíritu Santo se encargó del gobierno del Instituto como Superiora general interina desde la muerte de M. María de Jesús al 27 de Junio de 1874, por acuerdo del Vicario capitular, Gobernador eclesiástico de la diócesis de Toledo Muy Ilustre

Sr. D. Santos Arcimaga, que no creyó oportuno la reunión del capítulo general con motivo de la guerra civil, hasta dicho día 27, en el cual fué nombrada Superiora general, presidiendo el Capítulo general de elección el Excmo. Sr. Dr. D. Francisco de Sales Crespo, Obispo de Archis.

Del pasado año de 1873 y mes de Junio, encuentro correspondencia de la Condesa viuda de la Vega del Pozo á la M. General, que manifiesta sus afectuosos sentimientos para con el Instituto de su hermana política, á la par que les ofrece el resultado de sus inteligencias en los arreglos testamentarios de la Vizcondesa.

El período de república, que entonces había dominado, pasó como relámpago, y ya con la restauración del trono y la venida de D. Alfonso XII, reanudadas las relaciones con la Santa Sede, fueron más acariciadas todas las Congregaciones é Institutos religiosos; y unas y otras Órdenes, autorizadas por los Gobiernos, difundieron rápidamente por toda la península al amor y cariño de los pueblos (1).

En el período del anterior generalato, revolucionario por de fuera, y de suave dominio por de dentro, se abrieron en las casas de Adoratrices refugios para sus perseguidos maestros de espíritu (2).

Con gozo he leído, en una crónica que habla de las mercedes de la venerada Madre, referencias de éstos

(1) En el año de 1879 obtuvieron las Señoras Adoratrices nueva Real orden para fundar en toda España.

En el mismo año se consideró, de Real orden también, al mismo Instituto como benéfico, aunque de carácter particular, y exento de contribución.

(2) Al P. Joaquín Suárez (*alhaja* que decía M. Sacramento), persiguieron en Zaragoza los sicarios, aun dentro de la casa, por lo que buscó el refugio de la de Madrid, donde descansó en paz.

que intitula fugitivos, en términos sentidos y respetuosos. Cuando el enemigo fustigaba á todos, la alianza entre antiguos amigos era estrecha; al asomar tiempos mejores, la mudanza de gobierno y de carácter resfrió la intermitente amistad.

¿Se había cumplido antes un hermoso vaticinio, ó ha brevos de esperar más lleno cumplimiento? Tú ¡oh Señor! préstanos á todos luz y amor divinos.

Mientras tanto, prosigamos la narración de posteriores fundaciones.

La de Pamplona fué la que primeramente tocó erigir á la nueva Superiora General, el año 1877, luego de retirarse de las montañas las aldeas guerreras de Navarra.

El lector puede traer á la memoria el viaje de la Madre Sacramento á Pamplona, y cuán á punto se hallaba para abrirse esta casa, en los días del Obispo Sr. Andriani, y Gobernador civil D. Trinidad Sicilia, siendo así que se había obtenido la Real orden en 7 de Agosto de 1860.

Por instancias del nuevo Prelado Sr. Oliver y el celo de su Secretario de Cámara D. Pedro Velasco, se presentaron en Pamplona en dos ocasiones religiosas comisionadas por la General, sin vencer las dificultades de la casa, aunque recibidas las bases de la instalación. Finalmente, y fué lo más obvio, existía una casa-asilo para jóvenes arrepentidas, con el título de Colegio de Nuestra Señora de la Merced; y la Junta de señoras y su Presidente el M. I. Sr. Deán D. Luis Elío, acordaron ofrecerla á las Señoras Adoratrices, la cual aceptó M. Espíritu Santo. El día de San José de 1877 se instalaban en ella la M. Antonia Gonzaga, las Hermanas Angela de la Cruz, Bautista de la Cruz, María Eduarda, Coadjutora y María, hija de casa. Son de nombrar las señoritas fun-

dadoras D.^a Rafaela y D.^a Luisa Vidarte, D.^a Cándida Breto, señora de Sagarduy y Sres. Artola, de cuya familia contaban las Adoratrices ilustre vástago.

Se preparó bella función religiosa, realzada por la guardia de las Hermanas, donde el Sr. Velasco entonó el *Te Deum*, y desahogaba luego su corazón en ferviente plática, encareciendo el germen moralizador de que iba á gozar la región navarra.

Acabado el acto, las señoritas mencionadas entregaron las llaves de la casa á la M. Antonia con las seis colegialas que la habitaban, y se demostró cuán sinceramente se había hecho la oferta, al completarla al día siguiente con donativos en metálico, muebles y objetos de adorno.

En 16 de Abril visitó esta nueva casa la Superiora General con la Hermana Imelda de Jesús, estrechando más íntimamente los vínculos de cristiana amistad con los señores y señoras citados, que se gloriaban con el título de Adoratrices externas.

En los primeros días que la M. Espíritu Santo pudo dedicarles, se trató de adquirir la casa del Sr. Cortí, donde siempre se habían puesto los ojos, y á donde se trasladaron, por fin, el 13 de Junio siguiente. Después vinieron las amargas, porque fuera grande ventura para tan corto plazo. Se les había ofrecido cuantioso donativo de la testamentaría de D. Ramón Vélez y Medrano, Marqués de Fontellas, sin que llegara el día de su cumplimiento, sino la parte de seis mil duros solamente, y después de doce años de espera.

Poco desarrollo cabía en el Colegio, hasta el 1881, en que el Rdo. Prelado señaló una pensión que permitiera el admitir unas treinta colegialas, pensión que han continuado otorgando con sus bendiciones y benevolencia los Obispos sucesores.

En 1882 se inauguró nueva capilla, dedicada al Sagrado Corazón, la cual adornaron las señoritas de Vidarte con ricos tapices antiguos, y custodia labrada con la riqueza de todas sus alhajas; y posteriormente con los patrimonios de Adoratrices de la población y otras limosnas, se extinguieron deudas, se adquirieron espacios, se mejoraron las crujiás, dando cabida á sesenta colegialas, y local independiente para ejercicios espirituales de las Señoras.

La fundación de Logroño lleva insculpidos los bríos de aquel país, habiendo sidoalzada por dos corazonadas. Aquí bastó un alma riojana de buen espíritu, y una adoratriz digna de ser Superiora.

Revoloteando por un lado y otro, ya á la M. Sacramento un Sr. Corrales en 1865, ya el canónigo Sr. Rubio, de Valladolid, en 1879, habían preguntado las condiciones para fundar, y en virtud de estos atractivos se llegaron las religiosas á Logroño á explorar el terreno, siendo Obispo de Calahorra D. Gabino Catalina. Consejo de éste fué que se solicitara de D.^a María del Barrio, viuda de Adana, una casa que poseía en Logroño, su país natal. Las adoratrices de Madrid se la pidieron, y la desprendida señora se la entregó, gozándose en los recuerdos del día de Dolores en que esto acaecía. Cuando se fué á examinar, un dolor acometió á todos, al ver que no reunía las condiciones apetecidas. Hubo de aclararse así á su dueña, la que, lejos de molestarse, manifestó que podían disponer del valor de la casa prometida, y les ofrecía un terreno además cercano á la ciudad, donde edificar de nueva planta, y según los planos más idóneos. Y en aquel lugar, á diez minutos de la población, se alza gallardo el edificio. Comenzaron las obras en la primavera de 1882; para Septiembre de 1884 se inau-

guraba la capilla provisional, y en Abril de 1885 la ya definitiva y brillante, que bendijo el Abad de la Colegiata D. José María Escudero, hoy Obispo de Osma.

Había sucedido que los contratistas se dormían en sus prórrogas, y ya la resuelta Madre General envió su personal para que inaugurara la casa. Se encontró, como se temía, en extremo atrasada, y todos los amigos se oponían á que permanecieran en ella las religiosas, pues era quedarse en una venta robada. Mas la M. Antonia Gonzaga contestó que allí harían asiento desde aquel mismo día, buscando un hombre de confianza para su guarda. Más tarde, tratábase de tener reservado en la capilla, y zozobraba la M. Antonia no fuera caso la profanasen por lo desguarnecida; y entonces fué el Abad de la Colegiata quien dijo que él respondía del orden, pues los hijos de aquel país bajo una áspera corteza esconden un corazón de oro; y ocurrió así que, en los dos meses de vivir sin llaves ni candados, ni una vez cundió el grito de alarma.

Á esta inauguración asistió la M. María Puridad en representación de la Rda. M. María del Espíritu Santo, que se hallaba gravemente enferma. También asistieron la Superiora de la casa de Pamplona y varias Hermanas de Zaragoza y Burgos, y la bienhechora y fundadora, Exema. Sra. D.^a María del Barrio, la que se hospedó en la misma casa-convento, quedando á regir la casa las Hermanas: Angela, Judit, Maravillas, Aurora, María de Jesús, etc.

Por entonces, y con grandes sacrificios del Instituto, no pudo hacerse más que la iglesia y una ala de casa, pues todos los ofrecimientos del Sr. Catalina quedaron incumplidos con su muerte. Nombrado Obispo de Calahorra el Sr. Cascajares, dió mil duros el año 1885 para terminar el principal y segundo piso, con lo que ya pu-

dieron recibirse hasta veinticinco colegialas; el año 1889, D.^a María del Barrio pidió los planos del ala derecha á la Madre General que había sucedido y por su cuenta terminó el edificio. Se inauguró este segundo pabellón el día 5 de Agosto de 1890, quedando la casa desahogada para setenta colegialas.

Posteriormente, en 1899, regaló un magnífico altar gótico dorado, y de nuevo proyecta dicha señora ampliar el edificio, hasta que el número de las acogidas llegue á ciento. Parece, como si el Señor se complaciera en ensanchar los senos de la caridad de tan ilustre riojana, y hacerla feliz, creándola una familia, en las Desamparadas, que la aman y la veneran como á su madre y protectora.

La Casa-Colegio de Bilbao lleva igualmente el sello de aquel foco de energías y aquel relicario de la piedad. Brillaron allí distintos nombres, como centro de las sociedades y las empresas, debiéndose la iniciativa al Arcipreste D. Prudencio Aguirre, y el desarrollo á los Presbíteros D. Leonardo Zabala y D. Estanislao Jáime de Labayru. Bendecido y aplaudido el pensamiento por el Prelado, eligieron el terreno las religiosas en Noviembre de 1882, allí donde se ha erigido tan lustroso y esbelto, en la carretera de Begoña, y á la vista del monumental santuario, parte regalado por D. Juan José Gorostizaga, y el resto comprado. Al despedir luego á las mensajeras, el señor Arcipreste no suplicó más que planos y maneras de complacer en sus construcciones á la Congregación: lo demás corría de cuenta de su celo, y de las señoras D.^a Nicolasa Ansoleaga, viuda de Pueyo, y D.^a Teresa Nagusía, que las habían acogido y se ofrecían como bienhechoras de la fundación.

Inauguráronse las obras en la primavera del 1883,

y para promoverlas se llegaban la M. Antonia Gonzaga y Hermana Judit de Jesús el 19 de Junio, día en que se recibía en la villa el cadáver del fundador Sr. Aguirre.

Y no había dejado nada dispuesto, ni en sus cláusulas testamentarias. Pero quedaba de intérprete de su voluntad su buen amigo D. Leonardo Zabala. Y éste se constituyó en alma de la fundación.

En el otoño del 1883 D.^a Francisca Amézola, viuda de López, entregó al Sr. Labayru 40.000 pesetas para la capilla del Colegio.

De nuevo en Agosto de 1884 visitaban esta obra la M. Antonia Gonzaga con otras hermanas, recorriéndose en la casa hospedería de las monjas Clarisas.

El 28 de Noviembre celebró en el oratorio reservado, por vez primera, D. Leonardo de Zabala, con asistencia de D. Estanislao de Labayru.

En las crónicas de sus fundaciones leo la memoria que estas religiosas conservan de tan recomendables sacerdotes, y otros bienhechores, como su corona de estrellas, en esta forma:

«Á estos dos dignos y virtuosos señores debe la fundación su vida y crecimiento: falleció él que la inició; y D. Leonardo se constituyó en padre, protector y apoyo; á él se le debe que las principales familias de la población conociesen y amasen la fundación. La familia entera de los señores de Ibarra fueron sus mayores protectores. Don Gabriel y sus hijos D. Fernando y D.^a Rafaela llegaron á mirar la fundación como cosa propia, é interesaban á sus amigos para favorecerla y se inscribiesen en la suscripción mensual. Allí figuran los nombres de la viuda de Epalza, de la viuda de Adám de Yarza, etc... los apellidos de la piedad.

»El Sr. Labayru no se quedaba á la zaga en el oficio de protector, y sigue siéndolo; á él se deben muchas de

las vocaciones que hoy cuenta el Instituto, y que muchas señoritas de lo más despierto vivan tan contentas y felices en la vida adoratriz, como él se prometía al aconsejarles el camino del Instituto».

La inauguración del primer pabellón de la casa y la capilla fué el 4 de Octubre de 1885.

Quedó de Superiora la Rda. M. Antonia Gonzaga, sustituida luego, á primeros de Enero de 1886, por la reverenda M. María Antonia, y de comunidad las Hermanas Judith de Jesús, Imelda, etc.

A poco, dos señoras hermanas, D.^a Pilar y D.^a María Zubiria, aconsejadas de D. Leonardo de Zabala, ensancharon el edificio, dotándole de holgura para cien colegialas.

Desde que la fundación existe se cuentan seiscientas ochenta y cinco las colegialas recibidas, y dieciseis las que han salido para seguir de cerca al Redentor en la perfecta vida de las Congregaciones religiosas.

Fundación del colegio de Granada (1879-1893). — El día 2 de Julio de 1879 inauguróse en Granada la pequeña capilla y casa que para la Comunidad de Religiosas Adoratrices habilitó en una parte de su palacio la Excelentísima Sra. D.^a María Luisa de Sierra y Muñoz de Guzmán, Condesa viuda de Santa Ana, por consejo del Excmo. Sr. Arzobispo D. Bienvenido Monzón.

Reducidísimo era el local, pudiendo disponer solamente de una crugía al Norte, y tan húmeda, que sólo por amor de Dios cabía habitar aquellas piezas oscuras y mal ventiladas.

En tan malas condiciones, y perdida toda esperanza de mejorar, no es de extrañar durase tan poco en Granada este ensayo de fundación, la cual deshízose á los dos años por varios motivos.

«Había ingresado en el colegio una joven de diecisiete años, conocida entre la sociedad, á la que escandalizaba y servía de tropiezo, con el nombre de «La perla de Granada», ignorante hasta de los primeros rudimentos de nuestra sacrosanta religión. Un mundo nuevo vió abrirse ante sus ojos en las prácticas religiosas cotidianas, como la explicación del catecismo, y, enamorada de sus enseñanzas, supo corresponder á la gracia, portándose como verdadera penitente (1). Aterrada ante la irrevocable resolución de su madre, que no gozaba de buena reputación, pidió al Señor con tanta vehemencia morir antes que ofenderle, que al salir de la función de manifiesto, á la que había entrado llena de vida y de salud, se sintió enferma. Se descubrió á una Hermana, añadiendo que creía haber sido oída por el Santísimo Sacramento, y que aquella era su última enfermedad. En efecto, á los pocos días ya no pudo salir de la enfermería no sin gran contento de su alma, que esperaba la muerte con gozo difícil de explicar. El Señor se la concedió preciosa, y en sus últimos días la visitó con favores extraordinarios, como hacerla ver la gloria que en el cielo disfrutaban varias Hermanas del Instituto, y la que á ella misma le estaba reservada, siendo de notar que, ignorando la muerte casi repentina de Hermana Irene de Jesús (novicia), refirió á la enfermera cómo había visto subir una Hermana jovencita al cielo, aquella mañana, entre las dos y las tres (hora precisamente en que la Hermana Irene expiró); preguntóle la Hermana enfermera si la había conocido, y contestó que no, porque despedía de sí gran resplandor, pero que era extraordina-

(1) Traída al colegio de Madrid con otras dos más, al levantarse la casa de Granada, poco tiempo la dejó en paz el enemigo común, quien, por medio de su madre, pretendió sacarla de la casa de Dios.

riamente hermosa, aunque de pequeña estatura. Nadie dudó que había sido el alma de la citada Hermana, que murió como un ángel, y era bajita y agraciada, y la belleza con que aparecía podían prestársela muy bien los rayos de gloria que la envolvían.

También dijo á la Hermana María del Sagrario, que mucho tiempo hacía se hallaba baldada, como seña de su entrada en el cielo, la alcanzaría la gracia de su curación; y efectivamente, la Hermana recobró la salud por completo, desempeñando los cargos que la obediencia le confiara hasta el año 1897, que descansó en el Señor» (1).

La virtuosísima Condesa de Santa Ana, pasados los primeros meses de amargura, volvió á insistir en su pretensión de que fueran las Hermanas, y el Excelentísimo Sr. D. Bienvenido Monzón no cesó durante su vida de animarla, para que no cejase en tan buen propósito.

Tan reiteradas súplicas por parte del Prelado y la señora Condesa, la generosidad con que esta señora, por medio de escritura pública, les dió su palacio en propiedad, reservándose sólo una parte en usufructo, y más tarde el donativo de 12.500 pesetas que hizo á la Comunidad el M. I. Sr. D. Miguel Nocate y Ruíz, Dignidad de Maestrescuela de aquella Santa Iglesia Metropolitana, como testamentario de D.^{ña} Angustias Zabala, inclinaron el ánimo de la Reverendísima Superiora general, para reinstalar el colegio de Granada, y previa la venia y bendición del Excmo. Sr. D. José Moreno Mazón (2), su-

(1) Del Archivo de la casa.

(2) El Señor no dió el consuelo de verlas otra vez en su diócesis al Sr. Monzón, pues le llamó para sí antes, y murió en su palacio de la Zabia, víctima del cólera, el verano de 1886, preconizado ya Arzobispo

cesor del Sr. Monzón Martín y Puente, envió, con fecha 19 de Febrero de 1893, á las precursoras Judith de Jesús y Micaela de Jesús.

La reapertura de la Casa-Colegio, se celebró con solemne tríduo en los días 23, 24 y 25 de Junio del mismo año, asistiendo la Rma. Madre y buen cortejo de Hermanas, no menos que con gran contentamiento de la población. El primer sermón lo pronunció el Excmo. señor Arzobispo.

Se dotó al Colegio de personal hábil, y entre ellas la hermana Judith de Jesús, Superiora, hermana Micaela de Jesús, hermana Lorenza del Corazón de Jesús, etc.

El Señor se ha dignado bendecir esta fundación con excelentes vocaciones de familias muy distinguidas por su piedad y acomodada posición.

El 29 de Septiembre de 1896 ocupó la Comunidad toda la casa-palacio, por fallecimiento de la insigne bienhechora, que murió con la muerte de los justos en Granada, el 26 de Agosto del mismo año. Legó al Instituto en su testamento varias alhajas de valor y cantidad de objetos de plata. Desde esa época el número de colegialas subió á treinta y cinco (1).

de Sevilla; mas por una fineza digna de consignarse aquí, no olvidó en sus últimas disposiciones á las Adoratrices, dejando en su testamento un recuerdo para cuando volvieran; tal era la convicción que abrigaba de que el cielo accedería á sus ruegos.

(1) Posteriormente, y debido á la munificencia del excelentísimo Sr. D. Valentín Agrela, que cedió generosamente el usufructo de parte del dote de una de sus hijas, religiosa en esta Comunidad, se construyó de nueva planta, bajo la dirección del Arquitecto diocesano D. Juan Monserrat, una ala de casa y hermosa capilla, de orden gótico, cuya inauguración tuvo lugar el 2 de Febrero de 1901, quedando la casa capaz de albergar á sesenta colegialas.

Plácenos intercalar en este punto, donde lo reclama la cronología, consolador suceso de reconciliación.

Pues en Octubre de 1882 volvió á la casa de Madrid D. Santiago de Masarnau, para entregar una limosna en memoria de un hermano suyo que acababa de fallecer. Y deploraba entonces con gran sentimiento su desvío para con la Vizcondesa de Jorbalán, prestando crédito á las difamaciones levantadas contra ella por personas piadosas. Deseoso de reanudar las buenas relaciones de tiempos anteriores, no omitía visitar la casa.

Por última vez se presentó en 1884, por hallarse vecino á la muerte, y quería antes pedir perdón de rodillas á las hijas de M. Sacramento, por tantos disgustos, decía, como le hubo ocasionado: intentó arrojarse al suelo para verificarlo, pero se encontró entre los brazos de unas y otras religiosas, y sus palabras de animación y consuelo. También con la voz muy conmovida procuraba elogiar la sólida y cristiana educación que recibían las colegialas, exhortando á continuar en tan alta empresa (1).

Por la memoria de tan ínclito varón, estampamos estos rasgos de humildad y de justicia, tanto más que nos ahogaba la pena de dejarle anteriormente como huído de la gran Sierva de Dios.

En el año 1888 ocurrió la dolorosa pérdida de la tercera Madre General.

RDA. M. MARÍA DEL ESPÍRITU SANTO.—Huellas de esta señora habíamos rastreado en las páginas de la admira-

(1) Prueba evidente de su adhesión y generosidad para con el Instituto, fué el rico legado que dedicó al Noviciado de Madrid en su fallecimiento, por lo cual se le considera como á uno de sus insignes bienhechores.

ble Fundadora. Su epistolario está esmaltado de frases originales dedicadas á la Superiora de Barcelona, María del Espíritu Santo.

El despejo natural, su espíritu valeroso y resuelto, su educación brillante y gusto exquisito, eran partes idóneas para oír y escuchar de labios de la gran Madre y aprender mucho de su original escuela. La discípula estaba poseída del asombro respecto de M. Sacramento. Solía decir de ella: «Era un gigante, alma extraordinaria: no hay piés para seguir sus huellas».

Sin embargo, cuando la colosal Fundadora repasaba con ojo escrutador y cariñoso la casa de Barcelona, exclamaba gozosa, á la vista de los reflejos de la disciplina y el orden, de la economía y el ingenio que allí resplandecían: « ¡Qué bien lleva la casa Espíritu Santo! María de Jesús y ella llevarán adelante el Instituto. Me consuelo mucho con esta hija ».

Para las Desamparadas había sido una especie de imán irresistible que las atraía, las convertía y haciendo de ellas cuanto quería. Tenía el dón de hacer felices á cuantas personas la rodeaban, con lo cual les dulcificaba la vida de privación y orden que la observancia de su reglamento les impone; siempre fué para ellas como la más tierna madre. Durante su primer cargo de Vicesuperiora de la Casa de Valencia, pasaba la mayor parte del tiempo en las clases, y más tarde solía decir que la época más feliz de su vida era aquella en que había podido vivir toda consagrada á la inmediata conversión é instrucción de las pobres Desamparadas.

Era sumamente activa, y se distinguió de una manera especial en el celo por el decoro de la Casa de Dios y esplendor del culto divino, que tan eficazmente imprimía en sus hijas la sierva de Dios, y fué un remedo de ésta en la misericordia con toda clase de desgracia-

dos que acudiesen al Instituto en demanda de consuelo: en la caridad con las enfermas se excedía á sí misma.

Entraba en el Generalato, como se advierte, en las condiciones más risueñas: alma de temple, con salud y fresca edad, de selecta escuela y experiencia probada, encendida en las brasas de amor al Instituto, y en los años de la restauración del trono en España, cuando florecía la paz y se respiraba el dulce ambiente de ciertos respeto y orden: era la hora de salir á plena luz, y expansionarse y desenvolverse.

A su táctica y superior talento debe el Instituto la magnífica posesión de la Casa matriz, situada en Madrid en la calle del Duque de Osuna, número 5.

Durante su gobierno se logró la plena posesión del suntuoso edificio en la capital de Cataluña; se alzaron, según hemos relatado, las fundaciones de Pamplona, Logroño y Bilbao, y se terminaron grandes reformas en las casas ya existentes.

Inauguró asimismo la clase de niñas, tituladas «Josefinas», pensamiento tan acariciado por la fundadora, que ya en su tiempo empezó á plantearlo, y por falta de personal no pudo llevarlo á cabo.

También le asaltaron, como era fuerza, amarguras íntimas, y enfriamientos de relaciones, que fueron como olas á estrellarse en la roca de su carácter. Por estas resistencias de oleaje acaso, se le fué formando un ánimo receloso. Rodeaba su persona de aires de respeto, aun para el trato de fuera de la Congregación.

Fué suplicada al Papa por el Consejo de las Rdas. Madres para continuar de Superiora General, y proclamada en Capítulo de 1884, celebrado en Madrid, que presidió como Delegado siendo Obispo auxiliar de Toledo.

Al fin, rendida su vigorosa existencia á los excesivos trabajos que se impuso, falleció en jueves santo,

29 de Marzo de 1888 (á los 55 años de edad y 29 de religiosa), en la Casa de Valencia.

Había nacido en Vila Rodona, Obispado de Barcelona, provincia de Tarragona, en 10 de Septiembre de 1831, hija legítima de los Barones de Vilardida, señores Tudó y Dorsay.

Inmediatamente tuvo lugar el Capítulo general con fecha 27 de Abril del mismo año, en la Casa-Matriz, presidido por D. Ciriaco Sancha y Hervás, Obispo de Madrid-Alcalá. Resultó elegida con mayoría de votos la Rda. Madre María de la Consolación de Jesús.

La cual M. General continuó las fundaciones en el siguiente orden:

Del colegio de Gerona (1892).—Á la M. San José, en el siglo D.^a Joaquina Gruart, viuda de Calón, cabe intitular la fundadora de esta casa, ya que constantemente la suplicaba al Señor por ser su país natal, y donde anhelaba invertir su patrimonio.

La Rma. M. María del Espíritu Santo la envió á Gerona en 1883, á este propósito, acompañada de la Reverenda M. Consolación de Jesús, su sobrina carnal, á fin de explorar algunos terrenos, y pedir la oportuna vènia al Prelado. El Sr. Obispo D. Tomás Sivilla, las recibió con paternal afecto, tanto más que conoció á la Reverendísima M. Sacramento y su colegio de Madrid, otorgando su bendición y permiso para fundar en la capital de su diócesis.

Después de ver varios solares, volviéronse á Barcelona muy bien impresionadas, tanto del recibimiento del Prelado como de los obsequios y atenciones de los parientes y amigos de entrambas Madres.

Llevadas á feliz término las dos anteriores fundacio-

nes, y fracasada la tercera de Tarragona, tratóse de llevar á cabo la comenzada de Gerona, mas lo impidió la dolorosa enfermedad que atacó á la Rma. M. Espiritu Santo. Fallecida ésta por desgracia, la primera diligencia de su sucesora fué continuar con el pensamiento interrumpido, y al girar su visita á la casa de Barcelona, se llegó hasta Gerona, en donde ultimando el asunto del terreno, pasó á saludar al Excmo. Prelado, hallándole ya algo frío, por el temor que abrigaba, según manifestó, de que las Adoratrices pudieran hacer competencia á otras religiosas; pero, sin embargo, volvió á bendecir á la Reverenda Madre y de nuevo la autorizó para alzar la fundación.

En Julio de 1889, la Rda. M. Antonia Gonzaga y la hermana Guadalupe de Jesús contrataban las obras, etc., y el 23 de Septiembre del mismo año se abrían los cimientos, conforme al plano ideado por la Rda. M. Antonia, bajo la inteligente dirección del maestro de obras y perito agrónomo Sr. D. Francisco Salvat y Junquera, y á la vista del Sr. D. Pedro Coll de Pol, tío y representante de la Rma. Superiora general.

Rápidamente, y sin contradicción alguna, marcharon los trabajos con el deseo de cubrir antes del invierno de 1890, cuando en el mes de Septiembre, y estando los muros á la altura de ocho metros próximamente, recibió el Sr. Salvat un oficio del Excmo. Ayuntamiento prohibiendo la continuación de las obras bajo especiosos pretextos de formalidades no cumplidas, etc.

Pudo conjurarse la tempestad, y ganarse detrás un pleito al Ayuntamiento, que trazaba una calle por la huerta de estas religiosas.

En 15 de Mayo de 1892 se celebraba la primera misa, aplazado el cortejo de brillantísimas funciones para la solemnidad del día del Carmen.

Fué nombrada Superiora la Rda. M. Corazón de Jesús, y de familia las hermanas Serafina de San Miguel, María Monserrat del Buen Pastor, María Mercedes, etcétera.

Á fin de año ya había veintitrés colegialas, y en el día de hoy cincuenta y cinco, habiendo salido algunas para los monasterios, y mereciendo ser, la primera que se recibió, hija de la casa, cofundadora de las de Roma.

El año 1893, con beneplácito del Prelado, se instaló una escuela de niñas pobres externas, conforme á los deseos que la Madre fundadora dejó expresados más de una vez; los resultados han sido cada día más brillantes, en vista de lo cual, el año 1900 se abrió otra igual en el colegio de Barcelona.

También les permite lo espacioso del local llenar el pensamiento de la Sierva de Dios, de dar ejercicios espirituales á las señoras.

Fundación de Oviedo (1895).—Las oraciones de la Rda. M. Ana de la Sagrada Familia, (en el siglo, doña Leocadia Zamora), fundadora de las Carmelitas Descalzas de aquella ciudad, y amiga íntima que fué de M. Sacramento, promovieron esta fundación.

Abrigaba tal convicción de que se llevaría á cabo, que, al vender un magnífico terreno de su propiedad, hizo constar en la escritura que el comprador se obligaba á venderlo á las religiosas Adoratrices en cualquiera tiempo que éstas lo quisieran, y por el mismo módico precio que él lo recibía; cláusula por la cual pudo adquirirse fácilmente terreno tan hermoso y capaz, donde precisamente se ha levantado el edificio.

El Sr. Obispo D. Fr. Ramón Martínez Vigil, en unión de los deseos de la M. Ana y D.^a Teresa Collantes de Herrero, hizo á la Superiora general Madre Consolación

de Jesús, proposiciones muy ventajosas; para agradecer y aceptar las cuales se personó ésta en Oviedo.

Grata impresión, y para no olvidada, recibió la Madre general por el fraternal agasajo con que la recibieron aquella buena Rda. Madre y Hermanas, y conmovedora estuvo en la primera entrevista la Madre Ana, cuyo saludo fué un alegre « ¡viva la M. Sacramento! » la que, como el anciano Simeón en otro tiempo, decía: « Ya moriré contenta, viendo en mi patria á las Adoradoras ».

Paternal acogida igualmente les dispensó S. E. I., al que visitaron en Somió, y entusiastas se mostraron las demás señoras que tanto las desearan, y aun otras que ninguna parte habían tomado en el asunto, de manera que la senda se allanaba por sí sola.

El 12 de Diciembre llegaron á Oviedo la Rda. Madre Antonia Gonzaga, hermanas María de las Maravillas y Bonifacia de Jesús, con una hija de casa; y el 15 recibían la visita del Exemo. Sr. Obispo, acompañada de gruesa limosna, el cual al día siguiente á las nueve y media de la mañana, acompañado de su Secretario y Capellán, bendijo el oratorio, y celebró la primera misa, administrando la Sagrada Comuni6n á las religiosas y bienhechoras asistentes, y dejándoles reservado el Santísimo Sacramento (1).

El edificio, cuyo plano es obra de la Rda. M. Anto-

(1) Merced á los donativos del Rmo. Prelado, de la Rda. Madre Ana y su familia los Condes de Peñalver, Sr. D. Policarpo Herrero y su Sra. D.^a Teresa Collantes, D.^a Florentina Escalera, Srta. doña Dolores Horcasitas, Exema. Diputaci6n Provincial, Sr. de Valle y Sr. D. Rodrigo Cuervo, que con abnegaci6n digna de elogio se expatri6 voluntariamente yendo á Cuba con el santo objeto de allegar recursos para la fundaci6n, se compr6 el terreno y firm6 la escritura el 25 de Enero de 1892.

nia Gonzaga, debe constar de dos pabellones con dobles crugías, la capilla en el centro y al interior por sus cuatro lados. Terminado el pabellón de la derecha, y habilitado para capilla provisional un salón, dispuso la Superiora General se procediera á la inauguración, la cual tuvo lugar el 21 de Agosto, en que se trasladó con toda pompa el Santísimo Sacramento por el M. I. Sr. Provisor; ordenados en devota procesión los trabajadores todos de la obra, siguiendo las Comunidades religiosas de Siervas de María, Hermanitas de los pobres, Hijas de San Vicente de Paúl, el colegio de Desamparadas y Comunidad de Adoratrices, presididas por la Rma. Superiora General, y crecido número de sacerdotes. Solemne tríduo coronó esta inauguración.

Al frente de la casa quedaba la Rda. M. Antonia Gonzaga, hermana Serafina de San Miguel, etc. (1).

En Capítulo general de 1898, presidido por el señor Arzobispo-Obispo de Madrid, D. José María Cos, fué reelegida General la misma M. Consolación de Jesús, siendo confirmada la reelección por la Santa Sede, conforme á las Constituciones del Instituto.

Sigue hoy (1902) rigiendo su Congregación, y cúmplenos solamente invocar para ella todas las gracias y dones celestiales.

En el mismo capítulo salieron elegidas: Vicesuperio-

(1) En Julio de 1898 pudo principiarse el otro pabellón con el legado que dejó D^a Dolores Horecasitas, y el 16 de Octubre, con asistencia de la Superiora general, puso la primera piedra de la capilla, en nombre del Prelado, el M. I. Sr. Provisor, dedicándola al Santísimo Sacramento

Quando se termine todo el edificio podrán pasar de ciento las colegialas, si hay medio; de subsistencia para ello: en el día se cuentan cincuenta y cinco acogidas.

ra General, M. Patrocinio de San José, y Consultoras, las Madres María Puridad, Antonia Gonzaga y María Antonia.

Recogidas con esmero las tradiciones de las casas, procuró la Rma. Madre imprimir el Reglamento de que hablan las Constituciones, el cual salió á luz en Salamanca el año 1894, y luego en Madrid en 1898.

Fundación del Colegio de Roma (1899).—Aquel ensueño y pensamiento de la Madre Fundadora de hallarse postrada á los piés del Papa, iba á realizarse al expirar el siglo XIX. Lo traían en su mente las sucesoras, y preguntaba la Rma. María Consolación de Jesús á sus amigos: ¿no será bien y discreto reverenciar ya personalmente á nuestro Santísimo Padre, y enterarnos del estado de la causa de nuestra Madre veneranda?—Sin duda alguna.

Y el 25 de Abril de 1899, se hallaban, en nombre de todo el Instituto, arrodilladas á los piés de Su Santidad, la Superiora General, y las dos Secretarias, Guadalupe de Jesús y Serafina de San Miguel, presentadas por el Rector del Colegio Español, D. Benjamín Miñana, las cuales ofrecían á su Padre, un obsequio labrado por manos de las colegialas, el amito para la Santa Misa.

El Padre Santo quedó admirado de aquel primor, y acogía con su paternal benevolencia los cariños de toda una reverente Congregación. Y como la manera de poner el Instituto bajo su guarda y amparo y estrecharse en sus relaciones, era vivir á su sombra, insinuaron al Papa la idea de fundar en la Ciudad Eterna.

Dos años hacía que lo tenía vedado el Jefe de la Iglesia, para impedir la aglomeración de fundaciones en la capital del orbe católico.

Mas él se informó, con cariñosas y múltiples preguntas, acerca del tiempo de la aprobación de las Constituciones, del número de casas abiertas y el fruto recogido en las colegialas.

Emocionado el Papa á medida que le satisfacían en sus demandas, prorrumpió en frases de loor de la Congregación, diciendo:

«Es obra de Dios, obra muy grande: ¡adelante, Madre Superiora, adelante!» lo que repitió varias veces, y después de breve pausa, continuó: «He dado hace dos años un decreto prohibiendo que en Roma se instalen nuevas fundaciones, pero á pesar de dicho decreto, deseo que vengáis...; decid al Cardenal Vicario que extienda la autorización».

Á todo lo dicho, dejábase traslucir la satisfacción que sentía, estrechando con ambas manos la cabeza de la Superiora General, y extendiéndolas sobre ella en actitud de bendecirla. Y como complemento dijo: «Bendigo á todas las religiosas, á todas las colegialas y á los bienhechores del Instituto».

Aquella bendición era la del Señor, fecunda en todos los órdenes. Se comenzaron á practicar gestiones en este sentido, y por todos los centros recibían aplausos.

La Rda. Madre se empapaba en este ambiente de satisfacciones, lo propio que en el de los santuarios y basílicas de la inmortal ciudad. Antes de retirarse de ella, obtuvo una gran merced para el Instituto, el cerrar los sagrarios de sus capillas con puerta de cristal, á fin de gozar de la vista del copón, con lo que se obtendría de continuo una patente exposición. Jesús Sacramentado se les mostró propicio, rebosando en ternuras.

Allá quedaba D. Benjamín Miñana, encargado de improvisar la fundación.

El 23 de Octubre de dicho año salían las designadas para Roma, pasando por Valencia con objeto de despedirse de los venerandos restos de la M. Fundadora, y pedirle una chispa del abrasado celo que le enardecía por la salvación de las almas, y así fortificadas volarían á trabajar con fruto por las pobres extraviadas en el centro de la cristiandad.

En la Piazza Fiamtta, núm. 11, tenían piso arrendado al objeto, é inmediatamente de llegar, bendijo el señor Rector el local destinado para oratorio, y celebró la primera misa, y en la festividad de Todos los Santos les dejó el Santísimo reservado.

Tan pronto como se hicieron las distribuciones necesarias, empezaron á recibir colegialas, permaneciendo en dicha casa hasta el año siguiente, en que alquilaron otro piso más higiénico—vía Carcano, núm. 37—no sin que, al habitarle el día de San Miguel, lo festejaron, celebrando en los tres primeros días el Emmo. Sr. Cardenal Parochi, el Emmo. Sr. Cardenal Casañas y el Obispo dimisionario de la Habana.

Creciendo el número de colegialas, se vieron de nuevo necesitadas de casa de mayor capacidad, y en punto más céntrico, para conveniencia de las labores; y después de largas gestiones, fué hallada providencialmente la bonita y tan adecuada que hoy poseen en propiedad, en la vía Leopardi, núm. 24.

El Emmo. Sr. Cardenal Vives bendijo la nueva capilla el 7 de Diciembre, acompañado de varios religiosos, y el día de la Purísima tuvo lugar la fiesta de inauguración, cantándose misa solemne con el Santísimo expuesto. Á la reserva de la tarde, asistieron el Sr. Arzobispo de Manila, varios religiosos Capuchinos, Agustinos, Escolapios y Carmelitas, Mons. Ángelo Mariani y

Monseñor Francesco Ciocci, también los Sres. Embajadores y otras personas distinguidas.

Fructuosos siguen siendo los desvelos de la fundación, y los alientos de las religiosas cada día más vigorosos ante la miés que se les presenta (1).

En 1902 componen ya la Comunidad diez Hermanas, y asciende á veinticinco el número de colegialas.

Colegio de Córdoba (1901).—Acaba de brotar esta fundación por expansión y fuerza del Instituto. La solicitaba ardientemente el P. Pueyo, Superior de los Misioneros del Corazón de María, varón de influencia religiosa en la pintoresca Córdoba. El venerable Prelado D. José Herrero y Pozuelo la bendijo con efusión, por haber conocido á la insigne Fundadora, de lo cual hemos hallado vestigios.

La comunidad se ha instalado en antiguo palacio nobiliario del Barón de San Calixto (2), adquirido á corto precio, de hermosa y grave fachada, con las características rejas, escalera lujosa y los desáhogados patios, cubiertos de flores y enredaderas. Es la casa más ostentosa, holgada y bella que hemos visto de las Adoratrices, salida, claro es, del molde de esos colegios escuadrados, compuestos de cuatro paralelas.

El 18 de Noviembre de 1900 decía la primera misa en oratorio provisional el P. Burgos, Provincial de dichos Misioneros; y el 17 de Enero de 1902 se bendecía la capilla, para dar lugar en los días inmediatos á la so-

(1) Los buenos amigos continúan favoreciéndolas con limosnas, mereciendo especial mención la virtuosa Exema. Sra. Condesa de Cerosi, que acaba de entregarles 5.000 liras, con el objeto de dilatar sus esperanzas y su colegio.

(2) Plazuela del Vizconde de Miranda, número 44.

lemne inauguración, á la cual asistía la Rma. M. General. La Hermana Judit de Jesús había preparado la casa y quedó de primera Superiora.

El Instituto, árbol del paraíso de la Iglesia, ha dado por fruto, desde su plantación hasta terminar el siglo XIX, el ofrecimiento y sacrificio de 1.014 hermanas, que se esforzaron por santificarse bajo su benéfica sombra.

Y las jóvenes recogidas, bien de las aguas del naufragio ó en sus resbaladizas márgenes, durante igual período, han sido 16.611; de las cuales regresaron educadas al seno de sus familias, 7.539; contrajeron matrimonio, 149; se colocaron honestamente, 6.312; abrazaron el estado religioso, 324; morando el resto en las escuelas de los colegios, fuera de algunas inconstantes y las fenecidas cristianamente en sus enfermerías.

Arbol tan fructífero, se ostenta lleno de vida, enriquecido de vigoroso jugo.

Es menester verlo, tocarlo con las manos: fuerza es considerar atentamente, el orden y la alegría que vivifican y enaltecen á estos refugios de desamparadas. Sola una voz descompasada, una nota de confusión, desconcertaría la armonía de estas pacíficas moradas; y, sin embargo, allí no reina otro secreto ni otra fuerza misteriosa para el triunfo de la concordia y la docilidad más que el buen ejemplo, la cristiana enseñanza, y la voz augusta de la religión.

¿Y qué providencia las sostiene? No existen aquellos ahogos de la Fundadora al romper en el planteamiento de sus ideales, sino que por cáuce abierto, sin cargo para el Estado ni los municipios, antes ayudando con sus dotes y patrimonios las mismas religiosas, recogiendo voluntarias limosnas, y con la oración y la labor de

sus manos, cosechan, como industriosas abejas en el retiro, el pan de su sostenimiento, y las luces y el incienso, todo el esplendor de sus altares.

¡Qué impresión tan profunda y dulcemente mística hemos experimentado al penetrar en la silenciosa y decorada capilla de Madrid, donde desde lejos declaran lámparas y candelabros que luce y arde manifiesto el amor del sagrario; y andando, andando, antes de subir á los piés del altar, se tropieza con recogido grupo de colegialas que robustecen la guardia de las hermanas, todas de rodillas, calladas...; si rompe el silencio alguna voz, es la plegaria por necesidad apremiante... en tiempo de la pasada guerra oraban estas mismas colegialas puestas en cruz; y siempre para conmover el corazón de Jesús y detener sus brazos, no los caiga airados sobre este mundo de tinieblas y prevaricaciones, sino que los extienda misericordioso, atrayendo á las almas pecadoras, cobijando entre ellos á sus predilectos siervos!

Cuando los hombres honrados reposan en brazos del sueño, y los impíos abusan de la obscuridad de la noche, velan y oran estos ángeles de las Casas de las Adoratrices; las mismas que trabajaban en la luz del día, velan, recordémoslo bien, por nuestra salud y la prosperidad de la Iglesia y del Estado.

¡Respetemos, bendigamos la obra de la M. Sacramento, que es obra misericordiosa de Dios!

Decreto de Introducción de la causa de la Venerable María Micaela del Santísimo Sacramento

Como eran nuestros ardientes votos, cerramos esta historia de M. Sacramento esmaltando su memoria con la aureola de veneración que acaba de acordarla el Pontífice Sumo. Hé aquí su resolución solemne:

« Hecha después relación de todo esto á nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII por el infrascripto Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, Su Santidad, ratificando el acuerdo de la misma Sagrada Congregación, se dignó firmar con su propia mano la comisión para la introducción de la causa de la Venerable sierva de Dios María Micaela del Santísimo Sacramento, el día 19 del mismo mes y año » (1).

Tributemos, pues, á la heroica fundadora los homenajes de veneración, estima y respeto que la Iglesia le consagra. Invoquemos su nombre y su protección laureados con el título de VENERABLE, no cejando hasta entronizarla en los altares.

Nosotros habíamos comenzado por historiarla con el respetuoso y cortés trato humano, huyendo de los sobrenombres sagrados que saltaban á la pluma, para ajustarnos á la sabia norma establecida por la Santidad de Urbano VII, ya que tratábamos de un personaje histórico sencillamente; en adelante, otra será la consideración de sus biógrafos desde las primeras líneas.

La introducción de esta causa en la Sagrada Congregación dará margen á nuevo y más autorizado proceso apostólico, convocando á testimonios depurados y con-

(1) Al final de los apéndices publicamos el texto íntegro del Decreto.

trovertidos, á revisiones de altos tribunales de las Congregaciones, y supremos fallos de la Silla Romana.

Por otra parte, se compulsarán las noticias, se fijarán datos cronológicos, y se esclarecerán obscurecidos rasgos de sus virtudes y hazañas.

Ocasión será entonces de enmendar y embellecer este esbozo de la figura de la sierva de Dios, dibujarla otra pluma con más holgado y no interrumpido estudio, con arte y corrección atildadas, prestarle el colorido que brota del inspirado ingenio y los afectos del alma devota, para presentar el retrato acabado y digno de la aristócrata y religiosa española.

¡Bendecido sea Dios siempre en las obras portentosas de sus Santos!



APÉNDICES



APÉNDICES

Sobre el capítulo II, página 13

Carta de S. M. la Reina D.^a Isabel II

Á la Vizcondesa de Jorbalán.—Hemos visto con sumo gusto que has terminado tu obra en beneficio de las jóvenes Desamparadas, formando una Congregación religiosa de Señoras bajo el nombre de Esclavas del Santísimo y de la Caridad, que unidas á tí, han de atender á la instrucción religiosa y social de aquéllas; y nuestra satisfacción ha sido mayor, viendo la aprobación que han merecido al Muy Reverendo Cardenal Arzobispo de Toledo, como Prelado diocesano, y de varios otros Prelados que la apoyan y recomiendan á Su Santidad para que se digne elevarla á Instituto religioso.

Deseando, pues, darte una prueba del verdadero y entrañable afecto que te profesamos, uniremos nuestros votos á los tuyos y al de los Reverendos Prelados ante Nuestro Santísimo Padre el Papa Pfo IX, suplicándole que confirme y apruebe y bendiga lo que has hecho en una obra de suyo tan cristiana y civilizadora, contribuyendo de algún modo por nuestra parte á la gloria de haberse planteado en la capital de la Monarquía española la Vela perpétua al Santísimo Sacramento, para consuelo de la Iglesia católica y el bienestar de nuestra nación, por cuya paz y felicidad, y la salud de nuestros amados hijos, y de toda la Real familia, esperamos que rogaréis sin cesar—*Isabel.*

21 de Enero de 1860.—(Es copia).

Sobre el capítulo V, página 47

Tomándolo de apuntes de la misma Vizcondesa, su primer biógrafo historió, al llegar á este punto de jóvenes irreflexivas, un tejido de crímenes, perpetrados por una niña, hasta la estrangulación de un huésped, ejecutada con su madre, á los siete años, acto que pretendió repetir en el Colegio, por lo cual fué devuelta á una señora Marquesa que la había recomendado, y vino á parar, á los dieciséis años, en la galera de Alcalá de Henares. El susto y espanto que su lectura producía, ha motivado el callar á rasgos de esa precoz fiera, de la cual no se ha visto ni remota imagen posteriormente.

Sobre el capítulo VI, página 71

Para insinuaciones que hacemos en la página 75, acerca de las mercedes recibidas de la Virgen por el venerable P. Claret, léase la misma *Biografía* de él, allí mencionada, de donde lo apuntamos. Y cuanto indicamos de la confesión de la Sierva de Dios, se relaciona con el dón de penetración de espíritus, á la cuenta, de que gozaban confesor y penitente, porque de ello habla algún testigo en el *Proceso* tantas veces citado.

Sobre el capítulo VII, página 81

Texto de la Real Cédula de la sanción de las Constituciones

«Doña Isabel II, por la gracia de Dios y por la Constitución de la Monarquía española Reina de las Españas.

Por cuanto por parte de D.^a Micaela Desmaisieres López de Diacastillo y Olmeda, Vizcondesa de Jorbalán, se me ha representado que hallándose formada en Madrid la Congregación de Adoratrices y Esclavas del Santísimo y de la Caridad, que hacía tiempo tenía en su mente fundar como complemento de la de Desamparadas, cuya instrucción y enseñanza habían de dirigir aquéllas, presentó al muy R. Cardenal Arzobispo de Toledo, como Prelado diocesano, las Cons-

tuciones y Reglas que deben servir para su estabilidad y buen gobierno, las cuales merecieron su aprobación; mas deseando obtener también mi real sanción, me suplicó fuera servida concederla. Instruído el oportuno expediente acerca de dicha solicitud en mi Ministerio de Gracia y Justicia, de conformidad con lo manifestado por la autoridad civil y eclesiástica y por la sección respectiva del Consejo de Estado, por mi Real resolución de 25 de Marzo último fuí servida acceder á ella en la forma siguiente ».

(Siguen las Constituciones) y termina el Real Decreto:

« Por tanto he resuelto expedir este mi Real despacho, por el cual apruebo las Constituciones y Reglas que van insertas, pero sin perjuicio de los derechos y regalías de mi Real Patronato, de la jurisdicción real ordinaria y eclesiástica y en cuanto no se oponga á las leyes y disposiciones que rijan en la materia; y para que así se verifique, ruego y encargo muy afectuosamente al M. R. Cardenal Arzobispo de Toledo, como diocesano, y mando á sus Provisores y Vicarios, y á las demás autoridades, corporaciones y personas particulares, á quienes corresponda el cumplimiento de lo aquí contenido, que cumplidas y observadas las citadas Constituciones, no impidan á las asociadas ejercer los actos y funciones propias de su Instituto. También mando que se imprima literalmente este mi Real despacho de aprobación, para los usos y efectos convenientes. Y del mismo se ha de tomar razón en la oficina de Hacienda correspondiente, la cual expresará haberse satisfecho el servicio de arancel, su media anata y demás derechos que adeuda por su expedición, sin cuya formalidad será de ningún valor ni efecto.—Dado en Palacio á 8 de Julio de 1859. Yo LA REINA.—El Ministro de Gracia y Justicia, *Santiago Fernández Negrete*.—Registrado.—*Enrique M. Granés* —Por Real habilitación. *Enrique M. Granés*.—Hay un sello.—Derechos, 51 reales vellón. V. M. aprueba las Constituciones y Reglas formadas para el régimen y gobierno de la Congregación de Adoratrices y Esclavas del Santísimo, establecida en Madrid.—Registrado al número 29.145. Dirección general de Contribuciones.—Se tomó razón de esta Real cédula, habiendo satisfecho doce reales cincuenta céntimos por media anata; quinientos reales por servicio de arancel; ciento cincuenta y seis reales cuarenta y dos céntimos por derechos de expedición y toma de razón; y doscientos sesenta reales por los de Cancillería. Madrid, veintiuno de Julio de mil ochocientos cincuenta y nueve. Por delegación del señor Director general, *José Cabello y Goytia* ».

Sobre el capítulo XXXIII, página 455

Hemos de indicar las señas del testamento, bajo el cual falleció M. Sacramento, según las poseemos, que dicen así :

Copia del testamento abierto otorgado por Doña María de la Soledad Desmaisieres López de Dicastillo, Vizcondesa de Jorbalán, en 18 de Marzo de 1864 ante Don Claudio Sanz y Barea, Notario que ha sido de Madrid.

Sobre el capítulo XXXVI, página 505

Aprobación definitiva por Su Santidad Pío IX, del Instituto y Constituciones de Señoras Adoratrices

DECRETUM

SSmus. Dñus. noster Pius Papa IX in audientia habita ab infra-scripto Dño. Secretario Sacrae Congregationis Episcoporum et Regularium die 28 Septembris anni 1866, enunciatum pium Institutum famularum Adoratricum SSmi. Sacramenti et Charitatis, uti Congregationem, Votorum Simplicium, sub directione Moderatricis generalis, salva Ordinariorum jurisdictione ad formam SS. Canonum et aplicarum. Constitutionum; nec non ejusdem supraptas. Constitutiones, sicut in hoc exemplari, idioma Hispano exarato, continentur, cujus autographum in archivo praelaudatae Sacrae Congregationis asservatur, approbavit et confirmavit, prout presentis decreti tenore approbat, atque confirmat. — Datum Romae, ex Secretaria ejusdem Sacrae Congregationis, hac die 24 novembris 1866. — A. *Cardinalis Quaglia*, Praefectus. — Loco † Sigilli. *S. Svegliati*, S. S. S.

DECRETO

Nuestro Santísimo Padre Pío IX, en audiencia tenida con el infrascrito Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares el día 28 de Septiembre de 1866, aprobó y confirmó, aprueba y confirma, según el tenor del presente decreto, el mencionado piadoso Instituto de las Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramen-

to y de la Caridad, como Congregación de votos simples, bajo la dirección de la Superiora general, salva la jurisdicción de los Ordinarios, conforme á los sagrados Cánones y Constituciones apostólicas; y también las precedentes Constituciones, según se contienen en este ejemplar, escrito en idioma español, cuyo autógrafo se conserva en el Archivo de la referida Sagrada Congregación.— Dado en Roma por la Secretaría de la misma Sagrada Congregación en el día 24 de Noviembre de 1866.— *A. Cardinal Quaglia*, Prefecto.— Hay un sello. *S. Svegliati*, Secretario.



A poco se imprimieron en Madrid estas Constituciones en pequeño volumen en 16°, de 28 páginas, y hasta 157 de Apéndices y llevan esta portada y retrato de la Madre Fundadora, con toca cerrada, que reproducimos:

Constituciones y Reglas de la Comunidad religiosa de Sras. Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad.—Madrid: Imprenta y librería de E. Aguado, Pontejos, 8.—1867.

La introducción de las Constituciones aprobadas por la Santa Sede, es como sigue:

Todas las personas que quisieren servir á Dios Nuestro Señor en esta sociedad, ante todas cosas debea tener presente que la infinita bondad de Dios y su amor, ha de ser el motivo más poderoso que las impela á dejar el mundo y seguir á Jesucristo, y el deseo de promover su mayor gloria; el primero y principal fin que se propongan en este tan loable como costoso sacrificio, para lo cual deben conservar siempre grabada en su corazón aquella máxima del Salvador: «Quien quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame»; en cuyas palabras está compendiada toda

la sublimidad de la perfección evangélica. Pero para que todas procedan con conformidad en tan grande empresa, cosa tan necesaria en toda casa religiosa, tenemos por conveniente escribir algunas Reglas, ó sean Constituciones, que nos ayuden para el cabal acierto:

1.^a Con el nombre de Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, será conocida en adelante una sociedad religiosa, compuesta de señoras distinguidas por su virtud y cualidades, á las que se dará el título de Directoras, como expresivo de las funciones que habrán de desempeñar; de otras que reunan las circunstancias que en lugar correspondiente se expresarán, y que se denominarán Ayudantas, por el auxilio que deberán prestar á las Directoras en el cumplimiento de sus obligaciones; y, por último, de las personas que con el nombre de Coadjutoras estarán encargadas de determinados servicios generales á la Comunidad y en los Colegios. Todas habrán dado pruebas de piedad, de amor al prójimo, de sincero deseo de la salvación de las almas y de una conducta irreprochable, antes de ser admitidas en la Sociedad.

2.^a Serán objetos principales de este Instituto:

1.^o Adoración continua al Santísimo Sacramento.

2.^o Tratar con benevolencia y verdadera caridad á las jóvenes desgraciadas que sean acogidas en los Colegios de Desamparadas puestos á su cuidado y se propongan abandonar la vida de corrupción y escándalo á la que antes hubiesen estado entregadas.

3.^o Proporcionar á las mismas la instrucción religiosa necesaria y conveniente para que, conociendo la fealdad y enormidad de sus faltas, se dediquen con decisión á repararlas.

4.^o Darles la educación y enseñanza correspondiente á su sexo y clase, ó la de que sean capaces; todo con el fin de dar á Dios el honor y gloria que le es debido, el de rescatar para el mismo las almas de tantas infelices que de Él se habían lastimosamente separado, y, por último, de rehabilitarlas ante la misma Sociedad, que con sus actos públicos habían escandalizado y ofendido.

De esta manera darán pruebas de que, no sólo atienden con todo empeño á la salvación y perfección de sus almas propias con la gracia de Dios, sino también á la de los prójimos, especialmente de aquellas jóvenes desgraciadas encomendadas á su vigilancia y cuidado, que han de ser el principal objeto de su caridad y celo.

3.^a Será indeterminado el número de las personas de la Sociedad en las tres clases mencionadas en la Constitución 1.^a, y únicamente tendrá por límite el que obliguen á adoptar prudencialmente las

necesidades de los Colegios creados y existentes en el día en diversas ciudades del reino, y de los que de nuevo se funden; teniendo siempre en consideración los recursos con que se cuenta para su establecimiento y conservación.

Exposición á Su Santidad Pío IX, del Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, pidiendo la aprobación perpétua de estas Constituciones.

Bmo. Padre:

El Cardenal Arzobispo de Toledo, con la más profunda veneración, eleva á la Sagrada persona de Vuestra Santidad las humildes preeces y documentos adjuntos que ha presentado la nueva Superiora General de la Congregación religiosa de Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, en las que suplica reverente á Vuestra Beatitud se digne aprobar y confirmar definitivamente con su autoridad apostólica la referida Congregación y sus Constituciones, aprobadas ya y confirmadas *per modum experimenti ad quinquennium*, por decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, en 23 de Septiembre de 1861, con las modificaciones que ha aconsejado la experiencia, y van comprendidas en el ejemplar que acompaña, nuevamente redactado, para la más fácil inteligencia y mejor observancia.

Muy loables y fundadas son, sin duda, Bmo. Padre, las piadosas aspiraciones de la Superiora General, y sus observantes súbditas las Adoratrices, y enteramente conformes á los avisos y advertencias que dejó escritas la Madre Sacramento, Fundadora y primera Superiora General, que se ocupaba precisamente con especial solicitud del arreglo de estos asuntos, que tanto interesan al porvenir de la Congregación, cuando falleció víctima de su ardiente celo y caridad, en 25 de Agosto del año anterior, en la ciudad de Valencia.

Por su fallecimiento muy sentido, y que aún lamentan las Adoratrices y las pobres Desamparadas, que han perdido en tan caritativa y distinguida señora una verdadera madre, hubo de procederse á nueva elección de Superiora General, según previenen las Constituciones, y en 9 de Enero del presente año fué canónicamente elegida por unanimidad la Madre María de Jesús, en el siglo María de los Dolores Cray-Vinkel, digna sucesora de la Madre Sacramento,

antigua Vizcondesa de Jorbalán, y heredera de su celo, caridad y relevantes virtudes, la cual rige actualmente la Congregación con acertadísimo gobierno y la más estricta observancia.

En los estados que acompaña á las preces la misma Superiora general, constan muy detalladamente el personal de las Adoratrices, el de las Desamparadas de sus Colegios y los recursos con que cuentan y se mantienen las Casas de la Congregación, y de ellos resulta así bien el notable progreso y feliz suceso que ha obtenido la Congregación en estos últimos años de prueba y experimento, con sus nuevas fundaciones de Barcelona, Burgos y Santander, aumento del personal de adoratrices y colegialas acogidas y educadas en sus Colegios y cuantiosos fondos invertidos en su creación y sostenimiento.

Así bien es muy consolador reconocer los muchos bienes espirituales y provechosa edificación que en esta corte y otras populosas ciudades ofrecen las hermanas Adoratrices con la perfecta observancia de sus reglas, y su celo y abnegación en llenar cumplidamente los altos fines de su Instituto, como lo atestiguan y se congratulan en sus cartas comendaticias muy expresivas, mis venerables Hermanos los Arzobispos de Burgos, Zaragoza, Valencia, Granada, el que lo fué de Santiago de Cuba, hoy confesor de S. M. mi augusta Soberana, y los Obispos de Barcelona, Salamanca, Cartagena, Vitoria y Ávila, cuyas cartas acompaño originales.

Uniendo yo mis votos á los de tan respetables Prelados, me complace en recomendar con todo encarecimiento á Vuestra Santidad se digne acceder benignamente á las reverentes preces de la Superiora general, aprobando y confirmando *in perpetuum* las Constituciones reformadas de que va hecho mérito, y el mismo Instituto religioso, en la forma canónica que juzgare vuestra Beatitud más conveniente á la mayor gloria de Dios y bien de las almas. — Madrid 8 de Agosto de 1866. — Beatísimo Padre. — De vuestra Santidad humildísimo hijo.

En las mismas Constituciones se añaden las siguientes:

Indulgencias y privilegios concedidos perpétuamente por S. S. Pío IX

— EN 27 DE AGOSTO DE 1850. — *Altar de ánima.* — Privilegio de altar de ánima en el oratorio ó capilla de la Casa.

Visitar la capilla. — Ocho indulgencias plenarias en los días y festividades de la *Santisima Trinidad*, Virgen de los *Desamparados*, *San Miguel*, *San Ignacio de Loyola*, *San Francisco de Paula*, *San Luis Gonzaga*, *San*

ta *Filomena* y *San Francisco de Jerónimo*, á las que, confesando y comulgando, visitaren la capilla.

Trescientos días de indulgencia por visitar en cualquier día del año la capilla, habiendo confesado y comulgado.

EN 2 DE AGOSTO DE 1851.—El *Jubileo de la Porciúncula* visitando el oratorio ó capilla de la Casa después de confesar y comulgar, pidiendo á Dios por los fines de nuestra Santa Madre la Iglesia.

EN 28 DE JULIO DE 1857.—1.º Indulgencia plenaria el día de la entrada en la Congregación.

2.º Indulgencia plenaria en el artículo de la muerte, confesando y comulgando, y si no pudieren hacerlo, pronunciando el nombre de Jesús con la boca ó con el corazón.

3.º Indulgencia plenaria visitando la capilla ú oratorio de la casa en el día de la fiesta principal de la Congregación, ó bien la iglesia de la parroquia.

4.º Indulgencia plenaria visitando la referida capilla en la festividad de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

EN 28 DE JULIO DE 1857.—1.º Indulgencia plenaria en las festividades de Nuestro Señor Jesucristo, la Natividad, Pascua de Resurrección, Ascensión, Corpus y Pascua de Pentecostés.

2.º Indulgencia plenaria en las festividades de la Santísima Virgen, la Purísima Concepción, Natividad, Purificación, Anunciación y Asunción.

3.º Siete años y siete cuarentenas de perdón á cuantas verdaderamente contritas, orasen por espacio de una hora ante el Santísimo Sacramento en la capilla de la casa.

4.º Sesenta días de indulgencias por hacer cualquier obra buena.

Advertencia—Las indulgencias contenidas en los dos Breves fecha 28 de Julio de 1857, se pueden aplicar en sufragio de las almas del purgatorio.

EN 9 DE SEPTIEMBRE DE 1859.—Ocho indulgencias plenarias en los días que designe el Prelado.

Dice el Breve:

Breve de 9 de Septiembre de 1859

PIUS PP. IX.—Ad perpetuam rei memoriam. Ad augendam Fidelium Religionem, et animarum salutem coelestibus Ecclesiae thesauris pia charitate intenti, omnibus et singulis Christi Fidelibus mulieribus Societatis religiosae, vulgo de *Señoras Adoratrices Esclavas*

del Santísimo y de la Caridad, nuncupat., canonicæ erectæ in civitate Matritensi Dioecesis Toletan. quæ vere poeniten., et confes., ac sacra Communionè refectæ, octo anni diebus per Ordinarium designan., respectiv. Ecclesiam, seu Oratorium Domorum et Collegiorum dictæ Societatis actu existentium singulis annis devote visitaverint, et ibi pro Christianorum Principum concordia, hæresum extirpatione, ac S. Matris Ecclesiæ exaltatione pias ad Deum preces effuderint, quo die prædictorum id egerint, Plenariam omnium peccatorum suorum indulgentiam et remissionem, quam etiam animabus Christi Fidelium quæ Deo in charitate conjunctæ ab hac luce migraverint, per modum suffragii applicare possint, misericorditer in Domino concedimus. In contrarium facien. non obstan. quibuscumque: præsentibus perpetuis futuris temporibus valituris. Volumus autem ut præsentium litterarum, transumptis seu exemplis, etiam impressis, manu alicujus notarii publici subscriptis, et sigillo Personæ in Ecclesiastica dignitate constitutæ munitis, eadem prorsus adhibeatur fides quæ adhiberetur ipsis præsentibus si forent exhibitæ vel ostentæ. Datum Romæ apud S. Petrum sub annulo Piscatoris, die IX septembris MDCCCLIX, Pontificatus nostri anno decimoquarto. Pro Dño. Card. Macchi, Jo. B. Brancaloni Castellani.

PÍO PAPA IX.—Para perpétua memoria. Con el fin de promover la religión de los fieles y la salvación de las almas, usando por pura caridad de los tesoros celestiales de la Iglesia, concedemos misericordiosamente en el Señor á todas y á cada una de las mujeres fieles en Cristo, de la Asociación religiosa nominada de *Señoras Adoratrices Esclavas del Santísimo y de la Caridad*, establecida canónicamente en la villa de Madrid, Arzobispado de Toledo, que verdaderamente arrepentidas y confesadas, y fortalecidas con la Sagrada Comunión, en ocho días del año, que deberán ser asignados por el Ordinario respectivo, visitaren devotamente en cada año la iglesia ú oratorio de las casas ó colegios de dicha Asociación que en la actualidad existen, y allí oraren al Señor por la concordia de los príncipes cristianos, extirpación de las herejías y exaltación de la santa Madre Iglesia; indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados en el día que de los dichos esto practicaren, la cual puedan aplicar por modo de sufragio por las almas fieles de Cristo que unidas á Dios en caridad hayan salido de este mundo. No obstante cualquiera otra cosa que haya en contrario; siendo valederas las presentes perpétuamente en los tiempos futuros. Y queremos que á los tra-

suntos de las presentes letras ó ejemplares, aun impresos, suscritos por mano de algún notario público, y autorizados con el sello de persona constituida en dignidad eclesiástica, se les preste absolutamente la misma fe que se daría á estas mismas si fuesen exhibidas ó manifestadas. Dado en Roma en San Pedro, sellado con el sello del Pescador, en el día 9 de Septiembre de 1859, año décimocuarto de nuestro Pontificado.—Por el Sr. Cardenal Macchi, *Jo. B. Brancalearni Castellani*.—En lugar † del sello del Pescador.

EN 13 DE SEPTIEMBRE DE 1859.—Privilegio de celebrar la Misa de Navidad á las doce de la noche, pudiendo comulgar en ella, y otra á las tres de la mañana; y que á las enfermas se las pueda llevar la sagrada Eucaristía cuando estuviesen impedidas de ir á la capilla, en la forma siguiente:

Breve de 13 de Septiembre de 1859

Dilectae in Christo Filiae Micaelae Desmaisieres Lopez de Dicastillo, Vicecomitissae de Jorbalan.

PIUS PP. IX.—Dilecta in Christo Filia, salutem, et Apostolicam Benedictionem. Curasti nobis exponendum te piarum mulierum sodalitis rite ac legitime instituto, cujus propositum perpetuo Sanctissimam Eucharistiam adorare, ac derelictas puellae tutari, christianisque institutionibus erudire, ad ejusdem sodalitis spirituale bonum impensius optare, ut in cujusque instituti hujusmodi domus, seu collegii Ecclesiae, vel Oratorio, Sacrosanctum Missae sacrificium augustissima Nativitatis Dominicae nocte peragi, et infra illud omnibus non modo sodalibus aliisque in instituti domo seu collegio degentibus, sed et personis singulis eidem collegio aut domui addictis, et ab ea dependentibus, Sanctissima Eucharistia queat ministrari, utque tertia a media nocte praedicta hora, alterum Sacrum pro sodalibus quae Sanctissimi Sacramenti adorationi vigilant, ibidem fieri: itemque ut sodalibus Adoratricibus, quae Ecclesiam vel Oratorium prae infirmitate adire nequeant, Sanctissima Eucharistia deferri possit: ejusque rei ergo enixas preces Nobis obtulisti. Nos igitur tuis, dilecta in Christo Filia, votis obsecundare volentes, omnesque et singulas personas, quibus ae nostrae Litterae favent, a quibusvis excommunicationis, et interdicti, aliisque ecclesiasticis censuris, sententiis et poenis, quovis modo, vel quavis de causa latis, si quas forte in-

currerint, hujus tantum rei gratia absolventes, et absolutas fore censentes, auctoritate Nostra Apostolica, tenore praesentium litterarum, de respectivi tamen Ordinarii licentia, perpetuum in modum concedimus, et indulgemus, ut in cujuslibet ubique actu existentis collegii, seu domus memorati instituti Ecclesia vel Oratorio, Natali Domini Nostri Jesu Christi nocte, Sacrosantum Sacrificium, ac tertia diei Natalis Domini hora etiam alterum, januis clausis, servatisque servandis, celebrari, atque infra prioris Sacrificii actionem sodalibus omnibus in praefati instituti domo aut collegio degentibus, necnon eidem domui et collegio addictis, Sanctissima Eucharistia ministrari liceat. Denique, eadem auctoritate nostra harum Litterarum vi facultatem impertimus, qua hujusmodi sodalibus aegrotis, cum ipsae infirmitate Ecclesiam vel Oratorium adire prohibeantur, Sanctissima Eucharistia, ea qua decet reverentia, servatis servandis, ac de respectivi Ordinarii licentia, deferri possit. Haec concedimus, atque indulgemus, absque ullo parochialium jurium detrimento, et in contrarium facientibus etiam speciali mentioni dignis, non obstantibus quibuscumque. Datum Romae apud S. Petrum sub annulo Piscatoris, die decimatercia Septembris MDCCCLIX Pontificatus nostri anno decimocuarto.—Pro Dño. Card. Machi, *Jo. B. Brancaleoni Castellani*.

A la amada hija en Cristo Micaela Desmaisieres López de Dicastillo y Olmeda, Vizcondesa de Jorbalán.

PÍO PAPA IX.—Amada hija en Cristo: salud y la bendición apostólica. Nos has hecho exponer á nombre de la Asociación de mujeres piadosas, establecida recta y legítimamente, cuyo objeto tiende á adorar perpétuamente la santísima Eucaristía y proteger á las jóvenes abandonadas, é instruir las en las máximas cristianas, que deseas vehemente, para el bien espiritual de la misma Asociación, que en la iglesia ú oratorio de la casa ó colegio de cada Instituto semejante, pueda celebrarse el sacrosanto sacrificio de la Misa en la noche augustísima de la Natividad del Señor, y dentro de él administrarse la santísima Eucaristía, no sólo á todas las asociadas y demás que moren en la casa ó colegio del Instituto, sino á cada una de las personas adictas al mismo colegio ó casa, y á las que de ella dependan; y que en la hora de las tres de la media noche dicha se celebre allí mismo otra Misa en favor de las asociadas que velan adorando al Santísimo Sacramento; y además, que pueda llevarse la

santísima Eucaristía á las asociadas Adoratrices que por enfermedad no puedan ir á la iglesia ú oratorio; y sobre esto nos has presentado humildes súplicas. Nos, pues, amada hija en Cristo, queriendo condescender á tus deseos, absolviendo y declarando absueltas, sólo para que se consiga con efecto esta gracia, á todas y cada una de las personas á quienes estas Nuestras letras favorecen, de cualquiera excomunión y entredicho, y demás censuras, sentencias y penas eclesiásticas fulminadas con cualquier motivo ó causa, si acaso en ellas hubieren incurrido, en virtud de Nuestra autoridad apostólica, por las presentes y con la licencia del Ordinario respectivo, concedemos y permitimos para siempre que en la iglesia ú oratorio de cada uno de los colegios ó casas de dicho Instituto que en cualquier parte existan en la actualidad, pueda celebrarse el sacrosanto sacrificio de la Misa en la noche del nacimiento de N. S. J., y otra más á puerta cerrada, observando lo que debe observarse en la hora de las tres del día de la Natividad del Señor; y que dentro de la primera Misa pueda administrarse la santísima Eucaristía á todas las asociadas que moren en la casa ó colegio de dicho Instituto y á todas las personas adictas á la misma casa ó colegio. Finalmente, por Nuestra misma autoridad, en virtud de estas letras, damos facultad para que á las asociadas enfermas, cuando por enfermedad se hallen impedidas de ir á la iglesia ú oratorio, pueda conducirse la santísima Eucaristía con la reverencia que es debida, observando lo que debe observarse, y con la licencia del Ordinario respectivo. Esto concedemos y permitimos, sin perjuicio alguno de los derechos parroquiales, y no obstando cualquiera otra cosa que haya en contrario, aunque sea digna de especial mención. Dado en Roma en San Pedro, sellado con el sello del Pescador, en el día 13 de Septiembre de 1859, año décimocuarto de nuestro Pontificado. — Por el Sr. Cardenal Macchi, *Jo. B. Brancaleoni Castellani*. — En lugar † del sello del Pescador.

Breve de 14 de Mayo de 1867 haciendo extensivos perpétuamente los privilegios é indulgencias de los Breves anteriores á todas las casas existentes y á las que en adelante se fundasen, excepto el de celebrar la Misa de Navidad á las doce de la noche. Mas por otro Breve de 25 de Junio de 1875 fué concedido perpétuamente dicho privilegio á todas las casas existentes.

En 28 de Abril de 1882 privilegio para oratorio privado.

Además de estas indulgencias, hay otras muchas concedidas por varios Exemos. é Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos á todos los que contribuyan al sostenimiento de la casa.

Vidas ó biografías de la M. Sacramento, Vizcondesa de Jorbalán

Las | Adoratrices | Noticia acerca del origen de este Instituto | para la rehabilitación de jóvenes extraviadas, | leído en la | Real Academia de Ciencias Morales y Políticas | por | D. Vicente de la Fuente | Segunda edición corregida | Madrid | Imprenta de Antonio Pérez Dubrull | Flor Baja, 22 | 1884.

Es un folletito en 8.º, de buena impresión, que consta de 38 páginas, dividido en cinco párrafos, y firmado por D. Vicente de la Fuente, en Madrid, á 5 de Febrero de 1880.

La Vizcondesa de Jorbalán | en el claustro | la Madre Sacramento | Fundadora | del Instituto de Adoratrices del Santísimo | por | D. Vicente de la Fuente | Madrid | Imprenta de la Viuda é Hija de Gómez Fuentenebro | Bordadores, 10 | 1884.

Con censura eclesiástica, y aprobación por el Teniente Vicario eclesiástico de la Muy Heróica Villa de Madrid y su partido, etc., Dr. D. Francisco Gómez Salazar, presbítero, en 27 de Marzo de 1884, refrendada por el Secretario, Lic. Juan Moreno González.

Lleva esta dedicatoria.

Á la Excm. Señora | D.^a Maria Diega Desmaisieres y Sevillano | López de Dicastillo, Florez Olmeda Rasoir, | Alfaro, Peon, Arce, Parreño, Castillo, La Lastra, López de Aguilar. | Zúñiga, Bazán, Méndez de Sotomayor, etc. etc. | Condesa de la Vega del Pozo, | Marquesa de los Llanos de Alguazas, | Marquesa de Fuentes de Duero, Duquesa de Sevillano, | etc. etc. | Grande de España de primera clase. | En testimonio de justo respeto. | Vicente de la Fuente.

Forma un tomo de 447 páginas, de buena y clara impresión, en 4.º menor.

La revista religiosa *El Mensajero del Corazón de Jesús*, que vé la luz en Bilbao, publicó en los números correspondientes á los meses de Febrero y Marzo de 1886, una reseña histórica bajo el epígrafe:

Amigos del Corazón de Jesús | Doña Micaela Desmaisières, Vizcondesa de Jorbalán, | Fundadora de las Adoratrices del Santísimo Sacramento.

Consta de XIV capítulos, con 32 páginas de impresión, escrita por J. M. C., S. J.

Vida | de | Doña Micaela Desmaisières | Vizcondesa de Jorbalán, | Fundadora de las Adoratrices del Santísimo Sacramento y modelo acabado de | mujeres cristianas sobre todo en la | práctica de la caridad. | Nueva edición aumentada con algunas piadosas reflexiones, y dedicada á los Sacratísimos | Corazones de Jesús y María. | Con las licencias necesarias. | Guadalupe (Filipinas) | Imp. del Asilo de Huérfanos | 1886.

Está tomada, según declara en el prólogo de la del *Mensajero* de Bilbao, añadidas piadosas reflexiones al fin de cada capítulo.

El autor, que encubre su nombre, ha de ser el P. José Rodríguez, Agustino de Filipinas.

Compendio de la vida | de la gran sierva de Dios | D.^a Micaela Desmaisières | Vizcondesa de Jorbalán | en la religión | Madre Sacramento | fundadora del Instituto de Religiosas Adoratrices esclavas del Santísimo | y de la Caridad, y de los Colegios de Desamparadas | Madrid | Imprenta de A. Pérez Dubrull | calle de la Flor Baja, 22 | 1890.

Con censura eclesiástica y aprobación del Excmo. é Ilmo. Sr. don Ciriaco María Sancha y Hervás, Obispo de Madrid-Alcalá, con fecha 22 de Enero de 1890, refrendada por su Secretario Dr. José Barba Flores. Es un tomito de autor incógnito que lleva un prólogo de seis páginas. Está dividida la obra en XX capítulos, y consta de 159 páginas, en 4.º menor, de buena impresión.

La | Vizcondesa | de | Jorbalán. | Madrid | Imprenta de San Francisco de Sales | Pasaje de la Alhambra, 1 | 1897.

Es un folletito de 56 páginas, de regular impresión, dividido en V capítulos, compuesto y firmado por Isidro Benito Lapeña.

Lleva también al principio un grabado de la Vizecondesa de Jorbalán.

*Valentina | Beatificationis et Canonizationis | servae Dei | Mariae Michaelae
a Ssmo. Sacramento | Fundatricis Congregationis | Ancillorum Ssmi. Sa-
cramenti et Charitatis.*

Summarium.—Superdubio: An signanda sit commissio introductionis causae in casu....

Roma, etc.



DECRETO

EN LA CAUSA DE LA DIÓCESIS DE VALENCIA SOBRE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, FUNDADORA DE LA CONGREGACIÓN DE ESCLAVAS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y DE LA CARIDAD.

El inefable espectáculo de piedad y caridad, tan grato al Eterno Padre y de tanto provecho para la salvación de los hombres, que dió en la tierra el Salvador del mundo Cristo Jesús, continúa felizmente hasta la consumación de los siglos la Santa Iglesia, apoyada en el poder y en los méritos de su divino Esposo, valiéndose con previsora prudencia, en nuestros infaustos tiempos, de personas é institutos que profesan la perfección evangélica. Así resplandece la que es honra y prez de la nación española y su Instituto de Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad. Descendiente de la nobilísima estirpe de los Demaisieres, y de los antiguos Vizecondes de Jorbalán, nació esta sierva de Dios en Madrid el día 1.º de Enero de 1809. Apenas pasada la niñez, en que mostró ya su piedad, y durante la cual perdió á su excelente madre, jovencita aún, consagróse de lleno al ornato de los templos y al socorro de los pobres, gastando en ello el propio y el paterno peculio, llegando en ocasiones á desprenderse de preciosas joyas. A las piadosas asociaciones que presidió, las infundía su mismo espíritu. Ella fundó la cofradía de la Santísima Trinidad, floreciente todavía hoy en Madrid. Despreciadora de los halagos y pompas del mundo, rechazó excelentes partidos que se le ofrecieron y, siguiendo el consejo de su Director espiritual, resolvió guardar intacta la flor de la virginidad. Estuvo algún tiempo en París y en Bruselas con un hermano suyo, que desempeñaba en ésta el cargo de Representante de la Corte española, y nunca se apartó del género de vida que se había trazado. Con oraciones y corporales penitencias procuraba tener á Dios propicio, atendía al decoro del culto divino, y consolaba y socorría á los enfermos y menesterosos, buscando para ello el concurso de las señoras de elevada alcurnia. Cuando volvió á España ingresó en seguida en la Asociación de

Señoras Nobles, que en Madrid se dedicaban á enseñar la doctrina cristiana; y á petición de los Obispos, abrió allí y en otros lugares escuelas para las jóvenes del pueblo, principalmente para las criadas de servicio. Inscribióse también en la Cofradía de Nuestra Señora de Belén, cuyo fin es cuidar de los enfermos en los hospitales. Encontró enferma en el hospital de San Juan á una joven, que por sus corrompidas costumbres, había sido arrojada de la casa paterna, y la restituyó á sus padres sana de alma y de cuerpo. De aquí nació la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores, formada por señoras de esclarecida nobleza, para traer á buen camino á las jóvenes extraviadas que salían de los hospitales, y procurarlas colocación en casas de honradas familias. Fundóse primero una pequeña casa para siete alumnas, después otra nueva y mayor, aumentándose el número de aquéllas hasta catorce. En los comienzos tropezó con pocas dificultades, como acontece de ordinario en todas las cosas humanas; pero quitados poco á poco, con el favor de Dios, los motivos de discordia, volvióse á la primitiva paz. Pensó entre tanto Micaela, con el consejo y dirección de su Padre espiritual, fundar el Instituto de Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, y lo llevó á cabo ayudada en esta empresa por el venerable Antonio Claret y con el favor de la Corte, teniendo el placer de verle reconocido por el Gobierno y favorecido con privilegios reales. Este Instituto, poco después de haber nacido en Madrid, de tal modo se propagó con la ayuda de Dios á otras ciudades, que la misma Micaela fundó diez y aun más casas, con unas 600 alumnas; muchas de las cuales llegaron con el tiempo á un alto grado de virtud. Establecida la Congregación y honrada con muchos privilegios, se vió probada por el fuego de la tribulación, como el oro en el crisol, cuando estaba ya á punto de recibir el diploma de alabanza y aprobación pontificia. Declaróse de repente en Valencia una horrorosa peste, y la sierva de Dios, que llevada de su amor y veneración á la Sede Apostólica, estaba para encaminarse á Roma, aguijoneada por la caridad cristiana y pródiga de su vida, voló á la ciudad apestada. Después de implorar la protección de la Madre de Dios y confortarse con los Santos Sacramentos, se presentó al Sr. Arzobispo, ofreciéndose en tan gran tribulación para todo linaje de obras de caridad. Encargóse al momento de cuidar con maternal solicitud en el colegio á cinco hermanas atacadas de la peste, y contagiada ella misma poco después, hizo con alegría el sacrificio de su vida, recibió los últimos sacramentos y la bendición apostólica y renovó los votos

religiosos. Asistía á la moribunda el P. Vinader, de la Compañía de Jesús, varón de gran piedad, y la rodeaban sus hermanas en religión, á los cuales indicó quién había de sucederla. Encomendó su Instituto al Arzobispo de Toledo y lo puso bajo el patrocinio de la Santísima Virgen del Carmen. Finalmente, la enfermedad se agravó, y abrazando á sus hermanas é invocando á Jesús y á María, exhaló plácidamente el último suspiro hacia la media noche del 24 de Agosto de 1865. La fama de santidad de la sierva de Dios, que en vida y después de muerta, se ha manifestado en muchos prodigios, se conserva y crece de día en día, dando ocasión al Rmo. Sr. Arzobispo de Valencia para incoar sobre ella el proceso ordinario, pidiendo también informaciones á otras diócesis. De esto se dió cuenta á la Sagrada Congregación de Ritos, y á instancias del Rdo. Sr. D. Benjamín Miñana, Rector del Colegio español en Roma y postulador de esta causa; á ruego de toda la Congregación de Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad; vistas las letras postulatorias de algunos Emmos. Cardenales de la Santa Iglesia Romana, de muchos Rmos. Obispos y de otros eximios varones constituídos en dignidad eclesiástica ó civil, y de Comunidades y Asociaciones de uno y otro sexo, y revisados los escritos de la sierva de Dios, el Eminentísimo y Rmo. Sr. Cardenal Lucido M. Parocchi, Obispo Portuense y de Santa Rufina, Relator de esta causa, puso á discusión en la sesión ordinaria de la Sagrada Congregación de Ritos, tenida en el Vaticano el día de la fecha, el siguiente *dubium*: «Si se ha de designar la comisión de introducción de la causa en el caso de que se trata y para los efectos consiguientes?» Y los Emmos. y Rmos. Padres de la Sagrada Congregación de Ritos, después de la relación hecha por el Cardenal ponente, y de oír de viva voz y por escrito al R. P. D. Alejandro Verde, Promotor de la Santa Fe, habiendo precedido maduro y diligente examen, acordaron contestar: *Affirmative*, esto es, que se designe la comisión con el beneplácito del Padre Santo. Día 12 de Agosto de 1902.

Hecha después relación de todo esto á nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII por el infrascripto Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, Su Santidad, ratificando el acuerdo de la misma Sagrada Congregación, se dignó firmar con su propia mano la comisión para la introducción de la causa de la Venerable sierva de Dios María Micaela del Santísimo Sacramento, el día 19 del mismo mes y año.—Lugar del sello.—DOMINGO CARD. FERRATA, S. R. C. Prefecto.—DIOMEDES PANICI, Arzobispo de Laodicea, S. R. C. Secretario.

INDICE

Páginas

INTRODUCCIÓN. v

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO.—Propagación del Instituto de Señoras Adoratrices. — Su aprobación por el Gobierno de España. — Apertura de la casa de Zaragoza. — Primeros avisos de la Fundadora (1856). 1

CAP. II. — Cariño y veneración de la Reina doña Isabel II hacia la M. Sacramento (1856-1857). 13

CAP. III. — Heroicidades cotidianas. — Castigo por diferir el pintarle los Sagrados Corazones. — Juan el cochero. — La sarnosa é incrédula. — Nuevas mudanzas de la diestra divina. — Últimas tareas ministeriales del Padre Director, santificando las conquistas de la Vizcondesa. — Muerte del P. Carasa por ella asistido (1857). 27

CAP. IV. — Nuevas conquistas y laureles: la libertad de la calle de Jardines. — Conversión estupenda de las amas. Gatera de la parturienta. — Guarida de ladrones. — El hijo del Conde de Cleonar. 47

CAP. V. — Catalina, la del rapto, y el gobernador de Madrid. — La señorita del opio; la otra de la tremenda navaja. — Descubre Dios á su caritativa sierva todas estas asechanzas á su vida. 57

CAP. VI. — La nueva dirección del Venerable Claret. — Donde varones santos fracasaron, iba triunfando la Madre Sacramento. — El áncora de su humildad. — En la escalera de Palacio. — En la antesala de un ministro (1857-1858). 71

CAP. VII. — Planes del Gobierno acerca del Instituto de

| | |
|--|-----|
| Adoratrices. — Designios de Dios con la obra de M. Sacramento. — Aprobación por parte del Obispado del Instituto y Constituciones de las Señoras Adoratrices. — Item del Colegio de Desamparadas. — Sanción Real de aquéllos. — Nombramiento de la M. Sacramento para Superiora general (1856-1858). | 81 |
| CAP. VIII. — Fundación de la casa de Valencia (1858).. . . | 93 |
| CAP. IX. — Las Escuelas dominicales de Zaragoza. — Regaladas finezas de la Virgen aparecida en el altar, así como del Redentor acompañándola en su vuelta á Madrid y obsequiándola en los misterios de la Santa Cruz (1858). | 139 |
| CAP. X. — Celo por el decoro de los ornamentos sagrados. — Los votos de la profesión religiosa. — Á los pies de la custodia por galantería de los ángeles — Institución de la vela perpétua al Santísimo Sacramento (1858-1859). | 117 |
| CAP. XI. — Desvelos y pesadumbres por el cargo. — Desconfianzas de la Superiora de Zaragoza. — Salida del Instituto de la Superiora de Valencia. — Claro-obscuro de la vida espiritual. — La obediencia, piedra de toque. Religiosa y patriota (1859-186). | 127 |
| CAP. XII. — El alma grande, la del sacrificio y las puras, elevadas miras. — Los millones despreciados. | 145 |
| CAP. XIII. — Sorprendentes circunstancias de su oración y obscuridades que le nacían. — Cartas al venerable Claret y P. Labarta. | 149 |
| CAP. XIV. — Ejercicios espirituales bajo la dirección del P. Cumplido. — Revelaciones de su vida penitente (1860). | 159 |
| CAP. XV. — Penoso arreglo de la casa de Valencia. — Desquite en Zaragoza. — Las sombras del alma. — Ofrecimientos de Pamplona. — Epistolario de la M. Sacramento (1850).. . . . | 185 |
| CAP. XVI. — Correspondencia epistolar con el Sr. Blanco y Lorenzo, Obispo de Ávila. — Ayúdale en la cruz de sus escrúpulos (1859-1861). | 199 |
| CAP. XVII. — Visita á las casas. — La obediencia del santo sueño. — Anuncio de nuevas fundaciones — Petición de Cádiz. — El beneplácito episcopal (1861). | 217 |
| CAP. XVIII. — Fundación de la casa de Barcelona (1861).. | 225 |
| CAP. XIX. — De regreso. — Preludios de nuevas fundacio- | |

| | |
|---|-----|
| nes —Alcalá de Henares.—Carta espiritual á unas monjas.—Las aguas de Cestona y San Sebastián.—Visita al santuario de Loyola.—Proyectos en Burgos y Valladolid.—Ávila: veneración á Santa Teresa (1832).. | 243 |
| CAP. XX.—Atenciones á las antiguas casas.—Correspondencia epistolar con S. M. la Reina.—Ejercicios espirituales de Valencia.—Las escuelas dominicales en Murcia.—De perpétua peregrina.—Por Zaragoza.—Barcelona.—Gerona.—Montserrat.—Cádiz—Jerez y Sevilla —La mujer feliz con los manifiestos eucarísticos (1862-1863).. | 259 |
| CAP. XXI.—Fundación de la casa de Burgos (1853).. | 273 |
| CAP. XXII.—Fallecimiento de la Hermana Caridad.—Sentimiento y resignación de la Madre Sacramento (Julio de 1863).. | 283 |
| CAP. XXIII.—Borrasca de calumnias.—Simplezas del fundador de Valencia.—Recuerdo de Sueca.—Excursión por Cestona, Burgos, Santander, Palencia, Valladolid, Ávila y Madrid.—Atenciones palaciegas y fatigosas dolencias.—Enfermedad de la Infanta Doña Paz.—Ejercicios espirituales (1863).. | 289 |
| CAP. XXIV.—Segunda expedición á Murcia.—Carta á la Infanta Doña Isabel y la respuesta de Su Alteza.—Epidemia en la casa de Madrid.—Colegiales apestadas á Guadalajara.—Fallecimiento de la Hermana Rosa, de los Barones de la Bleida.—Ávila, Zamora, Santander.—La Casa de Pinto (1864) | 301 |
| CAP. XXV.—Los cinco votos —Renovación de ellos ante el sepulcro y corazón de Santa Teresa de Jesús.—Visita al santuario de Alba de Tormes (1864).. | 317 |
| CAP. XXVI.—La esclava del Santísimo Sacramento. | 329 |
| CAP. XXVII.—Viajes obligados por Barcelona, Montserrat, Zaragoza, Valencia, Madrid, Ávila, Valladolid, Palencia y Las Caldas.—Ejercicios de Burjasot.—Apertura de la casa de Pinto.—Saber viajar.—Apuntes de los ejercicios (1864).. | 359 |
| CAP. XXVIII.—Fundación de la casa de Santander (1865). | 379 |
| CAP. XXIX.—Las cuentas á tiempo.—Avisos de despedida para sus hijas las Adoratrices.—Encargos de orden superior á tres Prelados amigos. | 391 |

| | |
|---|-----|
| CAP. XXX. — Visita á Barcelona. — Proyecto frustrado de fundación en Vitoria. — Burgos. — Floreciente estado del noviciado y casa de Madrid. — Disgustos por el reconocimiento de Italia y retiro á Guadalajara (1865). | 405 |
| CAP. XXXI. — La esclava de la Caridad. | 419 |
| CAP. XXXII. — Gloriosa y santa muerte de la M. Sacramento (24 de Agosto de 1865). | 435 |
| CAP. XXXIII. — El buen olor de santidad. — Las aclamaciones públicas, aun de ánimos adversarios. — Las de sus amigos, Príncipes y Prelados y las de los pobres desamparados. — Su testamento. — Fisonomía y carácter. — Estima de sus reliquias. — Invocación de su valimiento en los cielos, especialmente en favor de sus chicas. . . | 455 |
| CAP. XXXIV. — De los prodigios más esplendorosos obrados por invocación de la Madre Sacramento, después de su muerte. | 473 |
| CAP. XXXV. — Proceso ordinario de información de las virtudes y milagros de la sierva de Dios, en orden á su beatificación y canonización. — Traslación de los restos de la Madre Sacramento á la capilla del Colegio de Valencia — Monumento sepulcral. — Introducción del proceso en Roma. | 495 |
| CAP. XXXVI. — De cómo prosiguió y florece el Instituto de Señoras Adoratrices. — Aprobación definitiva del Instituto y sus Constituciones. — Rmas. MM. Generales María de Jesús y M. del Espíritu Santo. — Historia de las fundaciones del Instituto. — Masarnau — Cuadro estadístico de Hermanas y Colegiales. | 505 |

APÉNDICES

| | |
|--|-----|
| Sobre el capítulo II, página 13. | 547 |
| Sobre el capítulo V, página 47. | 548 |
| Sobre el capítulo VI, página 71. | 518 |
| Sobre el capítulo VII, página 81. | 548 |
| Sobre el capítulo XXXIII, página 455. | 550 |
| Sobre el capítulo XXXVI, página 505. | 550 |
| Vidas ó biografías de la M. Sacramento, Vizecondesa de Jorbalán. | 560 |

La Ven. Sacramento, dos tomos en rústica. 10 »

OBRAS DEL MISMO AUTOR

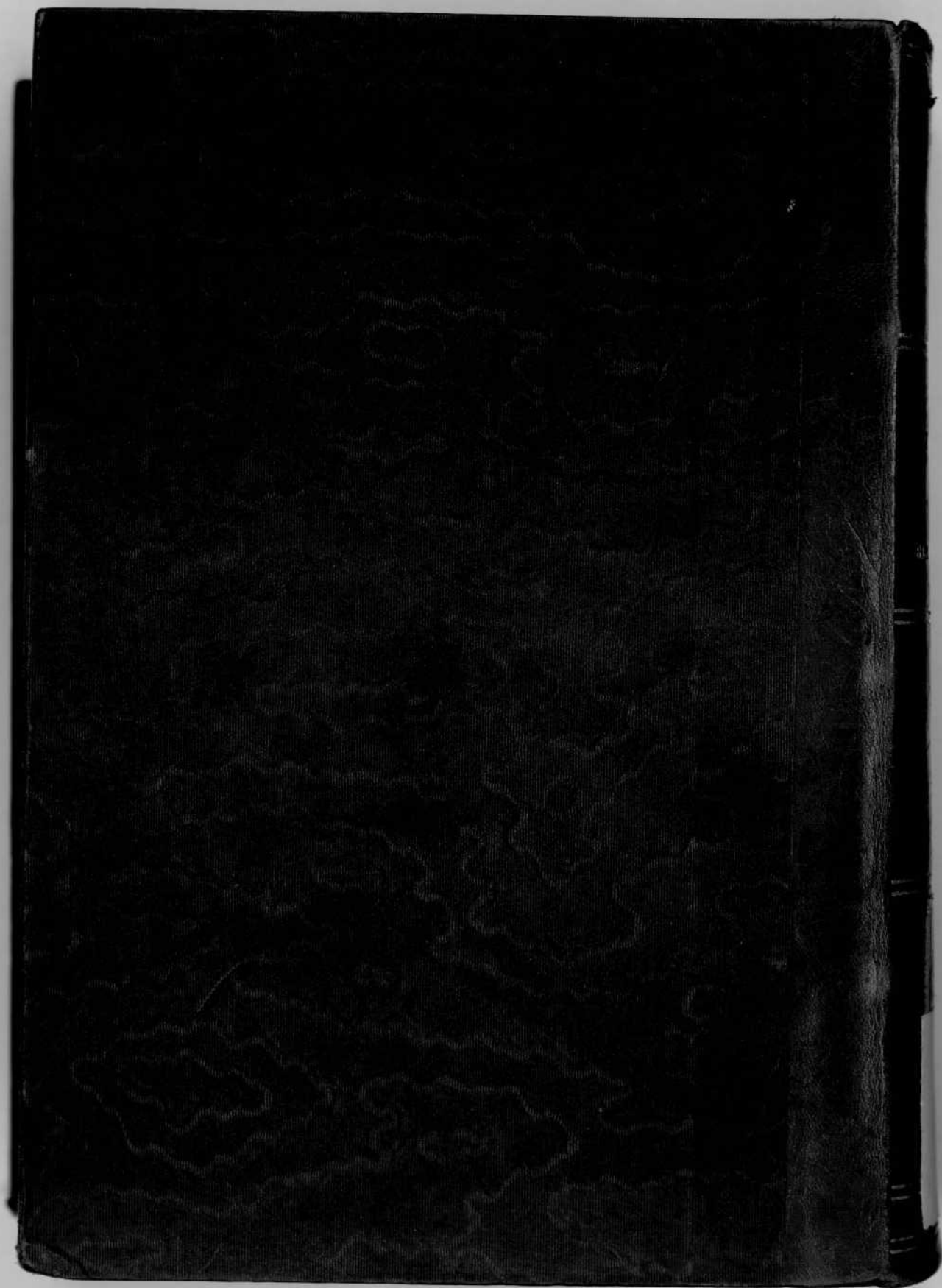
| | |
|--|------|
| Religión y Ciencia , ó sea, contestación á Draper (tercera edición), con pasta en tela. | 7 » |
| Vida del Beato Orozco , un tomo en rústica, 6 pesetas y en pasta. | 7 » |
| Vida de San Juan de Sahagún , un tomo en rústica. | 3 » |
| Conferencias y Discursos (segunda edición), en rústica. . . . | 2 50 |
| María, Madre del Buen Consejo , un tomo en rústica. | 2 » |
| Adoración al Santísimo Sacramento , un tomito en tela, edición de lujo. | 1 50 |
| Determinismo .—La antropología criminal jurídica. | 1 50 |
| Cervantes y la Eucaristía (folleto agotado). | |
| Culto y Clero (folleto agotado). | |
| Propagación de la Fe (edición numerada y agotada). | |
| La Doctrina Cristiana (Pastorales al pueblo), en distintos tratados. | |

EDITADAS POR EL MISMO EXCMO. SR. OBISPO

| | |
|---|------|
| Obras del Beato Orozco : tomo I, <i>Verjel de oracion y Monte de contemplación</i> , un tomo en rústica. | 3 » |
| Id. tomo II, <i>Memorial de amor santo</i> , un tomo en rústica. | 3 » |
| Obras expositivas latinas de Fray Luis de Leon, siete tomos en 4.º, en rústica. | 42 » |
| Poesías de Galán (1902), edición para regalo. | |
| El autor la ha repetido. | 1 50 |







LA VENERABLE
MARIA MICAELA
DEL
SANTISIMO SACRAMENTO

TOMO-II

ESP
3035

G 29107